

Velando en la Noche



A. J. CRONIN

Lectulandia

El controvertido mundo de los hospitales, donde la ambición y la vanidad de unos chocan con la generosidad y el profesionalismo de otros, es el marco en que se desenvuelve la historia de la enfermera Anne Lee, quien se desempeña en diferentes cargos de hospitales ingleses. En ellos se van produciendo las más variadas situaciones que ponen a prueba la integridad tanto humana como profesional de la protagonista. Conocedor magistral de aquel mundo, Cronin pone ante nosotros la infinidad de intrigas y conflictos, dudas y frustraciones. Sacrificios y dolores que se esconden detrás de los impecables delantales blancos que ve el paciente. La historia de Anne Lee y, a través de ella, la situación profesional de su gremio, se ven reflejadas en esta novela en donde se enaltece la misión de la mujer en el campo de la enfermería.

Fue llevada al cine en 1940 con el título de «Noches de Angustia», dirigida por George Stevens y protagonizada por Carole Lombard y Brian Aherne.

Lectulandia

A. J. Cronin

Velando en la noche

ePub r2.0

Titivillus 20.12.15

Título original: *Vigil in the Night*
A. J. Cronin, 1939
Traducción: M. Teresa Monguió

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

I

Aunque faltaba ya poco para que dieran las seis, la más densa oscuridad lo envolvía todo aquella cruda mañana de invierno. En la reducida sala de infecciosos del Hospital Provincial de Shercham reinaba el silencio —ese silencio extraño propio de las habitaciones de los enfermos—, tan sólo interrumpido por la ronca respiración del niño que yacía en el lecho rodeado de cortinajes situado en un extremo de la sala.

Sentada junto a la cama, completamente inmóvil, la enfermera Lee no apartaba la vista de la cara del niño, esforzándose por dominar su cansancio y continuando con estricto rigor, la vigilancia que había mantenido durante toda la noche. El enfermo era un niño de dos años, y en la tablilla sujeta a los pies de la cama se leía únicamente esta escueta pero significativa palabra: «Difteria». Una infección gravísima. Y un caso gravísimo. Cuando, aquella misma noche, lo trajeron precipitadamente en una ambulancia, tan sólo una urgente traqueotomía logró salvarle la vida, Ella misma había ayudado al doctor Hassall en la operación. Y ahora, con un fino tubo de plata asomando entre el vendaje de su delgado cuello, con diez mil unidades de suero antidiftérico que atacaban al virus escondido en su sangre, el niño empezaba a alejarse lentamente del negro abismo de la muerte.

Ya instintivamente, y sin hacer el menor ruido, la enfermera Lee se inclinó un poco, sacó el tubo interior de la traqueotomía, lo limpió en silencio y al instante lo volvió a poner en su sitio. La respiración del niño se hizo más fácil, más tranquila. Después, la enfermera despabiló la llama del hornillo de alcohol, sobre el que una olla cuyo contenido hervía continuamente esparcía oleadas de vapor dentro del espacio cercado por los cortinajes, y a continuación, tras una mirada a su reloj de pulsera, llenó la jeringuilla hipodérmica que estaba encima de la mesita y, con tres leves movimientos, inyectó en la nalga del niño la dosis de estricnina prescrita. El enfermito apenas se movió al sentir el repentino pinchazo de la aguja.

La enfermera volvió a sentarse, permaneciendo un tanto rígida en la silla de madera. A pesar de su cansancio, ya casi insoportable, la idea de que su paciente iba saliendo adelante en aquella terrible crisis de su enfermedad la llenaba de una alegría profunda y estremecedora, Para esto había nacido ella, allí estaba el secreto impulso, el verdadero objetivo de su existencia. Viéndola así, con la cara apoyada en la palma de la mano, iluminada tan sólo por la velada lámpara, Ann parecía demasiado joven para ser una enfermera experimentada. No contaba más que veinticuatro años, y, sin embargo, había terminado ya, aunque hacía poco, sus tres años de práctica en Shereford y recibido el título de enfermera. De tipo esbelto, manos elegantes y hábiles, rostro enjuto e inteligente, tenía una belleza algo severa suavizada por la dulzura de la boca y el sereno esplendor de sus grandes ojos negros. El uniforme azul blanco, de extremada pulcritud, le sentaba de maravilla. Y su inmovilidad traslucía a la vez una despierta atención y un apacible y discreto reposo.

Pero ya eran las seis, y el relevo debía llegar de un momento a otro. Al pensar que la enfermera entrante era su propia hermana Lucy, los labios de Anne se entreabrieron en una leve sonrisa de ternura. Adoraba a Lucy, a la que siempre había mimado y cuidado como una madrecita, aunque sólo tenía un año y medio más que ella. Esto se debía, sin duda, a que habían quedado solas en el mundo siendo aún muy jóvenes, al perder inesperadamente a sus padres: él murió en un accidente de la terrible mina de Northumberland, de la que era subdirector; la madre murió pocos días después, porque su abrumado corazón no pudo resistir aquel golpe. A causa de esta tragedia, las dos muchachas tuvieron que pensar en la manera de ganarse la vida. Anne siempre había deseado ser enfermera, y unos meses después, logró convencer a Lucy para que la siguiera al Hospital Provincial.

Aquella mañana de invierno, el reloj de la sala señalaba las seis y diez, cuando Lucy entró de servicio. En Shereham no se toleraban retrasos, pero en la cara de Anne no apareció ni una sombra de reproche mientras su hermana se acercaba. Se limitó a ponerse en pie y, sin una queja, le dirigió una sonrisa de bienvenida. Después de estirar un poco sus entumecidos miembros, empezó a leerle en voz baja los pormenores del cuaderno de servicio. No había ningún otro caso grave en la pequeña sala de infecciosos; los más importantes eran dos enfermos adultos convalecientes de una difteria benigna. Su atención debía dirigirse principalmente a aquella cama.

—Fíjate bien, Lucy —terminó Anne, volviendo la cabeza hacia el lecho—. Este caso es el único de importancia que hay en la sala, Esto significa que debes consagrarle una atención especial. Siéntate en esta silla y no te muevas de aquí hasta que llegue la señorita Hall, que vendrá a las ocho.

Lucy asintió y fue a sentarse en la silla. De su actitud se desprendía que apenas prestaba atención y no deseaba mostrarse amable, como si considerase completamente innecesarias las instrucciones que Anne le había dado.

—Lo más importante es la membrana —añadió Anne sin acabar de marcharse, tratando de infundir en Lucy algo de su propio e intenso interés por aquel caso—. Mira: el suero está empezando a desprenderla y obstruye el tubo continuamente. Eso es lo que tienes que vigilar sobre todo.

—Ya lo sé, ya lo sé —respondió Lucy secamente como indicando que la explicación era completamente innecesaria—. He escuchado las pesadas lecciones del viejo Hassall lo mismo que tu.

Anne no dijo una palabra más. A veces, la aspereza de Lucy la hería profundamente. Pero, en fin, Lucy estaba siempre de mal humor por la mañana. Guardó silencio unos momentos, mientras echaba una última ojeada al niño, que estaba inconsciente, y después, con un simple adiós, salió de la sala, recogió su capa en el vestíbulo y cruzó la puerta giratoria. Fuera, en el patio del hospital, todavía reinaba la más profunda oscuridad, mientras unas cuantas estrellas brillaban aún, débilmente, en el cielo. El viento cortante azotó su cuerpo, en tensión, pero ella le dio la cara con gratitud. Después de sus turnos de noche, y aunque el tiempo fuera malo,

salía siempre a respirar por unos momentos la frescura matinal del aire marino. Mientras permanecía en pie, rodeada por el bajo hacinamiento de los edificios del hospital, veía extenderse ante ella la oscura masa de Shereham, un pequeño y oscuro municipio, con sus feas bocas de mina y su flotilla de barca de pesca que arrancaban en dura lucha al mar su jornal diario. Si, ciertamente era un hosco y mísero poblacho de la Inglaterra del Norte. Pero a pesar de todo, Anne sentía un raro afecto por él, por el rincón nativo de todos los suyos. Allí había nacido también ella, y había pasado una infancia feliz con sus padres en la diminuta casa de la calle Bolton Row, Allí había ido a la escuela con Lucy, a la academia de piedras grises situada cerca del puerto. Allí había iniciado su carrera de enfermera, y los años pasados en el hospital habían sido particularmente felices para ella. No era éste un gran hospital, sino que, por el contrario, era pobre y estaba mal equipado; pero su servido de enfermeras gozaba de antigua reputación y su directora, la señorita Lennard, era una mujer bondadosa e inteligente, Los años de aprendizaje habían pasado para Anne veloces como el viento.

Pero el Hospital Provincial no constituía la meta de sus sueños. De ninguna manera. Por mucho cariño que le tuviese, Shereham no pasaba de ser un pueblo insignificante, y ella tenía mayores ambiciones, magníficos proyectos para Lucy y para sí misma. Cuando al mes siguiente le diesen el título a su hermana, ambas se trasladarían al hospital de alguna gran ciudad. ¡Y quién sabe si acabarían por tener el mundo en sus manos! Una vez más, Anne sonrió, feliz ante estos secretos pensamientos, y dio media vuelta para encaminar sus pasos a la residencia de las enfermeras.

Pero en esto oyó un grito, y con un sobresalto se detuvo en seco, mientras advertía que alguien corría desesperadamente hacia ella en medio de la oscuridad.

II

Cuando Anne salió de la sala, Lucy había intentado acomodarse mejor en su silla, pero ésta era dura y Lucy no estaba del todo despierta, de modo que, al no lograr sentirse a gusto, en su lindo rostro se fue haciendo más y más intensa la expresión de contrariedad. La fastidiaban los madrugones a que la obligaba aquel servido que empezaba casi de noche en aquella sala en tinieblas. ¡Esto era lo peor de su trabajo: abandonar la cama, tan calentita, a horas tan intempestivas...! Y, sobre todo, estaba molesta por no haber tenido tiempo de tomarse su acostumbrada taza de té.

Lucy no podía pasar nunca sin esa taza de té matinal que le fortalecía el ánimo, devolviéndole el humor perdido a causa del madrugón; y cuanto más pensaba en la agradable infusión, más crecía su contrariedad. Era una muchacha bonita, con aspecto de chiquilla caprichosa y mirada retadora y altiva. Por debajo de su cofia de enfermera, asomaban, coquetonamente, unos suaves mechones de pelo muy rubio. Cuando estaba de buen humor, se mostraba traviesa, insolente y burlona. Pero en aquel momento su atractivo semblante tenía una expresión enfurruñada.

Por dentro estaba echando chispas, tanto era su enojo y su impaciencia. Y, al fin, no pudo resistir más. Se dijo que Anne era ya como una vieja gruñona. ¡Y demasiado mandona, caramba! ¿Qué derecho tenía ella a irle con tantas exigencias? El estado del niño no inspiraba ningún cuidado. Para convencerse, Lucy alargó la mano y se apoderó de la delgada muñeca. Sí, el pulso era excelente..., algo rápido, claro está, pero sin ninguna falla. Podía dejarlo con toda tranquilidad. Desde luego, no tardaría ni un minuto en volver. Pero necesitaba, sí, tenía verdadera necesidad de tomarse su taza de té.

Se puso en pie, y andando sin el menor ruido con sus zapatillas de fieltro, se dirigió a la cocina de la sala. Todo estaba a mano y en el mayor orden —la inveterada minuciosidad de Anne tenía, al menos, esta ventaja— y en un instante puso la tetera sobre el hornillo de gas y una hermosa rebanada de pan a tostarse en la parrilla. La boca se le hacía agua pensando en el agradable refrigerio.

Pero allá en la camita de la sala, el niño enfermo era mucho menos feliz que su enfermera. Cuando Lucy se hubo marchado, dejándole tendido boca arriba, durante algunos momentos siguió respirando, con rapidez pero regularmente, el vapor que flotaba suavemente sobre su pálida carita. Sus largas y negras pestañas hacían aún más profundas las azuladas sombras de sus párpados. Una escuálida manecita que asomaba entre las sábanas estaba nerviosamente apretada, como en lucha contra algún ignoto enemigo.

De pronto se produjo un cambio. La respiración del niño perdió su ritmo uniforme. Súbitamente se dejó oír un húmedo jadeo, una especie de sonido barbotante, y, al mismo tiempo, un fragmento de la membrana diftérica salido del tubo de la traqueotomía penetró en la garganta del niño y se quedó allí, atascando el

orificio del tubo, impelido hacia dentro y hacia fuera por cada soplo de la difícil respiración. En la vacía y oscura sala se sucedieron unos momentos de trágica incertidumbre. Y fue espantosa la lucha a muerte que se entabló a continuación. El niño enfermo, con todas sus escasas fuerzas, procuraba expulsar aquello que le cortaba la respiración. Las dos manecitas se juntaron retorciéndose, la cara se puso lívida a causa de los esfuerzos, las piernas se agitaban, exhaustas. Pero el esfuerzo era demasiado y la respiración del niño se iba haciendo más tenue y espasmódica por momentos. La cara se puso más lívida todavía. El pecho infantil se contrajo convulsivamente en un supremo esfuerzo por aspirar el elemento vital. Pero aquel estado angustioso no podía durar: tras un horrible espasmo, se oyó un último barboteo, y después todo quedó en silencio. La escuálida manecita que antes se apretaba con fuerza, se abrió como una flor extraña, mientras los dedos se iban desplegando lentamente cual pétalos bajo el sol. El niño quedó al fin inmóvil, con los brazos abiertos en cruz, como en actitud implorante.

Entonces fue cuando Lucy regresó a la sala. Reconfortada por la taza de té caliente, restaurado su buen humor mediante un par de tostadas cubiertas por una buena capa de mantequilla, se aproximó a la cama. Allí, ante el niño inmóvil y silencioso, se quedó de una pieza. Y de pronto lo comprendió todo. Los ojos dilatados por el espanto se le salían de las órbitas. Un grito de terror nació y murió en el acto en su garganta. Perdiendo totalmente la cabeza, en vez de limpiar el tubo y hacer lo preciso para que aquella garganta obstruida recobrase la respiración, se retorció las manos desesperadamente y salió de la sala corriendo como una loca, llamando a gritos a su hermana.

III

Tres minutos después, Anne se encontraba de nuevo junto a la cama, dispuesta a actuar con rapidez, percatada de la gravedad de la situación. Lo primero que hizo fue sacar el tubo atascado y ya inútil. Luego ensanchó la abertura de la tráquea, limpiándola hasta dejarla sin rastro de membrana, y al instante empezó a hacer al niño la respiración artificial. Entre tanto, pálida como una muerta, con expresión dramática y con voz ronca que no parecía la suya, exclamaba:

—Más estrocnina. Y prepara un centímetro cúbico de aceite alcanforado y un poco de éter. Lucy obedeció con manos temblorosas, y acertando apenas, a abrir el armario de las medicinas, llenó las jeringuillas y se las entregó a su hermana. Ésta puso primero la inyección de estrocnina; después, la de aceite alcanforado. Y continuó con los movimientos de la respiración artificial, ardorosamente, frenéticamente. El sudor empapaba la frente de Anne. Su palidez aumentaba, su expresión era cada vez mas tensa. Aunque seguía trabajando, esperando a pesar de que no había esperanza, haciendo cuanto estaba en su mano, en el fondo tenía la certeza de que todo era inútil. De aquí que, en el mismo tono de antes, lanzara esta orden:

—Que venga la directora.

Al oír estas terribles palabras, Lucy se estremeció. Con paso vacilante salió de la sala. Parecía que apenas había pasado un minuto, y la sala estaba llena de gente. La directora Lennard, en bata; la señorita Hall, jefa de la sala y las enfermeras Gregg y Jenkins, cuyo aspecto resultaba tan extraño sin la toca, el cuello y los puños, que era difícil reconocerlas; incluso el doctor Hassall en persona estaba allí. Todos ellos se pusieron a trabajar afanosamente. Arme se quedó a los pies de la cama, erguida, contemplándolos, siguiendo con la vista sus esfuerzos inútiles, completamente inútiles. A su lado estaba Lucy, con las manos todavía cruzadas y presa de muda excitación.

Finalmente, la directora se irguió de nuevo. Era una mujer de frágil silueta, de cabellos blanquísimos, ahora en desorden, y lentes de montura de oro que le daban una expresión preocupada y severa. Mirando a Anne, preguntó en tono seco y acusador:

—¿Como ha ocurrido esto?

Hubo una pausa que pareció interminable, Después Anne respondió:

—El tubo se obstruyó. Hicimos todo, absolutamente todo lo que pudimos.

—¿Por qué dejaron que el tubo se obstruyera? —preguntó el doctor Hassall con aspereza.

Otro silencio. Con un gesto de dolor, el doctor Hassall cubrió con el embozo de la sábana el rostro de la criaturita muerta. Entre tanto, la enfermera Gregg había entrado en la cocina. Era una desagradable mujer de rostro enjuto y facciones duras, que se pasaba la vida husmeando en los asuntos ajenos y que siempre había demostrado una

latente hostilidad contra Anne. Ahora volvía apresurada de la cocina, y con la actitud de quien ha hecho un gran descubrimiento, declaró:

—Señora directora, acabo de comprobar que alguien se ha hecho ahora mismo un té en la cocina de la sala.

Todos los ojos se volvieron hacia Anne.

La directora, dominando su asombro, procuró dar a su voz un tono normal.

—¿Es cierto que ha ido a la cocina a hacerse té mientras debía estar atendiendo al enfermo?

Anne hizo un esfuerzo por sostener la mirada de hielo de la directora. Si contestaba a semejante pregunta, su hermana Lucy estaba perdida.

—Pues... —empezó a decir con voz insegura, buscando el modo de salvar a su hermana. Pero las fuerzas le fallaron y no pudo continuar. Una nueva pregunta llegó inexorable, acusadora:

—¿Qué hora era cuando se obstruyó el tubo?

Esta pregunta era más peligrosa que la anterior, porque contestarla con veracidad significaba el fin de Lucy, de la pobre Lucy, su hermana del alma. Anne lo vio claramente, inequívocamente, con toda la intensidad y todo el alcance de sus consecuencias. Lucy aún no tenía el título de enfermera. Esto significaría el fin de sus esperanzas, el término de su carrera cuando todavía ni siquiera había comenzado. Todo el profundo instinto de amor y protección que se encerraba en el corazón de Anne se alzó en el acto, insobornable. Su decisión fue rápida; ni siquiera se detuvo a reflexionar. Se puso a hablar en tono frío y mesurado, como si presentase un simple informe. Por el bien de Lucy, mintió deliberadamente, echando sobre sí todo el peso de la culpa.

—Faltando cinco para las seis me sentí cansada y pensé que necesitaba una taza de té. Estaba convencida de que el enfermo se hallaba perfectamente. Cuando Lucy entró de servicio, vino a llamarme y entonces vi lo que había ocurrido. Hicimos cuanto era posible... —sus ojos se desviaron hacia el reloj de la sala y luego volvieron a sostener valerosamente la mirada de la directora—. Hemos trabajado intensamente durante tres cuartos de hora. Pero todo ha sido... inútil.

Un ronco e indescifrable sonido salió de los secos labios de la enfermera Gregg, mientras el doctor Hassall mascullaba una exclamación de disgusto. A continuación hubo un prolongado silencio. Anne seguía manteniéndose erguida. Lucy, por el contrario, se apoyaba en la baranda del lecho. Parecía haberse quedado muda. Por fin, la directora dijo a Anne en tono glacial:

—Váyase a su habitación. Ya nos ocuparemos de usted más tarde.

IV

Las horas transcurrían con exasperante lentitud para Anne, que seguía confinada en su habitación. Ésta era reducida, estrecha, y estaba situada al final de un pasillo en la residencia de enfermeras; pero, a pesar de su sombrío y desagradable aspecto, era cómoda y estaba limpiísima. Había sido su hogar durante tres años. Allí reposaba cuando ponía fin, rendida, a su jornada de trabajo. Allí despertaba al amanecer, día tras día. Allí estaban los pocos objetos que poseía: un retrato de sus padres, otro de un grupo con sus compañeras de colegio, los viejos cepillos de tocador montados en plata que pertenecieron a su madre. Pero ahora le parecía que aquella habitación no era la suya. O que ella no pertenecía a aquella habitación. Súbita e inexplicablemente había sucedido una cosa tremenda que perturbaba su dulce relación con aquel rinconcito que hasta entonces había sido para ella tan grato.

¿Qué le ocurría? Su inteligencia, como embotada, se negaba a funcionar debidamente. Su oído, en cambio, agudizado, percibía los lejanos rumores de la actividad diaria del hospital. Pero iban pasando las horas de aquel día interminable y angustioso, y nadie se acercaba a su habitación.

Hacia las tres de la tarde oyó un golpecito en la puerta, y sintió que el corazón le daba un vuelco. Se volvió rápidamente, entre esperanzada y temerosa. Quizás fuese la directora. Pero no. Era tan sólo la enfermera Jenkins la que entraba con los labios apretados y en las manos una bandeja. Dirigió a Anne una penetrante mirada, y, dejando entrever un afecto que en vano trataba de disimular, declaró:

—Naturalmente, yo no debiera estar aquí ahora. Ya lo supone usted, ¿verdad? Si me vieran, me armarían un escándalo más que regular. Pero no podía soportar que estuviese usted aquí muriéndose de hambre, ¡vaya!

—Muchas gracias, pero no tengo apetito.

—No sea estúpida. Para vivir hemos de comer, ¿verdad? Necesita tomar fuerzas para hacer frente a lo que se le viene encima, se lo aseguro. De modo que no haga tonterías y coma.

Obligada por estos apremiantes argumentos, Anne empezó a comer los emparedados y el cacao que su compañera había colocado en la mesa. Entre tanto, ésta, sentada en el borde de la cama, apretaba sus labios con más fuerza que nunca. Martha Jenkins, aquella mujer de cierta edad, aquella pequeña cascarrabias que parecía una pasa desecada, era un triste exponente del fracaso vital y profesional.

Seguramente pasaba de los sesenta años. Llevaba más de cuarenta ejerciendo como enfermera, y en todo ese tiempo, según propia confesión, «siempre había tenido que andar con las riendas al cuello y tascando el freno». Sin embargo, dentro de aquella pasa desecada, latía un corazón. La enfermera Jenkins sentía un gran afecto por Anne, pero antes hubiera muerto que confesarlo.

—En buen lío se ha metido usted —iba mascullando agriamente—. Y menuda

conmoción ha armado en este hospital. Aquí no se habla de otra cosa. La enfermera Gregg anda diciendo que tarde o temprano tenía que sucederle esto, y, refiriéndose a usted y su trabajo, dice que ella estaba segura de que no podía ser verdad tanta perfección.

—Sí, ella siempre me ha querido mucho —dijo Anne, con repentina amargura.

—¡Oh! Ya le he contestado como se merece —replicó Martha Jenkins—. Le cerré la boca a todos, diciendo que quién no está expuesto a equivocarse alguna vez.

Anne guardaba silencio. No era precisamente la defensa de esta buena mujer la que ella deseaba.

—¿Dónde está Lucy? —interrogó al fin.

—Está de servicio. Apenas despliega los labios.

Otro silencio.

—¿Qué cree usted que van a hacer conmigo? —preguntó Anne con voz sombría.

—Mucho me temo que no va a tardar gran cosa en saberlo.

Martha Jenkins daba unas cabezadas que no presagiaban nada bueno:

—Se ha convocado para las cinco una reunión extraordinaria de la junta del hospital.

Anne no hizo ningún comentario. En un súbito arranque de cariño, la enfermera Jenkins se inclinó hacia ella y le dio unos afectuosos golpecitos en el brazo. Su vieja cara arrugada se humanizó repentinamente.

—No se lo tome a la tremenda, querida. Lo más que pueden hacer es echarla. Y, fíjese bien, esto es lo mejor que puede ocurrirle —la vieja Martha se detuvo para tomar aliento—. Ya que estoy aquí, voy a, darle mi opinión. Sí, y también un consejo. El oficio de enfermera es un mal oficio. El peor que se ha inventado. No vuelva a acordarse de él en la vida. Hágame caso, que sé lo que le digo. Yo estoy ya, hasta la coronilla. ¿Cómo no, si me he estado matando en la profesión año tras año, durante toda mi vida? He cobrado siempre un sueldo mísero y siempre he comido un misérrimo rancho: ¿Y qué recompensa he obtenido al cabo de los años? Como que me llamo Jenkins, que no he podido ahorrar un céntimo en toda esta vida de esclavitud que he llevado y que arrastro todavía. Y cuando ya no pueda más, cuando mis reumáticos huesos se nieguen a seguir trabajando, me tirarán a la calle como se tira un zapato viejo, y no me darán ni un céntimo de retiro. No me quedará otro recurso que irme a un asilo. Y como yo, las hay a centenares. Es un escándalo que clama al cielo. Usted sabe que tengo razón, aunque sólo hace tres años que está aquí. Usted sabe que ésta es una vida de esclavitud. Piense en los suelos que fregó cuando era aspirante, en los dorados que tuvo que bruñir, en las inmundicias que tuvo que limpiar. Piense en todas las fastidiosas impertinencias de los reglamentos y ordenanzas: prohibido salir de noche, prohibidas las visitas en tu miserable habitación, prohibidos los cosméticos, prohibidos los cigarrillos, prohibidos los rizadoros, todo prohibido. Disciplina, disciplina y disciplina a todas horas. ¡Hay para volverse loca! Y los enfermos... —La voz de Martha Jenkins, expresaba ahora el más

vivo enojo—. ¿Verdad que son agradecidos, que son encantadores, que son verdaderos dechados? Cuando me acuerdo de las mujeres quejumbrosas que he friccionado con alcohol, me arrepiento de no haberles puesto la palangana por sombrero. En fin, lo dicho: ha sido usted negligente, descuidada; pero eso le proporciona la ocasión más dichosa de su vida. Márchese, querida, y no vuelva. Es usted muy bonita. Cásese con ese chico del garaje, que está enamorado de usted... Joe Shand se llama, ¿verdad? Tenga usted un hogar propio y un montón de hijos que cuidar; en vez de preocuparse de los ajenos. Ése es el trabajo que una mujer debe desear. ¡Ojalá yo hubiese podido hacerlo!

La vieja enfermera se calló, agotada por aquella explosión de sinceridad, tal vez un poco avergonzada por haber descubierto hasta tal punto el íntimo sentir de su corazón. Se produjo un silencio. Anne contemplaba a su compañera con grave intensidad, y por unos momentos, impulsada por el deseo de expresar la más firme convicción de su alma, se olvidó incluso de su situación. Como si hablara para sí misma, murmuró:

—Sé que es verdad gran parte de lo que me dice. Pero yo adoro mi trabajo. Es un trabajo maravilloso, un trabajo realmente trascendental. Es cierto que las enfermeras estamos mal pagadas y que hemos de renunciar a muchas cosas. Pero esa situación podría modificarse. Si fuésemos capaces de unimos, de luchar juntas, podríamos obtener mejores condiciones. Tratar de conseguirlo es una de mis mayores ambiciones. Pero aunque toda la vidauviésemos que trabajar en las más miserables condiciones, seguiría creyendo que vale la pena ser enfermera, de sacrificarlo todo a la humanidad doliente.

Anne se interrumpió de súbito y enrojeció hasta la raíz del cabello, azorada al recordar su situación y el hecho de que ella, la enfermera desacreditada, cubierta de oprobio, fuese la que hablaba del valor y la nobleza de su misión.

Y, en verdad, Martha Jenkins la escuchaba con una mirada muy especial. Se puso en pie, y, para despedirse, declaró:

—Todo eso es muy bonito en teoría, querida, pero en la práctica no da resultado. Siga mi consejo y lárguese cuanto antes, ahora que está a tiempo. —Y recogió la bandeja, preguntándole:

—¿Ha comido lo suficiente? Bien. Pues me marcho. A las cuatro vuelvo a entrar de servicio. Los viejos, que se fastidien. Buena suerte con los de la junta.

Y, tras un rápido gesto de saludo, salió de la habitación.

Cuando volvió a quedar sola con sus pensamientos, Anne comprendió con renovada intensidad cuan dolorosa resultaba su equívoca situación. Martha debía de pensar que era una redomada hipócrita. Con todo, su decisión se hizo más firme, si cabe. Por nada del mundo se volvería atrás. Estaba resuelta a proteger a Lucy, costara lo que costase.

A las cinco y media llegó, por fin, el tan esperado y temido momento de ser llamada por la directora, y tuvo que ser precisamente la enfermera Gregg quien se

presentará con el recado. Aunque no se dignó decirle muchas palabras, el tono fue duro en extremo. Anne sentía fuertes latidos en las sienes, en los oídos, como si redoblara un tambor dentro de la cabeza, mientras cruzaba el patio, recorría el pasillo del edificio de la administración y entraba en el despacho de la señorita Lennard.

La directora estaba sentada ante su mesa de escritorio, y, tras otra larga mesa, de espaldas a la ventana, se hallaban los cuatro miembros de la junta del hospital. Amos Green, el representante minero; Weatherby, el dueño de las carbonerías; Sam Staples, el comisario de subastas, y el reverendo David Perrin. Todos clavaron en ella sus miradas escrutadoras, mientras sus rostros; extrañamente impasibles, no reflejaban la menor emoción. Sentado junto a la directora, haciendo como que examinaba unos papeles, se hallaba el doctor Hassall, el cual ni siquiera levantó los ojos para mirarla. Toda la habitación estaba impregnada de un fuerte olor a tabaco y una densa masa de humo flotaba junto al techo. Esto le hizo comprender a Anne que la junta del hospital llevaba bastante tiempo reunida. Aunque era valiente, los ánimos le flaquearon al ver que la directora no la invitaba a sentarse.

Por unos momentos reinó el más completo silencio. Al fin, la directora hizo un movimiento y empezó a hablar:

—Enfermera Lee, hemos estado examinando su caso, y le aseguro que ha sido una penosa tarea. Ahora tengo que preguntarle delante de la junta si tiene algo que alegar en su disculpa.

Anne se estremeció de pie a cabeza. ¿Qué podía ella alegar que no fuese una acusación para Lucy? Los miembros de la junta parecían los magistrados de un tribunal.

—Realmente, no tengo nada que alegar —tartamudeó.

—¡Nada! —exclamó Amos Green—. ¡Santo Dios! ¿Ni siquiera puede usted presentar la menor excusa por su acto abominable?

Anne dirigió al rechoncho representante minero una mirada de dolorido reproche. Había sido amigo de su padre, y a ella, cuando era niña, le había regalado bombones muchas veces.

El reverendo Perrin le preguntó con mayor suavidad:

—No querrá damos a entender que es usted totalmente culpable, ¿verdad?

Con una sensación de ahogo en el pecho, Anne se limitó a asentir con la cabeza.

Los miembros de la junta unieron sus cabezas y hablaron a media voz. Finalmente, Anne oyó que Weatherby, el presidente, decía:

—¿Para qué seguir discutiendo? —Y, dicho esto, hizo una seña a la señorita Lennard.

La directora se humedeció los resecos labios. Su aspecto era de extrema tensión y, a la vez, de gran abatimiento. El suceso había sido para ella un golpe durísimo y aquella entrevista constituía una terrible prueba. Sin embargo, ya pesar de que se había propuesto mostrarse lacónica y fría, no le fue posible dejar de manifestar en parte sus sentimientos.

—Enfermera Lee, no encuentro palabras para decirle cuán profundamente me ha afectado este suceso. Que una de mis enfermeras, que usted, precisamente usted, Anne Lee, haya cometido semejante infracción de las normas de conducta profesionales... —la voz y las fuerzas le fallaron y tuvo que detenerse, haciendo un desolado gesto con las manos.

En este punto, el doctor Hassall que estaba de frente a la ventana, volvió su grave figura y su rostro ancho y curtido, y se expresó duramente.

—Es inútil que busque las palabras, señorita Lennard. No existe el calificativo adecuado —y, al fin, fijó la vista en Anne:

—Se ha perdido una vida humana, malbaratada por su inaudita y culpable negligencia. Y, no obstante, se queda usted ahí, muda como una estatua. No se quedaría así, si hubiese estado en mi puesto, cuando tuve que darle la noticia a la madre del niño. ¡Es el colmo! ¿No tiene nada que alegar en su disculpa?

Viendo concentradas sobre ella todas aquellas miradas acusadoras, Anne sintió un tremendo deseo de gritarles la verdad, de rehabilitar su conducta. Este anhelo de apartar de sí el afrentoso baldón, fue la mayor tentación de su vida.

Con un formidable esfuerzo rechazó aquel impulso y continuó en silencio, con los ojos clavados en el suelo, temblando visiblemente. La directora cambió una mirada con el doctor Hassall y con el presidente. Involuntariamente, lanzó un suspiro antes de proseguir:

—Siendo así, tiene usted que aceptar las consecuencias. No hay manera de evitarlo. Queda usted despedida y deberá abandonar el hospital inmediatamente, mañana lo más tarde —hizo una pausa para tomar aliento y prosiguió con voz agitada—. Únicamente su hoja de servicios la ha salvado de un castigo peor, el de retirarle el título de enfermera. Alguien de la junta deseaba que este caso fuese presentado ante el tribunal de enfermeras; pero en consideración a su buena conducta anterior hemos decidido silenciar el asunto. Puede usted expiar su culpa y rehabilitarse trabajando en otro sitio. Eso ya es cosa suya. Claro está que no puedo darle ningún certificado de buenos servicios. Y tampoco deseo volver a verla. Adiós.

Anne miró a la directora sin verla, con los ojos arrasados en lágrima. Era in momento insufrible verse condenada y despreciada por aquella mujer buena e inteligente que la había seleccionado y alentado, y cuya consideración estaba cierta de haber sabido conquistar. Pero ¿qué podía hacer para evitarlo? Nada, nada en absoluto. Anne dio media vuelta, y las lágrimas contenidas rodaron al fin por sus mejillas. Mientras se dirigía a la puerta, el doctor Hassall la despidió con esta última andanada

—En el mundo no hay nada tan malo como una mala enfermera, ni tan bueno como una buena enfermera. Recuérdelo, señorita Lee. Recuérdelo usted, durante toda su vida.

Una vez fuera del despacho, Anne se enjugó los ojos furtivamente, y, saliendo por la puerta trasera, se dirigió al edificio de la residencia. Tuvo la suerte de no encontrar

a nadie en el camino. Jadeante, y apretándose el costado como si hubiera sido una larga carrera, llegó a su habitación. Lucy estaba allí esperándola.

—¡Anne! —gritó al verla—. ¿Qué ha pasado? No pude acercarme a ti en todo el día. Esa maldita me tuvo de servicio hasta las cinco. Dime. ¿Qué ha pasado?

Anne no respondió. Tenía la cara lívida y la mano todavía apretada contra el costado. Le resultaba materialmente imposible pronunciar una palabra.

—Por el amor de Dios —la apremió Lucy—. Habla. ¿Qué ha pasado?

—Nada. —Respondió al fin lentamente, y su voz sonó como si viniera de muy lejos—. Me han expulsado. Me ha echado a puntapiés. Eso es todo.

—Expulsada. —Una expresión de alivio apareció en el rostro de Lucy—. ¿Nada más que eso?

—¿Te parece poco?

—¡Oh, no, claro que no! —exclamó Lucy con gesto forzosamente compungido—. Pero es que llegué a pensar que tal vez habría un proceso, que vendría la policía..., qué sé yo, cosas peores aún... Estaba ya diciéndome que debía confesar la verdad... Me temía que hicieran contigo algo terrible.

Anne se volvió en redondo, con fiereza, y se encaró con su hermana. Su indignación se desbordó violentamente, en un arrebato.

—Debiste pensar un poco más esta mañana; no ahora. Así no habría muerto aquella pobre criatura. ¡Oh! ¡Es espantoso, espantoso! ¡Me parece una horrible pesadilla! No puedo convencerme de que sea verdad.

Lucy se irguió y toda su figura adquirió una gran rigidez.

—Todavía no es demasiado tarde para decir la verdad —respondió secamente—. Si quieres, confesaré. No creas que tengo miedo de hacerlo. Ahora mismo iré a ver a la directora.

—No te creería —le replicó Anne con aspereza—. Ahora se figuraría que eras tú la que tratabas de salvarme a mí.

En la pequeña habitación reinó un penoso silencio, un silencio lúgubre, opresivo, prolongado. Anne miraba sin ver a través de la ventana, con una expresión de infinita amargura. Lucy se mordía los labios con rabiosa terquedad. Pero de pronto, los ojos de las dos hermanas se encontraron y entonces Lucy, con un grito de sincero arrepentimiento, se arrojó en los brazos de Anne.

—¡Oh, Anne! ¡Cuánto siento lo que hice! ¡De veras que lo siento! No sé cómo pudo ocurrir. Ha sido un gesto magnífico que hayas cargado con la culpa. Yo no hubiera sido capaz de hacerla. ¡No, nunca! No tengo tanto coraje. Además, no habrían querido darme el título y habría perdido la carrera. Tú; en cambio, podrás encontrar trabajo en otra parte, y cuando me examine y obtenga el título, iré a reunirme contigo. De todas formas, tampoco deseábamos estar aquí mucho tiempo, ¿verdad, Anne? ¿Verdad que no habríamos enterrado nuestras vidas en un rincón como éste? Pero, naturalmente, si tú quieres, confesaré...

Mientras Lucy iba hablando y hablando, como en un arrebato histérico, Anne la

tenía abrazada y le acariciaba la cabeza, apaciguándola con gesto maternal. Queriendo tanto a su hermana, lo único que podía hacer era lo que había hecho. Apretó el brazo más fuertemente, más protectoramente en torno a la cintura de Lucy. Se sentaron juntas en el borde de la cama, de cara a la ventana... y de cara también al lejano horizonte de su porvenir, mientras algunas luces empezaban a puntear la oscuridad en la distante población.

—¿Adónde irás? —murmuró Lucy al cabo de un rato.

Anne ya tenía prevista esta eventualidad. Siempre había pensado que llegaría el momento en que tuviera que ir a buscar empleo en una gran población. El momento había llegado, mucho antes y de un modo más triste de lo que ella esperaba.

—Iré a Manchester —le dijo, apretándole la mano con gesto tranquilizador—. Vamos, no te preocupes más. Pronto encontraré trabajo, pues creo que allí abunda. Y además, no me tendrás demasiado lejos, hermanita.

—¡Qué pena que nos tengamos que separar! —exclamó Lucy lloriqueando.

—Pronto vendrás a reunirme conmigo, querida. Ya lo verás.

Por unos instantes, volvieron a guardar silencio. Al fin Anne habló de nuevo, un poco vacilante. Su voz sonaba gravemente en la oscuridad de la habitación.

—Quiero que me prometas una cosa, Lucy. Si te parece que he hecho algo por ti, haz tú esto por mí. Prométeme que nunca más volverás a ser negligente. Prométeme que te rehabilitarás ante ti misma, que repararás tu descuido. Prométeme que serás una buena enfermera.

—Te lo prometo —murmuró Lucy, conteniendo los sollozos.

Ya no faltaba más que despedirse. Lo cual fue, en verdad, bastante penoso. Cuando Lucy hubo salido, Anne cerró la puerta con llave y empezó a hacer la maleta. Estaba decidida a marcharse al día siguiente al amanecer. No lo hacía por despecho, sino porque no se veía con ánimos para soportar el encuentro con las demás enfermeras en la sala común, sus comentarios, sus palabras de condolencia o de censura. Así, pues, lo mejor era cortar rápidamente por lo sano. Pero no había contado con la buena voluntad de sus compañeras. Después de cenar en el refectorio, todas acudieron, una tras otra, en largo desfile, a llamar a su puerta y a decirle una palabra de adiós. La única nota discordante la dio la enfermera Gregg, que asomó su pálida cara de chismosa para decir con encubierta malicia:

—Tal vez volvamos a vernos algún día, enfermera Lee. No es fácil que la olvide.

Pero la sincera condolencia de las demás suavizó un poco la aflicción de Anne.

No obstante, cuando todo hubo terminado, a Anne le dolía la cabeza de un modo horrible. Y el corazón también. ¡Eran tantas las cosas que habían ocurrido en unas cuantas horas...!, tantas y tan inesperadas y horribles. Con todo, aún le quedaba una por hacer.

A las once, cuando las enfermeras de turno de la noche hacía ya una hora que estaban cada cual en su sala respectiva y todas las luces se habían apagado en la residencia, Anne abrió la puerta de su habitación, bajó la escalera sin hacer ruido y se

deslizó sin ser vista por el patio, hacia un pequeño edificio de piedra que se alzaba, aislado como una diminuta capilla, junto al muro exterior del recinto. Era el depósito de cadáveres.

Entró sin temor alguno. Y allí permaneció durante unos momentos, que pasaron sin que ella se diera cuenta, mientras, con el rostro en tensión, contemplaba lo que aquella silenciosa estancia contenía. Pensó cuán triste era la muerte de una criaturita, y más aún, siendo una muerte que se habría podido evitar. Sintió que el corazón le palpitaba dolorosamente en el pecho y que su alma rebosaba amargura y compasión. Y rezó tan fervorosamente como jamás había rezado en su vida, por su hermana, por sí misma y por el futuro de ambas; rezó para que, cada una por su parte y las dos juntas, pudieran expiar aquel tremendo error de Lucy. Después, singularmente consolada, regresó a su habitación para acostarse.

V

Un cuarto para las seis de la mañana siguiente, el despertador empezó a sonar en la mesilla de noche de Anne. Ésta se levantó, y, después de vestirse rápidamente, cogió la maleta y salió de su habitación. No deseaba tener una dramática escena de despedida a aquellas horas. De aquí que, al pasar ante el cuarto de su hermana, deslizará por debajo de la puerta una nota que había escrito, confiando en que Lucy sabría comprender. Después de bajar la desierta escalera, cruzó por última vez las puertas del Hospital Provincial.

Caía una lluvia mansa y fina, una lluvia que llegaba del mar y salpicaba de brillantes gotitas sus cabellos y su impermeable azul. Mientras avanzaba por la carretera que conducía a la población, dejando atrás el alto muro que rodeaba el recinto del hospital, no se atrevió a volver la cabeza; temía no poder contener las lágrimas. Había sido tan feliz en aquel modesto hospital provinciano, que le había tomado un gran afecto. No obstante, fue lo suficiente razonable para decirse que tenía ante ella todo el porvenir. Entonces asió fuertemente el asa de la maleta, reunió todos sus ánimos y, valerosamente prosiguió el largo camino.

Sin embargo, a cosa de medio kilómetro, su marcha se vio interrumpida. El agudo sonido de un claxon la hizo detenerse con extrañeza; en seguida, un viejo Ford giró en redondo sobre los húmedos adoquines y se detuvo junto a ella. Era el coche de Joe Shand. Al cabo de un segundo, el propio Joe soltaba el volante y, saltando del asiento, se plantaba ante ella con sus cabellos rubios al aire y su baja figura cubierta con un sucio mono de mecánico, mostrándole su cara redonda y bonachona que tenía una expresión preocupada, casi patética, completamente insólita en él. Estuvo unos momentos mirándola sin saber qué decir, y, al fin, murmuró:

—Ya sabía yo que querrías tomar el tren de las seis y media.

Hubo un breve silencio. Anne meditaba sobre todo lo que entonces ocultaba aquella frase. Lentamente, preguntó:

—Entonces, ¿sabías que me marchaba?

—¡Claro! Todo el pueblo sabe...

Joe se detuvo en seco, pero ya era tarde. Anne había comprendido perfectamente. Todo Shereham estaba ya enterado de su despido, y, sin duda, se chismorreaba acerca de él en todas partes. Era un amargo trance para Anne. Se mordió los labios. Luego dijo:

—Tengo que darme prisa, Joe. Por poco que me retrasara, perdería el tren.

—¡Oh, no! —protestó él, confuso—. Por eso he venido. No puedo permitir que vayas cargada con la maleta. Y además, si tomas el tren de las seis y media, tendrás que hacer trasbordo y esperar cincuenta minutos en el empalme de Grimthorpe. Anne, déjame que te lleve en el coche hasta el empalme. Para mí es facilísimo..., son cincuenta kilómetros nada más..., y a ti, en cambio, te evitará muchas molestias...

Anne contempló aquel rostro vulgar y noblote que transparentaba todos sus pensamientos. Lo que decía era verdad. Si accedía, ganaría tiempo y se evitaría molestos encuentros en la estación.

—Gracias, Joe —le contestó, aceptando con serena gratitud—. Es muy propio de ti haber pensado en este detalle.

Poco después ambos volaban ya en dirección a Grimthorpe. Joe conducía maravillosamente. Ésta era su única aptitud. Tenía profundos conocimientos de mecánica y de todo lo referente a los automóviles. Era su oficio. En todo lo demás era torpe y desmañado. Ahora conducía en silencio. Observando su agradable perfil que demostraba un carácter más bien débil, Anne comprendió que estaba profundamente preocupado, y por lo mismo que la preocupaba a ella. Conocía a Joe Shand desde la infancia. Los tres, Joe, Lucy y ella, habían ido juntos al colegio, juntos habían robado nidos en los bosques, juntos habían cantado en el coro de la iglesia, juntos habían crecido. Cuando Tom Shand, el padre de Joe, que era dueño del «Garaje Shereham», cayó enfermo de artritis, enfermedad que le convirtió en un inválido condenado a vivir en la cama, ella lo había cuidado. Y cuando periódicamente iba al hospital, ella le daba las sesiones de diatermia y le aplicaba todo el tratamiento eléctrico. El viejo Tom, con estrategia casi femenina, lo había intentado todo para conseguir que fuese su nuera. Le decía con frecuencia que Joe necesitaba una mujer buena y de carácter, que moldeara su débil temperamento. En cuanto a Joe, por el que ella sentía un verdadero afecto, le había pedido tantas veces que se casara con él, que esto había llegado a ser para Anne una verdadera y constante pesadilla.

Se hallaban ya a más de diez kilómetros del pueblo, cuando Joe, al fin, se decidió a exteriorizar confusamente su preocupación.

—¡Anne! No he logrado entender nada de este maldito asunto. Lo que la gente dice por ahí es algo que no tiene pies ni cabeza. Por ejemplo: Amos Green anoche vino a casa. No le creo en absoluto. Por el amor de Dios, Anne, explícame tú lo que ha pasado.

Anne movió la cabeza negativamente, con firme resolución.

—No quiero hablar de este asunto. Es cosa pasada. He decidido dado por cancelado.

Conduciendo por instinto, Joe apartó la vista de la carretera por unos segundos.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

Un breve silencio. Para Joe, los deseos de Anne eran siempre órdenes. No obstante, esta vez no pareció quedar satisfecho. Y de nuevo rompió el silencio.

—Pero esta partida... no me gusta nada. Mejor dicho, me disgusta enormemente. No veo la razón. ¿Por qué motivo? ¡Señor!, ¿tienes que marcharte? Dime, por el amor de Dios, Anne, por qué quieres marcharte.

—Y, ¿qué motivo hay para que me quede? —replicó ella.

Y en seguida, aunque demasiado tarde, comprendió que aquello era precisamente

lo que no debía haber dicho. Él aprovechó en el acto la oportunidad.

—Pues el motivo de que yo deseo que te quedes. Porque quiero que te cases conmigo. Te necesito, Anne. Contigo sería capaz de hacer algo..., de reorganizar y engrandecer un viejo negocio. Podría llegar muy alto. Y además... —Joe se puso colorado hasta las orejas—, además, te quiero. Tal vez podría serte útil en este apuro en que te encuentras...

Anne se sintió conmovida por esta prueba de lealtad, y estuvo casi tentada de abandonarse y abandonarlo todo, buscando un hogar y una seguridad junto a Joe. Sin embargo, algo la contuvo, algo impreciso, algo muy tímido y profundo. Y contemporizando para ganar tiempo, respondió:

—No me pidas eso precisamente ahora, Joe. Ya comprenderás que estoy muy trastornada. Más adelante, quizá..., si es que sigues resuelto a pedírmelo...

La cara de Joe enrojeció más todavía; abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrada sin decir nada, conteniéndose con un esfuerzo que en él resultaba sobrehumano. Anne acababa de darle esperanzas, cosa que jamás había hecho anteriormente. Por lo tanto, no debía malograr aquel momento diciendo alguna torpeza. Disminuyó la velocidad, deseando prolongar el tiempo de estar solo con ella. Llegaron al empalme de Grimthorpe cinco minutos antes de que pasara el expreso. Apenas tuvo tiempo de comprarle unos periódicos y revistas en el quiosco de la estación. El tren había aparecido ya en la curva. Segundos después, Anne, ya en su departamento, le decía adiós por la ventanilla.

—Cuídate mucho, Joe —le aconsejó afectuosamente.

Y como última y más importante recomendación, le gritó en el momento de arrancar el tren:

—Y cuida de Lucy también.

El viaje hasta Manchester, a través de una hosca región industrial envuelta en humo y empapada por la lluvia, fue triste y desagradable. Las altas chimeneas se alzaban por todas partes surgiendo entre montones de escorias y residuos. Los pueblos, de aspecto ingrato y sombrío, sufrían el azote del mal tiempo y estaban tiznados de hollín. Pero no era el paisaje ni el tiempo lo que ocupaba la atención de Anne, sino otras cosas más importantes para ella. A pesar de que el suceso que acababa de conmover su existencia era un golpe durísimo, tremendo, estaba resuelta, como le había dicho a Joe, a darlo por cancelado. Cogiendo el «Diario de las Enfermeras», se puso a leer con atención y detenimiento las páginas de anuncios. Mientras lo hacía, su expresión fue cambiando gradualmente, Y al final tenía el ceño fruncido con un profundo pliegue de preocupación. Nada: no había ni un solo anuncio que ofreciese una plaza de enfermera en Manchester. Esto representaba un grave contratiempo. Necesitaba imprescindiblemente encontrar trabajo en seguida, pues lo que menos deseaba en el mundo era irse a una pensión a esperar que le saliera trabajo. Si así procedía, no tardaría en quedarse sin un céntimo. Los ojos se le ensombrecieron al pensar en el dinero de que disponía. Su sueldo como enfermera

principiante había sido de doce libras al mes. En tres meses de trabajo difícil, penoso y agotador, había ganado exactamente treinta y seis libras. Después de comprarse zapatos, medias y otras cosas imprescindibles, y de haber hecho algún regalito a Lucy en fechas señaladas, es evidente que no podía quedarle ninguna fortuna. Aun prescindiendo de que sus reservas de vestuario eran muy escasas, con el capital de que disponía no podría mantenerse ni siquiera un mes, incluso administrando el dinero con la más rígida economía.

Llena de angustia, cogió «El Clarín», el periódico local de Manchester. Lo abrió por la página de anuncios y en el acto su rostro se iluminó. Encabezando la primera columna podía leerse el siguiente anuncio:

Enfermeras. Muchachas jóvenes y fuertes con o sin práctica, se desean en la Fundación Hepperton. Presentarse a la señorita East, directora.

«¡Oh!, ¡qué suerte, qué suerte tan grande! —se dijo Anne—. ¡Haber tropezado con este anuncio precisamente hoy!».

Sus pensamientos volaron hacia el porvenir y, alegremente, se puso a hacer planes basados en el hallazgo. Al notar que el tren disminuía la marcha, alzó la vista, como volviendo a la realidad. Estaba llegando a Manchester. Cuando el convoy se detuvo en la estación, dejó su maleta en la custodia y rápidamente se echó a la calle en busca del Hospital Hepperton.

VI

El hospital, al que Anne llegó en tranvía, se hallaba en la parte sur de la ciudad, intrincado laberinto de calles y callejuelas, donde pululaba una oscura humanidad forcejeante. Era un barrio de obreros. Casas de vecindad, tiendas, fábricas, carritos de vendedores ambulantes, casas de empeños, tabernas, tranvías chirriantes, carros estruendosos, hombres con gruesas chaquetas y fuertes botas, mujeres apresuradas envueltas en chales y toquillas, niños que salían corriendo de oscuros callejones... Un barrio rebosante, hirviente de vida. Y en el centro de él, como una cárcel, la mole alta, alargada, enorme, del hospital de ladrillos amarillentos. Anne advirtió que era muy distinto al pequeño y hogareño Hospital Provincial de su tierra, y se sintió como aturrida ante tantas y tantas hileras de ventanas, y embargada por una especie de pavor. ¡Qué edificio tan grande! Y, a la vez, qué gran oportunidad para adquirir experiencia, entre tantos pacientes y doctores, auténtica y profunda experiencia de su profesión. Reconfortada por una taza de café y un bollo, tomados en un quiosco de las cercanías —pues todavía estaba en ayunas—. Anne se encaminó a la caseta del portero y, en tono resuelto, solicitó ver a la directora. Su petición fue atendida con mayor facilidad de lo que esperaba. Tuvo que llenar un formulario y esperar durante algún tiempo, pero poco después de las once la condujeron en un jadeante ascensor hasta el piso sexto y luego, a lo largo de un sombrío corredor pintado de color ladrillo, al despacho de la directora.

Si bien el interior del hospital era mucho más anticuado de lo que Anne había supuesto, la directora, señorita East, estaba muy lejos de asemejarse a una reliquia de otros tiempos. Era una mujer de unos cuarenta años, maciza, rechoncha, con un busto firme, unos brazos cortos, andares de pato y una cara congestionada, que se asemejaba algo a la de un perro de presa. Daba la impresión de ser una mujer mandona, inquieta y de una impetuosa y colérica energía.

Al recibir a Anne no perdió el tiempo en vanas palabras, sino que, cuadrándose con el gesto de un boxeador, fue al grano directamente. Mirando el formulario, declaró:

—Desea usted trabajar aquí. Se llama Anne Lee y ha estado tres años en el Hospital Provincial de Shereham. Un hospital de campo, ¿eh? Obtiene el título y se larga. A eso le llamo yo morder la mano que la alimenta. Sí, sé muy bien lo que es la ingratitud. La he visto con mis propios ojos durante toda mi vida. Cuento con ella y de ella me aprovecho. A ver, ¿dónde está su título?

Anne presentó el documento. La directora lo cogió, le echó una ojeada, y, asintiendo con un movimiento de cabeza, se lo devolvió. Frotándose la áspera piel de una mejilla, le soltó, rápida como una ametralladora:

—Está en regla: Bien, veremos si sirve. Preséntese a la enfermera Gilson, que es la jefa de la sala C, sección cirugía. Mañana le harán el reconocimiento médico. Una

advertencia aquí no tolero la menor tontería, no lo olvide. Medio día libre a la semana, si tiene suerte; y si no la tiene, horas extraordinarias. Prohibido fumar, pintarse y perfumarse. Y tendrá que dormir en un aposento para varias enfermeras. Vaya a entregar esta hoja a la señorita Gilson. Puede retirarse.

La directora terminó su parlamento haciendo sonar la campanilla que tenía sobre la mesa, y Anne se encontró en la puerta sin haber dicho esta boca es mía. A pesar del tono amenazador de la directora, salió de la entrevista con una profunda sensación de alivio. No le habían hecho preguntas embarazosas, no le habían pedido ninguna clase de informes ni certificados de conducta. De aquí que dejara de temblar. Vagamente, comprendió que aquella autoritaria directora andaba escasa de personal y necesitaba a toda costa enfermeras. Así se comprendía que no le interesara mostrarse demasiado escrupulosa en pedir antecedentes de las candidatas. Esta idea era humillante para Anne, pero, a despecho de ello, su corazón se reanimó. Estaba admitida, volvía a tener trabajo, era joven y tenía toda una vida ante sí.

La sala C se hallaba en un extremo del ala norte; en realidad eran dos salas enlazadas por un quirófano central. La enfermera Gilson, a la que Anne se presentó, era una mujer de aspecto fatigado que la aceptó tan maquinalmente como lo había hecho la directora. En tres minutos, mientras repasaba las hojas del régimen alimenticio de los operados, le dijo:

—Entrará usted de servicio esta misma tarde. Hoy es día de recibo de enfermos. En este momento tenemos muchos y estamos algo escasos de personal.

La jefa de sala detuvo a una enfermera que pasaba, y le ordenó:

—Señorita Dunne, ya que acaba de terminar su servicio, acompañe a esta nueva enfermera a la residencia y ayúdela en lo que necesite. Que le den un número para la lavandería y búsquele sitio en alguna habitación.

Anne se puso en marcha acompañada de la enfermera Dunne, y mientras, atravesando un patio asfaltado, se dirigían a la residencia, que era un pabellón situado a cierta distancia del edificio principal, no cesaba de observar con disimulo a su compañera, que era la primera persona agradable que veía desde que había entrado en aquel sombrío lugar. Nora Dunne tendría unos veinticinco años y era regordeta y maciza, con la cara pecosa y risueña, y con unos negros ojos de irlandesa sombreados por largas pestañas y animados por un alegre fulgor que nada podía extinguir. También ella había observado a Anne, y, satisfecha sin duda del resultado, le sonrió como dándole la bienvenida.

—Conque tú eres la última víctima, ¿eh? Muchachas jóvenes y fuertes: esto es lo que necesita la Fundación para el exterminio de enfermeras. En fin, a juzgar por tu aspecto, me parece que podrás sobrevivir —la cara de desconcierto que puso Anne le hizo soltar una carcajada—. No sabes de qué estoy hablando, ¿verdad? Pues no te apures, que pronto lo sabrás: ¡Nuestro adorado Hepperton! ¡El hospital que es el asombro de nuestro siglo! Agua caliente y fría en todas las habitaciones, el desayuno se sirve en la cama, y todas las comodidades del hogar...

—En realidad, no me parece tan maravilloso —dijo Anne, con cautela.

—Y no lo es —respondió escuetamente Nora Dunne—. Por el contrario, es el colmo de lo intolerable. Alojamientos repugnantes, colchones duros como tablas, cucarachas en el maderamen, humedad de sótano. Las cañerías están destruidas. En la residencia no se puede tomar un baño caliente como no le pongas antes una postal a Mulligan, el conserje. Y en cuanto al rancho, se necesita estómago..., perdón, no estoy muy fuerte en fisiología..., quería decir «el buche», de un avestruz.

—Y de trabajo, ¿qué tal están?

—No podrás quejarte por falta de él, querida. Nuestra sala está siempre hasta los topes. Y tenemos un cirujano maravilloso. Prescott, que es una especie de demonio sombrío y silencioso que opera como un arcángel. Desde luego, es un cirujano estupendo. Por desgracia, la sala C no es la suya, pero alguna que otra vez nos manda a ayudarlo en las operaciones, y te aseguro que es algo formidable. —Nora se detuvo un instante para tomar aliento—. Por lo demás, el hospital padece de anemia perniciosa. Porque aquí la mayor dificultad es la falta de dinero. Fondos, reservas, pasta..., ¿comprendes? Vive enteramente de suscripciones públicas y éstas no alcanzan para nada, o para casi nada. El resultado es que todo anda escaso, escatimado y roído hasta los huesos. Aunque por fuera el edificio no tiene mal aspecto, está tan viejo, que cruje y se tambalea. ¡Si la gente supiese el aguante que tenemos las enfermeras de este hospital! Por eso estoy aquí todavía. Por eso y por la directora. Supongo que habrás quedado encantada de su estilo de mandar. Permíteme que te advierta, inocente polluelo, que ese estilo se mantiene los siete días de la semana. La dama es dura de roer. La llamamos el Hueso. También ella tiene sus quebraderos de cabeza; pero es tan terca que, si se empeña, es capaz de hacerte ver lo blanco negro.

—¿Y no hay nadie que intente mejorar esta situación? —preguntó Anne, pensativa, a su nueva amiga.

Nora hizo un mohín con la boca:

—Sí, creo que hay uno o dos. Prescott, especialmente, y eso que no conoce a fondo la lamentable situación de las enfermeras. Como vive en la luna, pensando en no se qué jaleos de fundar un hospital para operaciones del cerebro... Luego está Bowley, ése no es médico, es nuestro Matthew Bowley, el rey del algodón. Ya habrás oído hablar de él, sin duda. Dicen que no sabe los millones que tiene. Parece que se interesa por el hospital, y, además, es amigo de Prescott. Pero no hay nadie más que se avenga a cooperar en forma digna de mención. Pues ¿y la junta que tenemos? Cuatro viejos tacaños que sólo sirven para espantapájaros.

Mientras Nora seguía con su cháchara, llegaron a la residencia. Entonces, la simpática enfermera se volvió hacia Annie con una sonrisa más traviesa.

—Perdona mi atrevimiento, carita de ángel, pero me has sido simpática. Si eres capaz de resistido, ¿por qué no te alojas conmigo y con la enfermera Glennie? Nuestra habitación no está del todo mal y tiene tres camas. Te advierto que Glennie

ronca como un cerdo con vegetaciones (cada noche tengo que tirarle un par de veces los zapatos a la cabeza); pero si, a pesar de ello, aceptas, puedo arreglarlo para que te vengas con nosotras.

Animada por esta amistosa acogida, y como Nora también le había sido simpática a ella, Anne asintió inmediatamente con toda cordialidad.

—De acuerdo, compañera —le respondió alegremente—. Lucharemos juntas para reducir los ronquidos de Glennie.

La habitación adonde Nora la condujo se hallaba todavía tres pisos más arriba, al final de una escalera de caracol, y era una simple buhardilla bajo el tejado, con el suelo cubierto por un viejo linóleo agrietado por todas partes, y cuyo mobiliario lo componían únicamente tres malas camas con ruedas, tres viejas cómodas de madera barata y las tres de forma distinta, y dos palanganeros de hierro esmaltado. Con actitud divertida, Nora observaba la expresión de Anne.

—No pierdas los ánimos, monada. Ya verás cómo te acostumbras con el tiempo.

—Así lo espero.

Anne había procurado hacer alegre el tono de su voz, pero en su vida había visto una habitación tan mísera.

—No es el Ritz que digamos —prosiguió Nora, con la más cómica seriedad—. Pero te doy mi palabra de que es la habitación más digna de un perro que se puede encontrar en este dulce nido. ¿Quién no lo dejaría todo por venir aquí como enfermera, al ver este lujo asiático a sus más o menos lindos pies? ¿Digo bien, Glennie?

La enfermera a la que se dirigía acababa de llegar, envuelta en su amplia capa y con aspecto de fatiga. Era una escocesa alta, huesuda y de rojos cabellos, manos ásperas y agrietadas y mirada hosca y taciturna. Después de arrojar la capa a un lado, se tendió sobre la cama y encendió un cigarrillo con desenvoltura. A todo esto no quitaba ojo a Anne, a la que no miraba con desagrado.

—Bueno, voy a presentarlas —exclamó Nora con vivacidad—. Glennie, ésta es la nueva compañera. Se llama Anne Lee. Y a propósito, Anne, aquí fumar se castiga con la excomunión, pero a Glennie lo único que la mantiene viva es la nicotina y eso.

«Eso», según indicaba Nora con un gesto de su barbilla, era un retrato de Clark Gable colgado sobre su cómoda. Ella, al oír el nombre de su héroe, sorprendió a Anne dirigiéndole una desvaída sonrisa. Y esta sonrisa, por un extraño fenómeno, transformó aquella pelirroja cabeza de hoscas facciones, en un rostro humanizado, afable y un tanto gracioso.

—¿Verdad que es un encanto? —exclamó complacida, arrastrando las erres como arrastra a las piedras el arroyo—. También tengo su autógrafo. Y, además, me escribió una carta de su puño y letra.

A pesar de sus chanzas, tanto Nora como Glennie tenían algo que hizo comprender a Anne que había encontrado en ellas a unas amigas. Cuando, cinco minutos más tarde, las tres muchachas bajaron juntas al comedor, Nora se detuvo por

el camino, y, con sus zalamerías convenció a su paisano Mulligan, el conserje, de que fuese a la estación a recoger la maleta de Anne. Ésta se encontró, pues, aceptada, apoyada y alentada por dos compañeras desde el primer instante y por lo tanto, no se sintió aislada en su nuevo empleo.

En el umbral del comedor, Glennie se detuvo con gesto solemne y le preguntó a Anne con gran seriedad:

—¿Tienes mucho apetito?

—¿Por qué? —interrogó Anne a su vez, sin saber a qué venía aquello.

—¡Oh! Por nada —repuso Glennie con la misma seriedad—. Te lo pregunto únicamente porque, si no tienes mucho apetito, te aconsejaría el pavo asado. Es realmente exquisito.

A los pocos segundos Anne comprendió por qué Nora se moría de risa.

El refectorio de las enfermeras era una gran habitación fría y destartalada, con el inevitable pavimento de linóleo y una doble hilera de mesas a las que ya estaban sentadas unas cuarenta enfermeras. En la estancia flotaba un apestoso olor a grasa, cuyos vapores empañaban las amarillentas paredes y las ventanas enrejadas que daban a una tapia sin revocar. Dos silenciosas sirvientas de bastante edad, con delantales a rayas blancas y rojas, pasaban las fuentes en torno a la mesa. Mientras estudiaba para enfermera, Anne Había ido con sus compañeras de curso a visitar el hospicio de Shereham. El refectorio del hospicio era infinitamente mejor que aquél.

Estaba sentada entre sus dos amigas, y cuando le llegó su turno, pusieron ante ella la fuente de la comida o, al menos, como comida tuvo que aceptarla. Ciertamente que en el Hospital Provincial la comida era muy sencilla, pero la directora, señorita Lennard, se cuidaba de que fuese sana y estuviera caliente y sabrosa. Pero aquí la carne estaba fría, dura y llena de nervios; la salsa, acuosa e insípida; las patatas, parecidas a pasta de jabón, y todo, en fin, sabía al agua de fregar los platos. Como postre sirvieron un budín de color grisáceo y tan duro como una piedra. Era un triste régimen alimenticio para mujeres que trabajaban tan duramente. La mayor parte de ellas, con gesto de profunda apatía y como autómatas, iban tragando lo que podían. Y Anne, sintiendo sobre sí la mirada burlona de Nora y dominando su repugnancia, procuró hacer lo mismo.

A las dos debía entrar de servicio. Y, fuera cual fuese el gusto con que había comido, esto no disminuyó en absoluto su entusiasmo por el trabajo. Cinco minutos antes de las dos ya estaba en la sala C y cinco minutos después de aquella hora estaba ya convencida de que, si bien en otras cuestiones el hospital era deficiente, en la del número de enfermos superaba cien veces al hospital de Shereham. Aunque le gustaban todas las ramas de su profesión, sentía una afición especial por la cirugía, y en la sala C había cuando menos media docena de casos de operados que en Shereham no los habría podido ver ni en veinte años. Y no sólo esto, sino que como era el día de visita, continuamente llegaban a la sala nuevos enfermos. Y Anne empezó a trabajar con entusiasmo.

Durante más de dos horas estuvo en extremo ocupada. Un obrero entrado en años se presentó con varias costillas rotas por haberle caído una grúa encima: Fue para ella un trabajo interesante enyesarle y aliviarle los dolores. Después llegó una mujer de los barrios bajos, con la cabeza herida en una riña de taberna. Con un gesto de reproche, Anne le cortó el cabello y le vendó la herida. A continuación acudió un extraño enfermo abdominal, sospechoso de fingimiento. Luego tuvo que curar un brazo con quemaduras, al que aplicó una nueva clase de cera. Y así fue realizando un trabajo sumamente interesante y humanitario, que ora la sumergía en abismos de dolor y de inmundicia, ora la elevaba a cumbres de habilidad y entereza, de modo que iba conociendo por igual lo más sublime y lo más mísero de la vida.

A las cuatro y media, mientras se dedicaba a restablecer el orden en el botiquín, se vio súbitamente interrumpida en su tarea. Desde el otro lado de la sala oyó que alguien llamaba en tono imperativo:

—¡Enfermera!

Al volverse vio en la puerta a un hombre joven, vestido con elegancia, la raya del pantalón planchada impecablemente y partida con igual precisión la de sus cabellos, de un rubio desvaído. Era un hombre guapo y arrogante, algo efectista y teatral, y de su aplomo y su desenvoltura, se deducía que estaba convencido de ello.

—¡Enfermera! —llamó de nuevo, alzando todavía más la voz. Las mejillas de Anne se tiñeron de un repentino rubor, y, abandonando su tarea, se dirigió lentamente hacia él.

—¿Es que está sorda? —La pregunta fue hecha en tono altivo y grosero—. Cuando llamo a una enfermera, debe acudir al momento. Es usted nueva, ¿no?

—Sí.

Anne se limitó a pronunciar este monosílabo, aunque de buena gana le habría dicho mucho más, dejándose llevar de su indignación.

—¡Hum! —La exclamación dejaba traslucir una desmedida fatuidad—. Probablemente no sabe con quién está hablando. Soy el doctor Caley..., George Caley. El cirujano interno. La próxima vez que me vea entrar en la sala, se pondrá de pie y estará atenta a lo que le diga.

Anne estaba pálida como la cera. Si algún defecto podía achacársele, era el de su orgullo, y la insolencia de aquel mequetrefe le encendió la sangre y al ver que se sacudía con afectación una mota de la solapa, acabó de enfurecerse. Con fría mordacidad replicó:

—En la sala suelo estar siempre de pie, y, además, creo que presto atención. Pero tal vez prefiera usted que cuando lo vea entrar le haga una reverencia.

El médico se puso como la grana y le lanzó una mirada furibunda con el evidente deseo de intimidarla. Pero no lo consiguió y le dijo:

—No sea impertinente.

—Usted ha sido el impertinente conmigo —respondió Anne con vehemencia.

—¡Miente usted! —apretó los labios con ferocidad y añadió en voz alta y con

tono amenazador:

—Estaba usted en la sala sin hacer nada de provecho y distraída. Conque ándese con cuidado, porque, de lo contrario, daré parte al jefe y la pondrán de patitas en la calle.

Pálida como una muerta, Anne se mordió los labios rabiosamente, reprimiendo con un esfuerzo sobrehumano las violentas palabras que pugnaban por salir de su boca. Su situación no le permitía defenderse frente a semejante injusticia. No se atrevió, en una palabra, a correr el riesgo de ser despedida.

Cuando el médico vio que permanecía silenciosa, soltó una breve risita.

—Ya veo que ha sido provechosa la lección, señorita Insolencia. Pues bien, antes de que se retire, voy a darle todavía unas cuantas más. Quiero enseñarle a fondo las normas de esta sala, y cuando termine, comprenderá que no es usted más que un simple felpudo tendido a mis pies. Bueno, preste atención a lo que le digo, si es que no es imbécil del todo. El número cinco es un caso de *gastroenterostomía*. Esta mañana ha dado señales de *hematemesis*, y el jefe está preocupado por él. Quiero que lo vigile con suma atención, y si vuelve a tener hemorragias, avíseme en el acto, telefoneándome al Park Hotel, adonde tengo que ir a tomar el té. ¿Entendido?

—Sí.

Pareció que le arrancaban esta palabra a viva fuerza. Los ojillos de cerdo del doctor se clavaron en ella con insolencia.

—¿Qué es eso de sí? ¿No sabe que al dirigirse a mí debe darme el tratamiento de «señor»?

En el pecho de Anne se entabló una lucha tremenda.

Pero, al fin, tuvo que dominarse y refrenar su orgullo. Con los labios lívidos, pero con entereza, sostuvo la mirada del médico. Y en voz muy baja y grave, contestó:

—Está bien, señor.

El médico, plantado sobre sus gruesas y abiertas piernas, produjo con la lengua un chasquido gozándose en su triunfo, y luego, dando media vuelta, empujó la puerta de la sala y se fue. Anne permaneció unos momentos clavada en el suelo antes de volver al botiquín. Se sentía profundamente humillada y le temblaban las piernas. Aquél era su primer choque, y no sería el último, con el interno de la sala C.

VII

Al día siguiente se le hizo el examen médico y fue considerada apta por el doctor Sinclair, que era el cirujano jefe de la sala C, y a partir de entonces, a pesar de las muchas fatigas e incomodidades de su cargo, resolvió adaptarse para no perderlo. Poco a poco fue acostumbrándose y empezó a pisar terreno firme. El trabajo continuaba siendo sumamente interesante para ella, que aprendía sin cesar. El doctor Sinclair era un hombrecillo enjuto y de edad avanzada, con muchos hilos de plata en su barbilla doctoral, lo que no le impedía ser un excelente cirujano. Su mayor defecto era la timidez, que, a veces, lo movía a enviar algún caso dudoso a su colega Prescott, de la sala contigua. Además de su trabajo en la sala C, Anne era enviada de vez en cuando al servicio del quirófano, lo cual constituía su mayor satisfacción. El quirófano la atraía irresistiblemente; era algo que llevaba en la sangre y que la empujaba a poner en juego toda su destreza profesional, llegando incluso a provocar un forzado gruñido de aprobación de aquel pálido autómatas que era la enfermera jefe, señorita Gilson.

Las horas de servicio eran tantas y el trabajo tan fatigoso, que disponía de pocos momentos de ocio y de escasos incentivos para aprovecharlos. Su única evasión eran los ratos que dedicaba a pensar en su querida Lucy y a escribirle la historia completa y jocosa de su vida y ocupaciones. Además, su creciente amistad con Nora y con Glennie resultaba un eficaz baluarte contra la melancolía y un refugio en todos sus sinsabores, entre los cuales no era el menor la mezquina hostilidad del doctor Caley. Pero había momentos en que echaba extraordinariamente de menos a su hermana, en que se preguntaba con una mezcla de ternura y preocupación si Lucy querría ir a reunirse con ella en aquel hospital tan enorme y sombrío como un cuartel. Y entonces se hacía otra amarga pregunta: la de si el Hepperton era en realidad el sitio donde debía quedarse. En estas dudas se hallaba, al finalizar el primer mes de su estancia en el hospital, cuando ocurrió algo que levantó su ánimo y le infundió aliento; algo que produjo un cambio profundo en su vida.

Era un sábado por la tarde, y el primero de aquellos días sin par, piedras preciosas y raras en el calendario, en que disfrutaría de media jornada libre. Anne estaba tendida en su cama, descansando y arreglándose las uñas perezosamente, es decir, preparándose para una tarde de insólita diversión. Nora había logrado que le regalasen dos entradas para el «Teatro Comedia», entradas que la empresa enviaba regularmente al hospital, pero que casi siempre iban a parar a las manos de las enfermeras jefas o de los empleados más antiguos. De súbito, Glennie entró precipitadamente en la habitación, exclamando:

—La enfermera Gilson dice que vayas enseguida. Se ha armado un jaleo de mil demonios.

Incorporándose y apoyándose sobre un codo, con los ojos súbitamente

ensombrecidos, Anne empezó a mover los labios para hacer una pregunta, pero antes de que pudiese hablar, Glennie continuó:

—No, no se trata de ningún disgusto, aunque te extrañe. Es algo Sensacional... y con S mayúscula. El apéndice de Bowley ha dado la alarma de repente. ¡Nada menos que Bowley! Y Prescott lo ha traído aquí: ¿Te das cuenta de lo que esto significa? ¡El gran Matthew Bowley en la habitación privada de la sala! Pero ¿qué digo? Ya debe de estar en el quirófano. Ha habido citación extraordinaria de personal para una operación de urgencia. Un verdadero ejército. Y tú tienes el honor de haber sido elegida. ¡Esto es todo, jovencita! ¡Ah! Mi enhorabuena.

Con encontrados sentimientos, Anne se presentó a Gilson, la enfermera jefa. Aunque aquello fuese para ella un gran honor, era también una injusticia, ya que había tenido que sacrificar sus horas de asueto tan duramente ganadas. Pero al entrar en el quirófano de la sala B, olvidó su disgusto en la actividad febril de los preparativos. Saltaba a la vista que el acontecimiento se consideraba importantísimo. La directora en persona se hallaba en el quirófano dando órdenes con frenesí, acompañada de la enfermera Gilson, de la enfermera jefa de la sala B y ayudante de quirófano del doctor Prescott y de cuatro enfermeras especialmente escogidas. Dos hombres entraron cargados con pesados tubos de oxígeno; el anestesista conectó los de sus aparatos; en la estancia todo eran idas y venidas que agravaban la dificultad de poner el quirófano a punto en breves momentos. Pero, al fin, todo quedó listo, y el personal, con las botas y los guantes puestos. Tan sólo entonces hizo su aparición el doctor Prescott. Entró silencioso y rápido, sin darse tono ni provocar el menor revuelo, con una singular indiferencia, con esa fría actitud de quien parece no ver nada y, en realidad, lo ve todo. Una rápida mirada a su alrededor y nada más.

Aunque alguna vez se lo habían señalado en sus idas y venidas por el hospital, Anne no había visto nunca a Prescott de cerca. Ahora, en la proximidad que le imponía el quirófano, quedó desde el primer momento impresionada por su aspecto sereno y por su recia y vibrante personalidad. No era alto ni corpulento, pero tenía una figura esbelta y flexible que mantenía muy erguida. Sus facciones eran muy correctas; su expresión, invariablemente tranquila. Tenía el cabello espeso y oscuro; la barbilla, firme; pero lo más notable de todo era su mirada, reservada y penetrante a la vez. Aquellos ojos, de un azul casi glacial, parecían atravesar incluso las almas sin el menor esfuerzo.

Hizo una leve señal, y el paciente, ya bajo los efectos de la anestesia, fue introducido en una camilla de ruedas y colocado sobre la mesa de operaciones. El gran Matthew Bowley no era más que una figura humana cubierta de blancos lienzos, y todo lo que de él podía verse era un trozo de piel pintada de yodo. Inmediatamente, Prescott cogió un bisturí y efectuó la incisión preliminar.

Anne estaba más que acostumbrada al ambiente del quirófano. Había presenciado muchas operaciones, algunas realizadas con toda competencia por el doctor Hassall; otras, ejecutadas impecablemente por especialistas llamados desde el Hospital

Provincial. También había visto el admirable cuaderno de apuntes técnicos del que a la sazón era su jefe, el doctor Sinclair. Pero el caso de ahora era tan distinto como el champaña comparado con el agua; era algo deslumbrador, algo único, que le producía embriaguez sólo de contemplarlo.

Sin arredrarse ante la personalidad del enfermo, sin compartir la agitación general que obligó a la directora a retirarse un momento por no poder resistir la tensión nerviosa, Prescott realizaba su trabajo con una rapidez y una precisión realmente admirables. Una simple apendectomía hubiera dado lugar a una intervención sencillísima; pero aquella operación estaba resultando más complicada de lo que ninguno de los presentes había supuesto. No obstante, ni siquiera con un leve parpadeo reveló Prescott tales dificultades. El apéndice ya había sido extirpado, pero, por lo visto, su intuición de cirujano le impulsó a explorar en dirección al hígado. Avanzando con increíble rapidez a través de su primera incisión, descubrió la vesícula biliar y vio en ella señales de inflamación crónica, y Anne comprendió que el cirujano había decidido en el acto efectuar una resección a fondo. Conteniendo el aliento, seguía el proceso rápido y seguro de la operación. Como una de las veces la enfermera Carr, que era la *arsenera* del doctor en todas sus operaciones, se equivocara al entregarle un instrumento, Anne sintió ganas de gritar ante tamaña torpeza. Fue como si en la orquesta de un gran director, el primer violín hubiese dado de pronto una nota falsa. Prescott se limitó a detenerse; sin volver la cabeza, dejó caer el bisturí innecesario. El leve sonido del instrumento al chocar contra el piso fue un reproche más duro que un torrente de vituperios. A continuación, abrió su enguantada mano para recibir las pinzas que necesitaba. No habló ni una sola vez. En cuanto estaba en el quirófano no quería pronunciar ni oír palabras inútiles. Anne pensó: es orgulloso, frío y callado; pero ¡qué gran operador! Allí estaba el astro al que debería seguir; un médico, un cirujano, con propósitos definidos, con una intención comparable a la suya.

La operación tocaba casi a su fin; sólo faltaba coser la pared abdominal. De nuevo se detuvo, esperando la palabra sin la cual no podía continuar su trabajo. Aquella pausa, interrumpiendo el ritmo de la sinfonía orquestal, produjo un nuevo estremecimiento a Anne. La señorita Carr, ya un poco aturdida, miró a la enfermera cuyo cometido era contar las gasas. Ésta murmuró apresuradamente:

—Veinticuatro.

Volvió su maciza figura hacia Prescott y, presentándole la aguja, declaró:

—Todo en orden, doctor.

Anne sintió que se le helaba la sangre en las venas.

Esta vez no se trataba de una simple impresión de enojo, sino de verdadero terror. Aunque su obligación era tan sólo sostener el irrigador, no había perdido detalle de la operación. Casi inconscientemente había contado las gasas que se iban retirando, y, según su cuenta, no se habían retirado las veinticuatro empleadas en total, sino sólo veintitrés. ¡Faltaba una!

Paralizada de terror, vio como Prescott daba el primer punto de sutura y, entre tanto, comprendía que nadie más que ella había notado la equivocación de la enfermera. Todas las reglas la obligaban a callarse, pero se dijo que debía hablar si no quería que la operación resultara desastrosa únicamente a causa de aquel error. Apretando los dientes con fuerza, se dispuso a afrontar la dura prueba. Procurando no comprometer a su compañera, y con la máxima discreción, se apartó unos pasos y dijo en un susurro apenas perceptible:

—Enfermera Carr, falta una gasa.

—Silencio —exclamó Prescott en el acto—. No quiero oír hablar en el quirófano.

Mientras se volvía para coger el segundo punto de sutura, buscó a la transgresora con su mirada de hielo. Entonces se detuvo, su mano quedó quieta, sus ojos escrutaron el rostro de Anne.

—¿Qué ha dicho usted?

Aunque sin una gota de sangre en las mejillas, Anne sostuvo aquella mirada.

—Lo siento —tartamudeó—. Sólo se han retirado veintitrés gasas.

—¡Imposible! —exclamó la directora, herida por tamaña audacia, mientras volvía hacia Anne su cara de perro de presa.

Prescott la hizo callar con un gesto y evitó con otro, las protestas de su arsenalera.

—Cuenten las gasas —dijo escuetamente.

Se contaron las gasas de la cubeta. Sólo había veintitrés. Una exclamación ahogada salió de la garganta de la enfermera ayudante y el rostro de la directora se puso como la grana. Prescott no dijo nada. Volviéndose hacia la mesa de operaciones, introdujo de nuevo su mano en la abertura y cuando su largo índice volvió a salir, se vio prendida en él la gasa que faltaba.

Siguieron unos instantes de un silencio tan profundo como no se había conocido nunca en aquel quirófano. Después, sin una palabra más, Prescott acabó la operación.

—Ahora todo irá bien —dijo tranquilamente al anestésista, cuando hubo terminado.

Ni para su enfermera ayudante ni para la culpable del error tuvo la más leve amonestación. Con una última ojeada a su paciente, salió del quirófano, tan silenciosa y sencillamente como había entrado, y sin ni siquiera dirigir la vista hacia donde se encontraba Anne. La muchacha estaba segura de que el médico había dado por terminado el incidente considerándolo como algo desagradable que es preferible olvidar. No sabía ella que Robert Prescott no olvidaba nada que tuviera relación con su trabajo... y con la ardiente llama de su ambición.

SEGUNDA PARTE

I

A los dos meses de su llegada al Hospital Hepperton, Anne tenía una sola preocupación que aumentaba por momentos. Le inquietaba la escasez de noticias de su hermana. Por más que ella le escribía dos veces por semana, las respuestas de Lucy eran muy incompletas y tardías. Anne sentía los más vivos deseos de verla, de tener con ella una larga y cariñosa conversación en la que ambas pudiesen hacer amplias confidencias. A Anne le resultaba imposible trasladarse a Shereham, pero a Lucy, que disfrutaba de todo un día libre cada tres semanas, le habría sido fácil ir a Manchester. Y, sin embargo, no iba.

Pero un día, hacia finales de marzo, llegó una carta con la solución del enigma. Las noticias eran realmente sorprendentes. Lucy le escribía:

Querida Anne: Voy a darte una gran sorpresa. Quizás en principio te extrañe un poco, pero confío que te alegrará saber que Joe y yo nos hemos casado. Verás. Al poco tiempo de marcharte, murió el padre de Joe. Yo me propuse escribirte entonces, pero tenía muchas otras cosas que hacer. Pues bien; el viejo dejó un buen montón de dinero, y como Joe estaba harto de Shereham, vendió el negocio. No cesaba de pedirme que me casase con él; quería establecerse en Londres y empezar un negocio en grande. Al fin accedí y nos marchamos a Londres, donde nos casamos. Soy muy feliz y Joe es un encanto. Ha entrado a formar parte de una empresa llamada «Transportes Limitados», que trata en cosas de su ramo y en la que puede ganar mucho dinero. Hemos alquilado una casita muy mona en Musswell Hill, un chalet muy lindo, y lo estoy pasando estupendamente. No hago otra cosa que escoger cortinas, alfombras, muebles, y en fin, de todo. Como regalo de bodas, Joe me compró el Renard Argenté más caro de la tienda (la última mitad de la frase iba subrayada con dos líneas), y también un neceser con objetos de tocador de esmalte verde. Es una verdadera joya. Supongo que te disgustará que haya dejado de ser enfermera, especialmente después de lo que hiciste por mí (esta frase también iba subrayada). Pero, en cambio, te alegrará saber que antes de dejar el Hospital Provincial obtuve el título, y que, mejor o peor, me lo gané por mí misma. De modo que, al fin y al cabo, no te he dejado en mal lugar. Bueno, espero que vengas a vernos, siempre que puedas hacer una escapada.

La dirección —aún no me han traído el papel de cartas con membrete— es Elthreda, 7, Londres, N. 10.

Había una posdata que decía:

Joe te envía sus más afectuosos saludos.

Anne dejó caer la carta, presa del mayor asombro y, a la vez, dolida de que Lucy le diese la noticia tan tarde. Después tuvo una sensación de amargura al pensar en el sacrificio que había hecho, en los planes forjados con tanto entusiasmo para su porvenir y el de Lucy, en sus esperanzas, ya frustradas, de trabajar y de triunfar juntas en su profesión. Luego sonrió irónicamente, recordando las recientes declaraciones de amor que Joe le había hecho a ella. ¡Pobre Joe! Habría sido como blanda cera en manos de cualquier mujer. Sin embargo —así pensaba Anne mientras su cara se iluminaba—, aquella boda podía ser un acierto tanto para él como para Lucy. La vivaz osadía de su hermana sería para Joe un estímulo que le llevaría por el camino del éxito.

—¿Qué hay de nuevo? —le preguntó Glennie, a través de la mesa de la sala común—. ¿Se ha muerto alguien dejándote una fortuna? Hacía rato que ella y Nora estaban observando con amistosa curiosidad el rostro pensativo de su compañera. Con un pequeño respingo de sorpresa, Anne levantó la vista, y después se echó a reír con risa un poco forzada.

—Una verdadera sorpresa. Pero agradable. Mi hermana se ha casado.

—¡Bien por tu hermana! —exclamó Nora.

—Y ¿él tiene dinero? —inquirió Glennie.

—Pues..., sí.

—¡Vaya suerte, chica! —comentó Glennie— y añadió con gracia:

—Ojalá llegue pronto el día en que yo pueda pescar a un millonario. Ustedes ya conocen todas mis cualidades; pero los hombres no parecen darse cuenta de lo que se están perdiendo. Tengo una mala suerte que asusta. Todos los internos que me tropiezo, o bien son unos mamarrachos, o bien ya tienen novia, como ese imbécil de Caley. Pero, en fin, supongo que un día u otro aparecerá mi media naranja. Y entonces no se me escapará, ¡ya verán!

—No me gusta oírte hablar así, Glennie —le dijo Anne inmediatamente—. No sientes lo que dices, pero cualquiera que te oyese creería lo contrario.

—¿Y por qué no ha de sentir lo que dice, mi querida Santa Anne? La mayoría de nosotras estamos aquí sólo para cazar marido. Si no me crees, consulta las estadísticas. El cincuenta por ciento de las enfermeras se casan con algún hombre al que conocieron ejerciendo su profesión. ¡Caramba! Pues no conozco yo pocas chicas que se hacen enfermeras para poder cazar marido más fácilmente..., y, con preferencia, algún paciente rico o algún guapo doctor. ¿Serás capaz de reprochárselo? Ya sé que eres una idealista, Anne, pero si meditas en todo lo que las enfermeras hemos de aguantar, y en que las autoridades jamás han levantado un dedo para mejorar nuestra situación, no te extrañará ni puede extrañarle a nadie, que procuremos echarle el guante a algo que valga más la pena que esta vida.

Pero Anne insistió porfiadamente:

—Hay algo sumamente honroso, y es ser enfermera por amor a la profesión. Y la que se aprovecha de su femineidad, especialmente en su trato con el médico para el cual trabaja, es una traidora a su misión.

—Mira, a mí sermoncitos no —le replicó Glennie secamente—. Si creyese que podía interesarle a algún guapo médico, no dejaría de ponerle los puntos y hacer lo que fuese, hasta pescarlo.

Anne no tuvo más remedio que echarse a reír a la vez que Nora. Pero, aunque el asunto quedara así, ella no compartía de ningún modo la opinión de Glennie. Ella tenía sus propias ideas, y nada del mundo se las haría modificar: el matrimonio no debía mezclarse con el trabajo de enfermera.

A decir verdad, cuanto más pensaba en el matrimonio de Lucy, mejor le iba pareciendo, y con más simpatía lo miraba, deseando que resultara un verdadero acierto. Sentía un ávido deseo de ver a su hermana y a Joe. A ambos les envió un largo telegrama de felicitación, y, sin poder resistir aquel anhelo que se había apoderado de ella, se fue a ver a la directora East y, con gran osadía, le pidió permiso para estar ausente durante todo un fin de semana.

—¡Un fin de semana! —exclamó la directora en tono de absoluta desaprobación, irguiéndose tras su escritorio como un belicoso mastín en su perrera—. Jamás vi cosa parecida. Aún no hace tres meses que trabaja aquí. ¿Y adónde quiere ir, si puede saberse?

—A Londres.

—Ya me lo figuraba. Estas chicas de hoy sólo piensan en irse a corretear por Londres. A eso le llamo yo ganas de tontear y nada más que de tontear. Y con tantos pájaros en la cabeza, ¿dónde queda la disciplina?

—Lo que deseo es ir a ver a mi hermana, que se ha casado hace unos días —explicó Anne.

—No, no, no puede ser —dijo rápidamente la directora. Desde aquel incidente del quirófano, mostraba un vago prejuicio contra Anne—. No puedo concedérselo; ya sabe que me falta personal.

Quizá podamos arreglarlo cuando haya pasado usted aquí otro mes. Yo no tengo la culpa si su hermana se ha casado.

Y agitando la campanilla, lo que equivalía a decirle que se fuera, añadió con inconsciente e inefable humorismo:

—Para nosotras, las bodas no cuentan. Aquí sólo damos permiso para entierros... ¡Y cuando son verdad!

Anne salió del despacho y se fue a su tarea con un rabioso sentimiento de injusticia en el corazón. Y en la sala, para agravar más su disgusto, la estaba esperando el doctor Caley.

El interno se encontraba en uno de esos momentos de euforia y engreimiento, lo cual, como Anne sabía de sobra, era siempre un mal presagio para ella. Aquel George Caley era un don nadie que había logrado aprobar la carrera no se sabe cómo, y a la

sazón, estaba comprometido con la hija de un médico de la ciudad, con el cual, después de su matrimonio, formaría una lucrativa asociación. Esto significaba una gran suerte para Caley, y, en consecuencia, vivía en un estado de perpetua satisfacción respecto a su talento, ingenio y encanto personal. Cualquiera que se negase a compartir aquella satisfacción se convertía «*ipso facto*» en su enemigo. Y éste era el motivo por el cual odiaba a Anne.

—Enfermera Lee —empezó diciendo en un tono que no anunciaba nada bueno—. Acabo de encontrar este libro junto a la cama número diecinueve de la sala de mujeres.

Anne echó una ojeada al libro que el doctor le mostraba. Era una interesante novela de un autor popular. Ella misma la había entregado al número 19, una anciana con un tumor canceroso ya muy avanzado y que, por lo tanto, estaba gravísima.

—Sí, doctor —respondió con cautela—. Yo misma se lo di.

—Así, pues, lo reconoce —se pasó ligeramente la lengua por los labios—. No obstante, usted sabía que yo había ordenado que el número diecinueve no leyera. Está muy débil y la lectura la agota.

—Sí, está muy débil, doctor —con un gran esfuerzo, Anne procuró dar a su voz un tono natural—. Está muriéndose, ¿verdad? La muerte puede sorprenderla de un momento a otro. Y le encanta leer. Es la única cosa que le hace olvidar su estado, que la ayuda a soportar los dolores. Me suplicó que le dejase leer este libro.

Caley levantó la barbilla con severidad.

—No me importa si lo ha suplicado o no. Le he dicho a usted que eso la perjudica.

—¿Cómo puede perjudicar a una anciana que se está muriendo de cáncer? —la voz de Anne tenía una nota más aguda, pero en apariencia, seguía manteniendo el tono respetuoso—. Si estuviera usted muriéndose, ¿qué preferiría? ¿Morirse haciendo lo que deseaba o esperar el momento, sumido en su infortunio y sus padecimientos, sin nada que lo consolase?

El rostro del médico estaba congestionado de rabia.

—Tengo que advertirle que no me estoy muriendo. Y que no deseo ser comparado con esa desgraciada de la cama diecinueve.

Con la cara blanca como el papel, Anne respondió quedamente:

—Perdone, doctor Caley. Sólo trataba de exponerle mis razones.

Él la miró con el ceño fruncido. Tenía la sartén por el mango y quería hacérselo saber.

—No estoy aquí para discutir con usted sobre hipotéticas situaciones. Ya conoce mis órdenes. Voy a destruir este libro. Y si vuelvo a encontrar otro en la cama diecinueve, en el acto informaré de ello al doctor Sinclair.

El corazón de Anne latía con profunda indignación, pero era demasiado discreta para dejado traslucir. Con perfecta calma, respondió:

—Bien, doctor Caley.

Chasqueado al ver que no daba más vivas señales de contrariedad, la miró de reojo, mientras reflexionaba en la manera de hacerle sentir su autoridad de un modo decisivo. Y, para despedida, le lanzó una última orden.

—No se olvide de darle el Mesonil al enfermo de flebitis de la cama número quince. A las nueve en punto, cinco grageas.

El corazón de Anne empezó a latir con ímpetu. Al fin, el médico, queriendo pasarse de listo, había caído en sus propias redes. En su ignorancia, se ponía él mismo en manos de su víctima.

—¿Cinco grageas? —preguntó Anne con voz clara y pausada.

Caley asintió, con gesto doctoral.

—Eso he dicho: cinco grageas.

Ella permanecía en silencio, dejando que tan sólo su rostro demostrase claramente su desaprobación. El médico iba ya a dar media vuelta para marcharse, pero aquella mirada llena de desprecio lo dejó clavado en el sitio. Tras una pausa, la enfermera dijo lentamente:

—La dosis máxima de Mesonil es de media gragea.

Cogido de improviso, Caley se quedó mirándola con cara de bobo. El infeliz no dominaba las dosificaciones.

A veces, antes de extender una receta, tenía que retirarse a consultar su librito de tablas farmacéuticas. Y aquel específico, era una droga nueva que a él le pareció que sería una cosa sencilla, como el bromuro, por ejemplo. Enrojeciendo hasta la raíz del cabello, todavía trató de fanfarronear estúpidamente:

—¿Qué tonterías está diciendo? Ni siquiera habrá oído hablar del Mesonil...

—Sí que he oído hablar —y Anne sonrió compasivamente—. Es el más fuerte de los derivados de la cocaína. Y puedo asegurarle que cinco grageas son capaces de matar a un hombre.

—¿P... p... pero qué está diciendo? —balbuceó el pobre hombre. Ella continuó hablando, apabullándole con sus datos, con unos conocimientos superiores a los de él.

—Además, el doctor Sinclair ha recetado tan sólo un cuarto de gragea. Si no me cree, puede mirar la hoja del número quince. El doctor Sinclair lo escribió allí de su puño y letra.

El interno se había quedado sin habla, vencido, aniquilado. Musitó algo entre dientes, le dirigió una mirada cargada de rencor y le volvió la espalda. Mientras se alejaba, ella le lanzó el último dardo.

—No querrá usted que le dé al número quince una dosis mortal..., aun cuando éstas han sido sus órdenes, ¿verdad, señor?

Y en este señor puso un acento de diabólica ironía.

La triste actitud del médico al salir por la puerta con el rabo entre las piernas, valía por todas las injusticias, todas las ruindades y todos los mezquinos agravios que Anne, había recibido de él, y que aún podría recibir.

II

La llegada de la carta de Lucy y el incidente con Caley borraron de la memoria de Anne todo recuerdo de la operación de Matthew Bowley, así como del papel que en ella había representado. Pero en la tarde del viernes de aquella misma semana, la señorita Gilson, que volvía de la sala, de hablar por teléfono, le participó en tono de amable felicitación:

—Me dicen que vaya usted a la habitación privada de la sala B. El señor Bowley desea verla.

La jefa de sala, que antes andaba siempre fastidiada por el exceso de trabajo a consecuencia de la impericia de sus enfermeras, había encontrado en Anne una buena auxiliar. Podía confiar en ella, y en las últimas semanas había aligerado considerablemente su carga. De aquí que la apreciara como se merecía.

—No ponga esa cara de susto —le dijo a Anne sonriéndole amistosamente—. No puede tratarse de nada desagradable.

No obstante, ella obedeció a la llamada con cierta perplejidad. Matthew Bowley no había sido para ella más que una vaga figura bajo los lienzos, un individuo sobre la mesa de operaciones. No tenía ni la menor idea de cómo sería en realidad. Así, pues, llamó a la puerta de su cuarto presa de extraña turbación.

Una voz la invitó a que pasara. Y ella entró.

A su vista se ofreció una llamativa habitación en la que se observaba un lujo que sorprendía por su contraste con la monótona desnudez del hospital. Se veían flores por todas partes, una aparato de radio junto a la cabecera de la cama, y, sobre una mesa, una gran cesta llena de excelente fruta. Con todo, Matt Bowley le pareció aún mucho más sorprendente. Era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto recio y macizo y cara ruda, astuta y bonachona, una cara que parecía indicar que había recibido muchos golpes, pero que había salido airoso del trance, consiguiendo revestirse del poder y lustre que otorgan una gran fortuna. Estaba sentado y apoyado en almohadas. Llevaba un pijama de seda a rayas y una llamativa bata de satén verde, y ante sí tenía una verdadera montaña de documentos y papeles de negocios. De inmediato tendió la mano a Anne y estrechó la de ella vigorosa y amistosamente. Observando a la muchacha por debajo de las pobladas cejas, empezó a sonreírle, mientras le decía:

—Bueno, señorita, me alegro mucho de conocerla. Mañana salgo de aquí, y no podía marcharme sin verle la cara... ¡y que la tiene bonita de veras, caramba!

Con gran disgusto por su parte, Anne sintió que se ruborizaba. Bowley, al advertirlo, se echó a reír del modo más campechano, y, en tono de misterio y picardía, prosiguió:

—No he dicho nada de particular, señorita. También tengo que decirle que un pajarito me ha revelado cierto secreto. Y, ¡qué diantre! No tengo más remedio que

informarle de que Matt Bowley podrá andar mucho mejor por el mundo sin un pedazo de gasa cosido en su tripa. ¿No opina usted así?

Anne ya se había serenado y sus ojos chispearon, como los de él, al responderle:

—Me inclino a darle la razón, señor Bowley.

Él le dio unas palmadas en la mano bonachonamente.

—Muy bien, muchacha. Ya veo que, además de guapa, es usted inteligente. Y esto resulta una estupenda combinación en una mujer. Era imposible ofenderse ante sus palabras, pues, con gran habilidad, ponía en ellas un matiz de franca rudeza y de amistoso interés. En este tono continuó diciendo:

—Y todavía resulta más agradable esa combinación en una enfermera. Porque, verá usted, si uno tiene que estar enfermo, o si tiene a alguien enfermo en casa, le hace mucho bien ver a su lado una cara bonita en vez de una mujer de cara huesuda y pies planos.

A despecho de todo, y muy contra su voluntad, Anne no tuvo más remedio que sonreír. Pero replicó con firmeza:

—Las mujeres de cara huesuda, como usted dice, pueden ser magníficas enfermeras.

—Tal vez —y sacó el labio inferior en una cómica mueca—, tal vez puedan ser las mejores del mundo. Pero no para Matt Bowley.

En aquel punto, el relojito que estaba sobre la mesa de noche produjo tres débiles sonidos. Bowley exhaló un suspiro de pesar y soltó la mano de Anne con un último golpecito amistoso.

—Bien, bien, muchacha. Podría estar charlando con usted toda la tarde. Pero un par de abogados van a venir ahora mismo a darme la lata. Un par de bribones, ¿sabe usted? —Con gesto resignado, le señaló el formidable montón de papeles que tenía sobre la colcha—. Fíjese en lo que se me ha venido encima de golpe. Porque Prescott no ha permitido que me lo entregasen hasta hoy. De modo que lo han ido almacenando día tras día para jorobarme con todas las de la ley. Pero le advierto, señorita, que volveremos a vernos. No soy de los que olvidan un gesto como el suyo. Entre tanto, quiero que acepte usted esto... tan sólo como recuerdo de aquella gasa olvidada —sonriendo, cogió de la mesa de noche un paquete muy bien envuelto y se lo entregó—. Y ahora, ni una palabra, ni una sola palabra. Ya me dará las gracias otro día. ¡Ea, niña! Márchese corriendo, y hasta la vista.

Aunque Bowley no quiso escuchar sus palabras de agradecimiento, Anne salió de la habitación con el corazón reconfortado. Era agradable ver que apreciaban su conducta. Se dijo que debió ser el doctor Prescott quien le contó lo de la gasa. Con femenina curiosidad, en cuanto estuvo en el pasillo, y viendo que no andaba nadie por allí, desenvolvió el paquete. Sus ojos centellearon de alegría. El regalo era un bolso de calidad, un bolso magnífico, precisamente lo que más falta le hacía. Contentísima con el regalo, apretó el cierre para abrirlo. Y, repentinamente, se esfumó toda su alegría. En la carterita del bolso había un billete de diez libras. Mientras

contemplaba la hojita de papel, su cara fue adquiriendo una expresión de contrariedad. Comprendía que Bowley lo había hecho con buena intención, pero aquel regalo de dinero le pareció una grosería que no esperaba de él; restaba valor al servicio que le había prestado, la hacía sentirse como la sirvienta a la que se da una propina. Necesitaba... sí, lo necesitaba, y a toda costa, devolverle aquel dinero.

Ya estaba a punto de entrar de nuevo en la habitación, cuando unos pasos la hicieron volverse en redondo. Hacia ella avanzaba el doctor Prescott. Anne tuvo un instante de vacilación; se sintió confusa y azorada al darse cuenta de que tenía en las manos el bolso y el billete.

Tal vez debido a su intuición misteriosa, tal vez porque Bowley le había dicho que pensaba hacerle aquel regalo, el caso fue que de una simple ojeada Prescott se hizo cargo de la situación, pues se detuvo, y en un tono mucho más amable del que solía utilizar, exclamó:

—Buenas tardes, enfermera Lee. ¿Ha venido usted a ver a nuestro enfermo?

—Sí, doctor Prescott.

Él hizo un gesto de asentimiento y de comprensión. La generosidad de Bowley siempre es un poco desconcertante. Tal es mi impresión cuando me paga mis honorarios.

A pesar de que esta sencilla frase lo dejaba todo arreglado, Anne vacilaba todavía. Por lo cual, dijo tartamudeando:

—Sin embargo, doctor Prescott, no puedo aceptar este dinero.

—¡Qué tontería! —exclamó en un tono un poco retumbante, como quien no está acostumbrado a hablar en broma—. El trabajador se ha ganado su jornal, y se lo ha ganado más que bien... contando gasas.

—No hice más que cumplir con mi obligación —murmuró a media voz, con la mirada en el suelo—. Adoro el trabajo del quirófano. Siempre me ha entusiasmado.

Siguieron unos momentos de silencio. Anne pensó que debía regresar a su sala, pero Prescott estaba en medio del pasillo, impidiéndole el paso. El médico carraspeó un poco, como si le resultase difícil, más aún, completamente ajeno a su modo de ser, conversar llanamente con una enfermera en el pasillo de un hospital.

—Ya me parecía que realizaba su trabajo con entusiasmo. Me alegra mucho saberlo positivamente. Estamos necesitados, grandemente necesitados, de enfermeras como usted. Incluso el mejor médico del mundo es impotente sin el complemento de los debidos cuidados de la enfermera. Son pocos los que comprenden esto.

—¡Cuánto me gustaría que alguien lo hiciera comprender, doctor Prescott!

Se le había escapado sin poderlo evitar y su temeridad la hizo palidecer en el acto. Pero él no la reprendió. Se limitó a preguntarle con una leve sonrisa:

—¿Es que se propone usted educar a las masas?

Anne se sonrojó violentamente, y bajó la cabeza.

—No debí decir semejante cosa. Ha sido una estúpida presunción por mi parte. Fue sólo...

—¿Sólo qué?

Ella balbució avergonzada aún:

—Que, sin darme cuenta, salgo en defensa de mi profesión.

Una pausa. Y a continuación, el médico declaró:

—Me gustan las luchadoras. Y miro con simpatía a todos los que abrigan alguna ambición. Si puedo ayudarla de algún modo, me agrada mucho hacerlo. Hay un curso de verano para perfeccionamiento de enfermeras al que quizá le guste asistir. Le enviaré algunos libros de texto. Deseo estimular a los que trabajan aquí.

La miró con cierto interés, aunque guardando las distancias, y, enseguida, como rehaciéndose, la saludó con una leve inclinación de cabeza y se marchó en dirección al cuarto de Bowley.

Anne regresó a la sala extrañamente alentada por este encuentro. El doctor Prescott tenía una manera de proceder y de hablar, una agudeza y una perspicacia que la fortalecieron y estimularon. Pero no se decidía a aceptar aquellas diez libras. Al fin, tras muchas dudas y meditaciones, tuvo una idea magnífica. Empleó el dinero en comprar una preciosa bandeja de plata que envió a Joe y a Lucy como regalo de boda.

III

La comida del hospital era cada vez peor. Un día, durante el almuerzo, después de haberse esforzado por tragarse un grasiento pedazo de vaca hervido, Anne levantó un resto de costilla que había en el plato y entonces pudo ver que en el grasiento líquido nadaba una cucaracha muerta. Se quedó mirándola fijamente, como fascinada, mientras trataba de reprimir un agudo amago de náuseas. Pero de pronto se levantó, y con la cara lívida salió apresuradamente del refectorio. En el guardarropa, con su olor a humedad y sus mosaicos blancos y resquebrajados, pasó un largo rato de horrible malestar. Poco después, en la sala común, un grupo de enfermeras se reunió en torno de ella, impulsado por la sensación de disgusto que a todas las embargaba. Allí estaban Nora y Glennie, así como las enfermeras Dow y Todd, dos almas intrépidas que últimamente habían hecho amistad con Anne, así como otras muchachas que constituían lo mejor y más inteligente del cuerpo de enfermeras del hospital. Durante un rato, ninguna dijo una palabra, aunque todas pensaban en lo mismo. Hasta que al fin, Nora estalló:

—Esto ya no hay quien lo aguante. Es preciso que hagamos algo, porque, de lo contrario, va a haber una desbandada de enfermeras. Una de las que formaban el grupo declaró:

—El otro día la enfermera Smith sufrió una perforación intestinal.

Y todo porque su resistencia no bastaba para comer semejantes cosas. A esa enfermedad la llaman aquí perforación de hospital, pero debieran llamarla perforación de hambre. ¿Saben lo primero que dijo el doctor Prescott al verla? «¡Esta chica esta desnutrida!».

—Aquí siempre hay enfermos entre el personal —gruñó la enfermera Dow—. Es, a todas luces, evidente, que no podemos trabajar con esta horrible alimentación.

—Fijense en Anne —dijo Dora con vehemencia—. Desde que llegó aquí ha perdido más de cinco kilos. Es una vergüenza.

—Es que quiere conservar la línea —intervino Glennie irónicamente.

—Cierra la boca, Glennie —la atajó Nora. Por excepción, la pequeña irlandesa estaba enfadada de veras—. Esto no es para tomarlo a broma. La cosa ha pasado ya de la raya. Ayer, para cenar, comí pescado podrido; en el almuerzo, patatas negras guisadas con manteca rancia, y en el desayuno, un tocino que era capaz de revolverle el estómago a un descargador del muelle. Total, que ni yo ni nadie probamos en todo el día un bocado de comida decente. Así no es raro que se pescara a una infeliz aspirante robando un vaso de leche de la bandeja de un enfermo a régimen especial. ¡Si ya no sabemos lo que es la leche! ¡Ni la fruta! La semana pasada, cuando la enfermera jefa, la señorita Shaw, nos daba su conferencia sobre las vitaminas, sentí unas ganas rabiosas de levantarme y decirle: «Todo eso está muy bien, señorita, pero yo no he visto una lechuga ni un guisante tierno desde que entré en este maldito

lugar».

—Pero, en realidad, ¿qué podemos hacer nosotras? —preguntó Todd con un gesto de desaliento.

—Yo les diré lo que hay que hacer —declaró Nora con arrebatada energía—. Hemos de avergonzarles de tal manera, que acaben por mejorarnos el rancho. Estos días pasados estuve dándole vueltas a una idea: Vamos a dejar de comer la asquerosa comida del hospital, y nos la haremos nosotras. Mañana no probaremos ni un bocado del almuerzo, y a la una y media iremos a la tienda de Gibbs, compraremos panecillos, queso y plátanos, y volveremos aquí a comérmolos en el patio, bajo las ventanas de la directora. Que yo sepa, no hay ningún reglamento que lo prohíba. Y si hacemos esto cada día durante toda una semana, la vieja «Mataenfermeras» no tendrá más remedio que darse por enterada y resolver la situación. La desesperada idea de Nora fue recibida con una ovación, pues era muy a propósito para entusiasmar a las jóvenes del grupo. Anne, sentada en su silla, aturdida y enferma de asco, no tuvo alientos para protestar. Sabía que semejante plan tenía pocas probabilidades de éxito. De pronto, se le ocurrió que podría explicar el caso al doctor Prescott. Pero después se dijo que apenas lo conocía, que tal vez le molestase su demanda, y que, en todo caso, él no era quién para intervenir en aquel asunto. Se daba perfecta cuenta de que, como el mal abarcaba a todo el sistema alimenticio del hospital, el único medio de conseguir una reforma auténtica y duradera era llevar el asunto por encima de la propia directora, presentándolo al más alto tribunal de apelación. ¿Cómo podían tener una comida decente si los alimentos se compraban, sin excepción, a ciegas, apenas se inspeccionaban y se guisaban en enormes y anticuadas ollas que estropearían incluso el sabor de los más exquisitos manjares? Carecían de heladeras, la cocina era un sótano apestoso, la cocinera no había asistido ni siquiera en sueños a una clase de cocina. Y en todo el país existían docenas de hospitales como el Hepperton. Algunos, incluso, peores.

A despecho de sus dudas personales, Anne, naturalmente, no dejó de unirse a las sediciosas, que en total eran nueve. Al día siguiente, a la hora del almuerzo, cuando les pusieron delante la comida la dejaron intacta en los platos. Nadie se enteró de ello. La señorita Lucas, cuyo cometido era el de hacer una visita de inspección al refectorio, no apareció por allí. A la una y media, las nueve enfermeras se trasladaron a los pequeños «Grandes Almacenes Gibbs», situados enfrente del hospital, y compraron panecillos, chocolate y fruta. Mordisqueando las vituallas, regresaron, y terminaron su comida al aire libre, en el patio, al cual daba la salita de estar de la directora. En contra de lo que esperaban, no causaron sensación. Pero la enfermera Todd comentó:

—De todos modos, esto es mejor que todo lo que hubiésemos intentado comer allí dentro.

A la enfermera Dow se le escapó una irónica risita de duda, que fue rápidamente acallada y censurada por las demás. Nora, con toda intención, dejó una cáscara de

plátano en el alféizar de la ventana de la directora.

Aun cuando no pudieran presumir gran cosa por el éxito inicial de su campaña, no por ello dejaron de ser observadas, y al día siguiente, durante el almuerzo, se advirtieron las primeras consecuencias. La enfermera jefa, señorita Lucas, se presentó en el refectorio a la una y media en punto, y cuando las nueve se negaron a comer sus respectivas raciones, empezó a interrogarlas con suspicacia y severidad.

—¿Por qué no come usted? —le preguntó a Nora con aspereza.

—No tengo apetito, señorita Lucas.

—¿Qué significa esta majadería? —exclamó entonces, en tono de ofendida superioridad—. La comida es buena y está perfectamente guisada.

—¿Cómo lo sabe usted? —intervino Glennie secamente—. Esto no pertenece a su menú. Ustedes comen cosas muy distintas.

La señorita Lucas se puso encarnada.

—No tolero impertinencias, ¿saben? Si no se comen lo que les sirven, informaré de ello a la directora.

—¿Es que por no tener apetito faltamos al reglamento?

Todo el grupo se llenó de una secreta alegría al ver que la enfermera jefa quedaba desconcertada y, dando media vuelta, se alejaba sin replicar. Cuando, un rato después, se proveyeron de otros alimentos en el cercano almacén, Nora dejó dos cáscaras de plátano en la ventana de la directora.

Los dos días siguientes transcurrieron sin ninguna intervención oficial, pues, por lo visto, la directora confiaba en que la insurrección moriría por sí sola de muerte natural. Pero las conjuradas se habían comprometido a no arriar jamás la bandera.

Por consiguiente, al llegar el viernes, en el refectorio cundió la alarma ante la aparición de la directora en persona.

Se presentó de improviso, cuando ya estaba servido un plato de merluza hervida, entrando solemnemente, con su figura pequeña pero dominadora, su uniforme morado y su cofia inmaculada con el velo flotante. Su rostro impertérrito no expresaba nada; tenía los labios fruncidos y las manos plegadas ante sí. En aquel momento se parecía menos a un mastín de concurso y más a un alto dignatario de la Iglesia. Avanzó lentamente a lo largo de la mesa, en medio de un silencio expectante, y las nueve se echaron a temblar, pero se mantuvieron firmes en apariencia, cuando se detuvo ante ellas contemplando sus platos con la comida intacta.

El silencio se hizo aún más profundo, sin que se oyera ni el chocar de un tenedor contra el plato en aquel refectorio normalmente tan ruidoso, cuando la directora interpelló a Anne.

—¿No se come el pescado?

Anne, respetuosamente, se puso en pie.

—No, señora directora.

—¿Por qué?

Ante esta pregunta, un estremecimiento corrió a lo largo de la mesa. Una

contestación grosera, una abierta censura de la comida, de su mala condimentación, hubiese provocado un desastre y seguramente el despido. Pero Anne tuvo una súbita inspiración.

—Porque me gusta más lo que me compro yo misma.

Era una respuesta perfecta; después, todas la felicitaron. La directora se quedó muda, dando —esto era evidente— vueltas a la frasecita. Había supuesto que le contestarían alguna insolencia y estaba preparada para responder en forma adecuada. Pero aquella cortés indirecta, le tapó la boca, pues no halló el modo de salirse con la suya. Con todo, no demostró el menor desconcierto, contrariamente a lo que había hecho la enfermera Lucas; tenía demasiada experiencia para eso. Le dirigió a Anne una prolongada y severa mirada, acabó su circuito en torno a la mesa y se marchó en silencio. Casi todo el grupo juzgó que la victoria era ya suya.

—Bueno. Esta vez se ha pillado los dedos con nosotras —exclamó Nora triunfalmente—. Ahora no tendrá más remedio que hacer algo.

—En efecto —dijo Anne—, pero me temo que lo que haga no nos guste.

Y Anne, por desgracia, acertó. A la mañana siguiente, en la tablilla de anuncios apareció este aviso:

Se prohíbe a las enfermeras salir del hospital entre las doce y las dos del mediodía. Las enfermeras no podrán introducir en el hospital alimentos de ninguna clase sin un permiso especial.

Nora se apartó de la tabla de anuncios, alicaída.

—Bueno —comentó amargamente al reunirse con las demás—. Por lo visto, no nos queda otro remedio que morir o tragamos la bazofia.

Se la tragaron.

IV

Por raro que parezca, el permiso que Anne solicitara para un fin de semana no sufrió ninguna demora por causa de su participación en la breve huelga del hambre. La directora East no era premeditadamente injusta. La causa principal de que fuese tan seca e imperiosa residía en lo larga y lo dura que había sido su lucha por llegar adonde había llegado, en sus batallas y privaciones como aspirante, enfermera y luego enfermera jefa, que la habían curtido y hasta endurecido en la profesión. Según sus propias palabras, «había pasado por la muela del molino», y hasta consideraba su deber hacer pasar a las demás por la misma férrea escuela. Además, sus dificultades en el Hepperton eran enormes; la junta estaba siempre molestándola con el capítulo de los gastos, y por eso consideraba que una dirección de mano dura era la única adecuada. Sin embargo, sabía bien lo que significaba poseer una buena enfermera, y por este motivo no deseaba ser demasiado rigurosa con Anne Lee. De modo que, a primeros de marzo, llegó a manos de ésta una nota concediéndole el solicitado permiso.

Hacía un tiempo espléndido el día que Anne tomó el tren a Londres, conmovida ante la idea de que al cabo de unas horas volvería a ver a su queridísima Lucy. Desde el viernes por la tarde hasta el lunes por la mañana estaba libre. ¡Qué vacaciones tan estupendas y tan largas! Mientras el tren avanzaba, trepidando bajo el sol, pensó que la vida era maravillosa. En las últimas semanas, había hecho muchas amistades, y, a pesar de los rigores y asperezas de la vida en el Hospital Hepperton, estaba satisfecha porque tenía la seguridad de que hacía grandes progresos en su trabajo. Durante las dos semanas anteriores había ido a menudo de servicio al quirófano del doctor Prescott, y era siempre un estímulo, un gran incentivo observar su técnica maravillosa, sobre todo cuando operaba casos de su especialidad, lesiones, del sistema nervioso central y del cerebro. A menudo se daba cuenta de pronto de que estaba pensando en él, recordando algún detalle operatorio especialmente notable; la forma rápida y segura, por ejemplo, de manejar los instrumentos con que trazaba la línea infinitesimal que separa la vida de la muerte. Aunque sin salirse de su actitud encastillada y profesional, había estado amable con ella, prestándole libros y enviándole invitaciones para tres conferencias que había pronunciado acerca de las bacterias. Sentía por Prescott una admiración sin límites. Era, o lo sería muy pronto, una celebridad. ¡Si ella lograra alcanzar igual perfección y grandeza en su carrera!

Lucy no había ido a esperarla a la estación de Euston, pero, con ayuda de su vivaz lengua norteña, Anne dio con el autobús que debía tomar, llegando pronto a la avenida Elthreda, en Musswell Hill. El corazón le latía muy de prisa al subir velozmente los escalones que había ante la puerta de la casa número 7. Tocó el timbre y lanzó un grito de alegría cuando vio aparecer a Lucy detrás de la elegante doncella que le había abierto la puerta. Un segundo después, las dos hermanas se confundían

en un abrazo.

Fue un momento maravilloso. Anne estrechaba fuertemente a su hermana como si no pudiese apartarse de ella, hasta que, haciendo un esfuerzo, procuró serenarse, y, sentándose a su lado, se dispuso a hablar y a escuchar con calma. A decir verdad, Lucy tenía un sinfín de cosas que contarle. Estaba quizás un poco más gordita que antes y, además, elegantísima. Llevaba un vestido de glasé y una vistosa capita sobre los hombros. Estaba muy orgullosa de su nueva casa, de su nuevo y resplandeciente mobiliario, de su nueva doncella de almidonado y rizado delantal y, como es natural, ansiaba lucirlo todo.

Instalada en su saloncito, pequeño y bonito como una bombonera, y ante la mesa que inmediatamente hizo traer, le sirvió el té a su hermana con su más fino juego de porcelana. Le habló de sus vecinos —gente realmente bien— y de los estrenos de las obras de teatro y películas que había visto. Pero no se quedó tranquila hasta que se llevó a Anne a recorrer toda la casa, haciendo que lo examinara todo, desde la calidad de las sábanas hasta la forma del último traje de noche que se había comprado. Anne se hubiera reído de buena gana de no ser porque quería demasiado a Lucy. Ésta parecía empeñada en demostrar, y con el mayor orgullo, lo mucho que había conseguido al casarse.

—Todo es estupendo, querida —declaró Anne finalmente, cogiéndola por la cintura—. Estoy muy contenta, contentísima de que seas tan feliz. Joe debe de haber prosperado mucho para haberte instalado en una casa tan preciosa.

Lucy asintió con gesto de satisfacción.

—Sí. Ahora tiene un negocio muy importante, «Transportes Limitados». Creo que ya te dije algo sobre esto. Joe ha formado compañía con Ted Grein. Ted es todo un caballero, ¿sabes? Se trata de una gran empresa de autobuses. ¡Figúrate! Nada menos que viajes por carretera entre Londres, Bristol, Cardiff y Manchester.

Al nombrar la ciudad del Norte hizo una pausa, y después declaró solemnemente:

—¡Oye! Tengo una idea. Vas a regresar a Manchester en uno de nuestros coches. No tienes por qué usar el apestoso y anticuado tren, existiendo «Transportes Limitados». Es el negocio del día. Ted lo explota desde hace un par de años. Fue una gran suerte que Joe pudiese colocar su dinero en este negocio, porque se pueden ganar montones y montones de dinero. Anne, tu hermanita va camino de hacerse rica.

La conversación quedó interrumpida por la llegada de Joe, que volvía del trabajo con su aire desgarbado de siempre. Al ver a Anne, la saludó con su tímida y, a la vez, espontánea cordialidad. Anne quedó bastante sorprendida ante el cambio que pudo observar en él. Tal vez fuera a causa de su traje oscuro, pero le pareció que estaba pálido, y también que tenía los nervios en tensión y un pliegue en el entrecejo que nunca había tenido.

—Anne, contigo llega a esta casa un soplo de aquel aire puro del Norte —dijo con una breve risita, y añadió:

—Te advierto que buena falta me está haciendo una bocanada de ese aire.

—¡Qué tontería, Joe! —dijo Lucy con impaciencia.

Pero Joe replicó:

—Tontería o no, es una verdad como un templo. Daría un billete de libra por poder estar ahora en la calle del puerto, sólo durante cinco minutos, vestido con mi mono y sentado al volante de mi viejo Ford. Lucy se puso como la grana y exclamó áspicamente:

—¿Es que quieres ser un mecánico toda tu vida?

—Soy un mecánico —respondió Joe con súbita irritación—. Y un excelente mecánico, si es que aún no te has enterado.

Por un momento, pareció que iban a enzarzarse en una disputa, pero Lucy, con un esfuerzo, dominó su mal humor.

—Bueno, bueno, querido. Mira, lo que ahora has de hacer es irte arriba y cambiarte la ropa. Y date prisa, porque hemos de estar listos a las siete.

—¡Cómo! ¿También tenemos que salir esta noche?

—Sí. Iremos al teatro —Lucy hizo un mohín—. No pretenderás que Anne se quede aquí encerrada. Hemos de procurar que se divierta.

De nuevo empezó a respirarse un ambiente de tensión que a la visitante, le produjo un extraño malestar. Por lo cual, se apresuró a decir:

—Pues, en serio, les digo que yo preferiría quedarme en casa y charlar largo y tendido con los dos, pues, en realidad, para eso he venido.

—Pues hoy iremos al teatro —declaró Lucy con firmeza. Y el fulgor que brillaba en sus ojos le hizo comprender a Joe que más valía callarse y marcharse arriba a mudarse de ropa.

Fueron a ver una estúpida opereta. A Anne le pareció insoportable, y Lucy estuvo demasiado ocupada señalándole las personalidades que había en el teatro, para prestar atención a la obra. Paradójicamente, Joe fue el que más se divirtió. Para combatir su cansancio, hizo frecuentes visitas al bar, y al final de la velada era presa de una alegría incoherente.

A la mañana siguiente —sábado—, Lucy continuó, implacable, su programa, arrastrando a su hermana de tienda en tienda, a través del estruendo y los empujones de la calle Oxford. Anne tuvo la impresión de que el matrimonio había endurecido y desengañado a Lucy, que ahora parecía siempre impulsada por una actividad casi febril. Este descubrimiento la deprimió profundamente. Por la noche fueron a cenar al Vladimir, un restaurante nada vulgar de la calle Regent, con el señor Grein, pues el socio de Joe, se dignó honrarlos con su presencia haciendo el cuarto de la reunión.

Desde el primer momento, a partir de su primera frase destinada a parecer amable —«Ustedes las enfermeras deben ver cosas de todos los colores»—. Anne experimentó una antipatía intensa hacia él, aunque logró disimularlo. Moreno, untuoso y metido en carnes, Ted Grein vestía su flamante traje de etiqueta con elegancia un tanto forzada. Sus modales era efusivos; sus «amigos míos», frecuentes; sus risueñas miradas, huidizas y ambiguas. Aun cuando era Joe el que invitaba, él fue

quien escogió la cena y los vinos. Lucy decía con admiración que Ted sabía desenvolverse en la vida y era el alma de todas las reuniones. Joe y Ted bebieron una considerable cantidad de alcohol, y si bien Ted supo conservar su actitud de empleado bien educado, Joe, cuando llegó el momento de pagar la cuenta, ya no daba pie con bola.

El domingo la cosa fue mejor. Lucy estaba tan agotada que no podía dar un solo paso, y no hizo la menor objeción cuando Joe, con los ojos un poco hinchados, apareció en mangas de camisa, y encendiendo la pipa, fue a reunirse con ellas en el cuarto de estar. En el ambiente de tolerancia que se produjo, pronto estuvieron los tres charlando por los codos, recordando, con gran animación aquellos tiempos, no muy lejanos, en que vivían en Shereham. La risa de Lucy estallaba a menudo y con espontaneidad. La muchacha de servicio estaba de paseo, y Joe, todavía en mangas de camisa y zapatillas, se empeñó en prepararles un té «para chuparse los dedos», un té con huevos y tocino, según el mejor estilo de su tierra. Por primera vez desde su llegada, Anne tuvo la impresión de que Joe y Lucy no habían cambiado en absoluto y que su matrimonio podía muy bien llegar a ser un éxito. Pero a las ocho de aquella noche tenía que marcharse. El fin de semana se le había pasado en un vuelo. Y como el lunes a las diez de la mañana entraba de servicio en la sala C, no había más remedio que despedirse. Pero tampoco hubo más remedio que ceder a la insistencia de Joe y Lucy, renunciando al tren y regresando al Norte en viaje nocturno, en uno de los autobuses de «Transportes Limitados».

—Pero si ya tengo el billete para el tren —protestaba Anne sonriendo.

—Pues cuando llegues a Manchester ponlo en un cuadro —le replicó Lucy rápidamente—. Mira, preciosa, te estamos ofreciendo un viaje gratis en nuestros magníficos autobuses. Si no lo aceptas, lo consideraremos como una ofensa personal.

En resumidas cuentas, ambos la acompañaron a la plaza de Trafalgar, donde unos minutos antes de las ocho vino a pararse junto a la acera el autobús azul y amarillo de «Transportes Limitados».

—¡Qué coche tan magnífico! —exclamó Anne—. Se comprende que estén tan orgullosos.

—Sí, no está mal —respondió Joe, echándole una mirada de experto—. Pero ha habido que rehacerlo de cabo a rabo y nos ha costado un dineral. Esto es lo malo de estos cacharros. Tan pronto como aparece el último modelo, quedan anticuados.

Dicho esto se apartó de ellas para cruzar una palabra con el chofer, un muchacho de facciones enérgicas, con chaquetón de cuero y gorra de visera; y en seguida regresó, sumamente satisfecho y mirando a su reloj de pulsera.

—¡Arriba, Anne! Ya debías estar en marcha. Hoy el coche va lleno. ¡Treinta pasajeros! Buen día para el negocio. No hay nada como un autobús vacío para ponernos de mal humor a los magnates del transporte.

Anne besó a Lucy, estrechó la mano a Joe y subió al autobús, instalándose en su asiento. Mientras le decían adiós desde la acera, el chofer hizo sonar la bocina y el

autobús se puso en marcha.

V

Ya era noche cerrada cuando llegaron a los suburbios de la capital y, poco después, tomaban la carretera del Norte. El autobús era rápido y tenía buena suspensión. Sin embargo, Anne echó de menos la litera de tercera clase del tren, donde hubiese podido recostarse y dormir a gusto. En el autocar, en cambio, sólo podía dormitar dando cabezadas. A las diez hicieron una parada para comer unos sándwiches y tomar café en una hostería de la carretera, en las afueras de Stevenage. A pesar de que estaba lloviznando y flotaba una húmeda neblina, casi todos los pasajeros se apearon, y entonces Anne pudo observar que el pasaje se componía de gente de la clase media, y que en él abundaban las mujeres. Una de ellas viajaba con sus tres niñas, que eran aún de corta edad. Después el autobús reanudó la marcha. Anne solamente lograba adormecerse a ratos, entre las sacudidas y virajes del coche. Y así fue pasando la noche. A las cinco se enderezó, resuelta a desvelarse definitivamente y satisfecha de estar llegando al término de su viaje. Debían entrar en Manchester a las seis.

Limpiando el vaho que empañaba el cristal de la ventanilla, miró al exterior. Aún no había amanecido, pero pudo ver que caía una fuerte lluvia. A ambos lados y enfrente, la carretera parecía un túnel oscuro y brillante por el que los neumáticos rodaban con un rumor constante de salpicaduras. De vez en cuando pasaban junto a ellos estruendosamente las pesadas moles de los camiones de transporte. Anne abrió su bolso y sacó un frasco de colonia. Estaba frotándose distraídamente la cara y las sienes, cuando, de súbito, sin que nada lo hiciese prever, se oyó un fuerte frenazo y el autobús se desvió de su camino. Durante unos cincuenta metros, el pesado vehículo fue patinando sobre la mojada carretera y como en un relámpago, Anne comprendió que el chofer había perdido el control del coche. En el mismo instante, y antes de que la muchacha pudiese ni siquiera lanzar un grito, el autobús giró como un trompo y, saliéndose de la carretera, rodó como un alud por un terraplén de diez metros. A mitad de la caída chocó con un grueso olmo y entonces se oyó un horrible estrépito de cristales al romperse y hierros que se retorcían, el ronquido del motor en marcha y, al fin, una tremenda explosión. El autobús quedó cabeza abajo, mientras unas llamas salían de la cubierta medio enterrada, junto a la cual una rueda seguía girando en el aire.

Aunque sintió que desfallecía, Anne no llegó a perder el conocimiento. Cuando el autobús chocó contra el árbol, el hombro derecho se le quedó entumecido por efecto del golpe, y al caerle encima los cristales hechos añicos, un reguero de sangre le bajó por la mejilla y se le introdujo en la boca, donde notó su sabor pastoso. De nuevo estuvo a punto de desmayarse, pero unos gritos de mujer tuvieron el poder suficiente para reanimarla. En medio de su aturdimiento, pensó:

«Tengo que salir de aquí. Tengo que ayudar a los heridos. Es mi deber».

Con doloroso esfuerzo, logró desprenderse de los restos del asiento que la aprisionaban y, gateando, llegó hasta una ventanilla destrozada por la que se deslizó al exterior, yendo a caer de bruces sobre la hierba. Cerca de ella, vio a un hombre sentado en el suelo, que se apretaba la frente con las manos, y reconoció en él, al chofer del autobús.

—¿Está herido? —le preguntó rápidamente.

—No lo sé —respondió, atontado—. El coche se me fue de las manos, pero no por culpa mía, sino de los frenos. Se quedaron atascados. Yo procuré...

—No se preocupe de esto ahora. Ayúdeme. Por el amor de Dios, ayúdeme a sacar del coche a los heridos si no quiere que mueran abrasados.

En el interior del coche las mujeres gritaban desesperadamente. Anne cogió al chofer de un brazo, ayudándole a ponerse en pie. Las llamas lamían la parte delantera del autobús y el aire estaba impregnado de un acre olor a pintura y a metales recalentados.

—La portezuela para caso de peligro está detrás —balbuceó el chofer. Y Anne lo animó, gritando:

—¡De prisa! ¡Vamos!, ¡de prisa!

Ambos tiraron con todas sus fuerzas, tratando de abrirla, pero la portezuela estaba atascada. Al fin cedió, y en el acto un hombre saltó a tierra, cayéndoles casi encima, a la vez que decía con palabras entrecortadas:

—¡Gracias a Dios! Creí que me quedaba en la ratonera. Esa maldita puerta se ha descentrado.

—Ayúdenos —le ordenó Anne—. Tenemos que sacar a los demás. Los tres se encaramaron por la puerta trasera y se introdujeron en el autobús, empezando al punto a sacar a los heridos. Anne pudo comprobar en seguida toda la gravedad del accidente. Eran muchos los que estaban sin sentido y casi ninguno podía valerse por sí mismo, por tener algún miembro roto o algún músculo desgarrado.

Y había dos que, al parecer, tenían fracturado el cráneo.

Fue algo espantoso aquel salvamento bajo la lluvia y en la noche oscura, sin más luz que las llamas del incendio. Y las dificultades que en seguida se presentaron a la enfermera superaron en mucho a todas las que hasta entonces había conocido.

Pero ella, apretando los dientes, llamó en su auxilio a todos sus conocimientos y aptitudes. Uno tras otro, fueron colocando a los heridos en un escalón de la pendiente, algo resguardados de la lluvia por un árbol. Después sacaron del coche a una mujer que gritaba histéricamente y que echó a correr sin cesar en sus gritos: «Ésta no está herida, a Dios gracias», se dijo Anne. Y la dejó huir. Pero a continuación le tocó el turno a una niña que estaba pálida como una muerta; apenas debía de quedarle sangre en el cuerpo. ¡Hemorragia! Y de la arterial humeral, según pudo comprobar. Con gran rapidez se quitó la bufanda y vendó fuertemente el brazo herido. Después sacaron a un anciano que se quejaba angustiosamente, pues tenía la mano destrozada. Cuando le hubo ayudado a salir, el chofer se volvió para decirle a Anne:

—No hay nadie más, señorita, ya los hemos sacado a todos, y sin decir nada más, sin hacer el menor gesto, cayó desvanecido a los pies de Anne.

En aquel momento un camión de reparto de leche que pasaba por la carretera se detuvo chirriando al ver las señales y oír los gritos frenéticos que le dirigía la muchacha. El chofer era un mozo de granja que sólo tenía diecisiete años y que se quedó como anonadado ante la horrible e inesperada escena.

—¿A qué distancia estamos de Manchester?

—A unos..., a unos veinticinco kilómetros —tartamudeó el muchacho.

—¿Hay algún médico cerca de aquí?

—Sí, en el pueblo, cinco kilómetros más atrás. El doctor Hay...

—Pues óyeme bien, muchacho —en su vehemencia, Anne le cogió el brazo y empezó a sacudírselo—. Vete a ese pueblo tan de prisa como puedas, pide ambulancias por teléfono y tráete al doctor Hay. Entonces tuvo una súbita inspiración... Había enfermos que con toda seguridad se morirían si eran transportados por carretera.

—Y telefonea también al doctor Prescott, de Manchester. Su número es el cuatro mil trescientos. Dile que venga aquí en seguida, que ha habido un grave accidente y que hay que operar sin demora. El muchacho se disponía a marcharse, pero ella le retuvo todavía.

—Un momento. ¿Hay alguna casa cerca de aquí?

—A un kilómetro y medio, por ese camino, está la granja de Rodney —y señaló hacia una espesura de árboles. Allí es donde yo trabajo.

Anne hizo un gesto de asentimiento y, con una última exhortación para que se diese prisa, lo dejó marchar. Luego, dirigiéndose a uno de los hombres que habían sacado del coche, le dijo:

—Vaya usted a la granja y dígales lo que ha pasado. Que traigan mantas, maderas para entablillar, botellas de agua caliente y bebidas calientes también. Reúna toda la gente que pueda y tráiganse todo lo que sirva para improvisar camillas. Arranquen puertas o verjas de hierro, en fin, hagan lo que puedan. Y dense prisa. Por el amor de Dios, dense prisa.

—Pierda cuidado, señorita.

Y echó a correr bajo la lluvia.

Cuando se quedó sola, Anne se dedicó afanosamente a auxiliar a los heridos. Si al menos hubiese dispuesto de un botiquín de urgencia... Pero si lo había en el coche, ya estaría destruido. Si tuviese morfina... Algunos de los heridos más graves ya habían recobrado el conocimiento y se quejaban desgarradoramente. De rodillas sobre la hierba mojada hizo cuanto pudo por aliviados. Mojando su pañuelo en el agua de la lluvia, lavó la sangre coagulada en la cara de muchos de ellos, mientras los examinaba atentamente para ver si sangraban por algún otro sitio. A pesar de que algunos estaban muy mal heridos, la muerte aún no había extendido su garra sobre aquel grupo de infelices. «¡Si al menos todos salieran con vida! —pensaba

animosamente la enfermera—. ¡Si yo pudiese contribuir a realizar semejante milagro!».

Voces y pasos apresurados interrumpieron sus cavilaciones y, a la débil luz del alba, vio unas figuras que se iban aproximando: eran el dueño de la granja y dos de sus hombres, junto con el pasajero que había ido a avisarles. Traían unas improvisadas parihuelas, mantas y whisky.

Anne se puso a pensar tan rápidamente como le permitía su debilitado cerebro. Lo más urgente era poner a cubierto del frío y de la lluvia a los heridos más graves: los dos de fracturas de cráneo, la niña de la hemorragia y el viejo de la mano destrozada. Tal vez alguien pensara que se estaba excediendo en sus atribuciones, pero le tenía sin cuidado. Conocía demasiado bien los peligros de shock, y por ello, dispuso que los cuatro heridos fuesen trasladados a la granja en las camillas improvisadas.

Fue un acierto que así lo hicieran. Porque el chofer del camión de la leche tardó veinte minutos en regresar, y cuando volvió, no venía con él ningún médico.

—El doctor Hay está en casa de un enfermo —explicó el muchacho—. Pero ya lo han ido a buscar. El doctor Prescott dice que vendrá enseguida. He hablado por teléfono con él mismo.

—¿Y las ambulancias?

—Ya deben de estar en camino, señorita. Vienen del Hospital del Sur.

Pero aún transcurrieron otros veinte minutos antes de que las ambulancias llegaran al lugar del suceso.

Eran dos, acompañadas por un interno joven y bullicioso, como suelen ser los que, en realidad, menos hacen. Y cuando Anne empezaba a contarle a trompicones lo que había hecho, vio que llegaba otro auto a toda velocidad. Ahogó un grito de alegría: al volante de aquel coche iba el doctor Prescott. Éste se apeó. Llevaba un grueso gabán sobre un jersey y unos pantalones de pijama, lo que indicaba la rapidez con que se había vestido. Si le sorprendió encontrarse allí con la enfermera, no dio la menor señal de ello. Frío y reconcentrado, como si pasara la visita en su sala del hospital, vaga la mirada y la cabeza ligeramente inclinada hacia delante, escuchó lo que ella le iba diciendo. Aunque las palabras le salían a trompicones, a Anne le resultaba más fácil explicárselo a él que al joven interno. Estaba segura de que el doctor la entendía. Cuando hubo terminado, Prescott se dirigió al interno en tono categórico.

—Usted, doctor, ocúpese de estos heridos y lléveselos de aquí tan pronto como pueda. Yo me voy a la granja con la enfermera Lee. Si llega el doctor Hay, envíemelo enseguida.

En dos minutos, Anne y él llegaron a la granja, donde, en el suelo de la gran cocina y tendidos sobre colchones delante del fuego del hogar, encontraron a los cuatro heridos más graves.

Sin perder tiempo en vanas palabras, Prescott se inclinó, efectuando un rápido reconocimiento a cada uno de ellos. Fue extraordinario como su sola presencia, su

actitud, calmó la agitación que reinaba en la atestada cocina, acallando incluso a la corpulenta esposa del granjero, que momentos antes gritaba, dejándose llevar por los nervios.

Prescott volvió a levantarse, examinando de una ojeada la maciza mesa de madera, la ventana a través de la cual entraba ya la luz de la mañana de marzo, el gran caldero de agua que hervía en el hogar.

—Pongan la mesa de madera delante de la ventana. Tráiganme agua caliente en gran cantidad, y toallas. Después, que salga todo el mundo de la habitación —añadió en voz baja, dirigiéndose a Anne:

—Tres de los heridos no pueden ser trasladados de ningún modo. Voy a operarlos enseguida.

La muchacha sintió que el corazón le saltaba en el pecho al ver confirmado su diagnóstico. Pero no dijo nada. Estaba tan rendida, que no pudo desplegar los labios. En seguida fue al coche a buscar los dos maletines del cirujano y empezó los preparativos de la operación.

Lo que ocurrió después, fue para Anne como un sueño confuso e inexplicable; una extraña pesadilla en la que se veía a sí misma como desde muy lejos, cual un misterioso autómatas que actuara con predestinada habilidad. Entre una vaga niebla, vio cómo Prescott se aplicaba al trabajo, después de quitarse el suéter, mientras la camiseta dejaba al descubierto sus musculosos brazos; y la llegada del doctor Hay, un hombrecillo bajito, con cara de ratón y con lentes, que inmediatamente le quitó de las manos la máscara de la anestesia; y sus propios y rápidos gestos, dando y recibiendo instrumentos, sosteniendo, cortando, previendo cada movimiento del cirujano en una fracción de segundo.

Vagamente, mientras el cirujano iba trepanando el cráneo recién afeitado y pintado de yodo, comprendió que su primera impresión había sido exacta: se trataba de una fractura con hundimiento del occipucio. Otra vez el trépano en acción. Estaban en el segundo caso de fractura de cráneo. ¿Cuánto tiempo pasó? ¿Cuántos minutos o cuántas horas? No lo supo, no pudo saberlo nunca. Ahora había en la cocina una persona más, uno de los criados de la granja, dando su sangre a la niña. La cara de Prescott estaba empapada de sudor. ¡Con cuánta pericia manejaba el aparato de transfusión! ¡Con cuánta pericia le ayudaban las manos de Anne, mientras su cuerpo parecía flotar entre nubes, en el silencio de muerte de la habitación...! Parecía imposible, pero era cierto: sobre la mesa estaba ya el último herido, y ella seguía en pie, ayudando a la amputación de la mano destrozada e inútil, colocando las pinzas arteriales, enhebrando el hilo de sutura, viendo cómo se daba el último punto.

Todo había terminado, finalmente. Y mientras, con gesto incrédulo, seguía en pie junto a la mesa, en un mal espejo colgado en la pared vio de pronto reflejada su propia cara, tensa, con profundas ojeras y con un gran coágulo de sangre en una mejilla. Notó que si no salía de allí se desmayaría. Los ojos de Prescott estaban fijos en ella. Qué humillante resultaría dar ante él semejante espectáculo.

—Necesito un poco de aire —murmuró débilmente, y apenas logró salir por sus pies de la habitación.

Fuera se había reunido un tropel de gente entre la que figuraban periodistas venidos de Manchester. Le hizo un gran bien sentir sobre su rostro el aire fresco del campo. Apenas oía, no le era posible contestar a las preguntas que le hicieron. Alguien le acercó una silla y un vaso de agua. Ya había cesado la lluvia y el sol brillaba esplendoroso. A lo lejos oyó sonar la sirena de una fábrica, y, a pesar de su languidez, comprendió que era mediodía. El doctor Prescott salía de la casa. Se detuvo unos momentos a hablar con los periodistas y luego despidió a la ambulancia que había estado parada ante la puerta. Después se acercó a ella.

—Usted regresará conmigo, señorita Lee.

La observó atentamente, con los labios fruncidos, y añadió:

—No deseo añadir otra baja en la lista de accidentes.

VI

Durante el regreso, el doctor Prescott condujo el coche lentamente, poniendo una vez más en evidencia su incalculable capacidad de mutismo. Sentada junto a él, con los ojos cerrados y sintiendo que el aire que entraba por el techo abierto del desea potable refrescaba deliciosamente su rostro, Anne le agradecía interiormente la atención que había tenido con ella llevándola en su coche. De este modo pudo reponerse antes de llegar al hospital, aunque confiaba que la directora no le exigiría que entrase de servicio inmediatamente.

Pero cuando llegaron a la ciudad y Anne abrió los ojos, vio que no iban en dirección al hospital. Antes de que su mirada interrogadora se fijara en el doctor Prescott, ya había éste adivinado su pensamiento y le decía sencillamente:

—Nos dirigimos a mi casa. Necesita usted un poco de descanso y comer algo antes de volver al hospital. Además tiene una herida en la frente.

Anne replicó, un tanto vacilante:

—Tengo que entrar de servicio a las diez.

Él se echó a reír. Aquella risa puso al descubierto su blanca y fuerte dentadura, cambiando por completo la expresión de su rostro moreno, que ahora resultaba franco y juvenil. Pero fue sólo cosa de un instante. Como arrepentido de su condescendencia, dijo secamente:

—No diga tonterías, por favor.

Y el coche entró en la calle Royal.

Era una calle tranquila, de hermosos edificios dorados por el sol, alejada de los tranvías y de toda clase de tráfico y que tenía un empaque señorial. Ante una fachada de estilo georgiano detuvo el coche, la ayudó a apearse y, sacando la llave del bolsillo, subió los escalones y le franqueó la puerta de su hogar.

Era una vieja casa de anticuada distribución, que había heredado de su madre; una casa excesivamente espaciosa para un hombre que vivía solo, atendido por un único criado y la esposa de éste. Pero el mobiliario era de un gusto exquisito, y en la parte de atrás del primer piso había una preciosa habitación con un balcón que daba a unos jardines inundados en aquel momento por el sol primaveral.

—Tiéndase aquí —le dijo, señalándole un sofá—. Voy a traerle una copa de jerez. Me parece que le está haciendo mucha falta.

Salió de la estancia, y volvió al cabo de un instante con una botella y dos copas, y, sirviéndole un poco de vino, estuvo observando cómo se lo bebía poco a poco. Después, llenó otra copa para él, y, mientras miraba al trasluz el color del vino, le dijo:

—Creo que a mí tampoco me vendrá mal. No han sido ninguna broma las cinco horas largas que hemos pasado en aquella cocina ardiente como un infierno. Pero valió la pena. Esos heridos se curarán. De no haberlos operado en seguida, no hubiese

querido encontrarme en su pellejo. Porque si a esos infelices que tenían el cráneo fracturado los meten en una ambulancia antes de haber descongestionado las fracturas, el mal habría afectado al cerebelo, dañándolo irreparablemente.

Prescott fijó sus ojos en los de Anne y añadió;

—Le estoy agradecido, señorita Lee, hasta un punto que usted no puede imaginar, por su ayuda, su habilidad y su valor. Hizo una pausa, como dudando si debía o no descubrir todo su pensamiento, y en seguida, con súbita decisión, prosiguió:

—Lo que hicimos esta mañana va a tener una enorme publicidad. Si lo duda, me creerá cuando lea los periódicos de la tarde. No quisiera que me juzgase erróneamente, pero he de confesarle que necesito con urgencia esa publicidad. No es que me haga falta en un sentido personal y egoísta. La necesito para algo trascendental: para una clínica que estoy tratando de obtener.

Su expresión se endureció más que de costumbre.

—El sensacionalismo, si me permite usar esta desagradable expresión, el sensacionalismo de nuestra conducta de esta mañana puede ser más útil para decidir a las personas a las que estoy tratando de convencer, especialmente a mi amigo Matt Bowley, que un millón de operaciones corrientes en un millón de quirófanos normales.

Levantándose de su asiento, empezó a ir de un lado a otro con pasos rápidos, impacientes.

—Es preciso que le explique, señorita Lee, que estoy luchando por conseguir una clínica de neurocirugía, un establecimiento bien montado, donde se estudien las lesiones del cerebro y del sistema nervioso central. Éste es mi supremo objetivo. Tal vez usted no lo sepa, pero cada año se pierden millares de vidas porque carecemos de centros especializados para las operaciones de cerebro, debido a que algunos imbéciles chapados a la antigua siguen aferrados a la idea de que es imposible la cirugía del cráneo. Pues bien, yo me he propuesto conseguir esa clínica y lucharé a muerte por obtenerla. Así podré demostrar a todos el campo ilimitado que encierra esa imposibilidad. Así podré presentarles a modo de refutación una serie de éxitos en operaciones de tumores cerebrales, de lesiones traumáticas del cráneo e incluso de otros males mentales de mayor gravedad.

De pronto, se detuvo en seco, se echó hacia atrás un mechón de cabellos que le caía sobre la frente y dijo:

—Le ruego que me disculpe. No suelo tener a menudo un oyente tan atento. Olvidé por completo que ya es hora de que coma usted algo.

Se empeñó en que Anne permaneciese en el sofá y ordenó a la sirvienta que pusiera una mesita entre los dos. Allí les fue servido el almuerzo: un consomé caliente, pollo frío y ensalada de lechuga, con una crema soufflée para terminar. Hacía muchos meses que Anne no había comido cosas tan exquisitas. El jerez la había reconfortado, y entonces se dio cuenta de que tenía hambre, de que no había comido nada desde la diez de la noche anterior.

El doctor Prescott volvía a ser el hombre de siempre, estrictamente correcto y reservado. Le presentaba los diferentes platos, insistiendo en que comiese de todo y en abundancia, pero sus maneras eran frías y rígidas.

De repente, declaró con cierta brusquedad:

—Usted ya debe haber comprendido que no tengo por costumbre invitar al personal que trabaja conmigo en el Hepperton. Me produce el más vivo disgusto que los doctores entablen relación, en el mejor sentido de la palabra, con las enfermeras que colaboran en su trabajo. Me parece un abuso de confianza, una traición a los ideales profesionales.

Anne asintió con la cabeza, en señal de absoluta conformidad. Le satisfacía oír tan claramente expresadas sus propias opiniones. Con toda naturalidad, respondió:

—El médico tiene su oficio y la enfermera el suyo. ¿Para qué han de encontrarse en ningún otro terreno? —Pero luego sonrió—. Eso no quiere decir que no le esté agradecida por este delicioso almuerzo. Prescott desmenuzaba el pan, abstraído.

—Hoy se trata de circunstancias excepcionales. Y además, nuestro encuentro ha sido puramente profesional. Su trabajo de esta mañana fue realmente magnífico.

Tras unos momentos de silencio, dándose cuenta de que ella ya había terminado, declaró:

—Si ya se siente mejor, la curaré. Tiene usted una herida en la frente, y, si no le doy un punto, puede quedarle una cicatriz.

Se levantó y fue a su consultorio, de donde volvió con una bandeja de cristal con todo lo necesario para la cura. Después de lavar la herida con alcohol, la insensibilizó con cloruro de etilo, y sin que ella lo notase apenas, le dio dos puntos de sutura.

Anne estaba en tensión y preparada, sabiendo el daño que podía hacerle; pero no sintió dolor alguno. De ordinario, le molestaba que la tocasen; por eso apretaba con fuerza los dientes cuando iba, por ejemplo, a la peluquería. Pero el leve roce de los dedos de Prescott no le produjo aquella desagradable sensación. Ni tampoco se la produjo la mano de él al estrechar la suya cuando, después de acompañarla hasta la puerta, le dijo adiós con su acostumbrada seriedad. Y mientras Anne se dirigía al Hospital Hepperton, se dijo, sin la menor jactancia, que sin duda podía contar con un nuevo amigo.

TERCERA PARTE

I

Tal como Prescott había predicho, el accidente del autobús y su desenlace en la granja de Rodney produjo sensación en Manchester. Los heridos operados en la granja iban mejorando a ojos vistas, y los demás estaban ya fuera de peligro. Los periódicos decían en grandes titulares: «Treinta vidas humanas salvadas por un cirujano y una enfermera». Muy contra su voluntad, Anne se vio convertida en la heroína del día, a la vez que incluso la prensa menos sensacionalista citaba el nombre de Prescott con frecuencia, junto a discretas pero constantes alusiones a su proyecto de una clínica para operaciones del cerebro. Se rumoreaba que Matthew Bowley veía con buenos ojos el proyecto. Si el poderoso magnate se decidía a prestarle su apoyo financiero y político, la cosa podía darse por hecha.

Anne seguía estas manifestaciones de la opinión pública con extraordinario interés, y empezó a desear con todas sus fuerzas que el ideal de Prescott se realizara. El taciturno cirujano le había contagiado el fuego de su propio entusiasmo. Anne tenía sobrados motivos para desearle suerte en su empresa.

Diez días después de su regreso al hospital pudo paladear las mieles de su primer éxito. Fue ascendida, desde su puesto en la sala C, al de enfermera superior y visitadora.

Por muchos motivos, éste era un destino muy envidiado, y aunque ostensiblemente el nombramiento procedía de la directora, y era un premio a su meritorio trabajo en el accidente y una recompensa por la gloria que su conducta significaba para el hospital, Anne comprendió, y así lo comprendieron también todas sus compañeras, que Prescott no era ajeno al asunto. Algunas enfermeras más antiguas que ella refunfuñaron un poco; otras, exclamaron: «¡Vaya suerte!», pero, en fin de cuentas, todas reconocieron que el éxito de Anne era debido al mérito y no al favoritismo.

Además, aquello originó un gran cambio en el campo de sus actividades. Ahora, por su cargo de enfermera superior visitadora, con seis enfermeras a sus órdenes, tenía que realizar su cometido en el barrio del Hospital Hepperton, atendiendo a los enfermos en sus casas y prestándoles en ellas la asistencia que precisaban. Aquel servicio no era más que la limitada supervivencia de un programa de ayuda sanitaria que el hospital había puesto en práctica en otros tiempos. Las enfermeras que a él se dedicaban adquirirían una gran experiencia profesional, gozaban de mayor libertad de acción y, de vez en cuando, tenían ocasión de cuidar a algún enfermo rico en una casa particular de categoría.

Analizando este gran cambio que se había operado en su vida, Anne pensaba que de aquel accidente sólo había obtenido beneficios. Pero, en cambio, para Joe, aquel suceso fue una verdadera calamidad.

Lo de menos fue la pérdida del autobús incendiado.

Lo importante eran las indemnizaciones por daños y perjuicios, que, al parecer, iban a ser considerables.

Anne pudo verlo cuando acudió a Manchester el 17 de mayo para asistir al juicio de investigación que efectuaba el Ministerio de Transportes. Fue una visita relámpago y adivinó que estaba seriamente preocupado. Lo que no estaba claro era el asunto del seguro. Ted Grein era el que se ocupaba de estas cuestiones, y, al parecer, estaban atrasados en el pago de la póliza. Eso, si no se trataba de algo peor. Anne tuvo la impresión de que Joe había entregado el dinero que le correspondía para atender dicho pago, pero que éste no fue satisfecho por el melifluido, elegante y divertido Ted. Joe no lo dijo, pero, al marcharse precipitadamente para cumplir los trámites judiciales, la expresión de su rostro dijo a Anne mucho más que sus palabras.

El juicio fue aplazado por un mes, a fin de que los pasajeros heridos pudieran presentarse a declarar. Anne no volvió a ver Joe durante su breve estancia en Manchester, y en seguida escribió a Lucy una larga carta de consuelo y aliento. Pero después sus profundas preocupaciones fueron ahuyentadas por el torbellino de su nuevo servicio de visitadora.

Nunca como entonces había podido comprender todo el alcance y utilidad del trabajo de una enfermera. Nunca había estado tan en contacto con la humanidad. Visitó hogares sumidos en la mayor miseria, donde no tenían apenas qué comer; barracas de una sola habitación, donde todo el mobiliario se reducía a un, sucio jergón, una silla desvencijada y una vieja olla de hierro, donde la enfermedad había dejado caer su temida garra. Estuvo también en hogares ricos, donde todos andaban de puntillas y espiaban ansiosamente su rostro en busca de una lucecita de esperanza. Conoció las repentinas llamadas de urgencia, los golpes secos y acuciantes dados en la puerta de su habitación en las horas de guardia nocturna. Tuvo que acudir a atender casos urgentes de accidentes callejeros y de todas clases: un marinero apuñalado en una riña de taberna; una actriz que, al saber que había sido estafada por un falso agente teatral, se había tirado desde un sexto piso; un infeliz empleadillo que, después de jugarse el dinero de su amo y perderlo, intentó quitarse la vida encerrándose en la cocina y abriendo la llave del gas. Pudo darse cuenta de que el nombre de su profesión, la mágica palabra «enfermera», era un infalible salvoconducto. Vio que rudas muchedumbres se apartaban para abrirle paso, y que en los peores lugares de la ciudad su uniforme constituía una protección más eficaz que un batallón de policías. Vio el lado peor de la vida. Pero vio también lo sublime. Y al mismo tiempo, en medio de sus preocupaciones y de su trabajo, tuvo ocasión de conocer el lado humorístico de su profesión, ese poco de sal y pimienta sin el cual las enfermeras desfallecerían y morirían. Aquella estupenda humorada tuvo lugar con motivo de las solemnes nupcias de nuestro conocido caballero Y doctor del Hospital Hepperton, el doctor George Caley.

II

Fue Nora la que trajo la formidable, la trascendental noticia de que el doctor Caley iba a casarse al cabo de unos días. A la hora del almuerzo entró como una tromba en el refectorio, y, dejándose caer en su asiento, comunicó a media voz a sus compañeras de mesa el feliz acontecimiento. Si lo hizo con desusado sarcasmo, no era difícil adivinar el motivo de ello: Nora había sustituido a Anne en su puesto de la sala C, y el inaguantable Caley la había tratado con la misma torpe arrogancia y malevolencia.

—Será una boda de alto nivel, como es natural, —declaró Nora pinchando fieramente una patata con el tenedor e imitando el hablar afectado del interno—. El próximo jueves en la iglesia de San Botolfo, en la plaza del mismo nombre. Con recepción en el hotel Midlan. Una maravilla de regalos, ¡millones de regalos!, expuestos en el salón, numerados, marcados y enviados en el Rolls-Royce al nido matrimonial. Los pajaritos gorjearán en los árboles. Todo el señorío y todos los vanidosos del lugar están invitados. Pero nada de enfermeras, ¿eh? No, ni una sola de nosotras. Ni siquiera alguna enfermera jefa. «Quizá la directora (dirá nuestro George con una aire de superioridad), si es que sabe comportarse como es debido». Toda la mañana me ha estado dando la lata con su boda..., dale que dale, dale que dale..., mientras atendíamos a una infectada. No ha habido escape posible. ¡Demonio de hombre! ¡Es un imbécil cargado de humos, un mal educado, un grosero, un cerdo lleno de presunción! En serio, Anne, sólo de pensar lo que he tenido que aguantar a ese idiota desde que te sustituí, me pongo tan furiosa, que siento ganas de llorar. Mil veces había jurado clavarle un bisturí en el rollizo trasero; y ahí está, a punto de largarse a la consulta de su suegro, sin que yo haya tenido ocasión de darle su merecido.

—Sí, es un necio —dijo Glennie hablando lentamente y más pensativa que de costumbre, lo cual, en la sagaz escocesa, era señal de grave preocupación—. También yo tengo mis motivos para ajustarle las cuentas a su señoría.

—¿Con quién se casa? —preguntó inocentemente una joven aspirante que acababa de entrar en el Hepperton.

—Contigo no, desde luego —le dijo Glennie con mordacidad. Estalló una carcajada general, y la infeliz aspirante se azoró y se puso como una amapola. Pero Anne, incapaz de ser descortés con nadie, la puso al corriente.

—Se casa con la hija del doctor Parkin, que es un médico muy conocido en la ciudad y que tiene una gran clientela en el mercado de salazones.

—Así es —añadió Glennie con un tonillo de rabia—. Un negocio redondo para Georgie. La mitad de la clientela será para él; recibirá numerosos regalos del gremio del mercado, y todo sin poner ni un céntimo de su bolsillo. No es raro que esté reventando de satisfacción. ¡Oh! Poco falta para que me dé un ataque de apoplejía

cada vez que lo pienso.

—¿Por qué no ideamos algo para fastidiado? Podríamos armar algún enredo bien gordo que le estropeará la boda.

—La directora es quien nos armaría la gorda y nos fastidiaría a nosotras —replicó Anne con amarga sonrisa.

—¡Tenemos que inventar algo, tenemos que inventar algo! —exclamó la enfermera Dow, mordiéndose las uñas en su ansia de vengarse del odiado Caley—. ¿Y si le pusiéramos polvos de pica pica en la cama? Es muy fácil. Podemos entrar en su cuarto entre diez y diez y media de la noche, que es la hora en que toma su baño..., su baño de la noche, como dice ese imbécil presumido.

—No —la atajó Glennie, escuetamente—. Eso es demasiado vulgar. Y, además, ese animal tiene la piel demasiado dura: ni siquiera lo notaría. Pero eso del baño me ha dado una idea.

—¿Cuál? —exclamaron a coro siete voces.

—El baño azul.

Se produjo un silencio de estupefacción. Y al cabo de un instante, Anne se echó a reír, preguntando:

—¿Qué significa eso del baño azul?

—Pues muy sencillo —respondió Glennie tranquilamente—. Agua caliente y azul de metileno. Una vez, en el Hospital Grantown, se lo hicimos a un interno muy antipático. Lo teñimos de un azul tan vivo, que parecía un anuncio de azul para la ropa. ¡Y cómo se le adhirió a la piel! Fue maravilloso.

—Pero ¿hablas en serio? —musitó la joven aspirante.

Y era tan grande el espanto que reflejaba su semblante al pensar en los detalles de la situación, que Glennie le replicó al instante:

—¡Vamos! No pongas esa cara que parece que nunca hayas roto un plato. Antes de zambullirlo, se apaga la luz.

La idea, con sus numerosas posibilidades, empezaba a penetrar en todos los ánimos, y, ahora uno, después otro, los rostros de las enfermeras se iban iluminando al imaginar la figura del novio teñido de azul.

—Podemos sacar del laboratorio todo el metileno que queramos —dijo Nora con un temblor de esperanza en la voz—. El miércoles por la noche estaré yo de servicio.

—¡Ah! —murmuró Anne—. ¡Si pudiéramos salimos con la nuestra!

Todas las reunidas sintieron un estremecimiento de emoción. Las cabezas se juntaron y, con la alegría de fraguar el complot, se olvidaron incluso del arenoso budín que tenían delante. Y así fue como el siguiente miércoles, alrededor de las diez de la noche, cuatro enfermeras subieron calladamente por la escalera de incendios hasta la cocina de la sala C y se metieron en la ropería adyacente al vestíbulo. Apenas había espacio para las cuatro, que eran Anne, Glennie, Todd y Dow, en aquella reducidísima habitación que olía a sábanas recién lavadas y húmedas; pero las muchachas ni siquiera se daban cuenta de ello. Con los nervios en tensión,

aguardaban en silencio la señal convenida. De pronto, en el pasillo se oyeron unos pasos, y a Dow, se le escapó una risita nerviosa.

—¡Ya está aquí!

—¡Cállate! —le susurró Glennie, furiosa—. ¿Quieres echarlo todo a perder antes de empezar?

Los pasos se acercaban y, poco después, se oyó el ruido del agua al caer en la bañera. Luego, los pasos volvieron a alejarse.

—Es él, no cabe duda —murmuró Glennie al oído de Anne—. Pisa con tanta presunción como si el hospital le perteneciese.

Todo iba ocurriendo como de costumbre. El odiado George, una vez abierto el grifo del baño, se encontraba en su habitación desnudándose y poniéndose su deslumbrante bata a cuadros. Así lo dedujeron las enfermeras, lo cual fue confirmado por esta orden del médico que llegó a ellas como en sordina:

—¡Enfermera! ¡Enfermera! Cierre el agua del baño, haga el favor. Era muy propio de Caley emplear a una enfermera en semejante servicio. Esta vez le había tocado a Nora, que respondió con asombrosa presteza y docilidad.

—Enseguida, doctor Caley.

Una brevísima pausa, y entonces oyeron a Nora que se acercaba de puntillas a la puerta de la ropería y, entreabriéndola un poco, les decía rápidamente y en voz baja:

—Ya está. En la bañera hay azul suficiente para pintar un acorazado. Esperen hasta que yo dé unos golpecitos en la puerta, y entonces, ¡todas a él!

La temperatura de la ropería había subido varios grados. Anne, a la que el corazón le daba fuertes golpes en el pecho, tuvo que reprimir unos locos impulsos de reírse. Comprendía que lo que estaban haciendo era un disparate, una verdadera locura; pero lo chocante era que necesitaba hacerla, porque ya tenía metido en la sangre el veneno, la excitación de aquella aventura.

No hubo necesidad de que Nora les avisase con los golpecitos en la puerta. Los pasos de Caley dirigiéndose al baño volvieron a oírse con toda claridad. Después de una rápida mirada a sus tres compañeras, Glennie entreabrió la puerta de la ropería. Nora las esperaba afuera. Las luces del vestíbulo estaban apagadas en parte, pero pudieron distinguir la figura de Caley embutido en su bata, en el momento de entrar en el cuarto de baño. El tiempo no podía haberse calculado mejor. Y una vez más, Anne sintió en sus venas la comezón de la aventura.

—¡Ahora! —exclamó Glennie con feroz alegría.

Las cinco enfermeras cruzaron el vestíbulo velozmente y cayeron sobre el doctor Caley, en el momento en que éste iba a cerrar la puerta del baño. Apagaron la luz, y un segundo después, George, con bata y todo, caía en la bañera. Fue inútil que luchase, que diese manotazos, que intentase gritar pidiendo socorro. Cinco pares de manos lo sujetaban implacables. Si abría la boca para gritar, lo sumergían bajo el teñido líquido. Si daba patadas, las manos invisibles lo castigaban poniéndolo cabeza abajo. Cualquiera que fuese la posición en que se hallara, el colorante penetraba en su

piel implacablemente. Como punto final, derramaron sobre él, un vaso de metileno puro. Y entonces, de repente, terminó la cosa. Hubo un movimiento en dirección a la puerta. Ésta se abrió y se cerró con rapidez, y el pobre George, incapaz de moverse, y menos de perseguir a nadie, se quedó solo, preguntándose con angustia en qué revuelto mar habría caído.

A la mañana siguiente, una paz beatífica y desusada reinaba en la residencia de enfermeras. Nadie se quejaba, ellas se trataban con gran cortesía. Incluso Glennie dijo «por favor» cuando pidió a su vecina de mesa que le pasase la mermelada. Y en la sala C, todavía fue mayor el afán que todas demostraban por cumplir las órdenes que se les daban... Pero el doctor Caley no aparecía.

—Sin duda debimos ahogar a nuestro arrogante mediquillo, porque no le he visto el pelo en toda la mañana —susurró Nora al oído de Anne durante la comida. Su amiga la hizo callar con un codazo, mientras, con expresión inocente, se dirigía a la enfermera jefa que estaba de vigilancia, preguntándole:

—Señorita Gilson, ¿le ocurre algo al doctor Caley? Parece que hoy no lo ha visto nadie en el hospital.

Ella volvió su cara larga y pálida hacia la mesa de las preguntonas.

—El pobre —respondió— me parece que no se encuentra bien. No ha salido de su habitación en toda la mañana, no ha probado el desayuno, y no quiere ver a nadie. Supongo que será cosa de los nervios. ¡Es gracioso que el casarse pueda impresionar tanto a un hombre! Pero lo más raro del caso —y la enfermera. Gilson movió la cabeza en gesto de extrañeza y conmiseración—, lo más raro del caso es que no hace más que pedir pastillas de jabón y piedra pómez. Toda la mesa estalló en una carcajada estruendosa, delirante, incontenible. La señorita Gilson les sonrió, vagamente complacida, figurándose que tal vez había dicho algo chistoso. Aquel día, a las tres de la tarde, un grupo de enfermeras acudió puntualmente a San Botolfo, templo situado en la plaza principal. No habían sido invitadas a la ceremonia que iba a celebrarse en el interior; pero como la directora les había dado permiso, nadie podía impedirles que permanecieran entre la multitud que se apiñaba en la puerta. Era, sencillamente, un gesto de devoción.

Cuando ellas llegaron, la ceremonia ya había comenzado. En la iglesia se había congregado un numeroso acompañamiento, pues el doctor Parkin era muy conocido en la ciudad, y en la calle se alineaba gran número de coches.

Las enfermeras aguardaban con febril impaciencia. Por fin, los vibrantes acordes del órgano indicaron que la ceremonia había concluido. Siguiéron unos momentos de tensa expectación. Y después, el doctor George Caley apareció dando el brazo a la que ya era su esposa.

Al verlo, Anne casi se desmaya. La cosa había salido mejor, infinitamente mejor de lo que ni ella ni ninguna de sus compañeras había esperado. George llevaba un chaqué magnífico, por supuesto; unos guantes elegantísimos y un cuello duro impecable. Pero la piel de George no resultaba tan impecable. Aunque el fregoteo con

piedra pómez casi le había levantado llagas, el cutis de George parecía jaspeado y marchito como el de un viejo. Daba la impresión de haber sufrido el azote del frío en un ventisquero y tenía un tono azulado y gélido, como si aún tiritase ante el recuerdo de glaciales experiencias.

Mientras bajaba los escalones de piedra de la iglesia dando el brazo a su esposa, George fue objeto de la curiosidad y la compasión del público. La gente lo miraba como si se tratase de algún fenómeno singular.

—Pobre hombre —comentó una rolliza cocinera entre los espectadores—. No parece tener mucha salud.

—Dicen que es médico, ¿verdad? Pues entonces puede ser que algún enfermo le *haiga pegao* unas calenturas.

Estas frases, más aún que la mala mirada que George les dirigió, puso a las enfermeras en el séptimo cielo.

Mucho después de haberse marchado hasta los últimos mirones, ellas todavía continuaban sentadas en los escalones de la iglesia, sosteniéndose las unas a las otras, desternillándose de risa hasta saltárseles las lágrimas. Bastaba que alguna repitiese la frase: «Puede ser que algún enfermo le *haiga pegao* unas calenturas», para que volviese a darles un ataque de hilaridad.

Al fin lograron serenarse. Y para celebrar el triunfo, Glennie las invitó a todas a tomar el té en el Café Kine. El grupito se comportó en general con bastante corrección, a pesar de alguno que otro pequeño estallido de risa sin justificación aparente. Pero Anne estuvo a punto de provocar un alboroto cuando se le ocurrió pedir al director de la orquesta que tocase cierta melodía.

El título de la pieza era: «Mi noche azul de bodas».

III

Tres semanas después, en la vida de Anne ocurrió algo de la mayor importancia: recibió aviso para que se encargase de cuidar a un enfermo. Era el primer caso particular que se le encomendaba, lo cual quería decir que ya había hecho amistades influyentes.

En el curso de su trabajo como visitadora había atendido a algunos enfermos particulares; pero este caso de ahora, aparte que la obligaba a vivir fuera del hospital, era de extraordinaria importancia. La enferma que tenía que cuidar era la esposa de Matthew Bowley.

La directora, después de llamarla a su despacho, le expuso la situación con la máxima seriedad.

—Es usted muy joven todavía, Anne —empezó por decirle con el ceño fruncido en un rictus de preocupación— para encargarse de un caso de tanta responsabilidad. Pero el señor Bowley quiere que sea usted la que enviemos, y el doctor Prescott dice que tiene confianza en usted. Procure que estas favorables opiniones no queden defraudadas.

—Así lo haré, señora directora.

—Muy bien. Y no olvide esto: mientras viva en aquella casa, procure que su conducta sea digna, en todo momento, de la buena fama de este hospital.

—Descuide, señora directora.

—Ahora, ya puede irse.

—Gracias, señora directora.

Con un vivo gozo, con la impresión de que estaba escalando los peldaños de su profesión, Anne salió del despacho y se dirigió a la residencia, donde recogió sus cosas. En un cuarto de hora estuvo lista, y a las diez en punto, tal como le habían anunciado, un automóvil pasó a recogerla. El coche era un magnífico Rolls-Royce azul con relucientes metales y un chofer vestido con uniforme gris. La mañana era tibia y soleada. Mientras, sentada en el interior del coche, cruzaba las calles sucias y llenas de gente que ella solía recorrer a pie cargada con su maletín, Anne empezaba a descubrir en el lujo y la comodidad del Rolls-Royce, algunas de las ventajas que proporcionaba una gran fortuna.

La casa de los Bowley acentuó aún más esta primera impresión. Era una grandiosa mansión señorial situada dentro de un parque propio, en Dene Hill, a poca distancia de Manchester. Por lo suntuoso de su mobiliario, por sus mullidas alfombras y sus valiosos cuadros, daba una sensación de opulencia que casi intimidaba.

Sin embargo, las habitaciones de Anne, situadas en el ala sur, cerca del dormitorio de la señora Bowley, eran en extremo acogedoras. Una de ellas era una salita llena de flores, y con una biblioteca, cuyas ventanas daban sobre una amplia extensión de aterciopelado césped. Apenas llegó, se presentó a ella una elegante sirvienta

preguntándole si deseaba tomar una taza de té o de café. Anne no pudo evitar una sensación muy humana de satisfacción. Entonces advirtió que también había placenteros oasis en la árida vida de la enfermera. Aquél era uno de ellos, y le pareció más estimable aún por llevar una temporada recorriendo los míseros hogares que rodeaban al Hospital Hepperton. Después de tomarse una taza de café, se puso el uniforme y se apresuró a visitar a la enferma.

La señora Bowley era una mujer morena, cetrina, de unos cincuenta años, con una humanidad excesivamente bien alimentada, un enorme busto y una cara vulgar, de expresión inquieta y preocupada. Se hallaba en un gran lecho en el centro de una espaciosa habitación con las cortinas medio corridas, y rodeada de todos los detalles —sobre la mesa de noche había un imponente despliegue de frascos de medicamentos— que caracterizan a una persona delicada y aprensiva. La señora Bowley era, en efecto, una neurótica crónica. Al casarse treinta años atrás con el joven y entonces pobre Matt Bowley, era una chica activa y enérgica. Pero el encumbramiento de su marido produjo un curioso efecto en su sistema nervioso. La riqueza le permitió cultivar esos extraños caprichos del temperamento, esas dolencias imaginarias en que la pobreza no le había dejado pensar. Por más que aún seguía queriendo a su Matt, estaba casi siempre en cama, enferma de supuestos desgastes nerviosos, que ella achacaba patéticamente a su vida de constante lucha y esfuerzo cuando era una recién casada.

Ahora, después de un largo y angustioso examen de la persona de Anne, acabó por decir:

—Me parece que va usted a serme simpática, joven. El doctor Prescott me ha hablado muy bien de usted... ¿La han instalado a su gusto? Déme el agua de Florida y luego venga a sentarse a mi lado. Vamos a charlar un buen rato, ¿verdad? Y mientras hablamos, fróteme un poco las sienes con el agua.

Anne hizo lo que la dama le pedía. No necesitó mucho tiempo para descubrir el verdadero carácter de aquella mujer bondadosa, aunque exigente, que se estaba atormentando a sí misma. Mientras pasaba sus frescos dedos por la ardorosa frente de la señora Bowley, sintió nacer en ella un sentimiento de verdadera simpatía por su nueva paciente.

A las tres de la tarde, el doctor Prescott se presentó para hacerle su diaria visita. Aunque por estar especializado en cirugía no visitaba aquella clase de enfermos, con la señora Bowley hacía una excepción a causa de su amistad con el marido, y, además, porque ella se lo había pedido, diciendo que no quería ver a ningún otro médico.

Observando a Prescott atentamente, Anne sintió crecer su respeto por su manera de tratar aquel caso. Sentado sin ceremonia en el borde de la cama, en actitud discreta y reposada, escuchaba con rostro impasible la retahíla de síntomas que le iba exponiendo su paciente, pero sin aceptar sus manías. Cuando le explicaba alguna extravagancia, el médico enarcaba una ceja de un modo que producía más efecto que

cien palabras convincentes. Al término de la visita, la señora Bowley se sentía calmada y animada, quedando casi segura de que un día u otro se curaría.

Anne acompañó al doctor hasta la puerta, y mientras bajaban la amplia escalera, él le dio algunas instrucciones. Cuando hubo terminado, le echó una rápida mirada de soslayo, añadiendo:

—¿Recuerda lo que le dije una vez acerca del valor del trabajo de una enfermera? Éste es un caso en que una buena enfermera puede hacer más que ningún médico. Yo veo a esa pobre señora tan sólo diez minutos diarios. Usted pasa a su lado todo el día. Puede usted influir en ella enormemente.

Anne se ruborizó un poco.

—Me esforzaré en procurarlo. Es una persona tan buena... Me gustaría mucho poder influir en su curación.

Él asintió.

—Por eso me alegro de que sea usted quien la cuide. Cuando Bowley me lo propuso, no dudé que era una buena idea —hizo una pausa—. Bowley le quedaría a usted muy agradecido... y quizás a mí también, si lográsemos volver a su esposa a la normalidad.

Anne percibió instintivamente el oculto sentido que iba implícito en aquellas palabras. Ambos estaban de pie en los escalones de la entrada, junto a los cuales esperaba el auto del médico. Sin poder evitarlo, Anne exclamó:

—¿Sigue usted pensando en su clínica?

Y al ver que el médico le dirigía una rápida mirada, enrojeció más todavía. Y él, con un tonillo sarcástico, repuso:

—Sí, enfermera Lee; sigo pensando en mi clínica.

Tuvo un momento de vacilación, y, enseguida, aunque su tono siguió siendo algo irónico, pareció perder un poco de su altivez, como si resolviese no excluirla totalmente de su confianza.

—A pesar de la excelente propaganda que nos hicieron los periódicos, mi buen amigo Bowley aún no se decide a rascarse el bolsillo. Tal vez esté casi decidido, pero no del todo —y tras otra pausa, continuó:

—Tiene la cabeza muy dura, ¿sabe, usted? Además, el mes que viene se presenta como, candidato a la alcaldía y no quiere hacer nada que moleste a las fuerzas conservadoras de la ciudad; no quiere que lo tachen de radical por ayudar a un rebelde como yo. Pero estoy convencido, sí, convencido, de que con un empujoncito más y un poco de suerte, no dejará de hacerlo. Y si él no lo hace —al decir esto el rostro de Prescott se endureció—, no lo hará nadie en Manchester. Esto sería para mí una pequeña contrariedad. En ese caso, me iré de aquí, y que se las arreglen como puedan.

De repente, miró la hora en su reloj. Su expresión era ya completamente normal cuando se volvió para decirle:

—Tengo que marcharme. ¡Ah! No esté todo el santo día pegada a las faldas de su

enferma. Salga a pasear un poco por estos jardines. Son maravillosos. Y saboree sin reparo la comida. Espero que la encuentre ligeramente distinta a la que le daban en el Hepperton. Cuando se hubo alejado en el coche, Anne volvió junto a la enferma con una expresión tranquila y resuelta. Prescott había sido tan bueno con ella —a su ayuda debía en gran parte su situación en el hospital y en aquella casa—, que sentía un irresistible deseo de ayudarlo a su vez. El médico defendía todo cuanto representase una mejora para su profesión. Lo que pretendía conseguir no era para él, sino para su idea. Tenía que ayudarlo. Tenía que aprovechar aquella coyuntura sin par. Si lo lograba, tendría la mayor satisfacción de su vida.

IV

A las veinticuatro horas de su llegada, Anne, con el mayor entusiasmo, ya había puesto manos a la obra de cuidar a su enferma. Tenía la impresión de haber entrado en aquella casa con buen pie, pues la señora Bowley parecía aceptarla con simpatía, y era esencial para su misión ganarse la confianza y el afecto de aquella mujer.

El jueves, a la una, cuando se disponía a disfrutar de una hora de descanso en aquella casa siempre tan silenciosa y ordenada, se produjo una ligera conmoción que la hizo detenerse en lo alto del rellano y asomarse a ver qué ocurría en la entrada. Abajo estaba Matthew Bowley, que regresaba de Liverpool, donde había pasado los tres días anteriores. Collins, el mayordomo, le estaba ayudando a quitarse un formidable abrigo de viaje, mientras Bowley le disparaba una cantidad de preguntas con la rapidez de una ametralladora. De repente, levantó la cabeza, y, al ver a Anne, hizo una pausa en su furioso interrogatorio y le dijo:

—¡Ah! ¿Ya está usted aquí, señorita? Es usted la persona con quien deseaba hablar en este momento. Ya puede empezar a contarme lo que haya de nuevo.

Y como viese que Anne vacilaba, repitió su invitación:

—Vamos, baje usted. Quiero el último boletín de noticias acerca de mi mujer.

Mientras Anne bajaba la escalera lentamente, se volvió al mayordomo para ordenarle:

—La señorita Lee almorzará conmigo. Sirva la comida en seguida, Collins..., en cuanto yo haya visto a la señora.

Resultaba imposible oponerse a una orden tan arbitraria. Y además, Bowley no le dio tiempo para hacerlo. Subió en un vuelo a ver a su esposa y, a los cinco minutos, ya estaba de vuelta, frotándose las manos y conduciendo a Anne al soleado gabinete donde había ordenado que les sirviesen el almuerzo, en vez de hacerlo en el grandioso comedor.

En verdad, Anne hubiese preferido comer sola en su cuarto, tal como estaba prescrito en el reglamento de su profesión. Pero las maneras de Bowley eran tan espontáneas, de una rudeza tan bonachona, que a los pocos momentos de estar sentada frente a él comprendió que no había por qué ponerle reparos al hecho de que, por una vez, según él dijo, le acompañase a la mesa.

Sin embargo, Bowley debió notar algo anormal en ella, porque trató de convencerla con un razonamiento de bastante mal gusto.

—¿Qué tiene usted que objetar? Usted no es una criada, ¿verdad? Puede codearse conmigo y con el más pintado. Además, yo mismo se lo he pedido, ¿no?

Con la boca llena, siguió franqueándose.

—Y, además, es preferible que usted lo sepa: la verdad es que tenía ganas de verla aquí. Acuérdesse de la charla que tuvimos aquel día en el Hepperton. Le dije entonces, cuando ya me habían abierto la tripa, que me gustaba ver una cara bonita en casa. Yo

fui quien le dio la idea a Prescott. Yo fui quien quiso que usted viniese para cuidar a mi mujer —hizo una mueca de picardía que llenó de arrugas su cara rubicunda—. Para cuidarla a ella y para que me haga un poco de compañía cuando tenga un rato libre.

Anne casi no supo qué responder a tan ruda perorata. Torpemente, balbuceó:

—Le agradezco de veras que se haya acordado de mí en esta ocasión, y que me haya concedido su confianza. Le aseguro que me esforzaré en no defraudar tanta bondad.

—Muy bien. Ya sabía yo que sería así.

Y con un gesto de aprobación, prosiguió hablando y comiendo con deleite, sin desatender a Anne respecto a la comida, pero sin dejarle meter baza más que para pronunciar alguna palabra de vez en cuando. Aunque Anne no reparase en ello de momento, el tono de su charla resultaba un tanto cómico; y, a la vez, también un tanto trágico. Como todos los personajes que han salido de la nada, como todos los hombres que con su esfuerzo han alcanzado una elevada posición, no tardó en lanzarse a contarle la historia de su vida.

En la carrera de Bowley no había nada que se apartase de lo tradicional en estos casos; lo cual pareció lógico a Anne, puesto que las tradiciones están forjadas de la substancia misma de la vida. Había empezado como simple obrero y ahora era millonario. ¡Y qué placer le producían sus éxitos, y su hermosa casa, sus coches, sus colecciones de arte y en fin, todo cuanto poseía, y el prestigio que eso le daba! Además, pronto sería alcalde de Manchester. ¿Verdad que era estupendo?, preguntaba con ancha sonrisa. Ni hablar de la posibilidad de que no lo consiguiese, ¡qué demonios! Los vencería a todos, no cabía duda.

Su expresión cambió un poco, se hizo tierna y compasiva para consigo mismo, cuando empezó a hablarle de su familia. Su esposa, a pesar de ser una enferma, no le daba el menor motivo de queja; pero su hijo había hecho una boda desafortunada y ya era hombre al agua para todo. Ya no tenía en quién poner su cariño más que en Rase, su nieta de trece años. Bowley la adoraba. La había enviado al mejor colegio de Inglaterra, un colegio de Sussex, donde, según sus propias palabras, «se estaba codeando con toda la nobleza del país». Se empeñó en enseñarle varias fotografías de la niña, una chiquilla pálida, en traje de gimnasia, jugando al tenis y con el uniforme escolar. Aquel intenso cariño puso en sus palabras una singular emoción.

Bowley estaba disfrutando de veras durante aquel almuerzo; se veía que de buena gana hubiese continuado hablando de Rase, de sí mismo, de la vida en general. Pero el reloj de la chimenea señalaba las dos, y Anne, que tenía la vista fija en él, aprovechando una breve pausa, dijo quedamente:

—Tengo que volver al lado de la enferma, señor Bowley. Mi hora libre ha terminado.

—No tenga usted prisa, muchacha —le respondió él—. A mi mujer no le va a pasar nada por cinco minutos más o menos.

Pero Anne, sonriendo, dijo que no con la cabeza.

—He de irme, señor Bowley. Tengo que cumplir con mi obligación. Si no lo hiciese así, no me tendría usted en muy buen concepto, reconózcalo.

Y sin más, se levantó de la mesa.

Lo imprevisto de este gesto pareció dejado desconcertarlo; pero supo disimularlo con rapidez. Pesadamente, se puso en pie e, inclinándose sobre al mesa, le cogió la mano y se la estrechó, dándole además unos golpecitos en el dorso.

—Muy bien, muy bien, muchacha. El deber antes que el placer. Ésta ha sido siempre mi divisa. Y, ¡qué diantre!, dio siempre buenos resultados —se rió cordialmente—. En fin; márchese corriendo y dele recuerdos de mi parte a mi mujer. Pronto volveremos a vemos, ¿eh? Instálese a su gusto y esté como en su casa. Collins, encárguese de que nada le falte a la señorita Lee. Y ya lo sabe, si algo necesita, no tiene más que abrir la boca y pedirlo.

V

Rápidamente pasaron dos semanas. Pero con gran sorpresa y descontento de Anne, y a pesar de todos sus esfuerzos, la señora Bowley no mejoró lo más mínimo. A juzgar por las primeras reacciones de la enferma cuando empezó a cuidarla, Anne había confiado en una curación rápida y espectacular. Al principio pareció que había motivos para esperarlo así; pero ahora, por desgracia, no podía vanagloriarse de semejante resultado. A decir verdad, la señora Bowley resultaba incluso más difícil de tratar ahora que en los primeros momentos. Y en los últimos días se había vuelto extrañamente taciturna y arisca. Anne lo había probado todo para desvanecer aquel mal humor. Pero cuanto más hacía, peores eran los resultados. Varias veces le había ocurrido que, al alzar de pronto la cabeza, se había tropezado con los ojos de la señora Bowley fijos en ella, con una mirada extraña y penetrante. Aquello era, a la vez, molesto e inexplicable.

Esta situación la tenía un tanto más preocupada, cuanto que deseaba vivamente demostrar su agradecimiento por las amabilidades de que la hacían objeto en aquella casa. Nunca, en ninguna ocasión de su vida, la habían tratado tan bien. Constantemente la colmaban de atenciones que incluso le resultaban embarazosas. No podía volver a su habitación sin encontrarse con un nuevo ramo de flores, con una fuente de melocotones del invernadero o de racimos de uvas, o con una caja de bombones de «Alexander's», la mejor confitería de la ciudad. Varias veces le había dicho a Collins que aquello era excesivo. Pero el mayordomo, un hombre bastante sombrío y de pocas palabras, se limitaba a mirarla con su cara impasible, repitiendo que él no hacía más que cumplir órdenes. Collins le desagradaba; no le inspiraba la menor confianza: Tenía un raro modo de aparecer de repente y sin que nadie lo oyera, en los sitios más inesperados de la casa, incluso en la habitación de la señora Bowley, con su eterno aspecto de criado obsequioso y desagradablemente fantasmal.

Ignoraba lo que Collins opinaba de ella y de sus protestas, pero lo cierto era que los obsequios se repetían diariamente, y Anne, se justificaba ante su conciencia, llevando muchas de aquellas golosinas a sus amigas cada vez que iba a verlas al Hospital Hepperton aprovechando sus ratos libres. En la residencia de enfermeras jamás habían gustado de tales exquisiteces.

Un día, hacia el final de la segunda semana, cuando salía del repostero con un jarro de agua de cebada que acababa de preparar para la enferma, se tropezó con el señor Bowley. Iba muy de prisa para no llegar tarde a una reunión relacionada con las próximas elecciones a la alcaldía; pero se detuvo ante ella, sonriéndole amistosamente.

—Hoy tiene usted la tarde libre, ¿verdad? —le dijo, dejándola muy asombrada de que lo supiese—. ¿Por qué no sale en el coche? Nadie lo necesitará. Le sentaría más que bien darse una vueltecita por el campo.

Anne lo miró un poco confusa, moviendo la cabeza.

—Eso, ni pensarlo, señor Bowley.

—No sea tonta —exclamó él, bromeando en tono paternal—. No hay nada malo en dar un solitario paseo en coche. Se lo diré a Collins. No le irá mal estar un rato fuera de la cárcel.

Y con un gesto final de persuasión, siguió pasillo adelante.

Anne se quedó un tanto perpleja. Claro es que en las dos semanas que llevaba allí, ya había podido ver cómo era Matt Bowley. La había enviado a buscar varias veces para que —fueron sus propias palabras— «le presentase un informe oficial acerca de la enferma». Con frecuencia iba a tomar una taza de té con su esposa cuando Anne estaba presente. Y un día le pidió que fuese a comprar algunas cosas para Rose, la nieta a quien adoraba. Pero aquello del auto era distinto. Por más que la cosa en sí, no fuese nada reprochable, su instinto le advirtió que no podía aceptar favores que vinieran directamente del dueño de la casa. Antes de volver a la habitación de la enferma, buscó a Collins, y, con firmeza, revocó las órdenes que le hubiesen dado referentes al coche.

Toda aquella mañana estuvo más silenciosa que de costumbre. Y también la señora Bowley estuvo muy callada. A las dos, cuando Anne iba a dejar a la enferma, ésta le preguntó, como sin darle importancia:

—¿Y cómo piensa usted pasar su tarde libre?

—¡Oh! Pues... no sé —respondió Anne, ruborizándose un poco sin poder evitarlo—. Creo que saldré un rato.

—Ya —dijo la señora Bowley, con la mirada perdida en el vacío. Anne estaba enfadada consigo misma por haberse ruborizado tan sin motivo. Mirando a los ojos a la señora Bowley, añadió en tono sosegado:

—Sí. Saldré a dar un paseo. Y después acabaré la tarde aquí, leyendo. Estoy terminando una novela muy interesante. Si me necesita, estaré en mi cuarto.

—Creo que no la necesitaré —replicó la señora Bowley con un hilo de voz.

Aquella tarde, en efecto, Anne salió a dar un paseo. Con la expresión turbada y a buen paso, estuvo dando vueltas y más vueltas por el parque y lo recorrió en todas direcciones. El ejercicio le hizo bien. En un *restorán* de los alrededores descansó un rato mientras tomaba una taza de té. Y al regresar con la mente despejada por el agradable paseo, estuvo a punto de reírse de sus preocupaciones de antes. Después de darse un baño, se puso un cómodo vestido gris y se tendió en el sofá para terminar la novela. El libro era *La ciudadela*, y Anne estaba profundamente interesada por la suerte de Andrés y Cristina, los protagonistas.

Durante más de una hora estuvo leyendo sin interrupción. A eso de las siete sonaron unos golpecitos en la puerta.

—Adelante —dijo Anne sin levantar la vista, creyendo que sería la doncella con la bandeja de la cena. Pero no era la doncella. La puerta se abrió para dar paso a Matt Bowley.

—¡Vaya, vaya! —exclamó con aquella radiante sonrisa que era su mejor pasaporte—. En mi vida he visto una estampa hogareña tan atractiva.

Al oír aquella voz, Anne se incorporó como impulsada por un resorte.

—¡Bah, bah! —protestó él—. No ponga esa cara de sorpresa, muchacha. Sólo he venido a reñirla por no haber salido en el coche. Anne dejó el libro a un lado y se quedó mirándolo con expresión seria.

—No esperaba verlo a usted aquí, señor Bowley.

—No sé por qué le sorprende —exclamó bromeando—. ¿Es que no puede uno andar por su propia casa? Cerró la puerta y se sentó en una silla sin esperar a que lo invitasen.

—¡Diantre! —exclamó en tono admirativo—. ¡Está usted irreconocible! Es la primera vez que la veo sin el uniforme, y me dan ganas de decirle que no vuelva a ponérselo nunca más.

Anne sonrió nerviosamente.

—Siento demasiada afición por mi oficio para hacer eso.

—¿De veras le gusta su trabajo?

—Me encanta.

—¿No preferiría dejarlo?

—Por nada del mundo.

Bowley sacó la petaca, escogió un cigarro y lo encendió lentamente. Después, acercando con desenvoltura la silla al sofá, con la cabeza ladeada, se puso a contemplarla.

—Una muchacha inteligente como usted, verdaderamente interesada en su trabajo, debiera tener un empleo superior. Deje el hospital; es una vida fastidiosa. Colóquese en una casa particular. Podría usted ganar mucho dinero, si contase con un buen apoyo. Anne preguntó secamente:

—¿Y dónde he de encontrar ese buen apoyo?

Él respondió, medio serio y medio en broma:

—¿Y si echásemos mano de Matt Bowley?

Anne se dominó en el acto, para no dejar traslucir sus sentimientos. Aquella situación le resultaba sumamente desagradable; pero no era tonta, y lo último que deseaba en este mundo, era enemistarse con Bowley. Por eso respondió con diplomacia:

—Aunque quizá le extrañe, la verdad es que no me preocupa el asunto de sacarle provecho a mi profesión. Lo que de veras me importa es mejorar la situación de las enfermeras, conseguir para ellas condiciones de trabajo más justas y favorables. Éste es el ideal de mi vida.

Entonces Bowley preguntó astutamente:

—¿Quiere decir con eso que mi ofrecimiento de ayuda económica queda desechado?

Anne tuvo una inspiración, al comprender que aquél era el momento de desviar la

atención de Bowley hacia otro asunto que hacía tiempo no se apartaba de su pensamiento. Con una calma que no sentía en modo alguno, inquirió a su vez:

—¿Por qué no le hace usted ese ofrecimiento al doctor Prescott, para su clínica?

Bowley se quitó el cigarro de la boca y se quedó mirándola de hito en hito, mientras su rostro se ensombrecía. Y tras unos momentos de silencio, dijo:

—¿Qué pueden importarle a usted los asuntos de Prescott? —y frunciendo el ceño todavía más, le espetó con sarcasmo:

—¿Acaso es usted otra víctima de sus irresistibles encantos?

—Pero, ¿qué disparate es ése? —exclamó Anne, indignada. Bowley insistió, receloso:

—¿De veras no está enamorada de ese hombre?

La muchacha enrojeció de coraje, cansada ya de tanta insolencia.

—¿Cómo se atreve a hablarme así? Yo no pienso en el doctor Prescott como hombre; sólo pienso en su trabajo, en su clínica. Mi interés por él, es puramente profesional.

Se produjo otro silencio, más largo que el anterior.

Poco a poco, el rostro de Bowley se fue serenando; incluso sonrió tímidamente.

—Perdóneme, muchacha. Cuando le tomo afecto a alguien, soy un tío endiabladamente celoso; y resulta que a usted se lo he tomado. Anne bajó los ojos. La actitud de Bowley le estaba resultando ya francamente intranquilizadora; pero con un esfuerzo, desechó sus temores y, para salirse con la suya, trató incluso de sonreír.

—Y ahora, hablando en serio, tiene usted que reconocer que la idea del doctor Prescott es realmente algo magnífico, un avance en un campo hasta ahora inexplorado. Cuando piensa en las vidas humanas que hoy se pierden y que podrían salvarse en esa clínica, ¿no le dan ganas de patrocinar tan gran obra, y llevarse la gloria de ser el que haga todo esto posible?

Bowley se inclinó hacia delante y le cogió la mano.

—¿De veras le gustaría que financiase el proyecto del doctor Prescott?

Anne respondió con nerviosa vehemencia:

—Claro que me gustaría, señor Bowley.

Él asintió con un movimiento de cabeza.

—Bien. Ya veremos lo que puede hacerse. Dentro de un par de días tengo que darle a Prescott mi respuesta. Creo que no tendré más remedio que decirle que «sí». Bueno, ¿y no le parece que ya es hora de que deje de llamarme «señor Bowley»? Mi nombre es Matthew, ya lo sabe; es decir, Matt, para abreviar.

Mientras hablaba se levantó, y, fingiendo bastante mal que lo hacía por estar cómodo, fue a sentarse a su lado en el sofá.

—Aquí sí que se está bien —suspiró—. ¿Sabe una cosa? No soy más que un pobre solitario, querida —hizo una pausa para tirar el cigarro a la chimenea y prosiguió—:

Pues sí. No me había atrevido a hablarle de eso hasta ahora..., pero ya habrá visto

con sus propios ojos que mi pobre mujer no es la compañera que necesita un hombre como yo. ¡Vamos, vamos! No se levante... No voy a decir ni una palabra contra ella; soy tan leal como el que más. Pero lo cierto es que necesito una compañía más juvenil, necesito..., ¿cómo le diría yo?, una amiguita joven y alegre que sepa entretenerme y alegrarme la vida en mis horas libres.

Anne se había quedado helada, y mientras fijaba su nublada vista delante de sí, sentada rígidamente en el sofá, sentía un ávido deseo de encontrarse a mil leguas de aquella habitación. Ahora comprendía que, en su afán por ayudar a Prescott y darle un impulso a su idea, se encontraba en una penosísima situación. Todavía hizo un último esfuerzo encaminado a que sus relaciones con Bowley pudiesen continuar sobre una base razonable.

—Señor Bowley, dice usted cosas que...que no debiera decir.

—Tal vez, pero yo soy un hombre que sólo sabe hablar con franqueza. Mire, querida, usted me cayó en gracia apenas le eché la vista encima. Y, además, me gustan las enfermeras. Saben lo que es la vida por el derecho y por el revés y no son tan melindrosas como algunas otras mujeres con las que me he tropezado. Por eso estoy resuelto a arreglar las cosas de manera que los dos podamos vemos en algún otro sitio.

Anne se echó a temblar, horrorizada y asqueada. Y, no pudiendo resistir ni un momento más, fue a levantarse. Pero Bowley se lo impidió apoyando la mano sobre su rodilla.

—Vamos, no levantes el vuelo, palomita. Mira, cuando me conozcas mejor, ya verás que soy un buen chico y por lo que se refiere al dinero... te puedo pesar en oro un montón de veces.

—Por favor, señor Bowley. ¿No ve que me está molestando?

Él se echó a reír.

—¿No habíamos quedado en que me llamarías Matt?

Y le pasó un brazo por la cintura.

En aquel momento, mientras forcejeaba por abrazarla, se abrió la puerta y la señora Bowley entró en la habitación. Iba en bata y llevaba el pelo mal recogido. Se quedó mirándolos sin pronunciar palabra. Hubo un breve instante de silencio sepulcral. El pobre Matt se quedó como idiotizado. Después fue a abrir la boca para hablar; pero antes de que pudiera hacerlo, la señora Bowley dejó oír su voz chillona y acusadora. Y mientras estuvo hablando, sus ojos hirientes no se apartaron ni un momento de Anne.

—Sabía que iba a sorprenderlos así. Lo sentía en mis entrañas. «Esta tarde saldré de paseo, señora Bowley. Si me necesita, estaré en mi habitación» —parodiaba la voz de Anne con rabioso sarcasmo—. ¡Ah! ¡No creyó que le adivinaría la intención! Pensó que podría engañarme como a una imbécil, ¿verdad? Pero no le ha salido la cosa como esperaba, pues yo sabía muy bien lo que se traía entre manos... ¡Bah! Todas las enfermeras son iguales...

Su voz se alzó más todavía, y con más estridencia, para lanzarle esta rociada:

—Cuando la esposa está enferma, procuran quitarle el marido ante sus propias narices. Es una de las artimañas de vuestro bonito oficio. Horrorizada, Anne se levantó de un salto, mientras le subía a los labios un tropel de protestas. Pero, sin dejarla empezar, la señora Bowley prosiguió con sus invectivas.

—No me mire con esa cara, ¡hipócrita, más que hipócrita! Le aseguro que esta vez no se saldrá con la suya, porque sé lo que tengo que hacer para pararla en seco.

Enseguida se volvió hacia su marido, echando chispas por los ojos.

—¡Y tú, Matt Bowley! ¿Cómo has podido ser tan imbécil para dejarte atrapar por semejante mujerzuela? ¡Tú que aspiras a la alcaldía y quieres que te tengan por un gran hombre en la ciudad! Me están dando ganas de armar un escándalo para que se entere todo el mundo. ¡Menuda noticia para los periódicos! Ya me parece estar leyéndola: «Matt Bowley abrazando y besando a la enfermera de su esposa». ¿Qué tal? ¿Crees que te elegirían alcalde de Manchester después de divulgarse esta sabrosa noticia?

Ante el veneno que encerraban estas palabras, Bowley se agitó en el asiento.

—Bueno, bueno, querida —exclamó casi en un gemido—. Eso tú no me lo harás.

—Que no lo haré, ¿eh? —replicó ella fieramente—. Ya verás si lo hago o no. ¿Crees que después de treinta años de casados voy a dejar que una buscona como ésa te aparte de mí? Te juro que si vuelvo a oírte una sola palabra más, te meto en casa a todos los periodistas de la ciudad, aunque sea lo último que haga en este mundo.

Estaba poseída de una agitación y una furia propias de un demente y la cabeza le temblaba como si sufriera un ataque de parálisis. Encarándose otra vez con Anne, y señalándola con mano trémula, le escupió a la cara estas últimas palabras que parecían latigazos:

—En cuanto a usted, señora mía, salga inmediatamente de esta casa. Ya hablaré con la directora del hospital, para que sus amables cuidados y atenciones no dejen de tener el premio que se merecen. Anne miró a Bowley, que aún seguía sentado en el sofá con la espalda encorvada. Pálida y con los nervios en tensión, esperaba que él la librase de semejante acusación, que explicase que ella era inocente, pues estaba convencida de que cuanto ella pudiese decir en su propia defensa, resultaría inútil ante la obcecación de la señora Bowley. Pero Matt, cobardemente, rehuyó su mirada. Estaba demasiado abrumado y asustado por la amenaza de su mujer, para pensar siquiera en defenderla.

—¡Vamos, márchese! —gritó la señora Bowley—. ¿Qué espera? Ya le llevarán el equipaje al hospital. Si no sale en el acto, ordenaré que la echen a puntapiés.

Anne se encaró serenamente con aquella mujer enfurecida.

—No es necesario que lo haga, señora Bowley.

Se sentía humillada, degradada por lo desmesurado y lo injusto de aquella escena. Pero ahora que su situación no tenía remedio, sintió que la invadía una calma inverosímil. Sus labios se entreabrieron con amarga ironía al añadir:

—Seguramente el escándalo no sería una buena propaganda para su esposo.

—¡Salga de aquí! —chilló la señora Bowley—. ¡Es la última vez que se lo digo!
Sin ni siquiera mirar a Bowley, Anne se dirigió a la puerta.

VI

Eran casi las nueve de la noche cuando Anne regresó al hospital. Rendida por la penosa y reciente escena, asqueada y profundamente deprimida, no deseaba ver a nadie, por lo que su intención era irse directamente a su habitación. Pero cuando atravesaba la puerta principal, Mulligan, el conserje, la detuvo.

—¡Cómo! ¿Es usted, enfermera Lee? —exclamó sorprendido—. ¿Qué la trae por aquí a estas horas de la noche? Mire, precisamente hace poco que estaba hablando de usted. Hace un par de horas ha venido un hombre diciendo que quería verla. Le dije que no estaba en el hospital, pero no quiso marcharse. Por cierto que, si me permite decirlo, me pareció un poco... mareado. Para que me dejase en paz, lo metí en la sala de espera de los enfermos externos. Supongo que ya se habrá marchado; pero si quiere, puedo ir a echar un vistazo.

—¡Oh! No se preocupe Mulligan —le dijo Anne, con gesto fatigado—. Seguramente no es nada de importancia.

Pero el bondadoso conserje se empeñó en ir a verlo y a los pocos segundos ya estaba de vuelta.

—Sí, señorita, todavía está allí. Y dice que necesita verla con urgencia.

Anne no tuvo más remedio que entrar en la sala de espera: y allí, hundido en una silla, en aquella inmensa estancia pintada de blanco, estaba Joe. Al verla, quiso ponerse en pie, pero, cuando lo hubo conseguido, no sin dificultad, se tambaleó un poco y volvió a sentarse. Pálido, sucio, con unas greñas sobre la frente y el cuello de la camisa desabrochado, Joe presentaba un lastimoso aspecto... Estaba completamente borracho.

—¡Joe! —exclamó Anne, saliendo súbitamente de su apatía—. ¿Qué haces aquí? ¿Qué ha ocurrido?

—Todo ha ocurrido —respondió Joe tartamudeando—. Todo acabó. Todo se ha ido al diablo. Necesitaba verte, Anne. Tú eres buena, tú eres una chica decente. ¡Estoy perdido!

Apoyando la cabeza sobre la mesa que tenía delante, se puso a gimotear débilmente.

—Ya se lo dije, señorita Lee —le murmuró el conserje al oído—. Le ha dado por llorar y está muy pesado.

Anne se volvió rápidamente.

—Ayúdeme, Mulligan. Es un buen chico. Ayúdeme a volverlo en sí.

Con la ayuda del conserje le hizo una taza de café bien cargado, y le envolvió la cabeza en una toalla húmeda.

Al fin, pudo incorporarse, y cuando Mulligan se hubo marchado, le contó todo lo ocurrido con frases entrecortadas y doloridas. Reducida a lo esencial, era una historia breve y amarga. El juzgado había pronunciado el fallo. La compañía aseguradora

quedaba exenta del pago de las indemnizaciones. Desde el primer momento se descubrió que Grein era un estafador y un sinvergüenza, pues desapareció con el dinero y con todo lo que la sociedad poseía en valores realizables. Joe estaba en quiebra, hundido, arruinado; había perdido hasta el último céntimo de su modesta fortuna.

—No debí nunca marcharme de Shereham —gimoteaba—. Allí es donde estaba mi verdadero sitio. Yo quería a aquella gente y la gente me quería a mí. En ese maldito Londres me sentía como el pez fuera del agua, vestido como un monigote y bailando al son que me tocaban los demás. Y ese Grein nunca me inspiró confianza, para que lo sepas. Fue Lucy la que me empujó a asociarme con él. Ella fue la que me obligó a hacerla con sus continuas peticiones de vestidos, muebles y qué sé yo. Ésta es la verdad. Y también me obligó a casarme con ella. Ya sabes que a la que yo quería era a ti y no a ella. ¡Válgame Dios! Más me hubiera valido no conocerla nunca. Así no me vería ahora como me veo por su culpa.

—Cállate, Joe —lo atajó Anne secamente—. No puedo permitir que hables de Lucy de ese modo.

Dudó un momento; pero luego le hizo la pregunta que tanto temía hacer.

—¿Dónde está ella ahora?

—Me ha dejado —exclamó Joe, agriamente—. No nos llevábamos nada bien. Y cuando sucedió esto, tuvimos una disputa decisiva. Ella empezó a hacerme reproches, y entonces yo le pegué.

Hizo una pausa y después añadió:

—Se ha vuelto a colocar de enfermera.

—¿Dónde?

—No sé en qué sitio de Londres. Me parece que en una clínica.

Anne exhaló un profundo y amargo suspiro. ¿De modo que así estaban las cosas? Aunque sin querer confesárselo, en su subconsciente, supo desde el primer día que la voluntariosa Lucy y el débil Joe no podían congeniar.

Con un esfuerzo de voluntad, se sobrepuso a su abatimiento y exclamó con firmeza:

—Mira, Joe. Lo que acabas de contarme es muy grave, en verdad; pero lamentándonos no adelantaremos nada. Lo que tienes que hacer es cobrar ánimos y ver el modo de salir del apuro. Si lo haces, tal vez te encuentres con que la cosa no está tan perdida como supones. Pero, ante todo, dime: ¿qué piensas hacer de momento?

Joe respondió con displicencia:

—Siempre me queda el recurso de conducir un camión. Esa maldita compañía de seguros habla de quedarse con el negocio; bueno, con lo que queda del negocio —hizo una pausa y, encogiéndose de hombros, añadió—: Supongo que ellos mismos me darían trabajo.

—Es una idea magnífica —exclamó Anne inmediatamente— o Si les demuestras

lo que vales en tu oficio, eso puede abrirte el camino para situarte bien.

Joe levantó la cabeza y la miró a los ojos.

—¿Me aconsejas que me meta el orgullo en el bolsillo y me ponga a trabajar para ellos?

—¿Por qué no, Joe?

Anne, con gran tacto, procuró alentado, devolviéndole la confianza en sí mismo.

—Estoy segura de que se apresurarán a aprovechar la ocasión de atrapar un mecánico como tú, un hombre que conoce tan a fondo el lado técnico del negocio.

—Eso sí —dijo él a media voz, con un chispazo de orgullo—. No podrán encontrar un mecánico mejor que yo.

—Entonces, adelante, Joe —le acució Anne con entusiasmo—. Demuéstrales de lo que eres capaz. Y demuéstreselo a Lucy también. Ésa es la manera de conseguir que vuelva.

Joe se irguió en su asiento, mientras un fulgor de esperanza volvía a brillar en sus ojos.

—¿Crees de veras que todavía puedo rehacerme?

—¡Pues claro que sí!

Hubo unos momentos de silencio, Joe aún no estaba sereno del todo. Las lágrimas asomaron a sus ojos mientras le decía con agradecimiento:

—Eres muy buena, Anne. Oyéndote uno cobra nuevos ánimos. Suponía que verte me haría bien. ¡Y ya lo creo que me lo ha hecho! No volveré a beber en mi vida. Y aunque me fastidie tener que arrastrarme ante esos tíos de los seguros, te prometo que lo haré. Vaya demostrarte que aún no estoy derrotado.

—¡Así se habla, Joe!

Se puso en pie lentamente, y levantando los hombros, echó a andar acompañado por ella, y así llegaron a la verja exterior. Allí se detuvo y le estrechó la mano con firmeza. Prometió darle noticias suyas, escribir a Lucy, y hacer el máximo esfuerzo para triunfar en la lucha. Después, dando media vuelta, se alejó resueltamente.

Anne vio cómo su silueta desaparecía en la oscuridad. Frente a Joe, ni por un instante había dejado traslucir la enorme pesadumbre que la agobiaba. Pero ahora que de nuevo estaba sola, aquel pesar volvió a abatirse sobre ella con ímpetu redoblado. Momentos después, cuando llegó a la residencia de las enfermeras, encontró en su habitación una nota ordenándole que se presentase inmediatamente a la directora.

VII

Anne no reveló nunca a nadie lo sucedido en aquella entrevista nocturna.

El realismo era la principal característica de la directora East. Aunque no se dejara engañar respecto a lo que había ocurrido en realidad en casa del señor Bowley (a pesar de que tuvo buen cuidado en disimularlo, su sagacidad le decía que eran sinceras las protestas de inocencia de Anne), nada hizo variar su decisión. No quería un escándalo público, y la señora Bowley estaba resuelta a armarlo, a menos que Anne fuera expulsada del hospital. No había, pues, más que una solución: Anne tenía que marcharse.

Antes de comunicarle la sentencia, la señorita East pronunció ante Anne una venenosa disertación sobre la necesidad que suponía confiar en la honradez de ningún hombre, hizo unas cuantas observaciones acerca de la falaz costumbre de las enfermeras de robarles el marido a otras mujeres, y por último, amortiguó la dureza del golpe final diciendo a Anne que si prometía guardar el secreto de aquel asunto, se le permitiría presentar la renuncia a su puesto, en vez de tener que salir de allí con el estigma del despido.

Era inútil discutir. Anne comprendió que no tenía más remedio que someterse. A la mañana siguiente, por todo el hospital se extendió la asombrosa noticia de que la enfermera Lee renunciaba a su empleo y abandonaría el Hepperton al cabo de un mes.

Inmediatamente, Anne se vio acosada a preguntas por todas sus compañeras. Pero no dijo ni una palabra de lo ocurrido. Ni siquiera pudo confiarse a Nora ni a Glennie. Una nube se abatió sobre aquel terceto de excelentes amigas: se dio por su puesto que Anne se marchaba por motivos de familia; pero esto no satisfizo a sus dos compañeras de dormitorio.

Anne siguió haciendo su vida normal, pero, interiormente, estaba trastornada y abatida por aquella nueva desgracia que, sin culpa por su parte, venía a interrumpir por segunda vez su carrera.

Después del suceso, pasó toda una semana sin ver al doctor Prescott. Una vez se cruzó éste con ella en un pasillo, pero pasó por su lado como si no existiera. Mas, al miércoles siguiente, Anne tuvo que ir de servicio al quirófano y, después de la operación, llegó inevitablemente el momento que ella tanto temía. Mientras le ayudaba a quitarse la bata en la pequeña antecámara donde el cirujano se lavaba, éste le dijo sin mirada de frente y con aquel tono glacial que era tan propio de él:

—Tengo entendido que piensa usted trasladarse a otra parte.

—Sí, señor.

—¿Adónde va?

—A Londres, me parece. Tengo allí a mi hermana, ¿sabe? Motivos familiares...

Se detuvo, vacilante, con la vista en el suelo.

Prescott no hizo ningún comentario, y aquel silencio encerraba un mundo de ironía. Cogiendo la toalla que ella le presentaba, empezó a secarse las manos, dedicando a cada dedo una minuciosa atención. Y entonces, como buen cirujano, sin compasión alguna, ahondó en la herida. Con su tono más indiferente, le dijo:

—Personalmente, no me interesan lo más mínimo los cuentos chinos de la señora Bowley. Pero creo que tengo que darle a usted las gracias por entrometerse en mis asuntos.

Anne se mordió los labios, dolida hasta lo más hondo por aquella alusión a su desdichado, a su lamentable intento de conseguir la ayuda de Bowley para su clínica. Él prosiguió despiadadamente:

—Su interés por la cuestión es sin duda muy halagador. Pero quiero dejar bien sentado que no permito que nadie se mezcle en mis asuntos. Y menos que nadie, una enfermera.

—Lo siento —murmuró Anne.

—Lo creo —replicó él con glacial y tajante ironía—. Pero no lo sentirá usted más que yo. Su afición por el melodrama ha dado al traste definitivamente con toda posibilidad de montar mi clínica en Manchester. Tengo que darle las gracias por tan magnífica intervención.

A Anne le fue imposible pronunciar una sola palabra. Esforzándose por contener las lágrimas y con la cabeza doblada sobre el pecho, apenas si podía mantenerse en pie. Después de un silencio, siempre sin mirarla y para terminar, Prescott dijo:

—No sé cuáles son sus planes, y en realidad no me interesa saberlo. Pero creo que marchándose del Hepperton del modo en que se marcha, puede tener dificultades para encontrar empleo. Sinceramente, no deseo que los servicios que ha prestado aquí como enfermera caigan en el vacío. Si presenta esta carta a la directora del Hospital Trafalgar de Londres, ella la atenderá debidamente. Adiós, enfermera Lee.

Maquinalmente, aceptó el sobre abierto que Prescott le entregaba. Él no hizo ademán de tenderle la mano, y Anne no supo qué responder. Así, pues, dio media vuelta, y con una angustiosa sensación de derrota, salió lentamente de la habitación.

Mientras cruzaba el vestíbulo para dirigirse a la sala C, la jefa del quirófano la detuvo para preguntarle:

—¿Enfermera Lee, qué le sucede? —la pregunta de Carr demostraba una curiosidad normal y bienintencionada—. ¿Es que Prescott la ha reñido?

Anne de negó con la cabeza.

—Pues, por la cara que pone, se diría que sí. A mí me ha soltado una buena andanada esta tarde. Pero le advierto que no me extraña que esté de mal humor, porque, aunque él no lo diga, dejar este hospital debe de fastidiarle bastante.

—Pero ¿es que se marcha? —exclamó Anne sumamente sorprendida.

—¿No lo sabía? Yo me he enterado hace sólo un par de horas. He oído una conversación entre Prescott y Sinclair antes de la operación. Parece que Bowley se ha negado en redondo a soltar el dinero. Prescott le decía a Sinclair: «Ya estoy harto de

tanto tira y afloja. Esta última negativa ha acabado con mi paciencia. Le aseguro que aunque llegue a los cien años, no volveré jamás por mi empeño a esta ciudad. Voy a continuar la batalla desde otro frente».

Anne se quedó mirando a la jefa del quirófano como idiotizada. No acababa de comprender el verdadero motivo de aquella decisión de Prescott de abandonar su trabajo en Manchester. Pero vagamente, instintivamente, se daba cuenta de que su desdichada intervención era, al menos en parte, la causa de ello. Sin decir palabra, prosiguió su camino como quien anda a tientas.

Una vez en la sala C, buscó el aislamiento de la solitaria cocinita, y allí se encontró mirando el sobre que llevaba en la mano. Maquinalmente leyó la carta. Era un magnífico certificado recomendándola para un puesto de enfermera jefa que se hallaba vacante en el Hospital Trafalgar de Londres.

Anne no pudo contener por más tiempo la horrible tortura de sus nervios en tensión. Y viendo que los hilos que iba tejiendo el destino de su vida formaban una inextricable maraña, sintióse desfallecer, y, cayendo en una silla, apoyó los brazos sobre la mesa, rompió a llorar y así estuvo un buen rato, mientras sentía como si el corazón fuese a estallarle en el pecho.

CUARTA PARTE

I

Un desapacible día de invierno en Londres. El cielo plumizo pesaba sobre la bulliciosa ciudad; la marea del tránsito rugía en ininterrumpidas oleadas; los autobuses avanzaban como moles imponentes; los taxis, sorteaban obstáculos con rapidez temeraria, y millones de seres humanos, se encaminaban a toda prisa a sus diarios quehaceres. A los ojos de Anne, que salía del Hospital de Trafalgar para ir a reunirse con Lucy, la gigantesca urbe aún no había perdido aquel fulgor de maravilla y de poder, aquella impresión que le produjo el primer momento, de ser un formidable campo de batalla en el que ella, una enfermera, una enfermera jefa ya, iba a tener también su puesto de combate.

Su empleo en el Hospital Trafalgar era ya un hecho consumado. La directora, Alice Melville, una mujer alta y de aristocrática presencia, había sido íntima amiga de la madre del doctor Prescott. De modo que, en el momento mismo en que Alice enfocó su mirada a través de los lentes de nácar sobre la carta de Prescott, la admisión de Anne fue cosa resuelta.

La muchacha conservaba aún el recuerdo agradable de aquel momento. Tuvo la sensación de que a pesar de las desgracias que la persiguieron hasta entonces, al fin y al cabo había tenido suerte, pues acababan de aceptarla como enfermera jefa de sala en uno de los grandes hospitales de Londres. Tal vez un oculto designio, guiaba los extraños vaivenes de su vida.

El Trafalgar, un moderno hospital situado cerca del Strand, la vía más céntrica de Londres, era un enorme mecanismo científico para prestar asistencia a los enfermos, accidentados e inválidos, en la diaria lucha por la vida que se desarrollaba en la gran ciudad. A los quince días de hallarse en su nuevo cargo, Anne no se había adaptado aún del todo al compás de tal mecanismo, ni al nuevo ambiente en que se movía. Como tenía verdadera pasión por la cirugía, recibió una desilusión al ver que su sala, la sala Bolingbroke, era de medicina general. Pero su jefe, el doctor Verney, era inteligente y comprensivo, y las enfermeras que estaban a su cargo, trabajadoras, por lo que el dolor que le produjo su salida de Manchester empezaba a disminuir.

Sin embargo, mientras andaba rápidamente por la calle Regent en dirección al Gato Negro, un pequeño y recatado salón de té donde había de encontrarse con Lucy, en su rostro se leía una vaga preocupación. La cual, al ver a su hermana, desapareció por completo.

Y avanzando presurosa, fue a abrazada con cariñosa vehemencia.

—¡Lucy! —exclamó al, fin, dominando su emoción—. ¡Cuánto me alegro de verte! Tenía un miedo espantoso de que también hoy me dieras un plantón.

—La otra vez no fue mía la culpa —replicó Lucy con acento un tanto quisquilloso—. Fue sencillamente que tuve que hacer horas extraordinarias en la clínica.

—Claro, claro, querida —dijo Anne, en tono comprensivo—. Ya sé lo que es tener que hacer horas extraordinarias.

Las dos muchachas entraron en el Gato Negro, pidieron té y tostadas con mantequilla, y después, ambas se contemplaron por encima de la mesita pintada de verde.

Lucy no era la misma de aquellos días, no tan lejanos a pesar de todo, en que se pavoneaba como una reina en sus pequeños dominios suburbanos, de Musswell Hill. Su carácter se había endurecido; su actitud frente a la vida era un tanto retadora. Iba más pintada que antes, y también mucho más elegante. Aunque —por suerte para su tranquilidad, a Anne ni siquiera se le ocurrió tal idea—, cualquier hombre que observase a Lucy podría haberla clasificado como una chica en busca de un pasatiempo.

—¿Has sabido algo de Joe? —preguntó Anne con diplomacia.

Lucy asintió con la cabeza, añadiendo después:

—Sí, claro que he sabido..., en cierto modo. No hace más que pedirme que vuelva a su lado. Te aseguro, Anne, que sólo el pensarlo me saca de quicio. ¡Imagínate! Joe conduciendo un autobús, igual que un simple chofer, después de todo lo que teníamos, o habríamos llegado a tener. Mi preciosa casa, mis muebles, y todo lo demás, perdido por culpa de su estupidez. No puedo perdonárselo. No quiero volver a vivir con él. No estoy hecha para el matrimonio. Al menos, para un matrimonio así. Prefiero arreglármelas por mí misma. Al fin y al cabo, hay formas de trabajar de enfermera que no están mal. Y donde ahora trabajo estoy muy a gusto.

Un silencio. Anne podía haber dicho muchas cosas en favor de Joe, pero al menos por el momento prefirió callar. Porque las últimas palabras de Lucy habían tocado el punto que más la preocupaba entonces.

—De eso precisamente quería hablarte, Lucy —Anne se expresaba despacio, con dificultad—. Siento contradecirte, querida, pero no creo..., no creo que estés bien donde ahora estás.

—Oye, no vuelvas a empezar con tus cosas —la atajó Lucy rápidamente:

—Es que no tengo más remedio, Lucy. No me gusta nada que estés en esa clínica. Me han dicho que no tiene muy buena fama.

—¡Por lo que más quieras, no me vengas con sermones! A veces te pones pesada de verdad. Sólo porque la Rolgrave es una clínica particular y no una horrible institución pública, ya la tienes entre ojos, y a mí también. Óyeme de una vez y para siempre: cuando Joe me dejó en la calle, me propuse no ser la tonta nunca más. En la Rolgrave, la abuela Sullivan paga a sus enfermeras el triple de lo que tú ganas; nuestros uniformes son de seda natural, la comida estupenda, y los enfermos, gente de postín. Precisamente esta semana, he tenido a mi cuidado a Irene Dallas, la estrella de cine. Supongo que habrás oído hablar de ella. Pues bien; está empeñada en llevarme a California. Has de saber que en la clínica Rolgrave una enfermera tiene mil ocasiones de varias clases. Pero ya sé que es inútil hablarte de esto. Siempre les

has tenido manía a las clínicas particulares.

—Eso no es cierto, Lucy —respondió Anne con firmeza—. Tengo mis razones para que no me guste esa clínica.

No dijo más, temiendo exacerbar la indignación de Lucy; pero su mismo silencio indicaba cuán profunda era su preocupación. La Rolgrave era una lujosa clínica situada en pleno Mayfair, el barrio elegante al que pertenecía la mayor parte de sus clientes, y en todo Londres era conocida su dudosa reputación. Su propietaria, la señora Sullivan, pagaba a sus enfermeras con pródiga largueza —de no hacerlo así no las hubiera encontrado, debido a lo que exigía de ellas—, pero allí sólo iban a parar los casos más sospechosos de la profesión. La clínica estaba en la lista negra, pues era una de ésas donde, a precios fabulosos, se realizan operaciones prohibidas; donde el dinero podía imponer esa clase de cirugía vedada por la ley; donde mujeres neuróticas o destruidas obtienen las drogas que ambicionan y que una institución normal les negaría. Desde que Anne comprendió qué clase de empleo era el de Lucy, vivía en un temor constante por las consecuencias que pudiese tener para su hermana, trabajar en semejante clínica.

Lucy fue la primera en romper el silencio. Jugueteadando con la cucharilla, exclamó en tono de niña mimada:

—Esto no está nada de bien. Después de no habernos visto desde hace varias semanas, resulta que sólo has venido para reñirme.

—No he venido para reñirte, querida —y Anne se inclinó hacia ella cariñosamente—. He venido a hacerte una proposición. Abandona esa maldita clínica y vente conmigo. Vente a trabajar en mi sala en el Hospital Trafalgar.

—¿Qué dices?

Lo inesperado de la propuesta la había cogido desprevenida.

Anne le explicó:

—Sí, querida. En mi sala hay una vacante y ya he hablado con la señorita Melville. Me encantaría tenerte conmigo. Piensa en lo estupendo que sería que volviéramos a trabajar juntas.

Lucy levantó la barbilla con insolencia.

—Estupendo para ti, que, como enfermera jefa, podrías manejarme y llevarme y traerme a tu antojo.

Las mejillas de Anne se pusieron como la grana.

—¿De veras crees eso de mí?

—¡Oh, no, no! —respondió Lucy arrepintiéndose en el acto—. Perdóname, querida. Sé que harías cualquier cosa por mí. Lo mismo que yo por ti.

—Pues, entonces, deja esa clínica —le suplicó Anne— y vente al Trafalgar. Recuerda las grandes cosas que proyectábamos y que queríamos realizar juntas. Ahora es el momento, Lucy. Las dos hemos pasado nuestras vicisitudes, pero ahora podemos resarcirnos porque estamos en Londres, que es el centro de todo. La semana pasada fui a las oficinas de la Unión de Enfermeras. Conocí a la señorita Gladstone,

la secretaria, y me dio un sinfín de noticias. Si trabajamos juntas, podemos hacer algo, Lucy. Por favor, deja esa clínica. No puedo estar tranquila sabiendo que tú trabajas allí.

Lucy no contestó inmediatamente. Seguía jugueteando con la cucharilla, y, poco a poco, su rostro fue adquiriendo una expresión arisca y obstinada.

—Es muy propio de ti, Anne, la proposición que me haces. Pero yo no veo las cosas como tú: Ya sé que estás empeñada en mejorar las condiciones de trabajo de las enfermeras; pero eso quedará arreglado diez mil años después que tú y yo hayamos muerto. De modo que para nada nos servirá a nosotras. Yo quiero sacarle el jugo a la vida. Si una acepta el camino ordinario en el trabajo de enfermera, se queda atada a un duro servicio para toda la vida. Lo sé por experiencia. En cambio, si una no es tonta y aprovecha la suerte cuando pasa, como yo hago ahora, ser enfermera puede servirle de mucho y permitirle pasarlo bien. Tal como andan las cosas en el mundo, me parece a mí que eso es lo único que importa.

Tras otro silencio, Anne hizo un último esfuerzo.

—No querría parecerte pesada; pero te pido por lo que más quieras que dejes esa clínica.

Lucy hizo un rotundo gesto de negación.

—Por favor, Lucy, hazme caso —imploró Anne.

—Lo siento, querida —respondió Lucy tercamente—, pero no puede ser.

El tono de Lucy era terminante. Anne sabía por experiencia que si continuaba insistiendo, no lograría más que enfurecerla y que quedaran reñidas. Guardó silencio durante unos instantes. Luego llamó a la camarera y pagó la consumición.

La expresión de Anne era tan grave, que Lucy fingió tomarlo a broma. Con una breve risita, y mientras se ponía los guantes, dijo:

—No pongas esa cara tan fúnebre, criatura. Mira, para alegrarte, vas a venir al cine conmigo. La Dallas me ha regalado dos entradas para el Empire, y una propinita. Es un encanto de mujer..., es decir, cuando está serena. —Lucy soltó una carcajada que pretendía ser alegre y añadió—: Vamos, vamos, pequeña. Te voy a llevar al cine en taxi. Ya verás cómo lo pasamos la mar de bien.

Esforzándose por sonreír, Anne se levantó para seguir a su hermana. No obstante, mientras salían a la ruidosa calle, donde Lucy, con desparpajo, hizo parar un taxi, negros presentimientos oprimían su corazón.

II

La mañana del día siguiente, la directora, señorita Melville, estaba terminando su inspección semanal de la sala Bolingbroke, que ante sus ojos penetrantes aparecía impecable y reluciente. Ni en la cocinita ni en los lavabos, ni en la sala de pruebas ni en la ropería había podido hallar un solo defecto: todo estaba tan limpio como la propia, sala. De aquí su evidente satisfacción. Y mirando de reojo a Anne, que iba a su lado, observó, con un gesto de aprobación, la bata blanquísima, los puños immaculados, el pulcro peinado y las finas manos de su nueva enfermera jefa.

Una vez que llegaron al vestíbulo, desechó su actitud majestuosa y severa y se detuvo unos momentos, iniciando una amistosa conversación.

Deseo decirle que estoy muy satisfecha de su trabajo, señorita Lee. Tengo que darle las gracias al doctor Prescott por habérmela enviado.

Hizo una pausa y añadió:

—A propósito, supongo que no está usted enterada del nombramiento de nuestro doctor para el Hospital Neurológico San Martín.

Anne tuvo un sobresalto; pero supo dominar su emoción y respondió en tono sosegado:

—No tenía la menor idea de que se encontrase en Londres.

—Ya me lo figuraba —exclamó la directora sonriendo con indulgencia—. Sin embargo, su llegada ha producido verdadero revuelo. Ha alquilado una casa en la calle Wimpole, y el mes que viene tiene que pronunciar una conferencia sobre cirugía del cerebro, en la Sociedad Lister. El doctor Verney me ha dicho que será una conferencia muy importante, un avance sobre los trabajos de Von Kernig, el famoso cirujano vienés que estuvo aquí el año pasado. Esto me complace sobremanera. Conozco a Bob Prescott desde que no levantaba dos palmos del suelo.

Anne guardaba silencio. Experimentaba una extraña y honda satisfacción al saber que Prescott se hallaba en Londres prosiguiendo la lucha en pro de su ideal, sin arredrarse por la defección de Bowley. Anhelaba que la señorita Melville continuara hablándole de él, pero la directora, de nuevo con su actitud profesional, volvía a ocuparse de los asuntos de la sala. Mientras reanudaba la marcha, le dijo:

—Siento que su hermana no pueda venir, como usted me había dicho. Sin embargo, ya he cubierto la vacante. La nueva enfermera entrará de servicio mañana por la mañana.

—Perfectamente, señora directora.

Anne tuvo que aceptar los hechos consumados. Hasta entonces había conservado una levísima esperanza de que tal vez le fuese posible aún convencer a Lucy. Y si esto fallaba, había pensado que Nora o Glennie podían ocupar la plaza. Pero ahora, es claro, ya nada podía hacerse. Acompañó hasta el ascensor a la directora, la cual se lo agradeció con una amable sonrisa de despedida. Después, Anne regresó a la sala.

Durante todo aquel día, mientras realizaba su trabajo, se sintió más animada y alegre que de costumbre. A pesar de la dureza y frialdad de Prescott en su último encuentro, existía entre ellos un oculto vínculo, una unidad de propósitos y esperanzas que la impulsaba a desear que triunfara en su empeño. Desde luego, no podía tratarse de ninguna otra cosa, de ningún estúpido sentimentalismo, de ninguna pasión enfermiza y ridícula. De eso estaba segura.

El recuerdo de Prescott dio nuevo ímpetu a sus propios ideales. Aquella tarde, al terminar el servicio, se puso un abrigo sobre el uniforme, salió rápidamente del hospital y fue a tomar el autobús que la condujo a la plaza del Museo, donde tenía su sede la Unión de Enfermeras.

Las oficinas ya estaban cerradas, pero en el diminuto piso que había sobre ellas, y en el que vivía la señorita Gladstone, secretaria de la Unión, ésta la recibió con gran cordialidad.

—Hola, Lee —exclamó sin quitarse el cigarrillo de la boca—. Estaba deseando verla. Sírvase usted misma el café; está sobre el hornillo. Y si tiene apetito, en aquella bolsa creo que hay un bollo. Susan Gladstone pudo al fin dejar libre un hueco para la taza de Anne, después de desembarazar la atestada mesa de su pequeña sala de estar, en la que se amontonaban, en confuso revoltijo, libros, papeles, cacharros de cocina, colillas, restos de comida, comunicados ministeriales, una bufanda de punto a medio hacer, un jarro con flores y una fotografía del Hospital de Leeds.

La secretaria era una mujer de unos sesenta años, de baja estatura, cabellos grises y aspecto desaliñado, con cara de vieja obstinada y voluntariosa y toda la apariencia de una campesina del Norte. Una mujer que no se preocupaba lo más mínimo de su aspecto, y menos aún de su bienestar, pues consagraba por entero su existencia a luchar por la causa.

—Échale una ojeada a esto, Lee —dijo cuando Anne se hubo sentado.

Y le entregó un ejemplar del Evening Times, con una noticia marcada con un grueso trazo de lápiz azul. Preciosa lectura para una velada de invierno.

Anne leyó la noticia. En ella se decía en forma breve y escueta que una anciana apellidada Robertson, se había suicidado por medio del gas en una habitación donde vivía como subarrendataria. Al final, se añadía brevemente: «Se ha comprobado que esta mujer, que tenía toda la apariencia de una menesterosa, había sido enfermera».

—Enfermera —dijo la señorita Gladstone, cuando Anne levantó la vista del papel—. Y lo había sido por espacio de cuarenta años. Yo la conocía. Vino a la Unión en demanda de ayuda. Hicimos lo que pudimos. Pero no fue suficiente.

—Es horrible —murmuró Anne, con un profundo pesar reflejado en los ojos.

—Sí, es horrible —repitió la secretaria, en tono sombrío—. Y no lo sería tanto si fuese la única. Aquí tengo una lista de antiguas enfermeras que se pasaron la vida entera desempeñando concienzudamente su profesión y que no tienen ni un céntimo. Y no por su culpa, ¿eh?, sino porque jamás cobraron un sueldo decente. Cuando llegan a viejas y no encuentran trabajo, ya lo ve usted: se quedan en la calle, en la

miseria...

—No hay derecho —exclamó Anne—. Es una tremenda injusticia.

—Pues hay decenas de millares de mujeres de nuestro oficio que trabajan duramente y a las que no se les concede, ni nunca se les concedió, un trato justo y considerado. Puedo enseñarle cartas escritas por enfermeras de todo el país, cartas de protesta y de súplica, que son pruebas fehacientes de la abominable desconsideración de que son víctimas. ¡Dios mío! Si no estuviese tan curtida en estos menesteres, tendría siempre la sangre en ebullición. No estamos bien organizadas, Lee. Deberíamos formar un poderoso sindicato.

La frente de Anne se había contraído; la muchacha meditaba profundamente. Al fin, levantó la cabeza para decir:

—Necesitamos algo más que eso. Necesitamos el apoyo de la opinión pública. Si lográsemos conmover a nuestros compatriotas, demostrarles los abusos de que somos víctimas las enfermeras, las cosas se arreglarían en poco tiempo.

Susan Gladstone hizo un vigoroso gesto de aprobación.

—Usted lo ha dicho, Lee. Acaba de poner el dedo en la llaga.

—Creo que es el momento apropiado para lograr una reforma. Los trabajadores de otros oficios están consiguiendo toda clase de mejoras; la jornada de ocho horas, vacaciones pagadas, etcétera.

¿Por qué hemos de quedar excluidas las pobres enfermeras? Nuestro trabajo es igualmente pesado y mucho más peligroso que el de muchas otras profesiones. ¿Por qué no hemos de tener un sueldo decente?

—Eso mismo. ¿Por qué no hemos de tenerlo? —repitió Susan Gladstone amargamente—. Sobre nosotras pesa, como una especie de superstición, la idea de que debemos sacrificar generosamente, y todo por el recuerdo de aquella dichosa Florence Nightingale, que es para nosotras una pesada rémora desde hace muchos años; todo por el recuerdo de aquella «Doña Magnanimidad», a la que se le ocurrió ir a mullir almohadas y cuidar enfermos por pura caridad. Sinceramente, yo creo que la mayor parte de las lindas damitas que ejercen esas obras de caridad insustanciales sin saber lo que se traen entre manos, en cuanto ven sangre en un dedo se desmayan... ¡Si pudiésemos organizar una gran campaña publicitaria que despertase a la gente! Al fin y al cabo, es el público el que se beneficia de nuestro trabajo. Aquí tiene una prueba de lo que digo. El mismo periódico que publica lo del suicidio de esa infeliz Robertson, hace un llamamiento a las enfermeras pidiéndoles que vayan a Gales del Sur para hacer frente a la epidemia de meningitis que acaba de declararse allí... ¡Vaya!, ya he perdido los estribos. No me gusta tener estas explosiones. A usted quizá le parezca mentira que me ponga así después de tantos años de servicio y siendo ya un perro viejo en esta lucha —de repente, sonrió—. Con todo, me alegro de que me haya visto en un mal momento. Así sabrá cómo soy y no podrá sentirse engañada. ¡Me gustaría tanto que me echara usted una mano en este asunto! El Trafalgar está muy cerca, y en sus ratos libres podría prestarme una gran ayuda. Todo voluntario,

claro está, porque aquí no hay un céntimo. Pero tendría usted la satisfacción de mover con su esfuerzo unas cuantas montañas.

—Para eso he venido —respondió Anne tranquilamente—. Aunque sólo sea capaz de mover unos cuantos granos de arena.

Las dos mujeres continuaron hablando durante mucho tiempo en la pequeña y desordenada habitación. Anne iba sintiendo crecer en su alma un gran respeto y un gran afecto por la pequeña y combativa secretaria, y comprendía que ella, le pagaba con una franca y sincera amistad. Cuando al fin se despidieron, Anne se había comprometido sin reservas a colaborar con Susan Gladstone.

Mientras se alejaba de la vieja plaza del Museo, andando vivamente en dirección al hospital, Anne tenía la convicción de que acababa de dar un paso de gran trascendencia. La Unión, pese a que en ciertas cuestiones estaba anticuada, y además, según la señorita Gladstone le había confesado, sumamente mal de fondos, era una institución muy solvente, conservadora y representativa, y, por lo tanto, el instrumento ideal para dirigir una vasta campaña en favor de las enfermeras. Anne comprendía que, asociándose a ella, no tardaría en poder tomar parte activa en la gran lucha por el bien de la profesión. Una vez de vuelta en el hospital, advirtió que no tenía ganas de cenar, por lo que se fue directamente a su habitación. Inconscientemente, su pensamiento enlazó las noticias que la señorita Melville le diera aquella mañana, con la resolución que acababa de tomar. Pensando en Prescott, se dijo: «Él avanza por su ruta y yo por la mía».

Aquella noche durmió profundamente.

A la mañana siguiente, cuando entró de servicio en su sala, la aspirante le dijo que ya había llegado la nueva enfermera.

III

Anne no fue inmediatamente a ver a la recién llegada. Primero tuvo que hacer varias cosas en la sala: observar los gráficos de las temperaturas, disponer el régimen alimenticio de los enfermos y atender un caso especial de gastritis en la cama 6. Tal vez pasó media hora antes de que entrara en su despacho, donde la esperaba la nueva enfermera. Al sentarse a su escritorio y coger la pluma, la sonrisa de bienvenida se desvaneció en sus labios, mientras, en cambio, asomaba a sus ojos una mirada de sorpresa y consternación. La mujer que estaba ante ella era la enfermera Gregg, del Hospital Provincial de Shereham.

Eliza Gregg reconoció a Anne en el acto. La sorpresa le hizo dar un respingo, pero se dominó bien pronto, y sus ojillos grises brillaron con extraño fulgor.

—Buenos días, enfermera jefa —exclamó, muy animada, tomando la iniciativa.

—Buenos días.

La respuesta de Anne fue mucho menos alegre. En el Hospital Provincial no había tenido ocasión de tratarla mucho, por lo que apenas conocía a aquella pálida joven de cabello pajizo de carácter un tanto avinagrado. Pero se daba cuenta de que Eliza Gregg no simpatizaba con ella en absoluto. Por eso sintió como si una mano le oprimiese el corazón. Cuando menos, era penoso para ella verse otra vez ante aquella persona que le traía dolorosos recuerdos del pasado.

—Me reconoce usted, claro es, ¿verdad, señorita? —siguió diciendo la enfermera Gregg—. ¡Ay! Perdón, olvidaba que ahora ya es usted enfermera jefa. Pero es que, de veras, verla a usted aquí, resulta extraño para quien la ha visto en el Hospital Provincial.

—Ni más ni menos extraño que resulta para mí verla a usted aquí —le respondió con voz serena y lo más indiferente posible, mientras apretaba la pluma—. ¿De qué hospital viene?

—Del Provincial, de Shereham. Acabo de llegar de allí. No me he movido de ese hospital desde... —las pálidas facciones de la enfermera Gregg dejaron traslucir una taimada expresión—, desde que usted lo dejó.

La pluma de Anne se deslizaba sobre el papel.

—¿Trae usted su título?

—Sí, enfermera..., perdón, enfermera jefa.

Anne se puso encarnada. Pero siguió apuntando los antecedentes, pues, aun cuando la directora ya se los hubiese preguntado, ella tenía la obligación de anotarlos para el archivo. Una vez hecho esto, se irguió en el asiento y miró cara a cara a la nueva enfermera.

—Empieza usted a trabajar esta mañana. Espero que se encuentre a gusto en este hospital, y estoy segura de que se esforzará por cumplir con su deber a la perfección.

—Sí, señorita Lee.

¿Había un leve matiz de burla en aquella respuesta? Anne no pudo precisarlo. Se afirmó de nuevo en el asiento y clavó su mirada en los apagados ojos de la enfermera Gregg.

—Y también espero que el hecho de que hayamos sido enfermeras al mismo tiempo..., más aún, que nada de lo ocurrido en el Hospital Provincial, le impida comprender que soy la enfermera jefa de esta sala y que las órdenes que yo doy deben cumplirse con toda eficiencia.

—¡Desde luego, señorita Lee! —asintió la enfermera Gregg calurosamente—. Puede usted confiar en mi eficiencia.

—Está bien, Gregg. Puede retirarse.

—Perfectamente.

Eliza Gregg se puso en pie disponiéndose a salir, y mientras lo hacía, dirigió a Anne una sonrisa imperceptible y llena de reticencia, de maligna ironía, de refinada crueldad, que fue a clavársele como un dardo envenenado en pleno corazón.

La puerta se cerró sin ruido. La figura de Anne, sentada e inmóvil ante la mesa, parecía tallada en piedra. Pero detrás de su tersa frente mil pensamientos surgían atropellándose. Veía con terrible claridad el peligro que suponía para ella la llegada de la enfermera Gregg. Daba lo mismo que fuese inocente en el desagradable suceso de Shereham: ella se había declarado culpable. Y ahora, en su propia sala y bajo sus órdenes había una enfermera que conocía los hechos aparentes que habían motivado su despido del Hospital Provincial y que no tendría el menor escrúpulo en divulgarlos.

Anne trató de infundirse ánimos a sí misma diciéndose que quizá no había motivo para preocuparse tanto, que no se acobardaría ante ella y que ya se lo había dejado entrever. Pero ni con todo esto pudo evitar que un negro presentimiento la sobrecogiera mientras se ponía en pie para dirigirse de nuevo a la sala.

IV

El invierno fue muy riguroso. La humedad, el hielo y la niebla amarillenta hacían irrespirable el aire de la ciudad, y la sala Bolingbroke estaba atestada de enfermos a causa de la inclemencia de la estación.

Anne no daba abasto para atender los numerosos casos de bronconeumonía. Estos enfermos, en el período de mayor gravedad, requerían una atención especial que sólo podía prestárseles en una sala que funcionase con la máxima eficiencia. Si su situación hubiera sido normal, Anne hubiese gozado prodigándose y superándose ante este aumento de obligaciones. Pero, debido a las circunstancias, no era así, pues estaba tan preocupada que incluso llegó a perder peso a causa de su profunda y creciente inquietud.

La sala no funcionaba como era debido. Continuamente fallaban pequeños detalles —gráficos de temperaturas en los que faltaban anotaciones, recipientes de esputos que no se esterilizaban— y más de una vez se observaron faltas importantes. Su jefe, el doctor Verney, se mostraba especialmente exigente en la administración del suero pulmonar. Empleaba el suero Rockefeller, cuyo éxito dependía en gran parte, de la exacta puntualidad de su administración. En tres ocasiones, Anne descubrió que no se había inyectado el suero a la hora debida.

Aunque al principio Anne se había esforzado por adoptar una actitud indulgente, comprendió que no era posible eludir por más tiempo una decisión. No le cabía duda de que Eliza Gregg era la causa y origen del mal. No es que ella fuese culpable de todos y cada uno de los errores. Cometía muchos, porque no era una buena enfermera y últimamente se había acentuado su torpeza y su negligencia; pero, además, de un modo solapado había empezado a influir en la eficiencia de sus dos compañeras de sala. La enfermera Scott, una muchacha discreta y juiciosa, no se dejó influir quizá tanto; pero la aspirante Leslie, una vivaz personilla que hasta entonces se había mostrado obediente hasta la exageración, sufrió profundamente el contagio de aquella indolencia. Era un jovencita impresionable, y la influencia de Gregg estaba desmoralizándola. Anne la oyó reírse a carcajadas en la cocina, cuando en la sala había dos enfermos gravísimos. Incluso empezaba a adoptar ante ella una actitud algo impertinente. Y una tarde se acercó a Anne, enarcando las cejas con fingida perplejidad.

—Señorita Lee —exclamó con desparpajo—. Gregg acaba de decirme algo muy chocante. Dice que si no lo creo, que se lo pregunte a usted misma.

Anne sintió un escalofrío de temor. Pero sostuvo con serenidad la mirada de la joven Leslie.

—¿Qué es lo que le ha dicho la enfermera Gregg?

—Pues diee... —bajo la firme mirada de Anne la aspirante se turbó un poco—, dice que a usted no le gustan los casos de difteria.

—A mí me gustan todos los casos —respondió Anne inmediatamente—. Y a usted deben gustarle también, si quiere tenerme contenta. Ahora vaya a tomarle la temperatura al número quince. Y deje de portarse como una chiquilla.

—Sí, enfermera —murmuró la aspirante, confusa. Y se fue a su trabajo.

Pero la inquietud de Anne se agudizó con aquel incidente. Cuando era necesario, no dejaba de reñir severamente a Eliza Gregg, y como siempre, ella le respondía en un tono sumiso, pero ambiguo. Anne se daba cuenta de que la situación no tardaría en hacer crisis. Y, en efecto, a principios de marzo, se produjo el desenlace. Aunque Anne lo temía, casi se alegró de que la cosa se resolviera, tan agotada estaba por el chantaje moral de que aquella enfermera la hacía objeto.

Una mañana entró en lo que llamaban «cuarto de pruebas», pequeño laboratorio donde se hacían análisis, sobre todo de glucosa y albúmina. Con gran disgusto, vio que aún no se había limpiado, tarea que le correspondía a Gregg. En la fregadera se amontonaban las probetas sucias; las botellas de los reactivos no se habían llenado aún y, caída sobre una mesa, se veía una pipeta manchada con solución de Fehling. Era un desorden imperdonable. Para Anne, aquello fue la gota que hizo rebasar el vaso. Roja de indignación, envió a buscar a la responsable.

Ésta no se dio ninguna prisa en acudir a la llamada de Anne. Y cuando, al fin, compareció, su actitud era más indolente que de costumbre.

—Aquí me tiene, señorita Lee. ¿Hay algo que no esté bien?

—Esta habitación.

Anne apenas podía hablar, estaba demasiado indignada.

—Ya lo sé —y Gregg miró en torno con indiferencia—. Pensaba darle un repaso, pero no he tenido un minuto libre en todo el día.

—Ni ayer tampoco, por lo visto. Sepa usted que anoche tuve que limpiarla yo misma.

Eliza Gregg miró a Anne de un modo raro. Su actitud era la de quien está muy segura del terreno que pisa. Hacía tiempo que aguardaba con ansia aquel momento; estaba segura de que Anne se hallaba por completo en sus manos. La ocasión era para no desperdiciarla. De aquí que respondiera con la mayor tranquilidad:

—Pues entonces, ¿por qué no la limpia también hoy?

Anne palideció ante tamaña insolencia. Después, otra oleada de indignación volvió a colorearle las mejillas.

—¿Cómo se atreve a hablarme de ese modo? Yo soy la enfermera jefa de esta sala, y su deber es cumplir mis instrucciones.

—¿Ah, sí?

—De sobra lo sabe. Usted es la enfermera y yo la jefa.

—¡Buena enfermera jefa tenemos!

Anne apretó los puños con fuerza, luchando por contenerse, por evitar lo inevitable. Todavía hizo un supremo esfuerzo para salvar la situación.

—¿Puedo saber exactamente qué tiene usted contra mí, señorita Gregg? Desde

que llegó a este hospital he tenido mucha paciencia con usted, porque no hace bien su trabajo, como sabe usted de sobra, y es muy importante que lo haga bien. Tenemos aquí enfermos muy graves, enfermos que se encuentran entre la vida y la muerte.

—En el Hospital Provincial no le preocupaba tanto que un enfermo estuviera entre la vida y la muerte. Por lo menos, así se desprende del hecho de que la echaran a la calle.

Eliza Gregg había mostrado al fin sus cartas, y lo hacía con vengativo sarcasmo. Pero si esperaba que ello le diera el triunfo, quedó más que chasqueada. Los ojos de Anne brillaban con dureza y resolución.

—No vaya seguir discutiendo este asunto. De nuevo le ordeno que limpie esta habitación. Si mañana por la mañana aún no lo ha hecho, informaré a la directora de su desobediencia.

La cara de la enfermera Gregg se puso tan pálida como la cera. Desconcertada al ver que Anne se atrevía a desafiarla resueltamente, le lanzó, en respuesta, todo el veneno acumulado.

—Iré con usted a ver a la directora. También yo tengo algo que decirle. Si quiere poner las cartas boca arriba, por mí no quedará. Ya veremos quién es la que sale más perjudicada.

Anne no hizo el menor caso de semejante respuesta.

Con expresión fría y dura dio media vuelta y salió de la estancia. Era la hora en que terminaba su servicio y se fue directamente a su habitación.

Allí, sentada sobre la cama, se apretó la cabeza con ambas manos, pues, a pesar de su aparente calma, el corazón le latía descompasadamente. Agotada por aquellas semanas de indecible tortura, estuvo a punto de deshacerse en un mar de lágrimas; pero, con un supremo esfuerzo, rechazó la angustia que la ahogaba. «Valor —se dijo—; sobre todo, necesito tener valor».

Al cabo de unos momentos ya era otra vez dueña de sí misma. Ocurriera lo que ocurriera, estaba resuelta a luchar hasta el fin. Rápidamente, analizó la situación y sus posibles consecuencias. Si esperaba que Gregg horrorizara a la directora con la historia de su despido del hospital de Shereham, podía darse por perdida. Por mucho que la señorita Melville hubiese simpatizado con ella, no le quedaría más remedio que volver a marcharse. ¿Y en qué lugar dejaba a Prescott, después de haberle dado su recomendación? ¿Qué pensaría de aquel suceso de su vida pasada?

Al recordar a Prescott, sus ideas tomaron un rumbo muy distinto. Aquélla era la persona en quien realmente podía confiar. Con intuición súbita, comprendió que debía ir a él y pedirle consejo en aquel trance, a pesar de que a su orgullo le repugnaba esta decisión. No tenía necesidad de acusar a Lucy; le explicaría únicamente el hecho en sí. Y por muy fríamente que la recibiera, estaba segura de que le creería.

Hizo un último esfuerzo para acallar las protestas de su orgullo, diciéndose que no era momento para entregarse a estúpidas vacilaciones. Se levantó y, después de

quitarse el uniforme y ponerse un sencillo vestido de calle, abandonó el hospital por una puerta trasera, encaminándose rápidamente a la calle Wimpole.

V

Robert Prescott estaba en pie, mirando distraídamente por la ventana de su consultorio. Había terminado el trabajo del día, un día muy atareado en verdad, pues había pasado la mañana en el hospital y la tarde con sus visitas particulares. En el aspecto profesional no tenía motivos para quejarse de su traslado a la capital. Éste era un paso que estaba pensando dar desde hacía años, y tal vez fue una suerte que su desavenencia con Bowley lo hubiese precipitado.

Fue una gran suerte para él, que lo nombraran cirujano en el Hospital San Martín; su clientela particular estaba aumentando de tal modo que pronto le resultaría difícil atenderla. Su conferencia en la Sociedad Lister obtuvo un éxito clamoroso. Y, además, en Londres tenía muchos amigos que eran personas importantes e influyentes, el principal de los cuales era John Lowe, íntimo amigo suyo en la época de sus estudios en Cambridge. Aunque Lowe era ahora Sir John y el más conspicuo abogado en los tribunales de Londres, se mostró sumamente encantado de reanudar su amistad con aquel antiguo compañero.

Lowe fue quien presentó y avaló a Prescott para que lo admitieran en el club Arlington, del que era socio, y quien le sugirió, además, que, dando algunos pasos en el Parlamento para remover la cuestión sanitaria, una clínica como la que él proponía podía incluso constituir un punto importante en favor del programa gubernamental para las elecciones.

Así, pues, Prescott no tenía más que motivos para felicitarse. Y con todo, mientras contemplaba a los gorriones revoloteando por el patio, la expresión de su rostro no era la de un hombre feliz y satisfecho, sino más bien la del que se siente íntimamente defraudado. Por más que durante los últimos meses había luchado con empeño contra aquel estado de ánimo, se daba cuenta, sin que hubiera lugar a dudas, de que para él la vida y las esperanzas bien fundadas de éxito ya no constituían un grato aliciente.

Dando un suspiro, se apartó de la ventana y perezosamente, se puso a recoger los papeles de la mesa escritorio. Entonces se oyeron unos golpecitos en la puerta y la enfermera encargada de recibir a las visitas entró en el despacho vestida ya con su traje de calle.

—Acaba de llegar alguien más, doctor. Una enfermera. No estaba previamente citada, pero, al decirle que era demasiado tarde, me contestó que usted ya la conocía y que seguramente querría recibirla. Se llama Lee.

El rostro de Prescott no se alteró lo más mínimo. Durante bastante rato permaneció inmóvil, sin levantar la vista, como asombrado de que el destino acabase de dar expresión a su deseo. Luego, con voz extrañamente alterada, exclamó;

—Hágala pasar.

A los pocos segundos Anne entraba en el despacho, nerviosa, agitada, con el

rostro algo pálido. Precipitadamente, como para anticiparse a lo que él pudiera decirle, advirtió:

—Siento venir a molestarlo a estas horas. Si no puede atenderme, volveré en otro momento.

Si temía un recibimiento hostil, sus temores no tardaron en desvanecerse. Prescott no pronunció ninguna vulgar palabra de bienvenida, sino que, saliendo a su encuentro, le estrechó la mano en silencio. Una vez sentados, la contempló unos momentos a través de la mesa.

—Sabía que volveríamos a encontrarnos —le dijo al fin, en tono tranquilizador—. A decir verdad, ya empezaba a pensar que nuestro encuentro se retrasaba demasiado.

Anne se ruborizó un poco y bajó la vista. Como iba a solicitar su ayuda, aquella amabilidad la turbaba. Una fría acogida la hubiese acorazado, centrándola exclusivamente en su demanda. Bajo la serena mirada de Prescott, sintió con pavor que las fuerzas la abandonaban en un femenino acceso de flaqueza. Pero, rehaciéndose con un esfuerzo, levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Casi no sé cómo empezar, doctor Prescott. Se trata de algo muy difícil para mí. La verdad es... que vengo a pedirle ayuda.

—Bien —dijo él sonriéndole alentadoramente—. No tiene más que explicarme de qué se trata. Adelante.

De pronto, Anne se quedó sin saber qué decir, pero luego añadió:

—Es una historia muy larga. No quisiera abusar de su paciencia, pero me temo que habré de contársela desde el principio.

Con los nervios en tensión, empezó a explicarle del modo más conciso que pudo toda la historia de lo ocurrido en Shereham, sin dar nombres, manifestando únicamente que había cargado con la culpa, y que ahora, aquel acto estaba a punto de provocar un nuevo desastre en su carrera.

Él la escuchó en silencio, sin que ni por un instante sus ojos se apartaran del rostro de Anne. Y cuando hubo terminado le dijo suavemente:

—¡Debía usted de querer mucho a aquella enfermera para escudarla de ese modo! ¿Quién era? Vamos, dígame. No es éste el momento de cargar con las culpas ajenas.

Anne guardó silencio.

—¿Era su hermana?

—Sí —no tuvo más remedio que contestar Anne. No podía engañarlo. Con su sagacidad, había adivinado la respuesta. Hubo unos momentos de silencio, durante los cuales Prescott pareció meditar sobre lo que Anne le había referido. Al fin declaró:

—He de reconocer que lo que usted hizo fue un acto muy noble y muy valeroso. Sin embargo, no puedo dejar de creer que fue una equivocación. Si su hermana hubiese cargado con el castigo, ello habría significado para ella un saludable escarmiento, un escarmiento que habría convertido a una mala enfermera en algo mejor. Pero en fin... Dígame: ¿sigue todavía en Shereham?

—No, trabaja en Londres.

—¿Dónde?

Anne apenas se vio con ánimos para responder. Haciendo un esfuerzo, dijo:

—Trabaja en una clínica particular..., la clínica Rolgrave.

—¡En la Rolgrave! —Prescott se puso en pie de un salto—. Es un sitio abominable. Tenemos que sacarla de allí al instante.

Otra vez reinó el silencio más absoluto. Volviendo a sentarse, Prescott se puso a contemplar con extraordinaria simpatía la grácil figura de Anne, su cara dulce y pálida, y, con un vivo estremecimiento de todo su ser, comprendió la inmensa felicidad que le causaba volver a verla y tener aquella ocasión de ayudada. Le parecía que aquella reaparición de Anne en su vida no era una simple casualidad. Si ella no hubiese ido a verlo, él habría terminado por ir en su busca, con toda seguridad.

A despecho de su puritanismo, de su rigidez profesional, de sus ribetes de superioridad, ahora tenía pleno y cabal conocimiento de la naturaleza de sus sentimientos.

Las mujeres nunca habían significado gran cosa en su vida. Si alguna vez había pensado en la cuestión sentimental, fue siempre de un modo vago, con la actitud indiferente y levemente desdeñosa del hombre de ciencia. Unos meses atrás, la simple idea de que pudiese enamorarse de una enfermera le habría parecido totalmente irrisoria. Por eso la actitud que al principio había adoptado ante Anne había sido, en realidad, una mera exacerbación de aquel complejo. Había mantenido sus relaciones con ella en un terreno puramente profesional, incluso exagerando la nota, haciéndolas muy tirantes, tan sólo porque en su subconsciente desconfiaba de sí mismo y temía las consecuencias. Ahora, aquel estúpido mecanismo defensivo ya no existía. Aunque Anne lo ignoraba, y él consideraba que debía seguir ignorándolo en aquella coyuntura, Prescott admitía, por fin, la verdadera índole de sus sentimientos hacia ella, unos sentimientos que nunca debió rechazar ni ocultar.

Rompiendo el largo silencio, quiso expresar en voz alta algo de lo que estaba pensando.

—No puede usted imaginar cuánto me alegra que haya acudido a mí. Creo que podré ayudada. Es decir, estoy seguro. La señorita Melville es una de mis más antiguas amigas —sonrió ingenuamente—. La considero algo así como una tía. Iré a verla esta misma noche y entre los dos estudiaremos cómo hay que curar las extrañas manías de sacrificio que se observan en su nueva enfermera jefa. Entre tanto, manténgase firme y no haga nada. La señorita Melville y yo resolveremos este asunto.

Anne, abrumada por tanta bondad, iba a balbucir unas palabras de agradecimiento. Pero él se lo impidió, siempre sonriendo.

—Por favor, no me dé las gracias. Me alegro de poder hacer esto para reparar mi injusto comportamiento en la última vez que nos vimos. Estaba irritado y trastornado. Además, nuestro amigo Bowley acababa de darme un chasco mayúsculo. Entonces

no veía las cosas con claridad. Pero ahora sí. Ahora sí.

La repetición de la frase le produjo a Anne una extraña turbación. Pensando que ya le había robado demasiado tiempo, se levantó para marcharse. El también se puso en pie y, mientras la acompañaba hasta la puerta de la calle, le dijo:

—Aguarde un instante todavía. ¿Querría usted hacerme un favor?

—Pues claro que sí. Encantada —murmuró apresuradamente.

—¿Recuerda aquel almuerzo improvisado que le ofrecí el día del accidente del autobús? Si todo sale como esperamos, ¿querría usted agradecermelo permitiéndome que mañana la lleve a cenar a alguna parte?

Ante una invitación tan inesperada, los ojos de Anne se abrieron de par en par con extraordinaria sorpresa. A pesar de su desconcierto, no fue capaz de rehusarla. Torpemente, murmuró:

—Es usted muy amable, doctor. Me... me complace mucho aceptar su invitación.

—De acuerdo entonces. Ya le enviaré dos letras al hospital.

Y despidiéndose inmediatamente, cerró la puerta.

Mientras iba calle abajo, a Anne le parecía sentir todavía el firme apretón de la mano de él.

VI

A la mañana siguiente Anne llegó a la sala unos minutos antes de la hora para comenzar su servicio. Al entrar, y a pesar de las seguridades que Prescott le diera la noche anterior, no pudo evitar un leve estremecimiento de duda. Aparentemente, nada había sucedido en aquel intervalo. Ni había visto a la directora, ni recibido ningún aviso de que el asunto estaba arreglado.

Pero, a pesar de que llegaba antes de la hora, la enfermera Gregg aun había madrugado más. Pálida, en actitud sumisa y vestida con mayor esmero que de costumbre, aguardaba ya en posición de firme a la puerta del cuarto de pruebas.

—Buenos días, señorita Lee —murmuró, temblorosa—. He limpiado el laboratorio, todas las probetas y demás instrumentos. Espero que ahora lo encuentre todo a su gusto —y con mano nerviosa, abrió la puerta a fin de que Anne pudiese efectuar la inspección.

La habitación, en efecto, estaba en perfecto orden; incluso el suelo brillaba de limpieza. Antes de que Anne pudiese decir nada, la enfermera Gregg se apresuró a añadir:

—También limpié todos los recipientes de esputos de la sala. Y ayudé a la enfermera Scott a tomar las temperaturas. He procurado esmerarme y hacer cuanto podía. Saltaba a la vista que, en efecto, se había esmerado.

Ello se debía a que Eliza Gregg había recibido aquella mañana una inesperada reprimenda de la directora, lo cual alteró dolorosamente sus ideas preconcebidas. Totalmente humillada, dirigió a Anne una mirada temerosa y musitó compungida:

—Y espero, señorita Lee, que no tome en cuenta nada de lo que le dije ayer tarde. Ahora comprendo que hice mal, y siento mucho haberlo hecho.

Anne miró a la humillada figura de la enfermera. La tenía a su merced, y también tenía en sus manos los medios para vengarse, convirtiendo en un infierno la vida de aquella mujer. Pero esta idea ni siquiera pasó por su mente, sino que, por el contrario, sintió una extraña compasión hacia aquella infeliz. En tono sosegado le dijo:

—Todos nos equivocamos alguna vez. Estoy segura de que en adelante trabajará usted mejor. Si lo hace así, venga a verme el mes próximo; tendrá usted, otro domingo libre, si podemos arreglarlo. Eliza Gregg miró con ojos incrédulos a su enfermera jefa. Poco a poco, a medida que el convencimiento de la generosidad de Anne fue penetrando en su espíritu, su rostro iba enrojeciendo. Cuando la situación había quedado totalmente invertida y ella se hallaba a merced de Anne esperando un fuerte castigo, en vez de esto recibía la promesa de un favor extraordinario. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y éstas rodaron en abundancia por sus mejillas.

—¡Oh, perdóneme usted! —murmuró con palabras entrecortadas—. De veras que estoy arrepentida. Me aborrezco a mí misma por haber hecho lo que hice.

Durante todo aquel día, Anne se sintió con el espíritu más ligero y, el corazón

aliviado del peso que lo oprimía. Gregg se superó en el trabajo, desviviéndose por demostrar su buena voluntad y contagiando su entusiasmo a las demás enfermeras. La sala adquirió otra vida, otro aspecto; para Anne, incluso diferente color.

Tan embebida estaba en el asunto de su rehabilitación, que, al terminar el servicio y entrar en su habitación después del té, se acordó con sobresalto de su compromiso para aquella noche, al encontrar un paquetito dorado que contenía unas flores con esta breve indicación: «Restaurante Manón, a las ocho».

Anne contempló con cierta turbación las delicadas flores de un suave color malva. Era la primera vez que le regalaban orquídeas y, de pronto, le asaltó una extraña timidez, al ocurrírsele que no tenía vestido apropiado para lucidas; casi deseó encontrar una excusa para no cenar con Prescott. En un establecimiento tan elegante como el «Manón» iba a sentirse fuera de lugar; ella era una mujer que trabajaba duramente, que tenía que habérselas a diario con la enfermedad y el dolor, que no podía convertirse en deslumbrante mariposa en un abrir y cerrar de ojos.

Pero pronto desechó aquella preocupación. El doctor Prescott la conocía tal cual era, en toda su sencillez. Por lo tanto, no esperaba que se presentase como un figurín.

Sonriendo ante aquella ocurrencia, se bañó, se peinó cuidadosamente y se puso el mejor vestido que tenía. Luego se prendió las orquídeas. El resultado fue sorprendente. Parecía un figurín mucho más de lo que nunca había imaginado. «¡Cielos! —pensó con burlona consternación—. Que no me vea así la pequeña Leslie, porque entonces esa criatura no volverá a obedecerme en su vida». Salió de la residencia procurando no tropezarse con nadie, tomó un taxi, y llegó al «Manón» pocos minutos antes de la hora.

Era un local de aspecto muy agradable, una larga sala verde con mesas y asientos tapizados a lo largo de las cuatro paredes. En el centro se veía una mesa redonda, y sobre ella los más exquisitos manjares fríos y toda clase de frutas. Prescott ya estaba allí y en cuanto la vio entrar, se levantó para ir a su encuentro.

—Es usted un milagro de puntualidad —exclamó—. Jamás creí posible que una mujer llegase a la hora.

—¡Ah! —respondió ella sonriéndole—. Eso se debe a mis hábitos de trabajo.

La mesa estaba situada en un extremo de la sala, y el maitre dedicó un especial interés en atender a Anne en la elección de los platos. Cuando se hubo retirado, Anne se volvió a su compañero de mesa. Se sentía perfectamente a gusto y contenta de haber acudido a la cita. Por eso exclamó:

—Qué simpático es este sitio. Y, además, qué elegante. Bastante más que lo que está acostumbrada a ver una enfermera.

Él respondió en el acto:

—Esta noche debe olvidarse de que es enfermera.

Anne enarcó las cejas con asombro. Y después se rió francamente, comentando;

—¿Cómo he de olvidarlo...después de lo que acaba usted de hacer por mí en el hospital? Le estoy y le estaré eternamente agradecida. ¡Oh! No puede imaginarse qué

día tan maravilloso he pasado hoy en la sala. Todo ha ido como una seda, lo que se dice una seda.

—¡Es usted una enfermerita incorregible!

Ella replicó:

—Y usted un incorregible gran cirujano.

—¡Vaya usted a saber! —fue la extraña respuesta.

Estuvieron en silencio unos instantes. Él era demasiado correcto y demasiado prudente para apresurar los acontecimientos. Por lo tanto, se dedicó a entretenerla con una conversación agradable e interesante, demostrándole que su personalidad no quedaba limitada al perfecto manejo del bisturí.

Era una faceta de su carácter totalmente desconocida para ella. Vestido de esmoquin, con la negra corbata de lazo destacándose sobre la reluciente pechera, y el cabello bien peinado sobre la vigorosa cabeza, tenía un aspecto juvenil. Súbitamente, Anne experimentó hacia él un vivo sentimiento de camaradería, un profundo deseo de que fuese feliz, de que triunfase plenamente en la vida.

Aprovechando un vacío en la conversación, le dijo:

—Hace rato que estoy deseando que me hable de su clínica. ¿No tiene ninguna noticia que darle a una de sus más fervientes partidarias?

Él se sonrió.

—Tengo un sinfín de noticias. Pero insisto en que hoy no hablemos del trabajo.

—Pero ¿de qué otra cosa vamos a hablar? —protestó Anne—. Por favor, dígame: ¿qué ha sucedido?

—Muchas más cosas de las que me figuraba —le respondió él, muy animado—. Tengo un amigo llamado Lowe que ha tratado de mi asunto en las altas esferas políticas. Precisamente esta tarde tuve una entrevista de la mayor trascendencia. Un miembro del gobierno, que por su importancia no debo nombrar, vino a hacerme una visita para sondearme sobre las posibilidades de mi proyecto. Bueno, ya comprenderá usted que sobre esto debo guardar la mayor reserva.

—Pierda cuidado. Lo he comprendido en seguida.

—Mi pomposo visitante vino por encargo de Ogilvy, el ministro de Sanidad. Parece que quedó satisfecho de cuanto le dije.

—¿Significa eso que es posible que el gobierno le dé todo lo que usted pide?

Prescott asintió.

—En realidad, la clínica no les interesa más que como medio propagandístico para las elecciones —dijo en un tono ligero, indiferente—. Pero resulte lo que resulte, el caso es que así dan una bonita publicidad a mi idea.

—¡Es maravilloso! —y como reprendiéndolo, añadió—: ¡Y lo dice como si no le importase!

—Pues me importa, y mucho. Pero hay otras cosas que me importan en igual medida.

Anne no comprendió a qué se refería. No notó el sutil cambio de actitud que se

había producido en él, ni podía imaginar que sus relaciones se desarrollasen en un plano distinto al de hasta entonces. A la hora del café no habían agotado los temas de conversación, y todavía siguieron charlando largo rato. Pero como Anne no podía regresar al hospital más tarde de las once, no hubo más remedio que dar por terminada la velada.

Y entonces sucedió un nuevo contratiempo. Cuando ya estaban a la puerta del restaurante esperando un taxi, un vendedor de periódicos extendió ante ellos la última edición de la noche, mientras voceaba:

—¡El suicidio de una célebre actriz! ¡La policía clausura una clínica en el West End!

En la primera plana y en grandes titulares se leía el nombre de Irene Dallas.

Anne se quedó mirando como hipnotizada aquellas letras enormes, mientras una rápida asociación de ideas, daba a su rostro una palidez de muerte. Prescott también vio el nombre impreso, compró el periódico y le echó una rápida ojeada a la luz de la puerta del restaurante. En seguida lanzó una exclamación y se volvió a mirar a Anne con expresión apenada. Antes de que él dijese una sola palabra, ella tuvo el presentimiento de lo que había ocurrido.

—Es la clínica Rolgrave —dijo Prescott, vacilante—. Me parece que al fin se han metido en un lío serio.

Sin dejarlo acabar, Anne le arrancó el periódico de las manos, devorando literalmente la información del suceso. Irene Dallas, la actriz cinematográfica, se había arrojado por una ventana de la clínica y se sospechaba que lo había hecho mientras se hallaba bajo los efectos de una droga. La policía había entrado, al fin, en acción, efectuando un registro en la clínica y deteniendo a la directora y propietaria, señora Sullivan, como asimismo a la enfermera que cuidaba especialmente de la víctima. El nombre de la enfermera era Lucy Lee.

Anne no pudo contener un grito de horror. ¡Lucy, su hermana, detenida por la policía! Apretando el periódico con sus manos, volvió hacia Prescott su cara pálida y alterada.

Tengo que ir a verla ahora mismo.

—Sí, tiene usted que ir —dijo Prescott lentamente, añadiendo—: Y yo la acompañaré.

VII

Al día siguiente, Prescott se presentó en el despacho que en el Palacio de Justicia ocupaba sir John Lowe. Era muy temprano, apenas las nueve y media de la mañana, y en el interior del edificio se veían muy pocas personas. En el amplio despacho, de paredes cubiertas de libros, reinaba el más profundo silencio. Sentado en un gastado sillón de cuero, Prescott tenía la vista fija en la alfombra, mientras Lowe, de pie ante él, ponía fin a una severa filípica. Su enjuta figura daba una sensación de rectilínea honradez y en su rostro se veía impresa una auténtica preocupación, lo cual demostraba que su amistad hacia Prescott no era un mito ni un simple compromiso circunstancial. De nuevo tomó la palabra.

—Te lo prevengo, Prescott —dijo gravemente—. Si sigues adelante con este asunto, te arrepentirás.

Un nuevo silencio. A través de los emplomados cristales de la ventana, Prescott fue a posar la mirada en los jardines que se extendían ante el edificio. En el fondo de su alma reconoció que su amigo tenía razón, y, por primera vez, comprendió las consecuencias que podía tener su visita de la noche anterior a la comisaría de policía y la promesa que hizo a la infeliz Lucy de ayudarla.

Lowe empezó a pasearse por el despacho lanzando furiosas miradas a su amigo y resumiendo en unas breves frases las consideraciones que acababa de hacerle durante la media hora anterior.

—Por una parte, no tienes nada que ganar. Por la otra, puedes perderlo todo. Si te metes en un asunto de esta clase, en que el barro no dejará de salpicarlo todo, parte de ese barro caerá sobre ti... por muy intachable que sea tu fama, mi querido Robert...

Las finas y agudas facciones de Lowe se contrajeron en una sonrisa amistosa, pero impregnada de leve ironía. De repente, volvió a sentarse, y montando una pierna sobre otra, empezó a golpear con el lápiz su rodilla y prosiguió:

—Fíjate bien lo que te digo: este asunto no terminará en el tribunal correccional. Es demasiado importante y lo enviarán al tribunal de Old Baliley. Esto quiere decir que tendrá una publicidad mucho mayor. Y bien sabe Dios que presenta ya todo el aspecto de una crónica escandalosa de primer orden. Si algún periodista huele (y lo olerán) que tú estás interesado en todo esto, y como ya sabes que esta ciudad es un caja de resonancia para los rumores, los que te apoyan en el gobierno no querrán saber nada más de ti y todas nuestras esperanzas de que te concedan una subvención para la clínica se desvanecerán como el humo.

Otro silencio, más prolongado que el anterior.

Prescott reconocía la perfecta lógica de aquel razonamiento. Lowe ocupaba una situación eminente en los tribunales; por sus manos habían pasado muchas causas famosas, y los enterados lo señalaban ya como posible ministro de Justicia. Pero por mucho que le impresionaran las palabras de su poderoso amigo, el rostro de Prescott

adquirió una expresión más obstinada todavía.

Lo único que hizo fue decir lentamente:

—Sin embargo, yo no lo veo de ese modo.

—¡Ah! ¿Conque no lo ves? —exclamó Lowe, fingiendo reírse aunque en realidad estaba rabiando—. O sea, que sigues creyendo que puedes salirte con la tuya. ¿No comprendes que si te metes en este asunto te llamarán a declarar como testigo médico de la defensa? Por lo que puede colegirse, esa infeliz que se suicidó, no contaba con verdadera asistencia médica. Era una especie de protegida de la señora Sullivan. Lo cual significa que ningún médico que esté en sus cabales se prestará a servir de testigo de descargo. Y eres tú, precisamente tú, el que quiere meterse en la danza y presentarse a declarar.

Prescott seguía mirando el suelo con obstinación.

—Tengo un motivo especial para presentarme a declarar y, además, para pedirte que te encargues de este asunto.

—Ciertamente, debe de tratarse de un motivo muy especial —replicó Lowe con cierta ironía. Y después de una significativa pausa:

—¿Acaso es esa enfermera que han detenido la que te interesa?

—Directamente, no.

—Me tranquilizas —dijo Lowe secamente.

—Pero ten en cuenta —se apresuró a añadir Prescott— que yo no la creo culpable en el verdadero sentido de la palabra. Ella se limitaba a obedecer y a realizar su trabajo.

—¡Sí, sí! —exclamó Lowe en tono despectivo—. ¡Bonito trabajo! Dios los cría... y ellos se juntan. Esa Sullivan tiene muy mala fama y siempre la ha tenido. Hace años que la cosa se veía venir; y lo raro es que no se haya pillado los dedos mucho antes. De modo que esa joven enfermera tendrá que cargar con la parte de responsabilidad que le toque. Amigo mío, hazme caso y piensa en tu situación. Para mí, ha sido una gran alegría volverte a ver en Londres después de tantos años. Lo que yo me propongo es ayudarte a conseguir tu clínica y no ayudarte a perderla. En la universidad eras un chico muy sensato, incapaz de hacer idioteces. ¡Por el amor de Dios! No quieras cometerlas ahora. No te metas en un jaleo del que puedes salir muy mal parado.

Prescott negó con la cabeza una y otra vez. Estaba turbado, pero también decidido.

—Lo siento mucho, Lowe. Comprendo y te agradezco infinitamente lo que me dices. Querría poder explicarte mis motivos; pero lo único que puedo decirte es que he dado mi palabra de ayudar a esa enfermera y tengo que hacerla.

Ambos guardaron silencio durante largo rato. Al fin, Lowe, dando un suspiro, tiró el lápiz sobre la mesa.

—¡Bueno! —exclamó con un gesto de desesperación—. ¡Ya veo que no me queda más remedio que compartir tu locura en contra de tus conveniencias, de mi

criterio y de mi voluntad! Me encargaré del asunto. No del de esa Sullivan, te lo advierto; sino de esa jovencita que no te interesa directamente.

A pesar del tono malhumorado de Lowe, la afectuosa generosidad de su gesto era palpable, y Prescott, embargado por una triste satisfacción, se lo agradeció profundamente. Cualquiera que fuese el perjuicio que todo aquello le pudiera causar, lo cierto era que había conseguido el apoyo del mejor abogado de Londres para la hermana de Anne.

—Te estoy muy agradecido, Lowe —le dijo con voz grave y contenida—. Te aseguro que no olvidaré nunca tu bondad.

—No te des tanta prisa en agradecermelo —rezongó Lowe—. Quizá llegues a maldecirme y a maldecirte, incluso antes de que se pronuncie el fallo. Porque ten presente que te citaré como testigo de descargo. Ésta es una condición indispensable, si queremos tener alguna esperanza de salir airosos. Y ahora, muchacho, al grano, y veamos cómo está la cosa.

VIII

El 3 de julio, tal como Lowe había pronosticado, el caso Rolgrave se vio ante el tribunal de Old Bailey. La mañana era fresca y soleada, y, como aún tenía tiempo, Prescott decidió pasear un rato antes de tomar un taxi que lo llevara al Palacio de Justicia. Cruzando la calle Wimpole, se encaminó hacia la plaza Portland, y mientras lo hacía, vio venir por la misma acera a Rossiter, un médico vecino suyo con el que solía charlar y discutir amistosamente en la Sociedad Lister. Prescott se dispuso a saludarlo; pero Rossiter pasó por su lado sin mirarlo. El desaire era evidente.

Prescott agachó la cabeza y siguió su camino. El incidente le dolió, pero no le extrañó demasiado, pues ya llevaba varias semanas observando un creciente desvío por parte de sus amigos, y, especialmente, de sus colegas. En silencio, pero con toda claridad, le daban a entender que su presencia en el Hospital San Martín ya no era grata. Y esta atmósfera de aislamiento iba extendiéndose más allá del hospital, en círculos concéntricos que se ensanchaban gradualmente. Comprendía que la gente murmuraba de él, que su actitud era objeto de críticas y censuras, que algunos decían que buscaba la publicidad a todo trance, y sabía que otros incluso afirmaban que estaba secretamente involucrado en las trapacerías de la clínica Rolgrave. La chismografía de la gran ciudad tenía tela cortada para rato. Más de una vez, Prescott se preguntó ingenuamente cómo era posible que nadie sospechara la verdad, que nadie supiera ver que estaba enamorado de una mujer que no tenía nada que ver en el asunto, y que únicamente por este motivo, estaba tratando de salvar a su hermana.

Cuando Prescott llegó al Palacio de Justicia no eran más que las diez y media. Sin embargo, la sala estaba llena a rebasar, pues el proceso había despertado una curiosidad general e inusitada, y en el lugar destinado al público se apretujaba ya una multitud formada por gente distinguida: médicos, damas elegantes, algunos cabecillas de los bajos fondos londinenses. Entre el zumbido de las conversaciones se percibía un ambiente de expectación, algo así como el morboso deseo de que alguien fuese sacrificado, a fin de que todo Londres tuviese de qué hablar durante el fin de semana.

Prescott sintió un alivio inmenso al ver que Anne no estaba allí. A pesar de todas sus protestas, la había obligado a prometerle que no iría, y ahora, frente a la hirviente algarabía de la sala, vio que su decisión había sido muy acertada. Abriéndose paso con dificultad, fue a instalarse en un asiento situado detrás del banco de la defensa. Lowe, que acababa de entrar en la sala acompañado de su ayudante y de Snagge, el procurador, cambió con él unas pocas y rápidas palabras. Seguidamente hizo su aparición Drewett, el fiscal, con su figura de porte majestuoso y su rostro de ojos abultados. Al ver a Prescott, a quien conocía muy bien, le dirigió una severa mirada, limitándose a hacerle una leve inclinación de cabeza.

De pronto, se elevó el rumor de las conversaciones, alcanzando un alto diapasón al intensificarse la excitación del público cuando las dos acusadas penetraron en la

sala. Todas las cabezas se volvieron, todos los cuellos se estiraban y todos los ojos se clavaron en ellas, mientras la señora Sullivan, seguida de Lucy, iba a sentarse en el banquillo. Prescott, al cual molestaba y repugnaba aquella curiosidad, apartó la vista de las dos mujeres, con disgusto. Pero, al cabo de un rato, volvió la cabeza y observó a Lucy.

La muchacha estaba completamente inmóvil, con el cuerpo envarado, los brazos caídos a lo largo de él, y la cabeza tan rígida, que semejaba una extraña muñeca o una alucinada. Parecía completamente ajena a lo que ocurría en torno de ella, como si el miedo la hubiese dejado ciega, sorda, muda y completamente insensible al mundo exterior; estaba como sumergida en el pánico que la dominaba. Prescott sintió en el acto una instintiva simpatía y una gran compasión hacia ella. Resultaba imposible creer que aquella joven fuese verdaderamente mala. En cambio, la señora Sullivan ofrecía un espectáculo muy distinto. Era evidente que la propietaria de la clínica Rolgrave se hallaba como el pez en el agua en aquel ambiente de escandalosa publicidad, y que gozaba representando el principal papel ante las candilejas. Gruesa, carirredonda, con un vestido chillón y cargada de joyas, su mirada recorría la sala con el mayor descaro, saludando a los amigos con una inclinación de cabeza o un ademán, e incluso enviando un beso a sus amigas. Parecía algo así como la personificación del mal.

En aquel momento, la voz de un ujier impuso silencio, y todo el mundo se puso en pie. Con la toga flameando y la peluca bien ajustada, el juez hizo su entrada solemne. Rápidamente se tomó el juramento al tribunal. Y se dio comienzo a la causa.

Fue leído el pliego de cargos, en el que se decía que el 10 de junio, en la clínica Rolgrave, se hallaron en posesión de la acusada, varias drogas —sulfato de morfina, heroína y clorhidrato de cocaína— sin la debida autorización, y que en la misma fecha, se había administrado a Irene Dallas un estupefaciente, a consecuencia de lo cual, dicha Irene Dallas se había arrojado por una ventana, resultando muerta.

Cuando la monótona voz acabó la lectura, el juez formuló la pregunta de rigor y las dos mujeres declararon no ser culpables. La señora Sullivan, sin sentirse intimidada lo más mínimo, suscitó la hilaridad general, añadiendo en alta voz que jamás, ni una sola vez en su vida, había usado estupefacientes. El juez la mandó callar en el acto.

Entonces se inició el desfile de testigos de la acusación, y Prescott escuchó atentamente a los que iban siendo llamados para dictaminar sobre la naturaleza de las drogas. Después, el médico forense, doctor Bury, atestiguó que se había comprobado la existencia de una de las drogas, la heroína, en el interior de los órganos de la difunta Irene Dallas.

Apenas terminada la declaración del forense, Lowe se puso en pie.

—Doctor Bury, la dosis de heroína contenida en los órganos de la difunta, ¿era mortal?

—No, señor; no lo era.

Lowe se volvió hacia el juez, hizo una leve inclinación de cabeza y se sentó. Prescott comprendió que acababan de ganar un punto muy valioso.

A continuación fue llamado el detective sargento Roberts, el cual declaró que había efectuado un registro en la clínica Rolgrave y detenido a la propietaria, así como a la enfermera que cuidaba personalmente a Irene Dallas. La declaración fue muy extensa y pesada, pero, al final, arrojó nueva luz sobre el caso. Al ser detenida, la señora Sullivan se negó a hacer declaraciones; pero la enfermera Lucy Lee había dicho:

—Yo fui quien le puso la inyección de heroína. Era la dosis normal. Yo no hice más que cumplir lo que me habían mandado.

Esta confesión levantó una oleada de rumores entre el público. Era precisamente la ocasión que Lowe había estado esperando.

Cuando el detective abandonaba la barra de los testigos, el defensor se puso en pie de nuevo y dijo:

—Señor juez, me permito proponer a la sala que dé por sobreseída la causa contra la enfermera Lee. Si Su Señoría me autoriza a ello, llamaré a un testigo médico de gran solvencia para demostrar que cualquier enfermera, en el caso de la señorita Lee, se habría visto moralmente, e incluso legalmente, obligada a ejecutar las órdenes recibidas de su enfermera jefe o de cualquier otro superior.

Estas palabras causaron sensación, y entre el público se produjeron murmullos y comentarios. Prescott participó de la conmoción general, ante el magnífico e inesperado golpe de efecto de Lowe, comprendiendo que si aquello cuajaba, la acusación contra Lucy podía ser desechada rápidamente.

Otras personas habían sacado la misma conclusión. Drewett, el fiscal, estaba ya en pie protestando enérgicamente, y el señor Coles, el defensor de la señora Sullivan, se había unido a la refriega. Los tres se enzarzaron en una larga discusión técnica, al término de la cual, el presidente alzó la mano en demanda de silencio. Y dirigiéndose a Lowe, declaró:

—Está bien, Sir John. Presente usted a su testigo.

Lowe inclinó de nuevo la cabeza en un gesto de respetuosa aquiescencia, y, alisándose la toga, declaró con voz pausada que iba a solicitar el testimonio del doctor Prescott.

Al oír pronunciar su nombre, Prescott tuvo un pequeño sobresalto, pues, atento al rápido desarrollo del proceso, había llegado a olvidarse de que su intervención era inminente. Estremeciéndose interiormente, aunque en apariencia se mantuvo impasible, se levantó para dirigirse al puesto de los testigos, y, mientras avanzaba, tuvo una rápida visión de los periodistas que tomaban notas apresuradamente y de los ojos de todo el público clavándose en su persona. Por un momento, se dio cuenta de que su nombre y su fama iban a andar más que nunca en boca de todo el mundo, pero no tuvo apenas tiempo para reflexionar sobre ello. Lowe ya había empezado a

interrogarlo.

—¿Es usted el doctor Robert Prescott, que vive en la calle Wimpole; número novecientos ochenta y tres?

—Sí.

—¿Qué títulos médicos posee usted?

—Soy doctor en Medicina, especialista en Cirugía y miembro del Real Colegio de Cirujanos.

—¿Es usted médico de algún hospital?

—Sí. Del Hospital Neurológico San Martín.

—¿Ha ejercido de médico en otros hospitales?

—Sí.

—Por consiguiente, ha tenido usted mucho trato con enfermeras. ¿Se halla usted en condiciones de opinar con conocimiento de causa acerca de ellas, de su trabajo y de la moral de su profesión?

—Creo que sí.

Lowe, después de alisarse nuevamente la toga, hizo la siguiente pregunta con impresionante solemnidad:

—Doctor Prescott, tenga la amabilidad de responder a esta pregunta. Si usted, en su calidad de médico, diese una orden a una enfermera, ¿tendría ella obligación de cumplirla?

—Evidentemente. Es un deber elemental, más aún, la base sobre la que se apoya el tratamiento médico.

—Exacto. Y si una enfermera jefe, o bien otra persona con autoridad para ello, le da una orden a una enfermera, ¿tiene ésta la obligación de cumplirla igual que si se la hubiese dado un médico?

—Exactamente igual —respondió Prescott sin la menor vacilación.

—De modo que, si no la cumpliera, faltaría a su deber. ¿Se expondría, además, a ser despedida, e incluso a ser castigada?

—Sí.

Lowe hizo una pausa, como paladeando su propia argumentación, seguro de que mantenía en tensión no sólo el interés del público, sino, lo que era infinitamente más significativo, la más viva atención del juez.

—Doctor Prescott. En el ejercicio de su profesión, ¿ha ordenado alguna vez a una enfermera que inyectara una droga?

Si bien el sentido de la pregunta era obvio y manifiesto, se oyeron muchos murmullos entre el público. Pero Prescott ya era completamente dueño de sí, y tranquilamente contestó:

—Muchas veces.

—¿También esa droga que la acusación denomina estupefaciente?

—Sí.

—¿Ha visto usted alguna vez que una enfermera jefe u otra persona con

atribuciones para ello haya dado orden de inyectar esa droga?

—Sí. Con frecuencia.

Y la enfermera a la que se dio semejante orden, ¿tenía el deber de poner esa inyección sin discutirlo y so pena de ser castigada?

—Lo tenía.

Lowe le sonrió amablemente, haciendo otra pausa de efecto. Después, le dijo:

—Muchas gracias, doctor Prescott. Eso es todo lo que deseaba preguntarle.

Continuó en pie, aguardando que Prescott se reintegrara a su sitio. Y luego, sin dejar de sonreír levemente, como si, el triunfo fuese ya suyo, se volvió hacia el tribunal.

—Señor juez —dijo midiéndolo cuidadosamente cada una de sus palabras—, después de la declaración que acabamos de escuchar, propongo que sea sobreseída la causa contra mi cliente. En el momento de su detención, la enfermera Lee declaró que no había hecho más que cumplir con lo que para ella era su deber. La responsabilidad de los cargos recae, pues, sobre la propietaria de la clínica.

En este punto el abogado de la señora Sullivan se levantó para formular una vehemente protesta, que el juez rechazó. Sin inmutarse, Lowe siguió diciendo:

—Aún digo más: si la enfermera Lee no hubiese cumplido las órdenes recibidas de su superior, habría podido ser castigada por su desobediencia. En realidad, ella obró de buena fe, o, al menos, ignorando las posibles consecuencias. De acuerdo con sus propias luces, ella obró acertadamente. —El fiscal Drewett lanzó una exclamación, a lo cual Lowe replicó serenamente—: Mi distinguido colega parece querer indicar que la clínica Rolgrave no era un sitio frecuentado por enfermeras respetables. Deseo recordarle que en las actuales y difíciles circunstancias de la profesión, las pobres enfermeras no están en situación de escoger, sino que han de colocarse donde pueden y no donde quieren. Y con esto, como no deseo abusar de la paciencia de Su Señoría ni robarle un minuto más de su precioso tiempo adornando los hechos expuestos hasta aquí con escueta veracidad, le pido con todo respeto se digne dar por sobreseída la causa contra mi cliente.

Mientras Lowe se sentaba, se alzó en la sala un murmullo de conversaciones que fue acallado en el acto. En seguida, Drewett se puso en pie. Después fue Coles quien intervino. Una argumentación seguía a la otra, y otra le daba la réplica inmediatamente. Prescott lo escuchaba todo manteniéndose inmóvil y en tensión. Hasta que, al fin, el juez hizo con la mano un gesto perentorio que cortó la discusión.

Cuando éste empezó a hablar, Prescott contuvo la respiración. Todo dependía de aquellas palabras decisivas con fría concisión, el anciano hizo un resumen de las pruebas, o de la falta de ellas. Con gravedad, aconsejó a Lucy, advirtiéndole que en adelante mirase mucho con quién se asociaba. Y después, en tono reposado y categórico, sentenció:

—Queda desechada la acusación contra la enfermera Lucy Lee.

IX

El primer pensamiento de Prescott fue para Anne, y su primer acto correr al punto a darle la noticia. Se levantó vivamente, y abriéndose paso a codazos por los atestados pasillos, llegó antes que nadie a una cabina telefónica. Echó la moneda en la ranura. La línea estaba libre. Marcó el número del hospital y lo comunicaron con el teléfono de la sala.

Tuvo que esperar unos momentos con el aparato al oído; luego la voz de Anne le llegó a través del hilo, sonándole muy próxima, cargada de la tensa emoción y la insufrible incertidumbre de la espera durante aquella tarde interminable.

—¡Todo ha ido bien! —le dijo rápidamente—. ¡Todo está arreglado!

Hasta él llegó un grito ahogado de Anne. Pero en seguida ella, como si no se atreviese a creerlo, le preguntó con voz entrecortada:

—¿De veras? ¿Esta libre del todo?

—Del todo.

Prescott casi pudo ver como sus ojos se iluminaban, mientras en sus labios temblaba una sonrisa, y creyó oír el suspiro de alivio de su pecho agitado. Antes de que ella lograse pronunciar una palabra, él siguió diciendo:

—Voy a sacarla ahora mismo de aquí. La llevaré a tomar algo a cualquier sitio de estos alrededores. Y luego, a eso de las seis, se la enviaré a usted. Le encontrará a la puerta del hospital cuando termine usted su servicio.

Hubo un silencio. Y al fin, con voz embargada por la emoción, ella pudo contestarle:

—Gracias, doctor Prescott. Gracias de todo corazón —las palabras se oían confusas, entrecortadas por lágrimas de agradecimiento—. Jamás olvidaré lo que hoy ha hecho usted por Lucy y por mí.

Una inmensa felicidad se apoderó de él. Bien habían valido la pena todos sus esfuerzos, puesto que con ellos se había ganado la gratitud, tan profundamente sentida, de Anne. Colgando el receptor, abandonó la cabina.

Por una puerta lateral entró en una antesala y allí encontró a Lucy esperándolo. Se había lavado y arreglado un poco la cara y parecía algo repuesta. Había desaparecido, en parte, su rigidez de alucinada, pero aún quedaban señales de la durísima prueba en sus ojos irritados y en su aspecto de decaimiento y fatiga. En cuanto la vio entrar, se puso en pie y, cuando estuvo junto a ella, le estrechó la mano entre las dos suyas. No pudo pronunciar una palabra. Las lágrimas rodaron por sus mejillas, y al verlas, Prescott sintió, a pesar suyo, una instintiva compasión por aquella criatura.

Cogiéndola del brazo, la condujo a través del edificio. Ya en la calle, subió con ella a un taxi y la hizo parar a unas cuantas manzanas de allí, ante un pequeño café, en el que entraron. Cuando les sirvieron el té, todavía no habían dicho una sola palabra. Lucy se llevó la taza a los labios con mano un poco temblorosa. Sólo

entonces, él le dirigió la palabra.

—¿Se siente mejor?

Ella lo miró con su expresión abatida, y respondió con voz ronca:

—Sí. Mucho mejor.

Le fue imposible mostrarse duro con ella. Se había propuesto tratarla con frialdad, con indiferencia, dando por terminada su intervención en aquel asunto, porque consideraba, no sin razón, que ya había hecho bastante. Pero el dramatismo de aquella figura llena de abatimiento lo impresionó dolorosamente. Y, sobre todo, el leve parecido de Lucy con Anne, que ahora advertía en sus pálidas y trágicas facciones, lo conmovió en contra de su voluntad. A pesar de su lamentable actuación como enfermera, a pesar de lo que él ya había sacrificado por salvarla, era la hermana de Anne. Instintivamente, y con menos dureza de la que deseaba dar a sus palabras, dijo:

—¡Bah! Anímese. Ahora ya pasó todo.

—No puedo remediarlo —sollozó Lucy.

—Debe olvidar el pasado y pensar en el porvenir.

—¿En qué porvenir? —respondió revelando el más negro desaliento—. Ya ya no tengo nada que hacer en este mundo. He arruinado mi vida por completo.

Él no le contestó por el momento; se limitó a servirle otra taza de té. Después, con voz cada vez más suave, le volvió a hablar.

—Realmente, dio usted un mal paso, ¿por qué negarlo?, pero esa no es una razón para que en adelante, tenga que seguir dando malos pasos.

Lucy se enjugó los hinchados ojos con un pañuelo, ya muy empapado.

—Fue usted muy generoso al declarar que yo sólo había hecho la que me mandaron. Pero no cabe duda, de que he sido una mala enfermera, y eso es lo que no puedo apartar de mi pensamiento. Ha de saber usted que en Shereham, donde empecé la carrera, sucedió algo espantoso —un sollozo irreprimible ahogó sus palabras cortándole la respiración y haciendo brotar un nuevo raudal de lágrimas—. Y después de aquello, esta desgracia que, de no ser por usted, me habría llevado a la cárcel. No debí emplearme en la clínica Ralgrave, porque sabía lo que era; lo sabía perfectamente. Pero fui estúpida y egoísta; quería dinero, comodidades, diversiones, y no pensaba lo más mínimo en mi trabajo.

Durante un rato, ambos guardaron silencio. Después, él le dijo;

—¿Por qué no intenta empezar de nuevo?

Lucy la miró fijamente, con expresión interrogadora.

Pero luego inclinó la cabeza.

—¿Dónde podrán admitirme ahora?

—Se me ocurre una idea —dijo Prescott en tono natural y sosegado—. Es algo que tal vez valga la pena de que lo piense.

Lucy alzó la vista poco a poco y volvió a fijarla en él con un leve destello de esperanza.

—¿Es que está dispuesto a ayudarme? ¡Oh! Ya sé que lo ha hecho usted por mi hermana; pero ¿sería capaz de hacer aún algo más?

Él respondió con franqueza:

—Cuando hemos entrado aquí, no tenía la menor intención de hacerlo. Pero resulta que he cambiado de parecer. Me duele verla tan afligida. Y tengo la impresión de que si se le diera una oportunidad todavía podría usted ser una buena enfermera... Es decir, si es que usted lo desea de veras —añadió tras una pausa.

—¡Oh! ¡Usted sabe que sí que lo deseo! Y creo que podría hacerlo bien. Cuando empecé a practicar con Anne, decían que no lo hacía mal y me gustaba mi trabajo. Pero después me salí del buen camino.

—Yo puedo ayudarla a encontrarlo de nuevo.

Los ojos de Lucy escrutaban su rostro, interrogándolo en silencio. Él prosiguió:

—Como usted me ha dado a entender, no debe buscar trabajo en un hospital o en una clínica. Ni siquiera se debe dedicar a cuidar a enfermos particulares. Eso, más adelante. Lo que ahora necesita es una cura radical, un trabajo que lo sea de veras, que, al requerir todas sus energías, le haga olvidarse de todo. Un trabajo absorbente, que la libre de todos los demonios que atormentan su alma.

Volvió a hacer una pausa mientras la observaba con mirada penetrante.

—Hay una epidemia de meningitis en un pueblecito llamado Bryngower, allá en las valles del sur de Gales. No es un bonito lugar, ni es una bonita enfermedad. Pero allí necesitan enfermeras, y las necesitan con urgencia. La organización sanitaria es deficientísima y no pueden continuar así. Allí es adonde debe ir usted. Si quiere, yo haré los trámites y se lo arreglaré todo. Lo único que falta saber es si realmente desea usted ir.

En el estruendoso tránsito de la calle se produjo un repentino momento de calma, y el vacío café se quedó de pronto en el más profundo silencio, tan sólo interrumpido por el rítmico tictac del reloj de pared. Era como si el porvenir de Lucy, su bienestar espiritual, su existencia entera, dependiesen de una palabra. Y entonces, con un gesto resuelto que la hizo parecerse a su hermana más que nunca, respondió:

—Sí. Quiero ir a Bryngower. Quiero ir en seguida.

QUINTA PARTE

I

A la mañana siguiente, Prescott se despertó sintiéndose a la vez orgulloso y aliviado por lo que acababa de hacer. Por mucho que ello pudiese perjudicarlo en su profesión, había llevado a cabo lo que se había propuesto. Y ahora pensaba que había llegado el momento de recoger la merecida recompensa. Con la sonrisa en los labios, trazó el programa del día. Aquella mañana tenía pocos enfermos que visitar, y, confiando en la amistad que lo unía a la directora Melville, se dijo que no tenía más que presentarse con un taxi en el Hospital de Trafalgar para poder llevarse a Anne a comer con él. Y Anne ni siquiera necesitaría volver al hospital si no lo deseaba, pues él tenía intención de declarársele.

Después de vestirse más cuidadosamente que de costumbre, se puso un clavel granate en el ojal, y cuando se disponía a dar buena cuenta del desayuno, tuvo que levantarse para atender una llamada telefónica. Era Lowe, el cual dijo escuetamente:

—Buenos días. ¿Qué tal, después de lo de ayer tarde?

—Estupendamente.

—¿No te arrepientes?

—En absoluto.

—¿Ni después de lo que dicen los periódicos esta mañana?

—No los he visto aún.

—¡Vaya! —exclamó Lowe con amable ironía—. ¡Buen sistema para evitarse disgustos a la hora del desayuno! —Y, tras un silencio que duró unos instantes, le espetó a quemarropa—: Prescott, yo te lo previne. Anoche hablé con Ogilvy, y tu clínica ya no está en el programa del gobierno.

Un silencio. Por raro que fuera, aquella noticia no le produjo ninguna emoción a Prescott, el cual se limitó a contestar:

—Amigo mío, no nos apuremos por lo que no tiene remedio. En realidad, ya me lo habías advertido. Esto no modifica en lo más mínimo mi deuda de gratitud para contigo.

Poco después colgaba el receptor y, sin la menor alteración de ánimo, se ponía a tomar el desayuno con un apetito que no había sentido desde hacía varias semanas. Luego pasó a su consultorio, a esperar que llegase el primer paciente. Casi en seguida sonó el timbre. Pero no era el paciente que esperaba. Era Anne.

Sorprendido, fue a su encuentro para saludarla. Anne estaba radiante; estrechó la mano de Prescott calurosamente, y, con ojos brillantes, empezó a darle las gracias.

—No sólo ha sacado a Lucy de una grave situación, sino que le ha devuelto la confianza en la posibilidad de rehacer su existencia. Esa idea de que se fuese a Gales a cuidar a los atacados de la epidemia... ¡fue una verdadera inspiración!

—Así, pues, ¿sigue resuelta a ir?

Anne sonrió:

—Me ha costado trabajo hacerla esperar hasta esta tarde.

—Me da usted una alegría.

Prescott ordenó unos papeles que estaban sobre la mesa. El brillo de los ojos de Anne y su presencia lo habían puesto extrañamente nervioso.

—Naturalmente —añadió—, será un trabajo muy duro y peligroso. Dígale que tenga mucho cuidado. La meningitis no es ninguna broma.

—Las enfermeras sabemos muy bien lo que es esa enfermedad —exclamó Anne, riéndose de buena gana. Se sentía tan feliz, tan rebosante de un nuevo y ardiente entusiasmo.

Tras un silencio, y procurando no mirarla de frente ni con excesiva gravedad para disimular su turbación, le dijo:

—¿Querría usted almorzar conmigo este mediodía? De todos modos pensaba ir a pedírselo. Me encantaría que aceptase. Y, además, tengo... tengo muchas cosas que decirle.

Por el rostro de Anne pasó una sombra de contrariedad, mientras respondía;

—¡Cuánto lo siento! El tren para Cardiff sale a la una y media.

—Pues no es demasiado tarde. Podemos almorzar después de que su hermana se haya marchado.

Ella lo miró con repentina extrañeza.

—Pero, doctor Prescott, ¿no comprende? Yo también me marchó.

—¿Que usted también se...marcha? —tartamudeó, totalmente desconcertado.

Ella hizo un gesto de asentimiento, un gesto rotundo y lleno de alegría.

—La señorita Melville me ha dado permiso. ¡Ah! ¡Qué gran corazón tiene! Se lo pedí anoche, en cuanto Lucy me comunicó su propósito. Dispongo de un mes de permiso.

—Pero... —y se detuvo, pues las palabras no le salían de la boca.

—De ningún modo podía dejar que Lucy se marchara sola. Ahora es cuando más necesita que alguien esté a su lado, alguien que la anime cuando se sienta cansada y desalentada. Además... —y en este punto sonrió—, como usted mismo ha dicho, es un trabajo peligroso. ¿Qué clase de hermana sería yo si me quedase aquí tranquilamente, dejando que ella se las arreglara sola?

Prescott la miraba con profunda gravedad.

—Por favor, no vaya. Tengo un motivo muy especial para rogarle que no vaya.

—No lo comprendo.

Estaba perpleja, desconcertada.

—¿Qué motivo puede tener para oponerse?

¿Cómo podía decírselo de sopetón? Anne estaba tan lejos de sospechar de lo que se trataba, que esto hacía la cosa mucho más difícil.

—No me gusta que vaya a cuidar enfermos contagiosos —murmuró.

—Es mi trabajo. Es lo que estoy deseando hacer de todo corazón, con toda mi alma. No hay nada en el mundo que me guste tanto.

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Nada que le guste tanto como hacer de enfermera?

—¡Claro! Es mi profesión. Es mi vida. ¿No ve usted lo feliz que me siento? Me encanta poder irme con Lucy a Bryngower. ¡Y todo esto se lo debemos a usted!

En el despacho reinó un penoso silencio. Prescott sentía como si le oprimieran las sienes y le estrujasen el corazón. En un instante se había desvanecido todo su gozo de aquella mañana; todos los planes que había urdido con temeraria ilusión se venían abajo ante la inconsciente vehemencia de aquellas palabras. ¡Qué loco había sido entregándose a sus prematuros sueños de felicidad, a sus añejas ideas de caballero enamorado que ofrece su mano a la dama de sus pensamientos! La vida no discurre por tan ilusorios derroteros. Un profundo descontento de sí mismo lo devolvió a la realidad.

—Sí —exclamó al fin—. Ya veo lo feliz que se siente, lo maravilloso que es para usted poder marcharse. Al principio no lo había entendido. Pero ahora lo entiendo perfectamente.

Y gravemente, con, cierta amargura, añadió:

—Al menos, me dejará que la acompañe a la estación.

II

Hacia las seis, de aquella misma tarde, Anne y Lucy se apeaban del tren en la estación de Bryngower, barrida por el viento. Se trataba de un pequeño municipio perdido entre montañas en el estrecho valle de Gower, amarillento riachuelo en cuyas áridas márgenes se amontonaban los residuos de las fábricas de acero. Era un pueblo solitario y desolado, rodeado de colinas yermas en las que se abrían las bocas de las minas, con hileras de casas achatadas bajo el humo y a la sombra de los altos hornos. Un lugar que parecía la escombrera del mundo.

Ésta fue la impresión que le produjo a Anne, mientras salía con Lucy de la estación en el decrepito coche de caballos que allí las esperaba.

Era una tarde triste, encapotada, opresiva, y este ambiente de opresión aumentaba hasta la asfixia al levantar los ojos y tropezarse por todas partes con las sombrías colinas. El viaje había sido largo y fatigoso; pero el corazón de Anne palpitaba alegremente mientras cruzaban la única calle adoquinada, para salir a un empinado camino vecinal que las llevaría a su destino.

Mientras el coche avanzaba sin prisa, Anne interpeló amablemente al cochero, para obtener alguna información.

—¿Estamos aún lejos del hospital? —le preguntó, inclinando la cabeza hacia él en la dirección del viento.

El cochero era un hombre de edad avanzada y aspecto mísero, cubierto con un sucio sombrero y con un saco echado sobre los hombros a guisa de impermeable. Al principio pareció que no había oído la pregunta. Sin embargo, al cabo de un rato, masculló:

—A unas dos millas. Pero no es un hospital.

—¿Que no es un hospital?

Anne se quedó mirándolo con asombro.

El hombre dejó escapar entre dientes una ronca risa.

—Es la antigua enfermería de las viruelas. Tiene más de cincuenta años y se cae a pedazos. Una cueva, ya verá. Pero es todo lo que tenemos, y gracias que lo tengamos.

En cuanto el edificio apareció a la vista de Anne y de Lucy, la primera impresión de las dos hermanas no fue muy halagüeña. Era pequeño y bajo, estaba muy deteriorado y cubierto por un techo negro y se hallaba como agazapado en una sombría hondonada de terreno fangoso. Una construcción más reciente, de madera y asbesto, aparecía adosada al primitivo edificio: era la residencia de las enfermeras. Hacia este destartalado barracón se encaminaron directamente las dos hermanas.

—No parece muy acogedor —comentó Lucy con un vago presentimiento.

Anne le contestó riéndose:

—Tendremos que arreglarnos nosotras mismas. Hicieron sonar el timbre, y al cabo de un rato, una sirvienta de mediana edad, con delantal negro, salió a abrirles y

las condujo a su habitación. Gradualmente, y bajo la influencia del sombrío ambiente, las dos muchachas se habían ido preparando para encontrar un pobre alojamiento, pero la realidad era infinitamente peor de lo que habían imaginado. La habitación que, debía de servirles de dormitorio era un estrecho cubículo con paredes formadas por simples tablas de madera, un débil techo sobre el que la lluvia sonaba como un redoble de tambor, y una ventana con un cristal roto. Las múltiples rayas verdes sobre el suelo y las paredes demostraban la humedad de aquella celda.

Mientras Anne y Lucy pasaban revista en silencio a su futuro hogar, oyeron unas pisadas en el pasillo de madera, y poco después se presentó ante ellas una mujer de edad, morena, con ojos hinchados y aspecto de fatiga. Vestía uniforme gris de enfermera, y, a primera vista, su encorvada figura daba la impresión de que se hallaba en el límite de sus fuerzas. Dirigiéndoles una desmayada sonrisa de bienvenida, les dijo:

—Me alegro de conocerlas. Soy James, la directora. ¿Tuvieron buen viaje? Siento que la habitación no sea un poco más cómoda. Pero estamos tan agobiadas...tan terriblemente agobiadas...

Mientras murmuraba estas frases incoherentes, movía las manos con gestos espasmódicos, y Anne observó que, de vez en cuando, guiñaba repetidamente el párpado izquierdo con una contracción nerviosa.

—Encontrarán la cena en la sala común. Bueno...encontrarán algo de comer. Y mucho me temo que además esté frío. Estamos tan agobiadas, tan terriblemente agobiadas... También verán allí el cuaderno con las indicaciones relativas a cada enfermo. Siento tener que pedirles que entren de servicio esta misma noche, pero no tengo más remedio. Estamos tan terriblemente, tan terriblemente...

Anne oyó el resto de la frase monótona y maquinal antes de que los cansados labios de la directora la pronunciasen. Luego hubo unos momentos de silencio. Y, al fin, con otra desmayada sonrisa, la señorita James salió de la habitación.

Lucy, volviéndose a su hermana, comentó con una moderación insólita en ella:

—¡Pobrecilla! Está a punto de perder la chaveta.

Anne asintió, mientras sus ojos continuaban inspeccionando la habitación.

—Ruego a Dios que este sitio no te resulte demasiado insoportable. Lucy le sonrió.

—Querida, ¿qué puede eso importarme, teniéndote a mi lado? No hemos venido a divertirnos, ¿verdad? Bueno, dejémonos de historias, y a ver si me quito de encima todo este tizne del tren.

Las muchachas se lavaron como pudieron en la vieja palangana que había allí para las dos, y, después de ponerse el uniforme, se fueron a la sala común, en busca de la cena.

Una simple ojeada les bastó para ver lo mezquina que era la comida. En el aparador había una fuente de carne de vaca en conserva y un aceitoso pedazo de queso. La sirvienta que les había abierto la puerta les trajo dos tazones de cacao casi

frío. La mesa de madera a la que se sentaron estaba llena de manchas y de migas de pan, pero en la sala no había ninguna otra enfermera, ni la menor señal de orden ni de disciplina de conjunto. Por lo visto, las cosas andaban tan desorganizadas, que cada cual comía cuando le venía bien, sin que existiese horario para nada.

Apenas se habían sentado y empezaban a tomar el cacao, cuando oyeron un retumbar de pasos en el pasillo entarimado, y, al poco, vieron entrar en la sala común un grupo de cinco enfermeras. Llegaban sin decirse nada, rendidas por las excesivas horas de servicio, y, lanzando tan sólo una ojeada a sus dos nuevas compañeras, empezaron a ingerir la poco sabrosa comida. Sus uniformes de varios modelos indicaban que procedían de distintos hospitales. Como deseaba enterarse de la situación de la casa, Anne no se amilanó ante la frialdad del recibimiento. Junto a ella se había sentado una enfermera de bastante más edad que las otras, cuyo rostro tenía una expresión franca y humana. Anne procuró cruzar su mirada con la de aquella mujer y cuando lo hizo, le preguntó, sonriéndole amablemente:

—¿Ha sido muy largo el turno de servicio? La enfermera asintió.

—Nosotras acabamos de llegar —añadió Anne—. Y estamos deseando que alguien nos explique cómo andan las cosas por aquí. Silencio. La enfermera, que se llamaba Davis, parecía poco comunicativa, pero se ablandó algo ante los requerimientos de Anne, y, al fin, le expuso en un breve pero explícito resumen, la situación en Bryngower.

En aquella parodia de hospital había cincuenta y cuatro enfermos de meningitis y el número aumentaba diariamente. La enfermedad, que era del tipo más maligno, la había traído al pueblo un marinero de Cardiff, que, apenas llegó, se sintió mal y murió rápidamente. Desde entonces, otras cuarenta personas habían muerto de lo mismo.

Al principio, la gente no había hecho gran caso, pero entonces todos reconocían ya el carácter mortal de la enfermedad, y estaban sumamente alarmados. En algunos sectores de la población el pánico era extraordinario; las puertas se mantenían constantemente cerradas, las madres no dejaban salir a sus hijos a la calle; el pueblo se consideraba un lugar apestado.

Pero, más allá de los límites del área afectada, casi nadie se preocupaba de la gravedad de la epidemia; en consecuencia, tenían que valerse únicamente de los escasos recursos locales, más un pequeño número de enfermeras enviadas desde lugares mejor informados.

Hacia poco se había hecho un llamamiento a las autoridades centrales sanitarias, las cuales enviaron desde Londres un observador, el doctor Hespely. Este mancebo de botica, como la enfermera Davis lo llamaba despectivamente, resultó ser un mero burócrata, cuya única obsesión era cumplir la orden del ministerio para evitar que se diese excesiva publicidad a la epidemia.

Los médicos locales, a pesar de todas las dificultades, se estaban portando magníficamente, en especial el doctor Forrest, un diamante en bruto, pero de gran

valor, el cual, a despecho de los intentos de intromisión de Hespely, era virtualmente quien dirigía toda la asistencia facultativa. Él era quien había diagnosticado el primer caso, y él quien había enviado inmediatamente a buscar el suero. Si la señorita James hubiese desplegado la mitad de la energía y el coraje que él, la epidemia ya habría empezado a ir de baja. Pero la infeliz, una mujer casi anciana, cuyo empleo en tiempo normal era el de visitadora sanitaria en Bryngower, se veía de pronto ante una tarea infinitamente superior a sus fuerzas. Y la pobre mujer estaba ya agotada.

Anne y Lucy escucharon el relato de la señorita Davis con profunda atención, y cuando hubo terminado, guardaron silencio durante un rato. Fue Lucy quien habló primero, expresando sus sentimientos en unas breves y serenas palabras.

—Creo que lo mejor será que nos pongamos al trabajo cuanto antes. Anne lanzó a su hermana una rápida mirada de cariñosa aprobación. La alegraba infinitamente ver a Lucy tan deseosa de empezar el trabajo, tan decidida a rehabilitarse.

Levantándose de la mesa, las dos muchachas salieron del barracón y, bajo la lluvia y la oscuridad, corrieron hacia el hospital. En el parte del día vieron que se las destinaba a la sala de mujeres situada en la planta baja.

Era una sala muy larga y baja de techo, mal alumbrada por tres lámparas de aceite. Las camas estaban tan juntas, que las mantas de lana roja formaban a ambos lados una línea ininterrumpida. No sólo se hallaba completamente llena, sino que ofrecía el aspecto caótico, de confusión indescriptible, del puente de una fragata en el momento culminante de un combate a vida o muerte. Unos trozos de hielo se derretían sobre la mesa central; varias botellas sin tapón rodaban por el suelo; los gráficos de la fiebre colgaban torcidos sobre las cabeceras de las camas; una mampara se había caído sin que nadie la hubiese vuelto a levantar y entonces se la veía medio apoyada en la pared.

Los expertos ojos de Anne captaron todo aquello de una simple ojeada. Sabía las dificultades, los inconvenientes imprevistos que pueden surgir en semejantes circunstancias, pero ello no bastaba para justificar que estuviera la sala en aquel estado. No hizo el menor comentario ante la enfermera a la que relevaron. Tampoco le dio ninguna orden a Lucy. Tácitamente y con la mayor naturalidad, las dos empezaron a poner la sala en orden.

Fue una ruda tarea, que aun resultó más difícil debido a la falta de las cosas más indispensables. Un armario de ropa estaba vacío y en otro sólo había sábanas húmedas. No lograron encontrar ni una manta de repuesto.

Escaseaban el calcio, el yodo y hasta el alcohol. Sin decir nada, Anne hizo una lista de todo lo que era necesario pedir. A pesar de tanta dificultad, al cabo de un par de horas de afanoso trabajo, la sala había cobrado un aspecto muy distinto. Y entonces, cuando Anne iba a indicar a Lucy que se tomase un descanso, se abrió la puerta y entró en la sala un hombre. Era un tipo corpulento y rechoncho, de hirsuta pelambrera, vestido de cualquier modo con un holgado y arrugado traje de lana ordinaria. Tenía la cara surcada por infinitas arrugas, y unas gruesas cejas bajo las

que centelleaban unos viejos ojillos enérgicos y penetrantes. Por la descripción que le había hecho la enfermera Davis, Anne comprendió en el acto que aquél era el doctor Forrest.

Forrest había entrado apresuradamente, pero, al ver la sala tan distinta, al advertir aquel orden y aquella calma, el viejo médico se detuvo en el acto. Echó una ojeada en torno de él, sin perder detalle en su atento y rápido examen, y luego su mirada se fijó en las dos enfermeras. No hizo ningún comentario acerca de las mejoras advertidas. Ninguna alabanza, ningún cumplido salió de sus labios. Sus ojos escrutaron a las dos hermanas en silencio. Después, preguntó con brusquedad:

—Ustedes son nuevas. ¿De dónde vienen?

—De Londres.

Anne quiso mostrarse tan lacónica como él, y esta respuesta le valió un gruñido de aprobación. El médico empezó a ir y venir rápidamente por la sala, mientras mascullaba:

—Vengan conmigo. Las dos. Aquí hay trabajo para un par de enfermeras de verdad. Y, por la gracia de Dios, parece que ustedes lo son.

Y los tres, médico, enfermera jefe y enfermera, dieron la vuelta a la sala, efectuando juntos la visita de los enfermos.

III

Ni Anne ni Lucy habían cuidado nunca enfermos de meningitis. Tan sólo conocían aquella dolencia a través de los obligados estudios sobre enfermedades infecciosas, pero ahora podían comprobar directamente los pavorosos efectos de una infección que superaba en horror y malignidad a las peores formas de las fiebres tropicales. Muchos de los enfermos de Bryngower eran de tipo *apoplético*. Una persona que en apariencia estaba sana, se sentía repentinamente atacada por fuertes escalofríos, dolor de cabeza y violentas convulsiones. Después entraba en el período comatoso y, a las veinte horas, el infeliz ya había muerto.

No todos los casos eran tan graves, pero la inmensa mayoría rozaban los linderos que separan la vida de la muerte. El doctor Forrest, que conocía bien la historia del mal, no ocultó a las muchachas su elevado porcentaje de mortalidad. Les habló de la epidemia de 1908, en que, de 725 casos, 548 fueron mortales; y de la que había sufrido Nueva York, donde murieron más de la mitad de los millares de atacados.

Anne llegó a preocuparse tanto, que por las noches no podía conciliar el sueño. Sabía de sobra cuál era la verdadera causa del mal funcionamiento del hospital. La señorita James era una mujer llena de buena voluntad, pero absolutamente incapaz de hacer frente a las dificultades de la situación. Si continuaba en Bryngower, se debía tan sólo a la obstinación del doctor Hespley. La señorita James, lo mismo que él, era funcionaria del ministerio de Sanidad. Era inútil que el doctor Forrest armase grandes tremolinas con sus protestas. Para una mentalidad que sólo entendía de retiros, de ascensos y de redactar pulcramente informes ministeriales, resultaba inverosímil hablar de relevarla.

Pero al cabo de doce días de la llegada de Anne y de Lucy, la providencia vino a solucionarlo del modo más sencillo. Las fuerzas de la señorita James se derrumbaron definitivamente.

La cosa tuvo lugar en el vestíbulo durante su diaria entrevista con los doctores Forrest y Hespley. Acababa de presentarles su parte del día —cuatro nuevos enfermos ingresados y tres defunciones durante la noche—, cuando, de pronto, se apretó las sienes con las manos y exclamó a voz en grito:

—¡Ay mi cabeza, ay mi cabeza! ¡Ya no puedo más, ya no puedo más! ¡Me voy a volver loca!

—¿Qué le sucede? —balbuceó el doctor Hespley—. ¿Se siente mal?

—No siento nada —chilló la infeliz, en un ataque de nervios—, pero no puedo seguir así ni un día más. Me es imposible. Necesito descanso. Tenga que irme de aquí; de lo contrario, me volveré loca.

El doctor Forrest se apresuró a aprovechar la ocasión. Antes de una hora, la señorita James no solo tenía ya la maleta hecha, sino que se encontraba en el tren que había de conducirla a Swansea, mientras él discutía con Hespley el asunto de la

sucesión.

—Voy a enviar inmediatamente una notificación al ministerio —dijo Hespley, que era un hombre larguirucho, seco y metódico, con unas lentes de oro cabalgando sobre su curvada nariz—. A fines de semana tendremos aquí una sustituta.

—Ya la tenemos —declaró Forrest en tono terminante. Las cejas de Hespley se arquearon.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que no es necesario que pida una sustituta. Vamos a hacer a Anne Lee, jefa de todas las enfermeras. Vale cien veces más que todas sus compañeras. Es cosa decidida, Hespley; no le dé usted vueltas. Y si esta vez no se aviene por las buenas, ya puede salir corriendo de este maldito pueblo.

Y Forrest, sin ni siquiera esperar la respuesta de su colega, fue a darle la noticia a Anne. La encontró en la sala de mujeres, como de costumbre.

—Buena —exclamó con una mueca—. Quiero ser el primero en felicitar a nuestra nueva directora:

Anne permaneció inmóvil, en silencio, con la mirada como si mirase muy lejos y las mejillas teñidas de rubor. Estaba profundamente impresionada por la noticia. Por fin iba a ser jefa de una comunidad de enfermeras, por fin podría poner en práctica lo que había deseado y esperado durante toda su vida.

—¡Bueno, diga algo! —le dijo el médico en son de reproche—. ¿Es que no sabe lo que va a hacer?

—Sé muy bien lo que quiero hacer, doctor Forrest —respondió, al fin, lentamente—. Pero he de preguntarle una cosa... ¿Tengo autorización para hacerlo?

—¡Sí, qué diantre! —casi le gritó el doctor—. Yo la apoyaré en todo. Ya estoy harto de los métodos y paños calientes que emplea ese maldito Hespley. Usted y yo vamos a organizar las cosas como es debido, y acabaremos con la epidemia, aunque nos cueste la vida. Anne sintió que sus ánimos se redoblaban ante el entusiasmo de Forrest. Rápidamente, le esbozó su programa. Había pensado en ella tantas veces durante las largas horas de los turnos de noche, que su exposición fue perfecta y completa.

—Necesito más enfermeras, doctor. Yo sé dónde buscarlas. Porque, ¿sabe usted?, quiero que nuestras enfermeras hagan la jornada de ocho horas, en vez de las once de servicio que tienen ahora. Quiero enviar a algunas en visita domiciliaria por el pueblo. Después, necesitamos a toda costa, buscarles mejor alojamiento. Y darles mejor de comer. En estas casas de fiebres malignas, todo depende de los cuidados de la enfermera, y no se pueden conseguir esos cuidados extraordinarios con unas enfermeras extenuadas, mal alojadas y mal comidas. Hace quince días que no nos alimentamos más que de sobras y que no hemos tenido un plato de comida caliente. Esta no es solo una injusticia, sino una insensatez. ¿Por qué las enfermeras han de estar peor tratadas que la más ínfima de las fregonas? Quiero que coman sopa y viandas calientes y bien guisadas: Buscaré una cocinera. Reorganizaré la cocina. Y

encontraré algún alojamiento decente para ellas. Supongo que algunas tendrán que seguir viviendo en este barracón, pero las demás habitarán en algún sitio más confortable, donde puedan descansar de veras cuando terminen su servicio. Lo tengo todo pensado. He visto que a la salida del pueblo hay un hotelito deshabilitado y que, aunque antiguo, parece una casa sólida y cómoda donde podré alojar a mis enfermeras. Doctor, pienso requisar ese hotel. Tiene que darme carta blanca para tratar con el carnicero, el lechero, la tienda de comestibles y la farmacia. Le prometo no hacer ningún despilfarro; únicamente quiero lo más indispensable; pertrechos de guerra para mis enfermeras, sólo que esta guerra es para salvar vidas, no para destruirlas.

Se detuvo sin aliento, temerosa de haber molestado a Forrest por haber ido demasiado lejos. El doctor no dijo ni una palabra durante unos momentos, mientras sus ojillos la taladraban con su mirada penetrante. Después, tendiéndole la mano, le estrechó la suya largamente y con fuerza.

—Muchacha —le dijo en un tono amable que resultaba inusitado en él—, usted y yo vamos a luchar juntos hasta el fin.

Anne se puso el abrigo y echó a correr hacia el pueblo para disponerlo todo. Primero se fue al correo, donde puso dos telegramas. Uno a Susan Gladstone, la secretaria de la Unión, pidiéndole seis buenas enfermeras. El otro era para Manchester y lo dirigió conjuntamente a Nora y a Glennie, diciéndoles que removieran cielo y tierra para que les permitiesen ir a reunirse con ella.

IV

El choque con el doctor Hespley no se hizo esperar. Y fue breve y decisivo. La tarde del mismo día en que el doctor Forrest le concedió plenos poderes, aquél la llamó a su despachito del vestíbulo, y, con gesto condescendiente, ratificó el nombramiento. Anne le dio las gracias muy amablemente, pero no le habló nada de sus planes.

Sin embargo, a la mañana siguiente, cuando el lechero hubo dejado su mercancía en el hospital, Anne recibió un aviso urgentísimo de Hespley para que acudiera a su despacho. El doctor la esperaba con expresión de enojo y un papel en las manos.

—¿Qué significa esto, señorita Lee? Cuatro litros más de leche esta mañana. Yo no los encargué para los enfermos.

—Ya lo sé, doctor —respondió Anne sosegadamente—. Los encargué yo para las enfermeras.

—¿Para las enfermeras? —exclamó el médico, asombrado.

—Sí, doctor Hespley. Hoy las enfermeras tendrán un verdadero budín de leche y no un budín hecho con agua sucia y polvos amarillos.

—Pero, oiga usted... —empezó a protestar.

—No hay soldado que luche con el estómago vacío, doctor Hespley —lo interrumpió Anne medio en broma—. Eso lo dicen en el ejército. Y mis enfermeras luchan aquí en primera línea.

—Le advierto que usted no puede hacer nada sin mi permiso.

—Sí que puedo, doctor Hespley, y no dejaré de hacerlo. Le advierto que no se trata únicamente de leche, sino de muchísimas cosas más...

Y serenamente, sin atropellarse, le expuso todo cuanto pensaba hacer.

Hespley la contemplaba estupefacto y enojado.

—Usted no puede hacer nada de eso. ¿Ha perdido el juicio? ¿No sabe que no tenemos la necesaria autorización?

Tranquilamente, sin abandonar su tono amable, ella repuso:

—Si yo estuviera en su lugar, no me preocuparía tanto de las autorizaciones durante unas semanas.

De pronto, la ira se apoderó de él, y, enrojando hasta la raíz del cabello, gritó:

—¡Esto es intolerable! Se muestra usted desobediente e insolente. Enfermera Lee, usted se lo ha buscado. Ya puede hacer las maletas y marcharse.

Anne movió la cabeza.

—¡Oh, no, doctor Hespley! Yo no me marchó. Tengo muchísimo trabajo aquí. Por favor: trabajemos unidos. Será mucho mejor para todos.

Furioso ante la sensatez y la serenidad de Anne, replicó:

—Olvida usted que acabo de despedirla.

En aquel momento la puerta se abrió dando paso al doctor Forrest. De una ojeada

se hizo cargo de la situación, e inmediatamente se puso de parte de Anne.

—No sea idiota, Hespley. Todo ese plan está ya en marcha. No puede usted detenerlo.

Hespley se puso lívido. Las manos le temblaban cuando masculló:

—Comprendo. Esto es una conspiración, contra mí.

—¡Qué conspiración ni qué ocho cuartos! —rezongó Forrest—. Esto no es más que obrar con sentido común. Lo único que le pido es que no sea usted majadero.

—¿Y quién va a pagar todos esos gastos?

—Su maldito ministerio. Y si se niega, Anne Lee y yo saldremos a cantar y bailar por las esquinas; pronunciaremos discursos o daremos volteretas hasta, que la gente se avergüence de tanta cicatería y se rasque el bolsillo para atajar la epidemia.

Tras un prolongado silencio, y con un encogimiento de hombros, Hespley murmuró:

—Si me ponen ustedes entre la espada y la pared...

Forrest, con su rudeza y su brusquedad, le habría dejado plantado en aquel mismo momento, sin pronunciar una palabra más y se habría marchado altivamente con los despojos de la victoria. Pero Anne era más compasiva y más sagaz. Inclinandose hacia él, en tono persuasivo, le dijo la única cosa capaz de conquistar su cooperación.

—Doctor Hespley, piense en la gloria que recaería sobre usted si lográsemos vencer la epidemia rápidamente.

Otro silencio, más largo aún, más esperando.

—Sí —dijo Hespley, mientras un vago resplandor iluminaba su sombrío semblante: Es verdad, sería una excelente ayuda para mi carrera.

Anne salió del despacho con la alentadora impresión de que, en realidad, Hespley no había quedado enemistado con ella. Y a la hora del almuerzo su satisfacción fue mayor todavía. ¡Qué alegría experimentó al poder ofrecerles a las enfermeras una comida caliente y apetitosa! Ya tenía la cocina reorganizada. La señora Lewis, esposa de un minero a la que había tomado a su servicio después de oír las alabanzas que de ella hacía todo el pueblo, estaba justificando su fama.

Aquella tarde llegaron seis enfermeras de la Unión, y Anne les condujo personalmente a sus cómodas habitaciones del hotelito, empezando inmediatamente a poner en práctica su plan de la jornada de ocho horas.

El efecto de esta innovación fue decisivo. Las enfermeras ya no estaban rendidas, y Anne las vio sonreír a los enfermos, y reírse y charlar animadamente en la mesa. Ante su propia amabilidad y sus incansables esfuerzos, las demás respondieron con idéntico celo y lealtad. En el pequeño hospital se respiraba un nuevo ambiente de vivacidad y diligencia; tanto, que, a los pocos días, Anne rebosaba de satisfacción ante el feliz resultado de aquel cambio. El equipo trabajaba eficazmente. No era ya un grupo de individualidades indolentes y dispersas, sino una verdadera unidad de combate.

Al lunes siguiente llegaron Nora y Glennie. Ni ellas mismas sabían cómo habían

conseguido el permiso, después de ablandar a la directora. Había sido un verdadero milagro. Anne se las arregló de modo que le quedase media hora libre, y se dirigió con Lucy a la estación para recibir a sus amigas.

El reencuentro en el andén barrido por el viento y la lluvia, y en aquel mísero pueblo aterrorizado por la epidemia, fue algo que ninguna de ellas había podido imaginar, por lo impresionante, pero también por lo efusivo y cordial. Nora no cesaba de abrazar y besar a Anne, y cuando, al fin, la soltó, le dijo:

—Mira, chica, me he aprovechado, porque quizá ya no pueda volver a hacerlo. ¡Ahora eres todo un personaje, Anne Lee! Nada menos que directora del hospital de Bryngower.

—Yo estoy dispuesta, a hincar la rodilla en el suelo cada vez que te vea entrar en la sala —manifestó Glennie con cómica seriedad—. Una genuflexión a Santa Anne.

—Eso no es suficiente, mujer —exclamó Nora mientras sus ojos chispeaban con su habitual travesura—. Lo que has de hacer es tirarte al suelo y dejar que pase sobre, tu cuerpo.

Anne soltó la carcajada.

—Si alguien de vosotras intenta algo semejante, la pondré en el acto de patitas en la calle, Bueno, muchachas, ¿dónde está vuestro equipaje? Este destartalado autobús es nuestro. Acabo de comprarlo. Las enfermeras lo llaman el «Expreso de la Fiebre».

Charlando y riendo las cuatro enfermeras subieron al vetusto carromato para dirigirse al hospital. Aun cuando la idea ni siquiera les pasó por la imaginación; con su conducta estaban honrando en alto grado a su profesión, ya que, con riesgo de sus vidas, iban a cuidar a unos seres atacados por una terrible enfermedad. Y, no obstante, lo hacían con un valor heroico y alegre a la vez.

Cuando llegaron al hospital, Anne se sentía tan alborozada de tener consigo a sus dos antiguas amigas que por primera vez hizo uso de las prerrogativas a que le daba derecho su nuevo cargo y dispuso que les sirvieran un té completo para las cuatro en su habitación. Fue una alegre merienda.

—¡Caramba! —exclamó Glennie, realmente asombrada. ¿El rancho es siempre tan excelente?

—Me gustaría que lo hubieran visto cuando llegamos —intervino Lucy juiciosamente—. Era un poco distinto.

Glennie examinó a Lucy detenidamente, y, al fin movió la cabeza en señal de aprobación.

—La pequeña Lee parece una chica como es debido —exclamó en tono doctoral—. Por lo que a mí se refiere, me alegro mucho de conocerla.

Anne fue la que se ruborizó al oírlo. Le complacía indeciblemente que sus dos mejores amigas hubieran simpatizado tan pronto con Lucy. Además, aquello era una prueba patente del cambio de su hermana. Después del té, Anne se llevó aparte a Lucy y le dijo:

—Estoy muy contenta de que hayas simpatizado con Nora y Glennie. Así te será

más grato tenerlas por compañeras. Lo digo porque tengo preparada para las tres una bonita y espaciosa habitación en el hotel.

—¿En el hotel? —repitió Lucy con un gesto de desagrado.

—Sí. Es infinitamente mejor que el barracón. Estaba muy preocupada a causa del alojamiento que tienes aquí, un cuarto húmedo y horrible, donde estás expuesta a coger una pulmonía.

—Y tú, ¿qué? ¿Vendrás también al hotel?

—¡Oh, no! Yo tengo que quedarme aquí.

Lucy sonrió levemente.

—Pues, entonces, también yo me quedo —y antes de que pudiese replicarle, prosiguió—: No pretendas que te deje en el cuarto «húmedo y horrible» mientras yo me instalo cómodamente en el hotel. Gracias, querida, pero no acepto. Esta vez no sigo por semejante camino. Además, si me envías al hotel, todos dirían que es puro favoritismo, porque soy tu hermana. Y, por último, la verdad es que no quiero separarme de ti.

A Anne se le humedecieron los ojos. Profundamente conmovida, no insistió más. Pero siguió diciendo:

—¡Ah! Otra cosa. En esto no podrás contradecirme y me saldré con la mía. No se trata ya de favoritismo, sino de auténticos méritos, Lucy. Desde que viniste aquí has trabajado mucho y bien. En mi opinión, eres la mejor enfermera de la casa. He hablado de ello con el doctor Forrest y está de acuerdo conmigo. Lucy, vamos a organizar otra sala en el primer piso, especial para los niños. Y queremos, quiero que seas la enfermera jefa de esta sala.

Lucy cruzó las manos nerviosamente. Tal fue su emoción, que durante un rato le fue imposible pronunciar palabra. Después, dijo en voz baja:

—Gracias, Anne. Es la alegría más grande que he recibido en mi vida.

V

La sala de niños estaba inaugurada; la nueva enfermera jefa había entrado en funciones. A Anne se le ensanchaba el corazón al ver a Lucy con su impecable uniforme, tan seria y tan atenta al trabajo, tan consciente de sus obligaciones y tan ansiosa de cumplirlas.

En la sala, formada por dos habitaciones contiguas, en el piso primero, que fueron rápidamente transformadas y equipadas, había unos veinte niños. Varios de ellos habían sido trasladados de la sala general y estaban, ya en franca convalecencia. Los demás, si bien todavía muy enfermos, seguían un curso favorable y no era de temer que se agravasen. Pero había una excepción: una niña que estaba gravísima, y de la que el doctor Forrest había dicho que no pasaría de aquella semana.

A ninguna enfermera jefa le habría preocupado tener un caso grave en una sala donde había veinte enfermos.

Teniendo en cuenta el rigor de la epidemia, tal porcentaje debía considerarse consolador. Y, sin embargo, no se sabe por qué extraña razón, Lucy no estaba satisfecha, ni mucho menos. Tenía una expresión preocupada, tensa. Todas sus energías se concentraban, al parecer, en aquella única criatura que estaba en peligro de muerte.

Tan evidente era esto, que Anne no pudo dejar de notarlo. Y cuando un día — cuatro semanas justas después del nombramiento de Lucy— entró Anne en la sala de niños, se detuvo sorprendida ante lo inesperado del cuadro que se ofreció a su vista. Sin cesar, y con maternal cuidado, Lucy estaba poniendo compresas frías en la cabeza de la niña, en un supremo esfuerzo por reducirle la temperatura.

Aquel tratamiento era cosa corriente y nada raro había en él: lo extraño era que Lucy, la enfermera jefa, teniendo dos enfermeras a sus órdenes lo estuviese aplicando ella misma.

Oculto detrás de las mamparas, Anne seguía los gestos de Lucy, y cuanto más los observaba, más se convencía de que en ellos había una gran ternura impulsada por algún móvil muy íntimo y secreto. Su forma de tratar a aquella enfermita dejaba traslucir el amoroso cuidado de una madre. La criatura era una niña de cuatro años, hija única de un honrado matrimonio del pueblo. Anne recordaba la angustia de los padres cuando la enfermita ingresó en el hospital. Fue una escena muy dolorosa. Incluso ahora, Tom Hedley, incapaz de cumplir con sus obligaciones en una fundición de acero, se pasaba casi todo el día paseando por delante del hospital; esperando que le diesen noticias de su pequeña Gracie.

A pesar de los estragos de la fiebre, de las manchas que cubrían su delicada piel y de la contracción que la hacía ladear su cabecita, Gracie Hedley era una niña preciosa. Sus cabellos, rubios y finos como la seda, cubrían la almohada de espesos rizos. Y mientras Anne contemplaba a la inconsciente Gracie, un lejano recuerdo le

vino, de repente, a la memoria. El cómo y el porqué, lo ignoraba. Sin duda se trataba de una simple coincidencia, pero, con todo, existía un extraño parecido entre aquella criatura moribunda y el niño que había muerto de difteria en Shereham.

Anne tuvo como un relámpago de intuición: Lucy, impresionada también por aquella similitud, luchaba desesperadamente por ganarle a la muerte esta vida abandonada ya por el doctor Forrest, y que iba sumiéndose poco a poco en el reino de las sombras.

Anne frunció el ceño con un gesto de profunda preocupación. Instintivamente, pensó en el terrible efecto psicológico, en el desengaño que el fracaso, casi inevitable, produciría en el ánimo de su hermana. Y mientras seguía observándola, advirtió que Lucy sostenía a la niña acercándola a su propio cuerpo más de lo indispensable, con lo que se exponía imprudentemente a un contagio, contra el cual todas las enfermeras habían recibido orden expresa de prevenirse.

Cuando Lucy, terminada ya su tarea, volvió de pronto la cabeza, advirtió la presencia de Anne. Se ruborizó un poco, pero no dijo nada, y procedió sencillamente, a secar la cabeza de la niña con todo cuidado, y a tomarle una vez más la temperatura.

—Sólo un grado menos —exclamó tristemente, pues el termómetro marcaba una temperatura alarmante: treinta y nueve—. Cada hora le pongo las compresas, es ya la única forma de contrarrestar la fiebre. Anne guardaba silencio, sin atreverse a intervenir. Pero, al fin, le insinuó:

—¿Por qué no dejas que la enfermera Rentan te sustituya de vez en cuando?

Lucy apretó los labios y respondió:

—De este caso me ocupo yo personalmente. Tengo especial empeño en hacerla.

¿Qué podía replicarle? Vacilando un poco, se arriesgó a decirle, con la mayor delicadeza que pudo:

—Me parece que el doctor Forrest no tiene muchas esperanzas de salvarla.

Los pálidos labios de Lucy se apretaron todavía más, y aun cuando la voz le temblaba, dijo obstinadamente:

—Pues yo no he perdido las esperanzas. Lo más importante ahora son los cuidados de la enfermera. Por eso quiero hacerlo todo por mí misma.

Anne asintió, comprensiva y cordial. Pero mientras, se apartaba de la camita rodeada de biombos, dio a Lucy, a media voz, un último consejo fraternal.

—Querida, ten mucho cuidado con el contagio.

Lucy no pudo menos de sonreír.

—Es un consejo, Anne, que tú jamás te has preocupado de poner en práctica.

Cuando Anne se hubo marchado, Lucy volvió, como impelida por una fuerza irresistible, junto al lecho de Gracie Hedley. Sentada junto a la criatura, que se hallaba ya en estado comatoso, observaba su difícil respiración, la crispación dolorosa de su carita. La mirada de Lucy era tranquila, pero denotaba una obstinada decisión. Al cabo de cuarenta minutos volvería a ponerle las compresas. Por mucho que dijeran, ella impediría..., sí, impediría que se muriese.

Y pasó aquel día, y el siguiente, y el otro, y llegó el sábado, y transcurrió también el fin de semana... Y Gracie Hedley todavía respiraba; el tenue hilo de su vida no se había roto aún.

El doctor Forrest confesó que estaba asombrado.

Continuaba sin abrigar la menor esperanza, pero ordenó, que se doblara la dosis del suero. Mientras se apartaba de la cama, miró a Lucy de manera inquisitiva. Y, como distraídamente, le dijo:

—¿Qué es lo que pretende, señorita Lee? ¿Demostrar que usted tiene razón y que yo estoy equivocado?

Lucy guardó silencio. Vaga la mirada, pero con todo su ser en tensión, reanudó sus esfuerzos sobrehumanos para salvar a la niña.

En la mañana del martes, el doctor Forrest dedicó mucho tiempo a la enfermita, que aún estaba inconsciente. Y pasándose la mano por sus abundantes cabellos, manifestó, con gesto de absoluta extrañeza, que si Gracie lograba superar la crisis de las veinticuatro horas siguientes, era seguro que se curaría. A renglón seguido declaró; con la frente contraída, que, a su parecer la crisis terminaría, en un fatal desenlace. ¡Veinticuatro horas! Con la vista fija en el reloj, Lucy procuró reunir sus últimas reservas de energía. Los segundos pasaban lentamente, los minutos parecían eternizarse. No obstante, el día fue transcurriendo y llegó el anochecer. Lucy casi no había salido de la sala en el espacio de doce horas. Sin embargo, y sin hacer caso de las reconvenciones de Anne, resolvió pasar también la noche junto a la enferma. Era el último obstáculo, el último y decisivo trecho en la extenuante carrera que estaba disputándole a la muerte.

Así, pues, cuando hubo oscurecido del todo y se encendieron las luces, volvió a instalarse junto a la cama, dispuesta a permanecer allí toda la noche. No notaba el cansancio. Se sentía ligera, insensible a la fatiga, asistida por una fortaleza sobrehumana que nada podía reducir.

Durante todo aquel día, Gracie pareció hacer frente a todo, mejor incluso; que en días anteriores. Las convulsiones fueron menos frecuentes, y la parálisis ocular menos acentuada. Pero, al fin, cuando llegó la oscuridad y a ésta fueron sucediendo las sombras de la noche, pareció que las débiles fuerzas que le quedaban la iban abandonando. Su respiración era más anhelante; de vez en cuando se producía un leve estertor, y la temperatura le subió de repente. Pero lo peor era que su cabeza, violentamente echada hacia atrás, permanecía rígida, como trabada entre los delgados omóplatos.

Los ojos de Lucy no se apartaban un momento del rostro de la niña. Además de todos los cuidados médicos que incesantemente le prestaba, su mirada permanecía fija en aquellos ojitos extraviados. Su mano sujetaba la pequeña mano exangüe de la niña, como queriendo transmitir al débil cuerpecillo una corriente de vigor y de vida.

Hacia las dos de la madrugada, la respiración de Gnicie empezó a debilitarse, y los dedos de la enfermera comprobaron que el pulso le fallaba, que parecía haberse

detenido.

Lucy palideció como si también ella estuviese a punto de expirar. ¿Fracasaría al fin, en el último minuto, después de todo lo que había hecho? En torno a su cabeza sentía como una férrea cinta que la fuese oprimiendo, oprimiendo. Con frenética ansiedad, se inclinó sobre el lecho y, levantando el inerte cuerpecillo, unió sus labios a los de la niña: Entonces, alentando con una fuerza hija de su desesperación, dio el aire de sus pulmones a aquellos otros que ya no funcionaban. Acto seguido empezó a hacerle la respiración artificial activamente.

¿Durante cuánto tiempo estuvo haciéndosela? No lo sabía. Mas llegó un momento en que se detuvo. La niña respiraba de nuevo, débilmente, pero con regularidad. Y su frente estaba perlada de gotas de sudor. Era como si se hubiera producido un milagro.

Con manos temblorosas, Lucy buscó el termómetro. Apenas podía, ver las rayas. Pero cuando pudo leer la temperatura, de sus labios se escapó un grito de alegría. La fiebre había cedido. Rápidamente, cogió una pipeta y echó unas gotas de solución de peptona en la boca de Gracie. El corazón le saltó en el pecho al ver que la niña tragaba normalmente. Su respiración se iba haciendo más firme, y también su pulso. La fiebre descendió otro grado. Más alimento, tragado con mayor facilidad. Y luego, cuando las primeras luces del alba se filtraban ya a través de las persianas, los ojos de Gracie se abrieron y miró a Lucy con una expresión que demostraba que se daba cuenta de todo. No pudo hablar aún; eso lo haría más adelante. Pero ya había dado señales de vida y de haber recuperado el conocimiento. La crisis estaba vencida... ¡Al fin! Lucy sintió que la embargaba una inmensa alegría y sus ojos quedaron cegados por un raudal de lágrimas ardientes, lágrimas de infinita alegría. Enlazando las manos, las alzó en muda plegaria de acción de gracias. Después, tambaleándose, se acercó a la ventana y levantó la persiana. Y entonces vio que en la pared de enfrente, velando también, con los ojos fijos en la ventana, estaba Tom Hedley. Lucy le hizo una señal llena de júbilo. Mientras él avanzaba hacia el hospital, Lucy corrió hacia la puerta para salirle al encuentro. Se encontraron en el umbral, y cuando ella le daba la feliz noticia, el sol naciente los iluminó a los dos con sus primeros rayos.

VI

El restablecimiento de la niña Gracie Hedley produjo una feliz reacción en todo el hospital, tanto más cuanto que coincidió con una disminución general de la epidemia. Habían transcurrido cuatro días sin una sola defunción y el número de enfermos ingresados se había reducido a la mitad. El doctor Forrest realizaba a la sazón en el pueblo un trabajo de profilaxis preventiva, y las visitas domiciliarias de las enfermeras demostraban cumplidamente su eficacia. Había señales evidentes de que el temible azote había sido detenido. Sin duda, aún se producirían nuevos casos y la epidemia seguiría su curso causando nuevas y dolorosas bajas, pero Anne, que estaba tranquilamente en su cuarto escribiendo unas cartas; tenía la impresión de que lo peor ya había pasado y que su tarea tocaba a su fin. Pensando en el porvenir, dejó volar su imaginación e hizo algunos proyectos para cuando Lucy y ella regresaran a Londres. Ambas trabajarían juntas en el Hospital Trafalgar. Después de su magnífica actuación durante la epidemia, a Lucy no le sería difícil obtener de la señorita Melville la dirección de una sala. ¡Qué maravilloso sería verse las dos juntas y con el cargo de enfermera jefa en el Trafalgar! De aquí que, una de sus cartas fuera para la señorita Melville, y que en ella se atreviera a hacerle alguna insinuación sobre el particular. Otra de las cartas que ya había escrito era para Susan Gladstone, la secretaria de la Unión, y estaba llena de planes, proyectos y esperanzas. Aún había escrito otra, ésta para la señorita East, directora del hospital de Manchester. Anne se había sonreído mientras le contaba las hazañas realizadas por Nora y Glennie.

Ahora estaba escribiendo la última, la más difícil. Era para el doctor Prescott. Por qué le resultaba difícil, era cosa que no lograba explicarse. En ella hablaba muy poco de su propia actuación y mucho de la de Lucy. Le agradecía que les hubiera dado ocasión de realizar aquel trabajo. Pronto agotó su repertorio de noticias, y entonces se detuvo con la pluma en alto. Durante las últimas semanas había pensado tanto en Prescott, que resultaba muy extraño que no pudiese traducir en palabras aquellos pensamientos. Experimentaba una rara confusión de ideas respecto a él, una vaga contradicción de sentimientos, algo inquietante e indefinible, como si deseara y, a la vez, temiese volverlo a ver. Esto último la hizo sonreír lentamente. Risueña, se irguió resueltamente y se dispuso a terminar la carta.

Fue en aquel preciso instante cuando Nora entró, precipitadamente y sin llamar. Se quedó parada, sin aliento, como quien acaba una carrera, y muy pálida, tratando de disimular su evidente angustia. Exclamó, jadeante:

—Lucy acaba de desmayarse... en la sala. Se...se cayó al suelo... desplomada...

Anne se volvió a medias en la silla, con el cuerpo rígido.

—No..., no es nada —declaró Nora atropelladamente, mientras sus ojos desmentían sus palabras—. Sólo que...el doctor Forrest...me envió a buscarte.

Un silencio impresionante reinó en la reducida habitación. Un montón de,

preguntas temblaban en los labios de Anne. Pero no llegó a hacerlas. Un súbito y acongojante presentimiento le decía cuál era la causa de aquel desmayo. Con el cuerpo todavía rígido, como una sonámbula, se puso en pie para seguir a Nora hasta la sala.

No fue allí donde encontraron a Lucy, sino en una, pequeña habitación adyacente que servía de cocina. Yacía en el suelo sobre unas almohadas que habían traído apresuradamente. El doctor Forrest estaba a su lado con una rodilla en el piso, y a su espalda había dos enfermeras de pie. Antes de mirar al doctor, una ojeada a su hermana convenció a Anne de que era cierto lo que temía. No era que Lucy se hubiera desmayado. Estaba sin sentido, su respiración era muy rápida y tenía la cara encendida. En su piel se observaban ya las primeras señales de la erupción. Anne se quedó petrificada. Lucy se había contaminado del terrible mal.

Con un crujido de sus viejas articulaciones, el doctor Forrest se levantó. No miró a Anne. Temía que le pudiese leer en sus ojos la terrible verdad.

—Me temo que la ha cogido —murmuró al fin, a media voz, como excusándose por lo que se veía precisado a decir—. Es mejor que la pongamos sola en la habitación del fondo; allí estará muy tranquila. Haremos todo lo que podamos. Quizá...quizá la cosa no sea tan grave como parece.

Anne quiso contestar, pero la voz no le salió de la garganta. Sabía que el caso de su hermana era mucho más grave de lo que el doctor Forrest pretendía dar a entender; estaba segura de que el bondadoso médico mentía para no asustarla demasiado. Pero ella sabía de sobra lo que era aquella terrible enfermedad, y se daba cuenta de que Lucy había sido atacada por el mal en una de sus formas más malignas. Con un tremendo esfuerzo se sobrepuso, y, volviéndose a Nora, le dijo:

—Prepárale la cama en la habitación del fondo. Cuando esté lista, dile a Glennie que venga. También a ella voy a necesitarla.

Diez minutos más tarde trasladaron a Lucy a la pequeña enfermería. Inmediatamente, el doctor Forrest le practicó una punción lumbar y le inyectó una dosis masiva de suero. Nora y Glennie permanecían de pie, aguardando las órdenes de Anne. Ésta, con un supremo esfuerzo, logró dominar nuevamente su angustia, y confió a Glennie la vigilancia en la primera mitad de su turno en la sala, y a Nora la segunda. Estaba resuelta a permanecer constantemente al lado de su hermana. Aunque su voz era firme, sus ojos angustiados imploraban en silencio la ayuda generosa de sus dos amigas. Así empezó la tarea de cuidar a Lucy.

La noticia corrió velozmente por el hospital y una nube de tristeza pareció oscurecerlo todo, pues el amable trato de Lucy y su trabajo infatigable le habían conquistado las simpatías de todas las enfermeras. A la hora del almuerzo, nadie tuvo ganas de hablar, y la comida transcurrió en un triste silencio. Después, el doctor Hespley —el burócrata, el administrador más duro que una peña— se acercó a Anne con una expresión de sincero pesar y verdadera preocupación reflejados en su huesudo rostro.

—Lo siento mucho —murmuró torpemente—. Lo siento muy de veras. Si puedo ayudar en algo...

—Se lo agradezco, doctor Hespley.

El hombre carraspeó, buscando nerviosamente alguna otra palabra que expresara su condolencia.

—Debe de habérselo contagiado la pequeña Hedley. La cuidaba con tanto interés... Crea usted, señorita Lee, que lo siento muchísimo. Haremos todo lo posible por salvarla.

Anne no necesitaba de aquel amable aunque confuso estímulo. Ya estaban haciendo todo, absolutamente todo lo posible por salvar a Lucy. Pero a pesar de aquellos esfuerzos, Lucy no respondía al tratamiento.

A las cinco empezó a delirar. La infección había invadido su sangre por completo, y, con ojos congestionados, se aferraba a la sábana con sus manos crispadas y balbuceaba frases incoherentes; recuerdos de la infancia, de la escuela, del Hospital Provincial... Y el nombre de Anne no se apartaba de sus labios. Hablaba y hablaba sin cesar, atropelladamente. Su rostro hacía extrañas e infantiles muecas; incluso intentó reírse de alguna broma ya olvidada. Es más, con su débil y aguda vocecilla trató de cantar un himno religioso que gustaba mucho a su madre.

Anne estaba inquieta, temiendo que Nora y Glennie oyesen algo que ella no quería que supieran, pero, sin dar muestras de ello, seguía renovando incesantemente las bolsas de hielo sobre la cabeza de Lucy, abrasada por la fiebre. La temperatura seguía subiendo. El doctor Forrest, que acudía a observarla de hora en hora, ya no sabía qué decir, se limitaba a mover la cabeza con gesto desolado.

A las seis y media tuvo el primer paroxismo. Anne se quedó petrificada de horror, pero ella misma fue quien le puso la inyección de morfina.

—¡Anne, por el amor de Dios, vete! —le suplicó Nora.

—Sólo un momento —respondió Anne, con voz ahogada—. Voy a poner un telegrama... Hay que avisar a su marido.

Le puso un telegrama a Joe, dirigido a «Transportes Limitados». Después, pensándolo mejor, y temiendo que no llegase a sus manos, pues Joe viajaba por el Norte y el telegrama podía quedar detenido en las oficinas hasta su regreso, puso otro al doctor Prescott, rogándole que buscara a Joe y lo enviara inmediatamente a Bryngower.

Al volver al cuarto de Lucy, Anne se encontró al doctor Forrest reunido en consulta con el doctor Hespley y otro médico del pueblo, llamado Tynell. Los tres médicos pasaron largo rato examinando a la enferma. Después, el doctor Forrest se llevó a Anne a un rincón, y sin rehuir su mirada, sino al contrario, clavando sus ojos directamente en los de ella, le dijo en voz baja pero firme:

—Amiga mía, usted es una mujer valiente. Ha dado sobradas pruebas de ello desde el día en que tuve el honor de conocerla. Por eso prefiero decirle toda la verdad.

Hizo una pausa, sin apartar de ella su mirada firme y cordial y añadió:

—Su hermana se está muriendo. Sufre la forma *apoplética* de la enfermedad, la cual no deja el menor resquicio a la esperanza, porque siempre es mortal. —Y rápidamente agregó—: No crea que por eso vamos a abandonarla. Uno de nosotros tres se quedará en el hospital toda la noche. —Otra pausa—. Sólo he querido que supiera usted la verdad.

Anne tenía las manos fuertemente enlazadas. Con voz extrañamente alterada, respondió:

—Ya lo sabía.

Llegó la noche, y, con ella, aumentó el delirio de Lucy. A pesar de los narcóticos, seguía agitándose y desvariando. Anne tuvo que sujetarla varias veces para impedir que se levantara y, al hacerlo, quedó impresionada por la extrema delgadez de sus brazos. No era la fiebre lo que la había hecho adelgazar de aquel modo, sino las semanas de incesante trabajo. De repente le bajó la fiebre. No fue un descenso natural: el mercurio había bajado con excesiva rapidez. Al ver el termómetro, Nora exclamó casi sin voz:

—Hace media hora estaba a cuarenta, y ahora está a treinta y siete.

En el rostro de Anne no se reflejó la menor alegría. Aquel súbito cambio, lejos de ser un indicio favorable, era la peor señal: un síntoma precursor de la muerte.

—Ve a buscar al doctor Forrest —dijo a Nora—. Y tráete a Glennie también.

Poco después de las once, Lucy dejó de delirar. Su rostro, antes hinchado y arrebolado, estaba ahora cubierto de mortal palidez y tenía las facciones hundidas. Débilmente, sus párpados se abrieron. Y, fijando los ojos en Anne, murmuró:

—Anne, dame agua.

Cuando hubo bebido, siguió tendida de espaldas y en silencio. Había recobrado plenamente el conocimiento y todos leyeron en sus ojos que se daba perfecta cuenta de que iba a morir. Poco después, su mirada recorrió lánguidamente la habitación y se detuvo sobre Nora y Glennie. Haciendo un esfuerzo, tendió la mano hacia ellas. Con voz casi imperceptible dijo:

—Fue magnífico conocerlas..., trabajar con ustedes... Las lágrimas rodaron por la cara de Nora, y la boca de Glennie tuvo una nerviosa contracción. La recia escocesa sintió que una garra le oprimía la garganta al contestar:

—Pronto volveremos a trabajar juntas.

Lucy intentó sonreír, pero sus resechos labios apenas se entreabrieron.

—No, Glennie.

Tras un rato de silencio, murmuró:

—¿Quieren dejarme sola con Anne un momento? Hicieron lo que les pedía. Y, mientras salían, a Nora la ahogaban los sollozos. Al quedar sola con Lucy, Anne se sentó a su lado, cogiéndole la mano en silencio.

—Anne —exclamó Lucy muy débilmente, pero con absoluta lucidez—. ¿Te acuerdas del niño que murió... en Shereham? Me parece que aquello ha quedado

reparado por esto.

La conmoción que estas palabras produjeron en Anne, le impidieron contestar y sólo pudo asentir con la cabeza.

Lucy continuó:

—Es una suerte, ¿verdad?, que haya podido salvar una vida a cambio de aquella otra.

—Sí, querida —murmuró Anne, con voz quebrada.

—Otra cosa quiero que sepas. Antes de venir aquí, escribí a la directora del Hospital Provincial contándole la verdad.

Anne tuvo que morderse los labios para no echarse a llorar.

Otro silencio. Y después, Lucy le preguntó:

—¿Has enviado a buscar a Joe?

Anne volvió a asentir, añadiendo:

—Llega en tren a medianoche.

En los pálidos labios de Lucy flotó la sombra de una sonrisa.

—Quizá... —se detuvo para cobrar aliento—, quizá a esa hora mi tren ya haya partido. —Luego añadió—: ¡Pobre Joe! Ayúdalo si puedes, Anne querida. Yo no le ayudé mucho.

A modo de respuesta, Anne le apretó la mano con fuerza. El corazón se le partía de dolor, le resultaba imposible pronunciar una sola palabra.

Lucy respiraba cada vez más débilmente y los ojos se le iban nublando. Por un momento, pareció vagar entre nubes; después, dijo de repente:

—Anne, canta aquel himno que cantábamos siendo niñas. Aquel que dice: «El día que nos diste, Señor, ya se termina».

Era el himno que había estado cantando en su delirio. Anne contuvo sus lágrimas. «¡Señor! —rogó mentalmente—. No dejes que me falten las fuerzas todavía. Permíteme que pueda hacer esto por Lucy». Pasó el brazo por los hombros de su hermana, y teniéndola muy apretada contra sí, empezó a cantar el himno en voz baja y dulce:

El día que nos diste, Señor, ya se termina, las sombras de la noche descienden a tu voz. Nuestros himnos se alzaron a Ti por la mañana, que con tu alabanza en los labios nos durmamos, Señor.

Después del último verso, Lucy suspiró:

—Gracias, Anne.

Pasaron unos instantes. Los ojos de Lucy miraban vagamente, abiertos de par en par.

—¡Qué oscura ha sido la noche! —Anne sentía sobre su mejilla el hielo de la mejilla de Lucy—. Pero ahora está amaneciendo: Anne, querida, ya debe de ser de día.

Su cuerpo resbaló hacia atrás, la cabeza cayó de lado sobre la almohada, y su alma voló en silencio hacia la eterna luz.

VII

Anne continuó sentada durante largo rato junto a la cama. Sus ojos estaban secos ahora. Rígida, con los sentidos embotados, como paralizada de estupor, besó la frente de Lucy, le cerró los ojos y la cubrió con la sábana. Vagamente, oyó a lo lejos el zumbido de un motor y, más tarde, el ruido de un auto que se paraba ante el hospital. La entrada de Joe en la habitación la hizo volver en sí.

Se volvió lentamente hacia él y lo vio parado en la puerta, estrujando la gorra entre las manos, con su mirada tímida fija en la oculta figura que yacía en el lecho. Anne hizo un esfuerzo para ponerse en pie. Vio que afuera ya lo habían preparado para la triste noticia.

—Lo siento, Joe —le dijo a media voz—. Fue tan inesperado...

Joe avanzó unos pasos tímidamente. Comprendiendo lo ocurrido, se debatía entre la pena y la excitación nerviosa. Anne hizo cuanto pudo por prestarle ayuda en aquel trance.

—Esta enfermedad viene tan de repente...

—Sí —pudo murmurar al fin Joe—. Es lo que el doctor Prescott me decía en el tren.

Ella lo miró con expresión todavía embotada.

—¿Está aquí el doctor Prescott?

Joe asintió con un gesto.

—Él me ha traído. Se ha portado muy bien.

De nuevo avanzó hacia el lecho y Anne, con toda su bondad, quiso ayudarlo una vez más. En silencio, bajó la sábana dejando al descubierto la cabeza de Lucy y sólo entonces, a la vista de las agotadas facciones de aquella linda muchacha que había sido su mujer, las fuerzas de Joe se derrumbaron. Arrodillándose junto al lecho, se echó a llorar.

Anne, discretamente, lo dejó solo. Con la cabeza inclinada y el corazón oprimido, salió de la habitación.

La primera persona con quien se tropezó fue el doctor Prescott. Con gesto inexpresivo, se enfrentó con aquel rostro moreno, de facciones enérgicas en las que se leía una profunda inquietud. Confusamente, sintió que la cogía del brazo y se la llevaba lejos del grupo de personas amigas para evitar que aumentaran su pena con sus demostraciones de condolencia. Al final del pasillo se detuvo y, sin soltarle el brazo, la miró de frente, diciéndole en un tono lleno de emoción:

—Anne, querida, ¿qué puedo decirle? En cuanto recibí su telegrama me apresuré a traer a Joe. Siento mucho que hayamos llegado tarde.

—No importa —murmuró ella con gesto de desesperanza—. Ya nada importa.

—Te equivocas, querida.

La voz le temblaba un poco y se esforzó por dominarse para decirle lo que,

durante las largas semanas de separación y añoranza, había decidido confesarle.

—Tú eres lo que importa ahora. Y mucho.

Anne lo miró estúpidamente, mientras él, profundamente conmovido al verla tan abrumada por el dolor, siguió hablando impulsado por sus sentimientos tanto tiempo reprimidos, resuelto a decirle a toda costa que la amaba.

—Anne, amor mío, no puedo soportar verte tan triste, tan acongojada. Te quiero... Te quiero con todo mi corazón y desde hace mucho tiempo. Déjame que procure consolarte, que intente devolverte la felicidad haciéndote mi esposa.

Prescott iba a estrecharla entre sus brazos, pero Anne se apartó de él con violencia.

—No, no —gritó frenéticamente—. No hable así. ¿No ve que Lucy... mi queridísima Lucy...está muerta?

Desesperada, como un pájaro herido, se quedó mirándolo con ojos desorbitados. Y entonces, todo su sufrimiento, liberado al fin, le subió a la garganta y a los ojos, saliendo al exterior en un raudal de lágrimas ardientes y consoladoras. Sollozando amargamente, corrió escaleras abajo y salió del hospital para desahogar su dolor bajo la lluvia y el viento.

SEXTA PARTE

I

Dos meses más tarde, en la oficina central que la Unión de Enfermeras tenía en Londres, Anne estaba sentada ante su mesa de escritorio, ocupada en la correspondencia. Ya no vestía de uniforme, pero su sencillo traje negro le daba igualmente un aspecto de serena eficacia, que armonizaba con el ambiente de la sencilla oficina.

Hacía dos semanas que ejercía el cargo de secretaria adjunta de la Unión. A su regreso de Bryngower seguía teniendo a su disposición su puesto de enfermera jefa de la sala del hospital Trafalgar que ya había dirigido. Pero Susan Gladstone se había adelantado a pedirle que aceptase aquel otro cargo y compartiese con ella el pisito bajo el cual estaba la oficina. Le había costado mucho abandonar la vida activa de enfermera, pero se había decidido al ver las inmensas posibilidades que para favorecer a su profesión le ofrecía aquel puesto administrativo. Pero fue Susan Gladstone quien le dio el argumento que acabó de convencerla: al año siguiente Susan llegaría a la edad del retiro y se vería obligada a abandonar su cargo en la Unión. Su mayor deseo era que Anne la sustituyera en la secretaría. Aquella mañana de junio, mientras Anne terminaba la correspondencia, Susan llamó a la puerta y entró. Después de encender un cigarrillo, y sentándose en un canto de la mesa, miró a su amiga con expresión burlona.

—Ahí fuera hay un par de periodistas —le dijo señalando con el cigarrillo la antesala—. ¿Desea la honorable C.B.E. (condecoración inglesa «Comendador del Imperio Británico») hablar con ellos, o debo despacharlos?

Anne alzó la cabeza. Aunque seguía teniendo el mismo aspecto juvenil, su belleza iba adquiriendo una firmeza y una serenidad de tipo clásico. La epidemia de Bryngower y la muerte de su hermana habían dejado honda huella en su carácter. Desde el día en que, en medio de un gran vendaval, habían dejado a Lucy descansando en el pequeño cementerio de la colina, su vivaz y espontánea sonrisa parecía haberse esfumado. Anne preguntó a su vez:

—¿A ti qué te parece, Susan?

—Sé que personalmente no te importa. Pero la publicidad es muy necesaria para la Unión.

—Entonces los recibiré —dijo Anne resueltamente.

Un momento después entraban los dos reporteros.

—Buenos días, señorita Lee —la saludó el de más edad, y fue derecho al grano—. Nos parece muy interesante que su nombre figure entre las concesiones de la C.B.E. como recompensa a su trabajo en la epidemia de Bryngower. Deseamos felicitarla por ello y nos agradecería poder contarles a nuestros lectores la impresión que esto le ha causado.

Anne meditó la respuesta. Al cabo de un momento, declaró gravemente:

—Me he alegrado, como es natural. Pero mi alegría sería mayor si todas las enfermeras que combatieron la epidemia fuesen igualmente recompensadas.

—¡Vamos, vamos, señorita Lee! —exclamó el otro reportero—. Usted fue allí el personaje principal. Y, además, no es posible concederle una C.B.E. a cada enfermera.

—No, pero es posible concederles un trato más justo.

—Exacto —recalcó Susan con energía.

Los dos reporteros se miraron, intuyendo que allí había algo interesante, algo que podía resultar más periodístico que la simple media columna que pensaban dedicar a la noticia.

—¿Querría usted aclararnos un poco esos conceptos? —dijo el primero, abriendo el cuaderno de notas.

—Con mucho gusto —respondió Anne, escogiendo las palabras cuidadosamente—. Ahora que la epidemia ya está vencida y que, al fin, dejan a los periódicos hablar de ella, todo el mundo se muestra muy satisfecho con lo que las enfermeras hicieron en Bryngower. Nos han dedicado unas líneas muy amables en la prensa, unas palmaditas cariñosas en la espalda. La gente se ha dado cuenta de lo que las enfermeras son capaces de hacer y están haciendo en todo el país. Pero lo que nadie sabe es en qué espantosas condiciones trabajan esos miles de mujeres: el exceso de horas de servicio, el escaso salario y la penuria en que viven. Yo les aseguro que la inmensa mayoría de las enfermeras lleva una vida mísera y sufrida. Esto no se remedia concediéndole a una entre cuarenta milla C.B.E. Esto sólo se puede corregir concediendo a las cuarenta mil un nivel de vida decente.

—¡Muy bien dicho, señorita Lee! —exclamó el reportero más joven.

—Continúe —dijo el otro, mientras hacía volar el lápiz sobre las cuartillas.

—El asunto es de importancia nacional. Para convencerse, no tienen más que fijarse en lo que sucede. Hay centenares de muchachas con verdadera vocación de enfermeras que se acobardan y no llegan a serlo, no por causa del peligro, aunque éste existe realmente, sino debido a los penosos sacrificios que se les exigen. Actualmente ya hay escasez de enfermeras. Si esto sigue así, antes de que nos demos cuenta, el problema se habrá convertido en una calamidad nacional. Ésta es una de las razones que me impulsaron, a mi regreso de Bryngower, a venir a trabajar con la señorita Gladstone en la Unión de Enfermeras. Estamos luchando por conseguir mejores condiciones de trabajo para las enfermeras. Lo que el público desea es enterarse de los hechos tal como son. En este país la gente es justa y generosa. Pueden estar seguros de que, más tarde o más temprano, conseguiremos el apoyo del público, y entonces, llevaremos nuestro caso al Parlamento. Una vez conseguido esto, nadie podrá impedir la reforma que se nos debe y que nos hemos ganado a costa de tantos sacrificios.

En la pequeña oficina hubo unos momentos de profundo silencio. Por muy experimentados y endurecidos que estuvieran los dos periodistas, quedaron

impresionados por la sinceridad de las palabras de Anne.

—Tal vez nosotros podamos dar a su causa el impulso inicial, señorita Lee —dijo el más viejo, cerrando el cuaderno—. Todo eso que ha dicho es endiabladamente cierto... Perdón, he querido decir que es la pura verdad. Tengo la impresión de que nuestros diarios podrían prestarle un verdadero apoyo.

Le tendió la mano y Anne se la estrechó. Lo mismo hizo el otro reportero. Después se fueron tan rápida y sencillamente como habían llegado.

En cuanto salieron, Susan exclamó, muy satisfecha:

—Bueno, parece que, al fin van a preocuparse de nosotras. Si hacen lo que han dicho, esto podría significar el comienzo de una ruidosa campaña de prensa.

—Si lo hacen... —replicó Anne en son de duda.

Su pesimismo no estaba justificado. A las dos de la tarde, después de almorzar con Anne, Susan Gladstone salió a la calle y regresó al instante agitando un periódico. Por primera vez su rostro tenía una expresión de alegre entusiasmo.

—¡Anne! —gritó—. ¡Se ha publicado! ¡Con títulos como catedrales! ¡Algo estupendo!

Anne arrancó el periódico de las temblorosas manos de su amiga y en la primera página leyó este titular:

*LA HEROÍNA DE BRYNGOWER PREMIADA CON LA C.B.E. RECLAMA UN TRATO MÁS JUSTO
PARA LAS ENFERMERAS*

Y debajo, a dos columnas, el reportaje completo de la entrevista, en el que se hacía una extensa exposición de su demanda. Se añadía la explicación de lo que era la Unión de Enfermeras, sus fines para el futuro y sus propósitos inmediatos.

—Después de esto —exclamó Susan—, nuestro asunto irá viento en popa.

Anne hizo un gesto de asentimiento. Percibía claramente todo el valor de aquella propaganda y ello le satisfacía, aunque le disgustase haber tenido que explotar sus servicios prestados, durante la epidemia de Bryngower. Le encantaba ver que la campaña estaba ya en marcha. Sin embargo, no sentía el júbilo esperado. Seguía dominada por la tristeza, y a veces se apoderaba de ella el desaliento. Tal vez ello se debía a que no se había rehecho aún del todo de la conmoción experimentada a raíz de la muerte de Lucy. Un tanto pensativa, se sentó ante la mesa y reanudó su labor.

Trabajó durante toda la tarde, archivando datos, ayudada por Susan Gladstone. De vez en cuando, Susan la observaba, y cuando, al fin de la jornada, se puso en pie para ir a buscar el sombrero, su amiga le preguntó en el acto:

—¿Es que no subes a tomar el té conmigo?

—No, estoy invitada —le respondió Anne—. No tengo ganas de salir, pero he de hacerlo. Regresaré a las siete lo más tarde.

Susan no insistió en sus indagaciones. Pero cuando Anne se hubo marchado, subió a prepararse el té y se lo tomó maquinalmente, con la frente fruncida y sumida

en hondas meditaciones. Estaba preocupada por muchas cosas, pero, sobre todo, porque se daba cuenta de que Anne se sentía profundamente triste.

II

A las cinco y media, Anne llegó al Gato Negro, aquel mismo café de la calle Regent en el que varias veces se había citado con Lucy. Tal vez fuese el obsesionante recuerdo del pasado lo que la hacía sentirse tan triste. Pero es que al entrar allí, además de tristeza, se leía en sus ojos una vaga inquietud. Iba a aquel café para encontrarse con Joe, y le preocupaba un tanto la actitud que Joe pudiese adoptar respecto a ella.

Pero cuando él apareció sonriendo animadamente, vestido con un nuevo traje negro y un sombrero de fieltro, negro también, Anne se esforzó por sonreírle a su vez alegremente.

—¡Hola, Anne! —exclamó él afectuosamente—. ¡Qué contento estoy de volver a verte! Perdóname por el retraso, pero es que, a última hora, se amontonó la gente en la ventanilla y tuvimos que sacar dos autobuses más.

Se instalaron en una mesa y les sirvieron el té. Joe mostraba una vivacidad y una confianza en sí mismo que Anne nunca había observado en él. Parecía un hombre muy ocupado. Y, en efecto, no tardó en decir:

—Tengo que darte una buena noticia, Anne. Acabo de hablar con, el consejo de administración. Aún no puedo creerlo. Me han nombrado director de la región norte.

¡Eso es magnífico, Joe!

—No está mal, desde luego —confesó Joe, ruborizándose un poco, como en otros tiempos.

Después de un breve silencio, y mientras atacaba la merienda con nuevos bríos, declaró:

—Oye, tengo que darte las gracias por haberme hecho quedar en «Transportes Limitados». ¿Te acuerdas de cuando, allá en Manchester, yo quería echado todo por la borda, y tú me aconsejaste que tuviese paciencia, aunque hubiera de conducir un autobús durante algún tiempo?

—¿Te refieres a aquella noche que viniste al Hospital Hepperton?

—¡Claro! —dijo asintiendo con la cabeza—. ¡Cuidado, que estaba aniquilado aquella noche! Pero, diciéndomelo tú, incluso hubiera sido capaz de tirarme de cabeza al canal. ¡Hay que ver! ¿Quién me había de decir entonces que llegaría a ser director de la región norte?

—Realmente, es un gran cargo, Joe.

—¿Y sabes qué sueldo van a darme? ¡Quinientas libras al año! ¿Verdad que es estupendo? Es mucho más de lo que habría podido ganar cuando la compañía era mía y de aquel cochino de Grein. Y, además, ahora tendré la ventaja de vivir en el Norte, porque mi trabajo va a desarrollarse entre Liverpool, Manchester y Edimburgo. ¡Oh, Anne! Ahora sí que nada puede impedirme tener de nuevo mi hogar en nuestro querido Shereham.

Al oír esta última frase, Anne bajó la vista. Y su inquietud fue en aumento cuando él prosiguió:

—Por eso tenía necesidad de verte esta tarde, Anne. La semana próxima me marchó al Norte definitivamente, y antes quiero decirte algo muy especial y muy importante.

Anne estuvo a punto de lanzar un grito, estaba muy nerviosa, pero no hizo más que desviar la mirada, evitando la de Joe.

Él comprendió, sin duda, el pensamiento que la oprimía, porque, de pronto le cogió la mano y le dijo:

—No, querida Anne, no es lo que supones. Cierto que aún te quiero, y me parece que te querré siempre, pero ahora todo es distinto ya, ahora anda de por medio el recuerdo de Lucy, y también mi agradecimiento hacia ti, y...bueno, algo más todavía. Te aseguro que no volveré a molestarte.

El rostro de Anne reflejó el inmenso alivio que había inundado su alma. Inesperadamente, se había librado de aquel gran peso, de aquel temor de que Joe volviese a declarársele y ella tuviese que herirle de nuevo dándole una negativa.

—Seremos los mejores amigos del mundo, Joe. Él asintió gravemente.

—Ya lo somos. Por eso voy a atreverme a decirte lo que te quiero decir.

Apoyó con fuerza los codos sobre la mesa y la miró a los ojos con el profundo afecto de un hermano mayor.

—Mira, Anne, si hay en el mundo una persona a la que respeto y admiro tanto como a ti, esa persona es el doctor Prescott.

Sorprendida por lo inopinado del ataque, Anne se ruborizó intensamente. Pero Joe, sin acobardarse, continuó:

—No puedes imaginarte lo mucho que ha hecho por mí. Cuando murió la pobre Lucy, se portó magníficamente. Y también ha sido él quien ha influido para que me den el nuevo cargo. Pero dejemos eso. No es de mí de quien quiero hablar, sino de Prescott y de ti. Sólo quiero decirte una cosa, por si acaso no la sabes.

Se inclinó hacia ella y la miró con fijeza penetrante.

—Los conozco a los dos y los he observado. Tú estás enamorada de él y él lo está de ti. ¿Por qué no resuelven este asunto de una vez? Anne acusó el impacto; su rostro se inmutó. No sólo por la ruda franqueza con que Joe se había expresado, sino también, porque había sabido descubrir sus más íntimos y ocultos sentimientos. Anne no podía eludir la pregunta. Tenía que contestar.

—Olvidas lo que te dije hace ya mucho tiempo, Joe. Aun cuando lo que has dicho fuese cierto, pertenezco a una profesión que no admite el matrimonio.

—Eso quizá fuera buena excusa cuando ejercías de enfermera. Pero ahora haces un trabajo administrativo, de oficina.

—Sigo siendo enfermera...Joe. Y sigo trabajando para las enfermeras.

Joe frunció el ceño y guardó silencio unos momentos. Después dijo:

—Creo que cometes una terrible equivocación, Anne. El matrimonio no te

impediría seguir luchando en favor de las enfermeras. Yo creo que tu actitud es más bien una cuestión de orgullo... —hizo un rápido gesto de disculpa—. ¡Oh, perdóname! No debí decir eso. Pero es que sólo pienso en tu felicidad. No sé lo que daría por que tú y el doctor Prescott hicieran lo que deben hacer. Permanecieron en silencio un buen rato. Anne estaba conmovida por la generosidad y el interés que le mostraba Joe. Y, al mismo tiempo, sentía un agudo dolor en lo más íntimo de su ser, el dolor de una herida que no se curaría tal vez jamás. Sabía con certeza que su orgullo no le permitiría rebajarse hasta el punto de ir en busca de Prescott. Y él, que también era orgulloso, nunca iría de nuevo en su busca.

Joe no volvió a hablar del asunto. Durante media hora charlaron sobre otras cosas. Después la acompañó hasta la plaza del Museo y allí se despidieron.

III

Para Robert Prescott acababa de pasar un día más. No un día de afanoso trabajo ni entusiasta labor, sino un día, simplemente. Y, no obstante, Prescott se sentía fatigado mientras se quitaba los zapatos y se ponía unas viejas zapatillas, y sustituía la americana de calle por una cómoda bata. Luego cargó lentamente la pipa y arrimó el sillón a la chimenea de la biblioteca.

Hacía una noche fría, inclemente, una de esas noches de otoño en que la niebla se cierne sobre la capital como heraldo del temible invierno londinense. En la casa reinaba un absoluto silencio. Era una mansión espaciosa y llena de comodidades. Prescott la había alquilado entera, en vez de arrendar sólo un piso o unas habitaciones, y la había llenado de preciosos muebles antiguos, haciendo de ella el marco perfecto para un médico de categoría. Prescott sonrió amargamente. Tenía tanto trabajo como siempre: sus enfermos particulares eran tan numerosos como antes; sus salas del hospital estaban atestadas como de costumbre... Pero atendía a todo esto automáticamente, sin estímulo, sin el menor deseo de éxito ni de gloria. Algo le sucedía; se sentía extrañamente desanimado, como espiritualmente vacío... tan vacío como su hermosa casa. Y también tan inútil como ella.

Se daba cuenta de que sus amigos hablaban de él, atribuyendo su apatía a la decepción que le había producido la negativa del gobierno a subvencionar su ansiada clínica, y que le criticaban, además, por haber cometido la estupidez de echar a rodar la oportunidad que tenía mezclándose en el desgraciado caso Rolgrave. Ni siquiera se tomó la molestia de sacarlos de su error. Cuando lo invitaban a una cena o al teatro, se negaba alegando cualquier pretexto. Sabía que aquel aislamiento era casi morboso, perjudicial para su equilibrio mental y para el porvenir de su carrera; sin embargo, prefería pasar las veladas así, completamente solo.

Transcurrió quizá una hora. Se le apagó la pipa. El fuego fue extinguiéndose sin que se cuidara de echar más leña en la chimenea. De pronto, en la sala sonó el timbre del teléfono. Apenas si hizo caso; continuó hundido en su sillón, diciéndose que sería Lowe, que querría arrastrarle a alguna partida de bridge, o quizás alguna llamada de urgencia del hospital. Pero cuando se presentó su ama de llaves, supo que no era ni lo uno ni lo otro. En los ojos de aquella buena mujer, que había venido con él desde Manchester, brillaba una chispa de vivaz interés.

—Señor, el doctor Sinclair al teléfono —le anunció—. Es una conferencia desde Manchester. Me pareció mentira cuándo oí su voz por el aparato. Ha sido como si volviese a estar en mi tierra.

Con una leve expresión de sorpresa, Prescott acudió al teléfono. Inmediatamente, la voz de Sinclair llegó hasta él, saludándolo cordialmente.

—¡Hola, Prescott...! Sí, aquí Sinclair. ¡Cuánto me alegro de volver a hablar con usted! Óigame, Prescott, necesito que venga usted a Manchester para que examine a

un enfermo.

—¡Ah!, ¿sí? —exclamó Prescott, desconcertado.

—Es un caso de gran importancia. Y muy interesante. Una niña de catorce años amenazada de ceguera. Me temo que se trate de un *glioma*. Ya le daré más detalles cuando nos veamos.

Instintivamente, Prescott respondió con evasivas. No tenía humor para aceptar nuevos compromisos.

—No estoy seguro de poder ir, Sinclair. Tenga en cuenta que ahora mi trabajo está en Londres. No puedo abandonar mis salas del hospital. Me será muy difícil trasladarme a Mahchester.

—Debe usted venir —insistió Sinclair—. Es un caso que ni hecho a la medida para usted. Seguramente habrá que operar, y en toda Inglaterra no existe otro médico a quien yo le deje meter baza en este caso. Además... —Sinclair no esperó más para darle el argumento decisivo— se trata de la nieta de su antiguo amigo Bowley. Este solo motivo debiera obligarlo a venir.

Al oír el nombre de Bowley, el rostro de Prescott se endureció en el acto. Y en tono frío y terminante, declaró:

—Lo siento, Sinclair. Tendrá usted que buscar a otro. No me ocuparé de ese caso. Y antes de que su comunicante pudiese responder, colgó el receptor.

De nuevo en su biblioteca, Prescott empezó a pasearse con profunda indignación. Bowley, que ya era alcalde de Manchester, podía, sin duda, comprar cuanto quisiera pero no los servicios del hombre al que había arrumbado ignominiosamente cuando así, le convino hacerlo. Prescott no había perdonado a Bowley el haberse echado atrás de un modo tan egoísta y cobarde. Ahora era él quien tenía la sartén por el mango, y, al pensarlo, respiró con placer. Era en verdad una gran satisfacción poder pagarle, con la misma moneda.

El teléfono sonaba otra vez. Los dientes de Prescott atenazaron con fuerza la pipa apagada, pues supuso en seguida quién era el que ahora llamaba. Él mismo descolgó el auricular, oyendo esta pregunta:

—Oiga, ¿es Robert Prescott?

—Sí.

Prescott apretó los labios. No se había equivocado. Era Bowley quien hablaba.

—¿Sabe usted quién soy, Robert? Matt, su viejo amigo Matt Bowley. Hizo una pausa, como esperando alguna palabra de saludo, o cuando menos, alguna señal de que lo reconocía. Pero Prescott callaba como un muerto. Entonces la voz, menos serena que antes, prosiguió:

—Estoy realmente desolado de que no nos hayamos visto en estos últimos doce meses. Pero es que no paro un instante, Robert. Desde que me hicieron alcalde no tengo un minuto libre.

Prescott seguía manteniendo su glacial reserva. Y la voz de Matt se iba haciendo más y más trémula bajo su forzado tono de camaradería.

—Óigame, Prescott. ¿Qué es lo que Sinclair acaba de decirme...esa historia de que no puede venir a visitar a mi Rose? Sinclair lo necesita.

Y yo también lo necesito. Tiene usted que venir... ¡Ande! Sea buen chico y diga cuándo debemos ir a esperarlo.

Prescott habló por primera vez.

—No me espere, Bowley.

—Vamos, vamos, Robert.

La agitación de Bowley era ya tan incontenible, que daba lástima.

—Sé que no habla en serio, que únicamente quiere tenerme en vilo y hacerme rabiar. Sé también que está un poco resentido conmigo, que me porté un poco mal con usted, pero lo pasado, pasado está, Robert. Entre verdaderos amigos, todo se olvida. Su viejo camarada está muy arrepentido, se lo aseguro. Se trata de Rose, Robert, de mi pequeña Rose. Está muy enferma, no sé lo que le pasa en la vista. Y ese loco de Sinclair dice que podría quedarse... que podría quedarse... ¡ciega!

La última palabra la pronunció con un doloroso esfuerzo; Fue tan evidente la angustia de aquel hombre, que Prescott sintió que lo invadía una oleada de remordimiento. Pero la rechazó fríamente.

—Hay otros médicos que estarán dispuestos a visitarla.

—¡Es que no queremos otros médicos! —La voz de Bowley era humilde, suplicante—. Es a usted a quien queremos. Sé lo que es usted capaz de hacer. Tengo en usted absoluta confianza. No permitiré que ningún otro cirujano ponga las manos sobre mi pequeña Rose. Por el amor de Dios, Prescott... —Bowley dejó de fingir y renunció a congraciarse mediante aquel tono de camaradería—. ¡Por el amor de Dios, ayúdenos! Olvide la cochinado que le hice y recuerde sólo que adoro a Rose. Es lo único que amo en el mundo, y si le sucediera algo, me volvería loco.

Un silencio. Contra su propia voluntad, Prescott estaba conmovido por aquella explosión de franqueza. Si Bowley hubiese intentado convencerle con cualquier otro argumento, si le hubiese ofrecido una espléndida remuneración, se habría negado sin más. Pero así, aun en contra de su deseo, vacilaba. De pronto, tomó una resolución y exclamó bruscamente;

—Está bien. Saldré en el tren de la noche. Dígale al doctor Sinclair que mañana vaya a esperarme a la estación.

Un grito de loca alegría llegó del otro extremo del hilo. Pero antes de que Bowley pudiera empezar a expresarle torrencialmente su gratitud, Prescott ya había colgado.

Subió a su dormitorio y, con gesto malhumorado, metió unas cuantas cosas en un maletín. Ahora que ya no tenía remedio, casi se arrepentía de su resolución. Pero había dado su palabra y no se volvería atrás. Tres horas después se hallaba ya en el tren correo, camino del Norte.

IV

Era muy temprano cuando, a la mañana siguiente, Prescott llegó a Manchester, pero Sinclair, su buen amigo estaba ya en la estación, esperándolo con su coche.

Prescott había dormido mal, y, después del traqueteo del tren, le resultó agradable recostarse en la blanda tapicería del auto, mientras éste lo conducía por las calles de su ciudad natal. Después de los primeros saludos, Sinclair, sin pérdida de tiempo, empezó a explicarle la enfermedad de Rose Bowley.

Su explicación era un perfecto informe técnico, preciso y minucioso. Y Prescott, aunque lo escuchaba con rostro impasible, de vez en cuando hacía un gesto de asentimiento.

—A mi parecer —dijo para terminar el doctor Sinclair—, el mal consiste sin duda, en un tumor intracraneano, seguramente de origen fibroso y que oprime el nervio óptico. La niña va perdiendo la vista poco a poco, y a este paso, si no hacemos nada, dentro de unos meses se habrá quedado completamente ciega. Como médico, tan sólo puedo decir que es inútil todo tratamiento externo. En cuanto a una intervención quirúrgica, es decir, una operación en el cerebro, eso ya es cosa de usted, naturalmente. —Sinclair se encogió de hombros significativamente—. A mí, personalmente, me parece que no existe ni una probabilidad entre mil de que se cure.

—Verdaderamente, no parece usted muy esperanzado.

—No lo estoy. Hablando con franqueza, me parece que nos hallamos ante una horrible alternativa. No hacer nada, es la ceguera sin remedio. Y operar es la muerte casi con toda certeza. Esto último aún no se lo he dicho a Bowley. El pobre está loco de pena.

—Lo tiene bien merecido —respondió Prescott en tono sombrío. Y no dijo más.

Estaban llegando al palacio de los Bowley, sobre cuya verja se veía ahora, como remate, una reproducción del escudo de la ciudad. A Prescott le causó una extraña sensación volver a entrar en aquella casa que en otro tiempo había frecuentado tanto, pero no dio la menor muestra de ello. En cuanto estuvieron en el vestíbulo, Prescott, sin hacer caso de las palabras del mayordomo, el cual les dijo que iba a anunciar inmediatamente su visita al señor Bowley, pidió que lo condujeran a la habitación de la enferma y subió a ella directamente.

El dormitorio tenía las persianas cerradas. Allí estaba Rose Bowley despierta. Era un chiquilla de catorce años, alta y delgada, con los ojos cubiertos por un vendaje protector. Aunque trataba de disimularlo, estaba asustadísima, con los nervios deshechos por la tensión de la espera. Prescott comprendió que había pasado la noche sin dormir, pensando en su visita y en la sentencia que él debía pronunciar. La actitud del médico se ablandó tan pronto como, con gran suavidad; empezó a quitarle el vendaje, y su voz era más suave aún mientras le iba haciendo preguntas.

El doctor Sinclair no se había equivocado en su diagnóstico. Los síntomas, desde

el característico dolor de cabeza hasta la continua debilidad, no dejaban lugar a dudas, y el examen de la retina con el oftalmoscopio eléctrico confirmó la localización del tumor. Después del reconocimiento, Prescott no pudo hacer otra cosa que confirmar la opinión de su colega. Operar en aquella región del cerebro era ocasionar a la enferma, casi con toda seguridad, la muerte. Y por otra parte, si no se la operaba, la ceguera total y absoluta era inevitable. Tal como Sinclair había dicho, se hallaba ante el dilema más espantoso que puede presentarse a un cirujano.

El rostro de Prescott no delataba estas preocupaciones mientras daba por terminado el reconocimiento y dirigía a la niña unas palabras alentadoras. Pero ella, con un instinto que fue a dar en el blanco del dilema, le cogió la mano nerviosamente, cuando él ya iba a apartarse del lecho, y con voz anhelante murmuró:

—No deje que me quede ciega, doctor. No podría soportar la vida siempre en la oscuridad, Creo...creo que preferiría morir.

El la volvió a consolar, acariciándole la mano, y consiguió calmarla. Después salió de la habitación en compañía de Sinclair. Fuera, en el rellano de la escalera, esperándolo, estaba Matthew Bowley. Lentamente, se acercó a los médicos. Llevaba una bata echada de cualquier modo sobre la camisa y los pantalones; tenía los cabellos en desorden, y su mirada, a la vez ansiosa y turbada; se clavaba en Prescott. No pronunció ninguna palabra de saludo, ninguna frase de bienvenida. Con voz casi inaudible, exclamó:

—¿Qué, doctor?, ¿qué puede usted decirme? . Prescott estaba preparado para descubrir en Bowley profundas muestras de inquietud; pero aquel ser que agonizaba de angustia lo obligó a desviar la mirada. Aquel hombre consumido por el temor era como la cáscara vacía del rollizo, campechano y explosivo Matt que él conociera en otro tiempo.

—Es muy difícil de decir —respondió Prescott gravemente—. No puedo hacer más que confirmar en todos sus puntos lo que ya ha diagnosticado el doctor Sinclair. Su pobre nieta está perdiendo la vista rápidamente. Nada puede hacerse por evitarlo excepto una operación, y ésta es tan peligrosa, que no debemos intentarla.

Los ojos de Bowley no se apartaban un momento del rostro de Prescott.

—¡Una operación! —repitió—. Para eso lo hemos hecho venir. Prescott esbozó un gesto de disgusto y respondió con firmeza:

—Yo no puedo hacer milagros y no estoy dispuesto a realizar una operación que tendría un resultado fatal casi con toda certeza.

—Robert, ¿quiere usted verme de rodillas suplicándole? No quiero que esa criatura tenga que andar ciega por el mundo. Y ella tampoco lo quiere. Los dos estamos dispuestos a afrontar la última posibilidad. Lo único que le pido es que usted nos ofrezca esta última posibilidad. Prescott le dirigió al punto una mirada, y al instante, volvió a apartar la vista. La angustiada sinceridad de Bowley estaba minando todo su resentimiento, induciéndole, en contra de su parecer y a pesar de todos los pesares, a jugar con la vida de Rose, llevándola al borde de mil peligros

imposibles de prever. Al fin y al cabo, ¿no había una gran verdad en las palabras de Matt? ¿No era mejor darle a la niña aquella levísima posibilidad, que condenarla a toda una vida de penosa ceguera? «Sin duda alguna», se dijo Prescott sombríamente, pero también comprendió que esta opinión no lo excusaría ante su conciencia, ni salvaría su reputación si Rose moría bajo su bisturí en la mesa de operaciones.

Con la cabeza inclinada, se fue hacia la ventana del rellano y, a través de los emplomados cristales, miró tristemente el verde césped del parque, los arbustos cubiertos de rocío, los maravillosos matices cobrizos por las hayas que se espesaban allá lejos, en el lindero de la finca. Todo aquello, tan hermoso, Rose no volvería a verlo, a menos que, por un verdadero milagro, él pudiese devolverle la vista. Era una locura, una temeridad, lo sabía, pero iba a correr todos los riesgos. Rápidamente, se volvió hacia Bowley.

—Voy a intentar operarla, aunque no puedo responder en modo alguno del resultado. Tengo que hacerlo en seguida, esta misma noche, después de que me haya tomado un breve descanso. La operación no puede hacerse aquí. Hay que trasladarla a una clínica, O, si usted quiere, a la habitación privada de mi antigua sala del Hospital Hepperton. Y ahora, si me lo permite, voy a marcharme al hotel.

Los ojos de Bowley permanecían fijos en el rostro del médico, con una mirada suplicante que recordaba la de un perro apaleado. No pronunció ninguna palabra de agradecimiento, y su expresión permaneció inalterable.

—Sabía que haría esto por mí, Robert —fue su respuesta. Y pulsó un timbre que había junto a él—. Pero no lo dejaré marcharse al hotel. Si quiere aceptarla, en esta casa tiene preparada una habitación para usted.

Una vez más, Prescott cedió, vencido por aquella nueva humildad de Bowley. Pero al encontrarse en la lujosa habitación, al pensar que estaba en aquella casa donde se había prometido no volver a poner los pies en su vida, volvieron a asaltarlo mil dudas acerca de su gesto quijotesco. Su reputación estaba ya en entredicho, y un fracaso en un caso como aquél echaría sobre ella un borrón irreparable. Irritado consigo mismo, trató de librarse de aquellos negros pensamientos concentrándose en los preparativos que tenía que hacer. Podía confiar en el doctor Sinclair para todo lo que hubiera que hacerse en la ciudad, pero el asunto del instrumental no lo podía resolver su buen amigo. Por medio del teléfono que tenía a la cabecera, mandó un telegrama encargando que le enviaran los instrumentos en el primer tren. Después puso otro telegrama dando instrucciones a su enfermera ayudante de quirófano para que tomase el mismo ferrocarril. Y entonces fue cuando un inesperado rayo de luz vino a rasgar las tinieblas en que se debatía.

Estuvo un rato meditando profundamente, mientras un extraño fulgor brillaba en sus ojos. Y cuanto más reflexionaba, tanto más crecían sus deseos de poner en práctica aquella idea repentina. Allí, en aquella casa, era donde Anne había sufrido su mayor humillación, la más cruel injusticia. ¿Por qué no darle ocasión de ser testigo de la humillación de Bowley, tomando parte en la escena final de aquel drama? Tenía

pleno derecho a este desagravio. Con rápida decisión, descolgó de nuevo el aparato y, anulando el segundo telegrama, envió otro muy extenso a Anne, pidiéndole que lo dejase todo para acudir a Manchester a ayudarle en una operación especial.

Una leve sonrisa asomaba a sus labios mientras se quitaba la ropa y los zapatos y se tendía en la cama para dormir unas cuantas horas y tomarse el indispensable descanso.

V

Se despertó a las cuatro de la tarde. Y apenas hubo abierto los ojos, se sintió fuerte y resuelto, consciente de lo que le esperaba, pero totalmente repuesto por las seis horas de sueño reparador. Como, además, tenía apetito, tocó el timbre y pidió una comida ligera: chuletas a la parrilla y unas tostadas. Cuando se la trajeron, ya estaba completamente vestido, después de haberse afeitado y tomado una ducha fría. En la bandeja había una breve nota de Sinclair que decía escuetamente:

*Llegados enfermera Lee e instrumental.
Operación a las seis de la tarde, Hospital Hepperton.*

Hacía muchos meses que Prescott no sabía lo que era entusiasmo. Pero ahora experimentaba hasta el máximo aquella deliciosa y vibrante sensación. No se daba cuenta de que su amor por Anne había convertido aquella ocasión en un mero pretexto para llamarla a su lado. Sólo sabía que ella estaría de nuevo junto a él, ayudándole con su simple presencia. Se sentía como un gran músico que de pronto hubiera recobrado la inspiración.

A las cinco y media le anunciaron que el auto lo esperaba a la puerta. Se fumó un último cigarrillo, bajó, y el coche lo condujo al hospital. Exactamente a las seis menos cinco entraba en el quirófano.

Allí estaba ella. Aun cuando no la miró directamente, aunque la expresión de su rostro no se alteró lo más mínimo, descubrió su presencia inmediatamente. Cuando, después de lavarse las manos, Anne le presentó la bata, Prescott le dijo con gravedad y a media voz;

—Gracias por haber venido. Esto fue todo.

Ella guardó silencio. Sobraban las palabras. Había aprendido a no prodigarlas en aquel sitio donde tan sólo importaban los hechos.

Ya estaban terminados todos los preparativos: el quirófano a punto, los médicos y los ayudantes con las máscaras de gasa puestas; no faltaba detalle. A una señal de Prescott entraron a la enferma, ya anestesiada, en la camilla rodante. Con tres breves movimientos bien calculados, Rose fue colocada sobre la mesa de operaciones, sobre aquel resplandeciente mecanismo de acero y metales niquelados. Allí quedó su cuerpo envuelto en lienzos blancos; y su cabeza, que la navaja de afeitar había desprovisto de sus preciosos cabellos, se mostraba como una brillante bola pintada de yodo bajo la potente luz de los arcos voltaicos.

Prescott lanzó una última mirada en torno, y sus ojos captaron frente a él la figura de Sinclair, embutida, como todos, en su bata blanca; la del anestesista, inclinado sobre la enferma; las de cuatro enfermeras y la de Anne, todas con el rostro

embozado tras la máscara. El cirujano se irguió, cual un extraño director de orquesta a punto de interpretar, entre aquella fantasmagórica compañía, la tremenda sinfonía de la vida y la muerte. Entonces colocó sus enguantados dedos sobre aquella especie de brillante bola que en realidad era, la cabeza de un ser humano vivo, y, tensando la piel, la rajó hasta llegar al hueso. Sin necesidad de pedirlo, en su mano tenía ya una gasa, unas pinzas arteriales, otra gasa. Luego el trépano. Y empezó a trepanar. ¡Qué raro es el cerebro, rosado y palpitante bajo sus transparentes membranas!; el delicado cerebro humano, arca de los pensamientos; el cerebro de Rose Bowley, condenada a la ceguera. Las membranas ya habían cedido a la acción del bisturí, y Anne, atenta al menor detalle, al contemplar el intrincado y leve tejido de la corteza cerebral, sintió que el miedo la sobrecogía. Era como si contemplase la ciudadela del alma.

En aquel centro de la vida humana había que introducir el escalpelo, examinar, rebuscar, aislar la lesión, separar los tejidos dañados de los sanos... Todo esto era lo que tenía que hacer Prescott.

El que no conozca los tremendos peligros y complicaciones que acechan al cirujano del cerebro, no podrá comprender en toda su magnitud la dificultad de semejante tarea. Pero Anne los conocía. Con el pensamiento, veía los centenares de células cerebrales conectadas entre sí y, al mismo tiempo, aisladas cual circuitos eléctricos. Sabía que Prescott no tenía más que cortar o interceptar uno de tales complejos circuitos para que sucediese lo irreparable. Todas las demás operaciones tenían sus peligros, pero, al menos, dejaban una relativa amplitud de movimientos al cirujano, el cual podía ligar una arteria rota, subsanar una incisión equivocada. En aquella intervención no había margen para permitirse equivocaciones, no se podía cometer ningún error.

El corazón de Anne hubiese querido volar hacia Prescott, mientras éste proseguía su trabajo con precisión inalterable. Hacía ya casi una hora que estaba trabajando y no obstante, aún no había llegado a la base del tumor. No era posible acelerar la separación de las fibras dañadas. Este trabajo duraría por lo menos tres horas, pues exigía paciencia y habilidad infinitas. Pero Anne percibía ya señales de cansancio en el rostro de Prescott y veía que el sudor empezaba a surcar su frente. En el quirófano hacía un calor insoportable. Bajo la máscara que cubría su rostro, Anne sintió que la sangre afluía a sus mejillas, mientras su alma ardía en deseos de ofrecer al médico una tregua, de dirigirle una palabra de aliento, de murmurarle al oído cuán profunda era la confianza, que tenía en él.

Los minutos pasaban lentamente. Y, con lentitud también, los dedos de Prescott trabajaban en el interior del cráneo de Rose Bowley. De pronto, Anne advirtió en los ojos del doctor Sinclair una repentina expresión de desaliento. El médico, inclinándose un poco, empezó a observar atentamente, a través de la abertura, los tejidos del cerebro, y Anne, notando que el corazón le daba un vuelco, adivinó que había surgido alguna inesperada dificultad. Prescott se detuvo un momento y levantó la cabeza para mirar a su colega. Los ojos de los dos hombres, brillando en sus

rostros cubiertos por la máscara, cambiaron una mirada por encima de la mesa de operaciones. En los de Sinclair se leía una expresión de temor y de silenciosa advertencia. Instintivamente, Anne tradujo su mensaje. Aquellos ojos decían: «¡Deténte! El tumor es mucho más extenso de lo que suponíamos y oprime un núcleo vital. Retrocede y cierra la abertura. Si avanzas un milímetro más, la enferma morirá».

Los ojos de Prescott ni siquiera pestañearon. Y para Anne, la muda respuesta de éste fue aún mucho más fácil de traducir:

«Si retrocedo, se quedará ciega. Pase lo que pase, yo sigo adelante». Aquel intercambio de miradas, tan vital y vibrante, fue sólo cosa de segundos. Ninguno de los que estaban en el quirófano, excepto Anne, se percató de ello. Y nadie notó tampoco el estremecimiento de Sinclair cuando Prescott, alargando la mano, dijo:

—El trépano, por favor.

Anne le entregó el instrumento. El cirujano iba a agrandar la abertura en aquel cráneo ya tan torturado.

Por un momento, el pulso de Anne casi cesó de latir.

Sinclair no lo habría mirado de aquel modo si el peligro que Prescott desafiaba no hubiese sido mortal. Y fue en este momento cuando Anne comprendió, como en una deslumbradora revelación, por qué había acudido tan de buen grado a ayudarlo: era que, a pesar y por encima de todo, deseaba que triunfara. Este deseo no se debía a su simpatía hacia Rase Bowley, ni al amor que sentía por su carrera. Ambas eran considerables, pero el verdadero motivo no estaba allí. Su supuesta amistad profesional con Prescott se deshizo como la cera bajo la llama. Y en una extraña reacción espiritual, se odió a sí misma por haberse engañado tan estúpidamente, por haber huido tan cobardemente durante meses enteros de la ineludible verdad. Al fin había comprendido que lo quería.

Ahora sí que le asomaba el corazón a los ojos; y ahora sí que todo su ser se lanzaba impetuoso hacia Prescott. Mientras lo veía trabajar en tensión y con rudo esfuerzo, le deseó de todo corazón que no fracasara. Y se dijo que no podía de ningún modo fracasar.

Mientras permanecía a su lado, aparentemente impasible, entregándole un instrumento tras otro, rogaba febrilmente para que, al fin, cosechara un triunfo. Y como un encubierto ángel de la guarda, velaba por él, tendía sobre él sus alas protectoras.

Tal vez Prescott percibió aquella silenciosa protección, tal vez sintió penetrar en él la corriente magnética de su proximidad, pues, aunque ni con una mirada dio muestras de que fuese así, se aplicó al trabajo con redoblado ímpetu.

Los ojos de Anne, que antes evitaban mirarlo, no se apartaban ahora de su rostro. A medida que los minutos pasaban y Rose Bowley seguía respirando, adivinó sagazmente un leve cambio en la actitud del doctor Sinclair. Ya no emanaba de su persona aquella temerosa censura. Como involuntariamente fascinado, seguía los

movimientos del cirujano, el cual continuaba profundizando más y más en el cerebro. Y, finalmente, algo así como un suspiro de alivio y de asombro se escapó de sus cubiertos labios cuando Prescott, con suma delicadeza, sacó una especie de bolita fibrosa de lo más profundo de la abertura. Aquello era el último residuo del tumor.

Anne hubiese deseado lanzar un grito de triunfo y de alegría. Ahora que el momento crítico había pasado; Prescott trabajaba mucho más de prisa que antes, ligando, cosiendo la membrana, llegando hasta la superficie, cerrando la abertura. Y con el fluido de su silenciosa emoción, Anne lo impulsaba a trabajar más de prisa aún. Una operación tan larga debía de haber puesto a prueba hasta el último extremo la resistencia, de Rose. Anne no se atrevía a mirar los vasos de la carótida, por miedo a ver que de pronto cesaran de latir. Pero luego, sin saber cómo, advirtió que todo había concluido, y, una, vez dado el último punto de sutura, volvieron a llevarse a Rose cubierta de mantas y rodeaba de bolsas calientes. Por largo y excesivo que hubiese sido el desgaste de aquel cuerpo durante la operación, la reacción que iba a producirse inmediatamente era aún más peligrosa. Anne, exhausta, se arrastró penosamente hacia el autoclave para esterilizar de nuevo el instrumental. Prescott seguía inclinado sobre la mesa de operaciones, como si no se diera cuenta de que ya había terminado su trabajo. Tan sólo cuando Sinclair le puso una mano en el hombro pareció volver a la realidad. Y haciendo una profunda inspiración, se dirigió al quirófano con el otro médico.

¡Qué raro resultaba poder hablar de nuevo después de un silencio tan profundo! Al menos, así le pareció a Sinclair. Pasaron varios minutos antes de que pudiera exclamar:

—Hay cosas, Prescott, que lo dejan a uno sin saber qué decir. Ésta es una de ellas. No voy a felicitarlo, porque las alabanzas corrientes no vienen al caso. Pero permítame que le diga que hoy le he visto hacer cosas que jamás imaginé que pudieran hacerse. Ha sido realmente extraordinario.

Prescott miró a su colega con una expresión que demostraba que aún no había salido del todo de su aturdimiento.

—¿Cómo lo he podido hacer? —interrogó.

—¡Yo qué sé! —exclamó Sinclair, sonriéndole cordialmente—. Fue usted quien hizo el milagro..., no yo.

No dijeron nada más: Cuando hubieron terminado de lavarse, les trajeron unas tazas de café, y, sentados en dos taburetes, en mangas de camisa, como dos simples estudiantes, se bebieron la reconfortante infusión.

—En vez de esto, debieron servimos champaña, Prescott —dijo Sinclair, tratando de despabilar a su colega con una broma—. Un botellón de dos litros de Pol Roger de mil novecientos veintiocho.

—Dejemos eso para Bowley —respondió Prescott gravemente.

Aún estaba hablando, cuando se abrió la puerta y Bowley entró en la pequeña antecámara del quirófano. Si bien aún se percibían en él algunas huellas del tormento

de la larga espera, el color ya había vuelto a su rostro y ya no tenía el aspecto desesperado de antes: Sin embargo, a pesar de la inmensa alegría que reflejaban sus ojos, su actitud era tan tímida como la de un niño.

Muy despacio y con paso inseguro, avanzó hasta situarse ante Prescott.

—Robert —exclamó al fin, con voz trémula—. ¿Qué puedo decirle?

Hubo unos momentos de silencio embarazoso. Luego, Matt prosiguió en el mismo tono:

—Cuando usted acudió a mí, lo traté como a un perro sarnoso —hizo una pausa—. Y cuando he tenido que acudir a usted, me ha tratado como a un dios —hizo otra pausa—. Ha salvado la vida a mi pequeña Rose y le ha devuelto la vista. Eso es para mí mucho más que mi propia vida. ¿Cómo podré darle las gracias?

—No tiene que darme las gracias —masculló Prescott. Pues entonces, permítame que le dé esto.

Prescott se echó hacia atrás al ver el cheque que le tendía. Su rostro se endureció.

—Guárdese su dinero, Bowley. Y espere a que le pase la cuenta de mis honorarios antes de ofrecérmelos.

—Esto no son sus honorarios —replicó Matt humildemente—. Esto es algo que le prometí hace mucho tiempo, o, al menos, algo con qué empezar. Lo único que deseo que me diga es que más vale tarde que nunca.

Maquinalmente, Prescott cogió el papel que le tendía, y en cuanto lo hubo mirado su cara palideció. Era un cheque extendido a favor de la «Clínica Rose Bowley», por valor de cincuenta mil libras.

—¿Verdad que no le importa que le haya puesto el nombre de Rose? —siguió diciendo—. La clínica será exactamente igual para usted, se llame como se llame, y puede montarla aquí o en Londres, donde prefiera. Yo me encargo de reunirle todo el dinero que necesite. Mañana mismo abriré una suscripción y los billetes lloverán de tal modo, que podremos levantar una montaña.

Un largo silencio, mientras Prescott procuraba dominar su emoción. Al fin, pudo responder:

—Es un gesto muy generoso. No, es mucho más: es un acto de extraordinaria magnanimidad. Lo acepto y le doy las gracias de todo corazón.

—No necesita dárme las, Robert —dijo entonces Bowley, en un tono que recordaba un poco su antiguo humorismo socarrón—. Repito sus palabras de hace un momento. No quiero que me dé las gracias, si con ellas no me devuelve también su antigua amistad.

Por toda respuesta, Prescott se puso en pie y le tendió la mano. Y mientras Matt la estrechaba, se abrió la puerta del quirófano y apareció Anne. Ella se figuraba que ya no había nadie allí, y, al ver a Bowley, fue a retroceder. Pero Matt la detuvo con un gesto.

—No se vaya, muchacha —le dijo. Usted es otra de las personas a las que deseaba ver —se interrumpió para secarse el sudor que le empapaba la frente—. Ya

qué estamos en vena de estrecharnos las manos, ¿querrá usted estrechar la de un viejo granuja que está realmente avergonzado y arrepentido de serlo?

VI

Media hora después, Anne estaba preparada para marcharse. Había terminado su tarea, recogido el instrumental de Prescott y saludado a la directora y a sus antiguas amigas en la residencia de enfermeras. Bowley había regresado a su casa, y era de suponer que Prescott se había ido con él. Sinclair, que acababa de dejar a Rose, le dio la buena noticia de que la niña seguía bien.

Y ahora Anne se hallaba a la puerta del hospital esperando el taxi que había ido a buscarle su antiguo amigo Mulligan, el conserje. Pensaba tomar el expreso de las 10.50, que la dejaría en Londres poco después de las dos de la madrugada. Tras la tensión nerviosa de la operación, y de la profunda conmoción que durante ella había experimentado, se sentía sumamente deprimida y desamparada. Aquella súbita revelación de que amaba a Prescott le producía una especie de extraño y profundo dolor, una sensación muy amarga y muy dulce a la vez.

Sus opiniones más firmes, todas aquellas convicciones sobre las que había orientado su existencia, se habían derrumbado y yacían en ruinas a sus pies. Al menos así lo consideraba ella en aquel momento, y de tal modo, que tenía la sensación de haber traicionado a su causa y a todos los altos ideales que le servían de apoyo.

No obstante, entre el tropel de pensamientos que pugnaban entre sí, una cosa permanecía firme e inmutable: la absoluta certeza de que amaba a Prescott.

El taxi había llegado y Anne estaba a punto de entrar en él, cuando, detrás de ella, se oyeron unos pasos apresurados y una voz que la llamó por su nombre. Era la voz de Prescott. Anne dio media vuelta y vio que bajaba corriendo la escalera y se dirigía a su encuentro.

—¿Dónde estaba? —le dijo apresuradamente—. Hace veinte minutos que ando buscándola por todas partes.

—Fui a saludar a algunas enfermeras. Y a la directora.

—Y ahora se marchaba sin darme siquiera tiempo para agradecer su ayuda.

Anne bajó los ojos.

—Vine con mucho gusto. Estoy encantada de haber visto otra vez este viejo hospital... Además —añadió tras una breve pausa—, le tengo mucha simpatía a Rose.

—Pero ¿qué tontería es ésa de marcharse tan de prisa? Tenemos que hablar de muchas cosas..., de sus asuntos y de los míos. Acabo de tener una conversación con Bowley. Se interesa por su campaña y desea ayudarla —se detuvo un momento para mirar su reloj pulsera—. ¿Qué tren piensa tomar?

—El de las diez y media.

Prescott decidió en el acto.

—Me voy con usted. Pensaba salir en el de medianoche, pero puedo muy bien

adelantar el regreso.

Antes de que ella pudiese poner el menor inconveniente, Prescott ya había dicho al conserje que le trajese el maletín y lo pusiera en el taxi.

Y unos minutos después volaban hacia la estación. No había tiempo que perder, ni hubo ocasión para conversar. Cuando llegaron, Prescott pagó el taxi y, conduciendo a Anne rápidamente por el andén, la hizo entrar en un departamento de primera que estaba vacío. El tren lanzó un silbido y se puso en marcha.

—Hemos llegado apenas —exclamó Prescott, colocando los maletines de ambos en la red—. Pero así han de tomar siempre el tren las personas atareadas como usted y como yo.

Anne hizo un gesto de asentimiento, mientras miraba con cierta inquietud el lujoso compartimiento. Un tanto confusa, declaró:

—Mi billete de ida y vuelta es de tercera.

El grave rostro de Prescott se distendió; no tuvo más remedio que sonreír.

—Creo que no nos será demasiado difícil solventar esa dificultad. El señor Matthew Bowley, ese viejo granuja, me ha encargado de decirle que carga con todos los gastos de usted. Dicen que no hay nada tan peligroso como un sinvergüenza arrepentido, pero, por esta vez, me permito disentir de la opinión general —sentándose frente a ella, sacó su cartera y le mostró el cheque de Matt—. Eche un vistazo a esto. Un papelito muy interesante, como verá. Al menos, lo será cuando esté convertido en cemento y ladrillos para la clínica.

Un alegre entusiasmo se pintó en los ojos de Anne y sus mejillas se colorearon. Por un momento se olvidó de todo absolutamente, para experimentar tan sólo la satisfacción de saber que la suprema ambición de Prescott se había realizado.

—¡Por fin! —exclamó. Él asintió, repitiendo—: ¡Por fin!

Quedaron en silencio durante largo rato. El tren, aumentando la velocidad, avanzaba en la noche bajo el negro dosel del cielo que se iluminaba de vez en cuando con los resplandores de las fundiciones, entre los centelleos de los anuncios luminosos, los reflejos de las calles rebosantes de luz y las innumerables ventanas de las fábricas, y, por encima de estos vivos fulgores de la civilización, se percibía, allá en lo alto, el parpadeo de las estrellas.

—Y ahora —continuó Prescott con decisión— quiero hablarle de su campaña. Pero, ante todo, vamos a comer algo. Yo ya me tomé un café después de la operación; supongo que usted no. Me parece que es demasiado tarde para que en el vagón restaurante nos puedan servir una cena, pero, al menos, podremos beber algo y comer unos bocadillos.

Anne dejó que llamase al camarero y le encargase un refrigerio. No tenía apetito, pero se dijo que cualquier distracción le vendría bien para disimular el estado de sus nervios. Desconfiaba de sí misma, y temía que las fuerzas la abandonaran en presencia de él, poniendo así al descubierto lo que su orgullo le exigía que ocultase.

Prescott esperó a que ella hubiera comido algo, para continuar hablándole con la

mayor seriedad.

—No puedo negar que para mí es una gran satisfacción, después de tantos desengaños, ver que el asunto de mi clínica parece, al fin, bien encaminado. Pero esto no es más que uno de los factores de la ecuación. El otro es usted. Le he hablado a Bowley con energía sobre este punto. Comprende que le debe una reparación y está dispuesto a hacer también algo en su favor. ¡Oh!

Bien sé que con el tiempo estos remordimientos irán dejando de atormentarle, pero no se librará de ellos del todo, porque quiere demasiado a Rose.

Prescott se inclinó un poco hacia delante para anunciarle:

—Mañana por la mañana, el cartero le llevará a su oficina un espléndido donativo para los fondos de guerra de la Unión. Pero sólo con dinero no se resuelve la cuestión. Nuestro benemérito Matt se presentará para diputado en las próximas elecciones... Sí; no se asombre, ¡de esta madera están hechos nuestros legisladores! Y cuando lo sea, y lo será sin duda alguna, me ha prometido solemnemente defender ante la Cámara las reivindicaciones de las enfermeras, hasta conseguir que los diputados voten a su favor. Por más que, tal como está usted llevando el asunto, tal vez no le haga falta esa ayuda. Ni la mía tampoco, aunque le aseguro con toda sinceridad que estoy enteramente a su disposición.

Con un gran esfuerzo, Anne acalló los atropellados latidos de su corazón, e intentó contestar serenamente. Pero por más que trató de pensar, no encontró la respuesta adecuada y sólo pudo balbucir:

—Es usted muy bueno conmigo.

—¿Cómo no he de serlo? —A sus labios asomó una triste sonrisa

—Usted sabe que la quiero. No tengo por qué ocultarlo. Y, ya que no me es posible otra cosa, al menos debe permitirme que se lo demuestre con hechos.

Anne sentía como si el corazón fuese a estallarle. La mirada de él parecía perdida en el recuerdo del pasado mientras continuaba diciendo:

—¿Recuerda usted aquellos tiempos en que nos conocimos, aquel primer almuerzo que hicimos juntos después del accidente? ¡Qué estúpidamente orgulloso era yo! ¡Qué prisa me di en eliminar el hecho de que éramos un hombre y una mujer! Merecía ser castigado por semejante necedad. Y lo fui.

Con melancólica amargura, parecía que gozaba en remover el puñal dentro de su propia herida, en humillarse, en empequeñecerse ante ella.

—Y aquel día, en Brirngower, cuando la asusté de aquel modo, haciéndola huir bajo la lluvia... ¡Qué bien preparadas llevaba todas mis razones para convencerla! Como un frío y seco profesor, iba a demostrarle que usted y yo podríamos trabajar con más eficacia estando casados; que yo podría ayudarla a usted y usted ayudarme a mí; que mi clínica y su campaña podían ser objetivos comunes de nuestra vida en común; que los dos saldríamos beneficiados si aunábamos nuestros esfuerzos —hizo una mueca, como burlándose de sus propios pensamientos, y suspiró tristemente—. Me olvidé de un detalle indispensable, del único esencial: en mi egoísmo, en mi

presunción, no había pensado que usted ni quería ni podía amarme. Anne notaba que los ojos le escocían a causa de las lágrimas que no se esforzaba por reprimir, y los violentos latidos de su corazón la ensordecían mucho más que el estruendo del tren. Se sentía confusa, desorientada e irremisiblemente perdida; Pero, de pronto, por su mente pasó un rayo de luz. En medio del caos en que se debatía su alma, recordó de súbito el consejo que Joe le diera la última vez que estuvieron juntos, cuando le pidió que se olvidase de su orgullo. Así, pues, reuniendo todo su valor, respondió con voz temblorosa:

—No fue suyo el error, sino mío.

Prescott se quedó mirándola sin comprender. Pero la arruga que se había formado en su frente desapareció de súbito. Las palabras de Anne, por sí solas, no habrían logrado aclararle el enigma, mas sus ojos le estaban hablando en un lenguaje inconfundible. Se inclinó hacia ella y, cogiéndole la mano, murmuró:

—Anne, ¿es cierto que tú también me quieres?

Un instante después Anne estaba a su lado, y escondía el rostro contra su mejilla, mientras sollozaba:

—Hace no sé cuántas semanas que estoy sufriendo de un modo horrible. Sabía que te quería. Y me empeñaba, en no reconocerlo. Había algo que me lo impedía.

—Era mi estúpido orgullo.

—No —le respondió ella, riendo y llorando a la vez—. Era el mío. Prescott atrajo hacia sí el dulce rostro mojado de lágrimas y lo besó. Y, con una inmensa alegría en el corazón, Anne sintió que su alma atormentada, encontraba, por fin, la paz. El tren continuaba su rauda carrera, conduciéndolos hacia un porvenir que se abría ante ellos feliz y luminoso.



ARCHIBALD JOSEPH CRONIN (1896-1981), fue un novelista y médico escocés. Tras la muerte de su padre se trasladó a vivir a Glasgow, estudiando en el St. Aloysius College, licenciándose en Medicina en la Universidad de Glasgow (durante la Primera Guerra Mundial sirvió en la Marina Real), y doctorándose posteriormente. También se diplomó en Salud Pública. Trabajó en varios hospitales y posteriormente fue nombrado Inspector Médico de Minas, realizando estudios sobre el riesgo de trabajo en las minas. Se trasladó a Londres donde abrió su propia clínica, comenzando a escribir en 1930. En 1939 marchó a Estados Unidos, donde permaneció largo tiempo. Finalmente, fijó residencia en Suiza, donde transcurrieron sus últimos veinticinco años de vida, escribiendo siempre.

Muchos de los libros de Cronin fueron bestsellers que fueron traducidos a numerosas lenguas. Su punto fuerte eran sus habilidades y su poder de observación y descripción gráfica. Algunas de sus novelas e historias se basan en su carrera médica, mezclando realismo, romance, y crítica social.

Sus obras cumbres son La ciudadela (The Citadel), y Las llaves del reino (The Keys of the Kingdom), ambas novelas convertidas en películas. Se dice que su novela La Ciudadela contribuyó a establecer el servicio nacional de salud en Reino Unido, exponiendo la injusticia, explotación e incompetencia de la práctica médica en esa época.